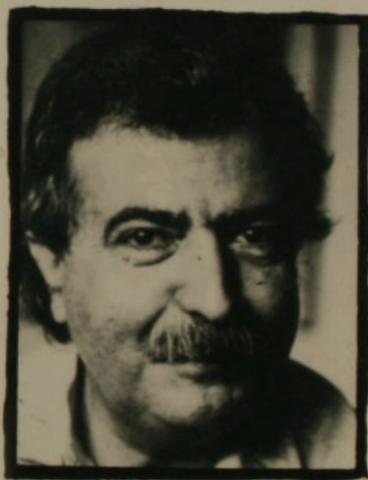


Alfonso Alcalde

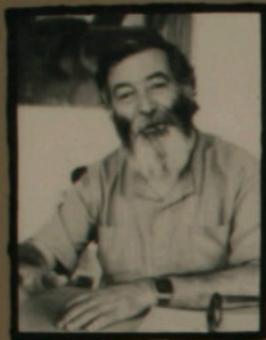
en cuento



Antología



OBRA LITERARIA PUBLICADA



- Balada para la ciudad muerta. Prólogo Pablo Neruda. Dibujos, Julio Escámez. Editorial Nascimento, 1947.
- Vida del colono Alberto Rodríguez Ríos. Colección «El hombre y la tierra». La Paz, Bolivia, 1952.
- Vida del campesino Mariano Zambrano Terán. Colección «El hombre y la tierra». La Paz, Bolivia, 1952.
- Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte. Poesía. Editorial Universitaria y Sociedad de Escritores de Chile, 1963.
- El auriga Tristán Cardenilla. Cuentos. Editorial Ziz-Zag, 1967.
- Alegría provisoria. Cuentos. Editorial Nascimento, 1968.
- El Panorama ante nosotros. Poesía. Primer tomo: «El arado de cinco dedos». Editorial Nascimento, 1969.
- Puertas adentro. Novela. Editorial Arca, Montevideo, 1969.
- Ejercicios con el tema de la rosa. Poesía. Editorial Ziz-Zag, 1969.
- Gente de carne y hueso. Biografías. Editorial Universitaria, 1971.
- El auriga Tristán Cardenilla y otros cuentos. Antología. Prólogo, Jaime Concha. Editorial Nascimento, 1971.
- Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte. Edición español-inglés. Traducción, Alicia Edwards. Editorial Universitaria de Valparaíso.
- Comidas y bebidas de Chile. Reportaje testimonial. Editorial Quimantú. Colección «Nosotros los chilenos», 1972.

ALFONSO ALCALDE

EN CUENTO

* ANTOLOGÍA *

PRÓLOGO

GONZALO ROJAS PIZARRO

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1992

*Ser querido, aquí estoy de nuevo
frente a ti, desnuda con la protección
de la vida compartida, esperando el partir
de otro de nuestros tantos hijos literarios.*

¡Mi amor te bendiga!

Ceidy Uschinsky H.

INVITACIÓN A LEER A
ALFONSO ALCALDE

EN CUENTO

*** ANTOLOGÍA ***

PRÓLOGO

GONZALO ROJAS PIZARRO

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1992

SELECCIÓN, BIOGRAFÍA Y EDICIÓN

JORGE RAMÍREZ PALOMINO

ALFONSO ALCALDE

EN CUENTO

* ANTOLOGÍA *

PRÓLOGO

GONZALO ROJAS PIZARRO

Esta edición ha sido financiada con un aporte del Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes del Ministerio de Educación y del Fondo Editorial Petrox S.A. - Universidad de Concepción.

SELECCIÓN, BIOGRAFÍA Y EDICIÓN

Edición: **Jorge Ramírez Palomino**

Diseño: **Hilario Alcalde Uschinsky**

Portada: **Rainier Carreño**

Ilustración: **Jaime Ramírez C.**

Diagramación: **Patricia Cortés Padilla**

Documentación: **Ceidy Uschinsky Hudes**

Impresión: **Editora Aníbal Pinto S.A.**

© Editorial

El Arbol de la Palabra

Inscripción N° 85.150

I.S.B.N. 956 - 7296 - 01 - 4

INVITACIÓN A LEER A ALFONSO ALCALDE

Entre las voces frescas, arduas, que se mantienen en la narrativa chilena y que colman los últimos plazos literarios, sin duda, la de Alfonso Alcalde se mantiene genuina y auténtica. Lo primero, me parece, es por su hondura, donde él supo recoger esencias, fondo y trasfondo de la realidad. Lo segundo porque como escritor Alcalde nunca transó. Y por eso cuando nos adentramos en sus páginas, es decir en la maravilla de su preciosa herencia estética, nos sentimos convidados a una perpetua fiesta de imaginación pero, al mismo tiempo, seguros del rigor de la palabra, sobre todo de la popular, que él usó con vibrante sonido y que nos sabe a veraz, empleada diestramente.

Sus exploraciones, que abarcan más de veinte libros y una infinitud de artículos y otros trabajos periodísticos, mantienen, además, un sello Rokhiano que le honra. Supo retomar buena parte de aquella vertiente cuyo lenguaje barroco fecundo enalteció al poeta de Los Gemidos. Con ese elemento precioso, Alcalde fue dándole a sus personajes un perpetuo movimiento, a veces tan rabelesiano. Seres, sin embargo, en la indefensión, agitándose en los ámbitos de la tragicomedia, conservando en su cometido el tono patético, de dimensión quevediana.

Así fue como supo sorprendernos con su tarea tan genuina. Y fue soslayando, además, toda precariedad de tonos o de compromisos facilones para mostrar, en años de trabajos tenaces y sacrificados, lo que yo definiría como el amarditamiento de la palabra escrita.

Pisando el terreno propio de maestros, comparte mano a mano junto a Manuel Rojas o a José Donoso -por citar apenas dos de los muchos valores nacionales- hondura, belleza y verdad literaria.

Por eso sus libros se han convertido en claves del conocimiento del hombre de Chile. Pienso, por ejemplo, en la inolvidable colección de cuentos

con el título de *El Auriga Tristán Cardenilla*, donde deambulan sus personajes antiguos y tiernos, que alcanzan la categoría de perennes, comprometidos en una urdidumbre temática que trasluce la epopeya de los humildes, su amarga sabiduría; allí asombra con los circos, los saltimbanquis y payasos, la miseria cruel y su sonrisa, pese a todo.

Tuve el honor de conocerlo, de trabajar muchas veces junto a él en muchas empresas mezquinas de dinero pero ricas en ganancias más valederas. Lo sentí a mi lado, por ejemplo, como agudo y leal colaborador, en el Consejo de Difusión de la Universidad de Concepción, al cierre de la década de los sesenta. Fueron años azarosos y caros a nuestros sueños y anhelos; tiempos fecundos de realizaciones en la línea de difundir y debatir toda cultura.

Sé que a su modo tan personal y en perpetua pugna con el medio que le rodeaba, amó a Concepción y a su gente. Concibió esa pasión afrontando riesgos. De hecho, su desaparecimiento terrible ocurrió en Tomé, puerto aldeaño a la capital penquista.

Obras suyas en la veta poética, como *El Panorama ante Nosotros*, perdurarán y siempre serán redescubiertas por lectores sensibles, agudos y exigentes.

Sin embargo es su narrativa la que nos ocupa en esta brevísima reflexión antecediendo a estas páginas seleccionadas con sensibilidad y oportunidad. Una narrativa en la cual el autor centró los problemas en el hueso humano, tal lo haría y diría Vallejo. En los trazos del cuento breve se emparenta, además, con una tradición latinoamericana reinaugurada siempre por seres como el maestro Horacio Quiroga.

Su final dramático y abrupto aún nos acongoja y nos empequeñece el alma. Pero, en fin, ya hemos aprendido, por fortuna, que los buenos escritores -y pocos son quienes logran esa ventura- nunca mueren.

Gonzalo Rojas Pizarro.
Diciembre, 1992

ALFONSO ALCALDE FERRER

Nació el 28 de septiembre de 1921 en la ciudad de Punta Arenas y "también ocasionalmente en la calle de la Marina, Tomé. La Galaxia de Tomé" Como lo señalara en la última edición de sus "Variaciones sobre el tema del Amor y de la Muerte".

Su padre, Angel Alcalde-español riojano-, se estableció en la ciudad de Punta Arenas con una fábrica de zapatos. Respecto a su madre existen tres versiones: Una, la de su padre quien le señaló alguna vez: "su madre murió al dar a luz a su hermana". La segunda, la del pueblo, que la daban por muerta en un manicomio. Y la tercera narrada por Alcalde, señalando que, cuando tenía 12 años un buen día se le acercó un señor y le dijo: "Yo soy tu tío. ¿Quieres conocer a tu madre? y ante su asombro lo condujo a un pueblo cercano, donde apuntándole a una viejita de pelo desgreñado, le indicó que ella era. La verdad es que Alcalde nunca conoció a su madre.

Su infancia transcurre en el extremo sur, precisamente hasta los 12 años, donde realiza sus primeros estudios en el Colegio Inglés de Punta Arenas en el que no sólo había riojanos, sino que también ingleses que habían construido su propio "college" en miniatura. En paralelo a su enseñanza regular estudia piano con éxito, por lo que transcurrido un tiempo, el maestro de música llama a su padre y le indica que nada más puede enseñar a su hijo. Su padre decide enviarlo a Santiago para perfeccionarlo en este arte.

Sin embargo, los planes de Alcalde eran distintos. Una vez llegado a la casa de la tía que lo acogió en la capital, puso las cosas en claro. No quería más piano. Decisión que cumpliría definitivamente, durante su "largo folletín" (como se refiriera a su vida alguna vez).

De esta forma, sería el Colegio Inglés de Santiago (ubicado en Macul, donde posteriormente funcionó por muchos años el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, actual Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación), quien recibiría al músico abortado y ave de paso por la capital. En efecto, no mucho tiempo después, su padre decide marchar allende Los Andes al Chaco argentino, donde en un pueblo de Santiago del Estero intenta la cría de cabras.

Don Angel no había nacido para cabrero. Quiebra y retorna al ramo de la zapatería. Así, de aventajado alumno de un aristocrático colegio chileno, Alcalde se transforma en vendedor de zapatos. Claro está, que no por mucho tiempo, otras eran sus inquietudes. A don Angel no le quedaría otra salida que, con resignación y emoción verlo partir.... Tenía 18 años.

Comenzaron los viajes: Córdoba, Tucumán, Buenos Aires, Salta, Jujuy, Oruro como vulgar linyera. Para el transporte estaban los trenes de carga y para comer los más diversos oficios: cuidador de plazas, "cuervo" en una funeraria, mozo de restorán y ayudante de minero. En Salta (Argentina), mientras trabajaba como picapedrero en un río, enfermó de paludismo. El médico del hospital se apiadó de él y lo llevó a su casa. Fue un medio año bueno, donde incluso le operó la rubicunda nariz riojana. Así, su perfil físico cambio de rumbo y casi su nombre y su apellido, pues su familia casi no lo reconoció después de la operación.

Mientras tanto, se enteró que su padre estaba en Buenos Aires y sintiendo el llamado de la sangre acudió a su encuentro. Con mala suerte porque ya había regresado a Chile.

Marta Brunet, que estaba en la embajada de nuestro país en la capital argentina, lo pudo ubicar en un barco rumbo a Valparaíso. El pasaje sería cancelado con un arduo pelar de papas.

En Santiago encontró al autor de sus días arruinado, hecho fortuito que lo lleva a tener su primer contacto con la literatura. Trabaja repartiendo a domicilio la Colección Contemporánea de la Editorial Losada, la que se vendía con un pequeño mueble. El nuevo oficio le permite incrementar su biblioteca, "expropiando" algunas obras.

Un mañana, lavándose tuvo una hemorragia. Descubrieron que tenía tuberculosis y lo remitieron a un sanatorio de la pre-cordillera santiaguina. Tenía 25 años, a los que sumó uno más dedicado a pensar, meditar y mascar su resentimiento. Entender quién era y que le pasaba. Una vez dado de alta, encaminó sus aún temblorosos pasos, a la ciudad de Concepción-donde nunca había estado-, pero adonde intermitentemente tendrá que volver cada cierto tiempo durante el resto de su vida.

*Su primera estadía en Concepción se desarrolla entre la bohemia (durmiendo a saltos en un hotel parejero), la poesía y trabajar como control de radio. Será precisamente en ese hotel-de "doña Alejandrina"-donde escribirá su primer libro: **Balada para la ciudad muerta** y donde conocerá a Pablo Neruda. Esto, a raíz de que*

Alcalde le hace llegar el texto, aprovechando la estadía del poeta en la zona, por una huelga carbonífera. (Neruda a la sazón era Senador de la República).

Es el año 1947, Neruda, en efecto, impresionado por la calidad de lo leído, lo visita y le propone que se vaya a Santiago y que él prologará el libro para que lo publique Nascimento. Además le conseguirá un trabajo. Cumplió todo: Nascimento lo empleó y publicó el libro y Neruda escribió un poético prólogo a la obra, que fue ilustrada por Julio Escámez.

Alcalde por su parte, cuando apareció el libro compró varios chuicos de vino e invitó a sus amigos y después de festejarlo quemó gran parte de la edición. A raíz de este hecho Neruda se enemistaría con él por muchos años, mientras que al respecto, el aún incipiente poeta y escritor, declararía: "La Balada fue un trabajo inmaduro y precipitado. El hecho de llevar una presentación de Neruda-una de las primeras que dedicó a un joven escritor-significaba una enorme responsabilidad. Pero al destruir ese libro contraje el compromiso de empezar a escribir el "Panorama".

De esta forma, vuelve a Concepción pensando en la historia poética de la ciudad: es nebulosamente el Panorama ante nosotros. Eran los años 50 y se casa por primera vez. Juana Briones, pintora argentina, será la primera cónyuge de un total de cinco "oficiales" y con la que tiene su primer hijo: Juan Sebastián Alcalde, quién en la actualidad es un prestigioso dibujante en Italia, firmando bajo el seudónimo Shuto.

Posteriormente se casará por segunda vez, con la docente universitaria, Marta Uribe, con la que no tiene hijos, durando muy poco el matrimonio.

Se marcha a Bolivia. Allí, trabaja para el gobierno de la época (MNR), en la Subsecretaría de Prensa, Información y Cultura, donde se hace cargo de una colección de reportajes, titulada "El hombre y la tierra", lo que le sirve para adentrarse en la poesía quechua y aymará.

Se casa por tercera vez, esta vez con Violeta Serey, con quién había estado en Bolivia y con la que tampoco tiene descendencia.

Es la época del acercamiento a Pablo de Rocka, en el decir de Alcalde "su padre", ese que sabe decir "no se empeñe por ese lado, no pierda tiempo" y que pone la experiencia acumulada a su servicio.

Es la época también del periodismo escrito. Primero "Ercilla" y más tarde un semanario de gran circulación, "Vistazos".

Una vez más vuelve a Concepción, donde destaca como periodista y guionista radial, creando el programa "Ráfagas" en la Radio Simón Bolívar, que alcanza mucho éxito. Corren los años 59 y 60, cuando el amor nuevamente golpea en su corazón, Adriana Sáez, lo hará padre nuevamente, esta vez de Claudia Julia.

*En 1961 se traslada a la capital, donde conoce a la que él llamaría en algún momento su hada buena, Teresa Reyes. Ella le instala un departamento amoblado, exigiéndole como retribución una cantidad diaria de cuartillas del **Panorama**. Alcalde narraba al respecto, que ella lo visitaba siempre con una amiga para que él no pensara mal. Hasta que un día llegó sola... luego nacerían sus dos hijas: Mariana y Matilde, con ésta su cuarta esposa y concluiría el primer tomo del **Panorama ante Nosotros**.*

*Importante resulta en ésta época destacar el trabajo que realiza Alcalde, con el doctor **Carlos Urrutia** en el Instituto de Rehabilitación Infantil, donde crea campañas en beneficio del Instituto, en compañía del prestigioso periodista **Luis Hernández Parker**.*

En 1964 se incorpora a la campaña electoral de Salvador Allende como Jefe de Prensa y Radio. Durante esa agitada jornada conoce a su quinta y última esposa, Ceidy Uschinsky (con quién posteriormente se casará en el exilio en Rumania). Fue un romance tórrido con reuniones de familia y persecuciones, y de la cual diría en una entrevista: "Con Ceidy montamos una fábrica de amor, poesía y literatura. Todo esto que se ve aquí : kardex, libros, papeles. En nuestro presupuesto diario figuró además de comida y luz, el papel. Papel y miseria. Vivimos las miserias más negras y...las más hermosas también. Yo trabajaba lo exacto para no morirnos y todo el dinero que entraba servía para comprar tiempo, tiempo para escribir. Fue la única mujer que creyó en esta paparrucha. Me equilibró, me serenó, me defendió de los pleitos pendientes con las otras mujeres. Soportó mil embargos pero ya estábamos seguros".

*Se presenta al concurso anual de la Sociedad de Escritores de Chile -SECH-, ganándolo con un fragmento del **Panorama** titulado **Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte**, que publicaría luego Alerce en 1964. Empieza a escribir prosa. Después de cuatro intentos gana el concurso anual del Diario El Sur, con el cuento **El Auriga Tristán Cardenilla**, que sirvió de título al volumen que publicó posteriormente Zig-Zag en 1967. Esta obra fue llevada al teatro en una adaptación efectuada por José Caviedes y que montó el Taller de Teatro de la Escuela de Artes de la Comunicación de la P. Universidad Católica de Chile, bajo la dirección de Eugenio Dittborn, con el título de "Paraíso para uno". Respecto del libro, **José Donoso** señaló que "era la mejor prosa de la generación", al tiempo que **Alone** comentaba que "por momentos competía con Cortazar." **Yerko Moretic** por su parte, sentenció que "se iniciaba un nuevo estilo".*

Finalmente, en esta seguidilla de libros que lo destacan como un cuentista de fuste, publica en 1968, *Alegría Provisoria*. (Editorial Nascimento)

Alcalde retorna a la radio, desempeñándose como Jefe de Prensa, en *El Carbón de Lota* y la *Radio Bío Bío de Concepción*. Posteriormente también realiza importantes reportajes en la *Radio Universidad de Concepción* y programas como "En los tiempos del ñauca", "Cuentos de ciencia ficción" y "El personaje y su noticia". Paralelamente, escribe en el *Magazine Dominical de el Diario El Sur*, para luego dirigirlo.

Esporádicamente dicta clases en la *Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción*.

En 1969 se realiza el *Congreso Internacional de Escritores de Viña del Mar*, con la participación de integrantes del boom latinoamericano de literatura. Alcalde acaba de publicar *El Panorama*, lo que ayuda para que Neruda decida reconciliarse con él y parta en su búsqueda por Concepción, Coliumo y finalmente San Pedro donde lo encuentra y lo trae al evento.

Posteriormente, enterado de antiguas rencillas de Alcalde con Gonzalo Rojas-indiscutido Premio Nacional de Literatura 1992-, decide juntarlos, lo que concreta en casa del detenido-desaparecido Alejandro Rodríguez, declarándolos "hermanos de oficio". De esta forma, Alcalde y Rojas trabajarán juntos más adelante en el Departamento de Extensión y Difusión de la Universidad de Concepción.

En 1971, junto con el nacimiento del primer hijo de su unión con Ceidy Uschinsky-Hilario-, se incorpora a *Quimantú* (complejo editorial del gobierno de la Unidad Popular), creando la colección "Nosotros los chilenos", donde publica "Reportaje al Carbón" y "Bebidas y Comidas de Chile". Paralelamente, publica "Vivir o morir" (la odisea de los uruguayos que cayeron en la cordillera), éxito editorial que obliga a realizar tres ediciones de 40 mil ejemplares cada una y "Las aventuras de el Salustio y el Trúbico" en la serie de minilibros (50 mil ejemplares). Parte de este libro también fue llevado al teatro, en un montaje del Grupo Ictus, "Tres noches de un sábado", constituyendo uno de los cuentos de Alcalde, "La tercera espera".

Por su parte, las Ediciones Universitarias de Valparaíso, publican en 1972 "El sentimiento que te dí", "Marilyn Monroe que estás en los cielos" y "Las variaciones sobre el tema del amor y de la muerte", edición bilingüe. La traducción de la obra al inglés, fue realizada por Alicia Edwards, seguidora norteamericana de Alcalde que no lo conoció personalmente, así como tampoco nunca visitó Chile.

El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, sorprende a Alcalde en Montevideo, cobrando los derechos del libro "Vivir o morir". Ha nacido su nuevo hijo Salustio y la revista Stern (alemana) también le compra los derechos del libro con la historia de los uruguayos.

En Santiago, la casa que arrienda y cuyo dueño es un oficial de aviación, sufre los rigores de la "manu militari", perdiéndose material bibliográfico valioso.

A fines de 1973, comienza su raid por el exilio obligado. Se reúne con Ceidy y sus hijos pequeños en Buenos Aires. Allí trabajará para la Editorial Crisis, publicando un libro sobre el Presidente mártir, titulado "Allende", además de "Epifanía cruda" y "Toda Violeta Parra", para Ediciones "La Flor". Permanecerá hasta fines de 1974, cuando emigra con su familia a Rumania.

En Rumania, sin tener mucho que hacer, escribe poesía. La revista literaria y cultural del exilio, Araucaria-que se edita en España-, le publica "Lo que no nos hicieron".

En 1975 es invitado como jurado de La Casa de las Américas, a la Habana, Cuba. Posteriormente viajará a Holanda, donde publica en Amsterdam, una nueva versión del libro "Allende", con la Editorial Shalom.

En 1976, será Tel Aviv quién lo acoja en compañía de su familia, luego París, Barcelona (donde trabaja para un diccionario, teniendo a cargo dos letras) y finalmente Ibiza, donde la artesanía y los collages (oficio que alcanza alto vuelo en sus creaciones y que ha cultivado desde hace mucho tiempo), serán su sustento y el de la familia.

A fines de 1979, regresa a Chile, comenzando la reinserción con una pequeña beca conseguida en el exterior, para continuar con una seguidilla de trabajos esporádicos, que nunca pasarán mas allá de un año.

Es así como hará primero "La historia de los pueblos salitreros", solicitada por Eugenio Dittborn, para la Escuela de Teatro de la P. Universidad Católica de Chile, la que reposa en alguna bodega de la Universidad.

Seguidamente, hará reportaje de las comidas para el diario La Tercera de la Hora y "Los sicópatas de Viña del Mar", para el mismo periódico y Las Últimas Noticias. El programa de televisión Noche de Gigantes (Canal 13), lo traerá de Concepción para entrevistarlo. Realizará serie "Vivir sin Chile", referida al exilio para la Revista Hoy y

trabajaré en el "Redescubrimiento de Neruda", completa recopilación de material acerca del vate, parte de la cual se publica en la revista cultural de la época, La Bicicleta.

En 1982, se desempeñará como Editor en la Editorial La Minga, donde publicarán una agenda alternativa, además de una nueva versión de "El peregrino del golfo".

En 1983, el director de cine Ricardo Larraín, realizará un video basado en el cuento de Alcalde, "Una moneda un seno", el que bajo el título de "Rogelio Segundo" competirá en un Festival efectuado en Lima, obteniendo uno de los primeros lugares. El papel protagónico lo realizará su hijo Hilario Alcalde.

En 1986, publicará artesanalmente "Neruda pregunta, los niños responden", testimonial efectuado en colaboración con la profesora Vicky Castro y varios amigos. También colaborará como guionista de mini serie "Las historias policiales" del programa de televisión Sábados Gigantes y redactará el libreto de una telenovela para Canal 13, titulada "Ríe, payaso llora", la que nunca se graba.

Finalmente, será el asesor del animador de televisión, Mario Kreuzberger, en la elaboración de su llamada telebiografía "Don Francisco ¿Quién soy?", último trabajo concreto que realiza.

En abril de 1992, desaparece una vez más hacia Concepción, solitario, con problemas en la visión, una aguda depresión nerviosa, dudas, cansancio... Vive solo de la caridad.

Su largo peregrinar por tratar de subsistir, espiritual y materialmente, se detiene tras la puerta de una lúgubre pieza de Tomé, el 5 de mayo de 1992...acaban de aprobarle una Pensión de Gracia, de lo que no alcanza a enterarse.

De acuerdo a su deseo, Alfonso Alcalde duerme en su Tomé querido, con la soledad del poeta cansado, dispuesto a navegar cuando su lecho se haga a la mar.

Jorge Ramírez Palomino

Para Alfonso Al-

quien los llama? Calde-
de una Muña mas otre de todos
las arluas +

Hegan pretas
dejando un rastro de platinio
una pequeña ^{quebrada} huella de zapatos perdidos
en la arcilla subterránea

Tú Alfonso de las
ciudades, marinas, traes
mucho y llavia en tus manos
y sabes tejer el hilo pesoso y frío

Tú como otros de pronto
de la profundidad matutina
acudes desde el honor de la selva,
perdida, entre las casas de madera
en el silencio
evaporadas
mojada

Atmas el tren o el aire
y aquí está tu sombrero tembloroso, el
espacio
de las nuevas raíces.

Te saludo.

Mayo
1997

Marta
Marta

PARA ALFONSO ALCALDE

Quien los llama?

De los bosques,
de una lluvia, más otra, de todas las arenas

llegan poetas
dejando un rastro de platino
quemado

una pequeña huella de zapatos perdidos
en la arcilla subterránea

Tú Alfonso, de las

ciudades marinas traes
humo y lluvia en tus manos
y sabes tejer el hilo fresco y frío
de la profundidad matutina.

Tú como otros de pronto

acudes desde el honor de la selva, o
perdido, entre las casas de madera
mojada

en el silencio

enarenado

tomas el tren o el aire

y aquí está tu sombrero tembloroso, el
espacio
de las nuevas raíces.

Mayo
1947

Te saluda
Pablo Neruda

Alfonso Alcaide

Caracas, Venezuela

De los profesores
de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

dejando un rastro de vida
de vida.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

de una escuela, más que de una escuela,
de una escuela.

LOS SOCIOS

Bar «El Buen Pensamiento» y el tizne del hollín de la estación; Hotel «Los Placeres», los chirridos de las locomotoras, los gritos: el diario, los lustradores, las empanadas de los sábados, los pasajeros, las maletas.

Entraron abriendo en dos el bodegón, el humo, las hileras azules de botellas, ocre. Semioscuro el recinto, el ruido de los dados, los rostros alargándose y acortándose, el choque de los vasos, las voces intercaladas en múltiples direcciones.

El mesón tambaleante. Los borrachos en ese punto de la discusión de las cinco de la tarde cuando la justicia es ecuánime y la amistad profunda.

Les tocó el rincón, es decir la penumbra al lado del aviso: «Caballeros», en ese ángulo casi amarillento del recinto y la mesa coja, los grandes mapas de vino chorreando las tablas y las sillas con asiento de totora.

-Por aquí será, compadre.

-Es la única que va quedando desocupada -aseguró el mozo-. ¿Tinto o blanco?

-Será tinto -dijo, interrogando, el más delgado.

Un movimiento indiferente:

-Da lo mismo.

El mozo:

-¿Entonces tinto?

Dejaron el paquete en una tercera silla. «Gol del Naval.» Las carcajadas colectivas, el turbio concho de una copa, los muros casi redondos, la espesura de la luz como si cada parroquiano la separara al caminar, al empinar el codo.

Se le marcó una vena en la mitad de la frente al mozo al abrir la botella.

-Con fuerza de hombre -dijo el más alto.

-Ahora vienen a presión -se justificó el mozo.

-Pero igual lo arreglan.

-Este es «purito» -puso la botella al trasluz antes de dejarla sobre la mesa.

Pasó un tarro con las sobras del almuerzo: una mujer gorda, y luego el perro husmeando al trote y moviendo la cola alrededor de los huesos pelados, las moscas y la «mercocha».

-¡Salud, socio!

-¡Salud!

El chasquido breve y redondo. Las copas quedaron vacías.

Se miraron: el más bajo, melancólico, casi treinta y nueve años, es decir cuarenta y dos o cuarenta y cuatro bien vividos y dibujados en el rostro, y tres hileras de arrugas en la frente, de mayor o menor.

El más alto, unos cuarenta y cinco. Pelo blanco y ralo, mandíbula saliente, bigote firme, ojos claros y precisos.

El más bajo, meticuloso y tranquilo.

El más alto, labios gruesos, corbata a cuadros y chillona, rojos intensos, amarillos desvaídos y un caracol grasoso dibujado al medio.

El más bajo, retraído, rostro ovalado: ¿Gasfiter? ¿Mecánico?

El más alto, vendedor callejero, aunque tímido, comunicativo por autodefensa, risueño y ampuloso.

Grueso era el hilo del vino llenando las copas. Copa contra copa.

Un tintinear sordo y breve diluido por los otros:

-¡Salud!

«Empata el Gente de Mar», y «ése me la va a pagar», «para eso soy su amigo, su amigo de toda la vida»; «estaba acompañada cuando llegué a la pieza»...

-¿Por quién?

-¡Por usted, compadre!

-¡Por usted, socio!

-¿Y por quién más?

-¡Por el caballo!

-¡Eso mismo!

-¡Por el caballo!...

-¡Por nuestro socio, compadre!

-¡Por el que nunca falla!

-¡Al seco, entonces!

-¡Vaquita echada!

-Hasta donde usted diga...

-¡Aquí estoy!

-A su lado...

-Bueno, ¿pero estamos tomando o conversando?

-Tomando...

-¿Entonces?

-Nada, yo sirvo no más.

Se miraron con lealtad.

El más alto era moreno del Norte. Ya le había contado su historia: ahumador avecinado en el Sur.

-¿Usted ha comido tritre?

El más bajo, pescador:

-Hasta que llegó la ruina, la lluvia, el terremoto, el maremoto y perdí el bote, quedando con los brazos cruzados.

-El humo se le mete a uno en los ojos y en los huesos. Los niños se ríen gritando: «¡Cara de humo, cara de huuuumo!»

-En cambio nosotros, los pescadores: se pone la plata en la mesa y vamos pidiendo. ¡Cuando no hay más, a patadas para afuera!

-¡Salud!

-¿Cómo dijo, compadre, que no le oí bien?

-Salud, dije.

-Y yo (ja,ja), ¿estaré enfermo?

-¿Cómo se llaman esos ñatos con el pelo blanco?

-¿Al... albinos?

-Al... «vino». ¡Salud, entonces!

Sonaron las copas y otros vasos chocaron también en el recinto. Otros sonidos subieron de volumen, como si algo se quebrara con cuidado hasta caer después en un nuevo silencio: en un abismo tal vez no muy profundo, y, de pronto, este silencio era invadido de nuevo agrupándose alrededor de aquella mesa y el nuevo ¡gol! estridente del Naval y los comentarios:

«Largaron un gato desde la galería con un paraguas viejo: se fue de un viaje.» «¿No ve que nunca habían visto un ballete?» «Lo mejor para los cortos de vista: comer maíz». «¿Ha visto alguna gallina con anteojos?» «¿Y agarró el portafolio, ñor!» «El tapabarro, el espadrapo, ¿cómo se dice?»

-¡Salud, compadre!

-¿A quién le debemos el terno nuevo?

-¡Chih, al caballo!

-¿Y la casita?

-¡Al caballo! ¡No hay vuelta que darle!

-¡Estamos contentos, compadre!

-Claro, socio. Cuando vendía tritre ahumado las mujeres me espantaban las moscas, todas salían arrancando, pero ahora...

-Yo pregunto antes de seguir tomando: ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el caballo?

-¡Quién sabe!

-Seamos sinceros.

-Yo tenía ganas de volver al Norte. Tomar el caudín y salir otra vez a soldar ollas.

-El pescado da, pero hay que sacrificarse. Cuando perdí el bote quise partir..., ¿y dónde que uno más valga? Sin mentirle, la ola sería del porte de este bodegón. Se lo tragó todo. Yo fui a aparecer como a tres cuerdas de mi casa arriba de un árbol. ¿Y el bote? ¡Nunca más se supo!

-Usted que la ha corrido, compadre.

-Dura ha sido la vida, socio. Un pescador sin bote es como un carpintero sin garlopa. Anduve tomando -aclaró los ojos con los recuerdos, luego el pelo sobre la frente, las manos levantadas como si fuera a dar un golpe-. Y uno mira el mar y el mar lo mira a uno como si contestara: ¿Y...?

-Aquí estamos.

-¿Y...? (pregunta el mar).

-¡Nada!

-Nadan los ahogados.

-Eso dicen.

-¿Y...?

-¿Y...?

-¿Quién le moja la oreja al otro? ¿Quién cruza la raya? El mar es así, cuando se le antoja. Vengativo, rencoroso. Y yo lo miraba como diciéndole: «Me la vas a pagar». Pero sabía que nunca iba a vengarme. ¿Con qué? Y el mar también lo sabía, por eso continuaba batiéndose tan ufano y seguro. Nunca gana uno: siempre vence el mar.

-No nos pongamos tristes, socio.

-¿Por qué?

-El pasado, pasado.

-¿Y qué me dice del caballo?

-Oiga, ¿quiere que le diga una cosa?

-¿Qué cosa?

-¡Socio, usted no se imagina lo que quiero al caballo!

-Yo también...

-Esta copa la vamos a tomar de pie... ¡por el caballo!

-¡Por él!

-¿Y sabe una cosa, compadre?

-¿Qué cosa?

-¡Usted sí que es un gran artista!

-¡Bah, ya se curó mi socio!

- No, nada de cuentos; ¡es la pura verdad!
- Usted no lo hace nada de mal, compadre.
- ¡Pero usted nació con la gracia para hacer las cosas, socio! Nació artista.
- Menos mal que nos entendemos bien.
- Eso dicen.
- Mozo.
- Ponga la otra.

La noche se incorporaba a las viejas sombras llenando la ciudad de luces y nuevos rumores. Habían llegado el frío y la lluvia de esa hora en medio del chapotear de los borrachos incorporándose al mesón. Otros partían, otros venían de vuelta, tambaleantes, algunos con los ojos entreabiertos, unos pocos vociferantes, otros descargados de la tragedia del día contada entre vaso y vaso. Un trozo de la vida en esa hilera de botellas vacías. Y los niños llorando, la sonajera, de la máquina de sumar, los discos de moda, la traición, el amor imposible o posible, el calor y el frío simultáneos, la frustración, la culpabilidad, el dolor, la sorpresa, la incomprensión, la trasgresión de los sucesos y la interpretación de los códigos, los perros, las nubes bajas, la sinceridad, la honestidad en el pequeño trabajo, la justa repartición, la campana aleteando, distante y borrosa, débil, final, el sombrero entre redondo y cuadrado, el pobre paraguas solitario. En fin.

-¿Y el caballo?

-No se preocupe, socio.

-¿Nos tomamos la última y nos vamos?

-Usted dirá.

-¿Qué son cuatro botellas para dos hombres?

-Hmmm. ¿Sabe de qué me acordé?

-Cómo voy a adivinar, pues, socio.

-A propósito de las botellas, oiga. Cuando llegó el terremoto reventaron los fudres de Talcahuano.

-Reventó todo el mundo.

-Y los fudres. Se les cayó la aureola, ji. Saltaron los zunchos y empezó a correr el vino.

-¿Y usted?

-¡Ahí estaba su socio untándose los zapatos!

-¿Tomaría hasta que le dio puntada?

-Las mujeres arrancaban con las guaguas, gritando:»¡Se salió el mar, se salió el mar!», esperando que el viejo apareciera detrás de una esquina, pisándoles los talones.

-¡No era para menos, socio!

-Claro que no. Subimos a los cerros, y desde arriba se veían las calles de color morado, llenas de vino. Nadie quería bajar, sólo los perros.

-Se curarían con el olor.

-No, tomando, Metían la lengua en las acequias y después ladraban de lado, afirmándose en la pared.

-¡Bua!, ¿no me venga a decir que se perdió el vino?

-Una parte. Los más jóvenes se ponían de rodillas y comenzaban a tomar con las manos, ¿no ve que era gratis?, hasta escuchar el grito: «¡Que viene el mar!, ¡que viene el mar!», y salían arrancando.

Pidieron la cuenta.

-Estamos en la hora -dijo el más alto.

-Por lo que nos demoramos en vestirnos -contestó el más bajo.

Había dos noches al salir: la que quedaba atrás, al abandonar el bar, oscura, bulliciosa y personal, y otra más fría y nueva y fresca. Al fondo de la calle se levantaba la carpa del circo y las sombras de los espectadores recortábanse en las escalas de las aposentaduras.

Se doblaron como para embestir la llovizna. Después escucharon los pasos del mozo:

-Señor, señor, se le olvidó este paquete.

El payaso más alto miró al payaso más bajo.

El hombre pequeño desató el nudo y en medio de la lluvia apareció el arrugado caballo de lona con sus grandes lunares azules y amarillos.

Entraron al camarín del circo y comenzaron a maquillarse sin decir una palabra.

ALMACENCITO «LA GLORIA»

Al enviudar don Quento, el vecindario aseguró que no duraría mucho. El mismo había pedido a la finada que le hiciera llamar para hacerle compañía bien estuviera en el cielo o en el infierno. Solo, aburrido, achacoso, caminaba por las calles Ongolmo, Orompello y Freire arriba, rondando por las borracherías, esperando que alguien lo llamara para convidarle la caña y pedirle que repitiera una vez más esa historia cuando trabajó en un circo. Una sola corrida no era suficiente, pero a la segunda parecía soltar la lengua y comenzaba por imitar una banda tocando ya el tambor o el trombón, hablando con la voz de faldete de un payaso mientras recorría las mesas.

-Con el pulsito que se gasta ahora, no podría ni domar elefantes -le decían tocándole el amor propio, desafiándolo a que hiciera un cucurucho imitando el sombrero de copa que usaba en las noches de gala, antes de hacerse aplaudir.

-¿Se puede amaestrar una pulga, don Quento?

-¡Mire que no se va a poder!

-¡Es tan rementiroso este viejo!

-¡Así! Nadie se mueva -pedía, buscando la caja de fósforos.

Un silbido potente, pero con saliva, como el de las locomotoras con mucha presión.

-¡Micaela, Micaela! -así se llamaba la pulga.

Y ante el asombro de los parroquianos, aparecía el insecto por el borde, subiendo y bajando la cabeza.

Don Quento explicaba:

-¡Está saludando, quiere trago! Pídanle que se esconda -exigía el amaestrador a los curiosos.

-¡A la cucha!, ¡a la cucha! -vociferaban los borrachos alrededor de la pulga, amenazándola con las manos en alto que volviera a su escondite.

Don Quento sacaba una pequeña lupa y, entonces, a través del vidrio de aumento, resultaba más fácil seguir la maniobra: el animalito con cara de tiuque, arrinconado como una lauchita muerta de frío, esperando las órdenes.

-¿Y qué otra gracia sabe hacer?

-Depende...

-Por una botella...

-Pero adelantada, eso sí.

-¡Bueno con el amaestrador desconfiado! Está bien. Traigan una de la casa.

Bebían con rapidez el vino hasta que el anciano, tamborileando los dedos sobre la mesa, ordenaba a la pulga que apareciera por el fino borde de madera de la caja de fósforos escuchando la cuenta:

-¡A la una!... A las dos... ¡A las tres!

El insecto, después de llegar al borde de la uña, daba una serie de volteretas, para caer en el mismo sitio, moviendo como siempre la cabeza con picardía.

Tentaban al amaestrador:

-Te la compro: cuatro botellas.

-Nada.

-Cinco, entonces...

-Está loco.

-¿Tienes miedo de que se muera de hambre?

-No, pero no la vendo.

-¿Y qué es lo que come tu pulga?

-Lechuguita, y los domingos la dejo que me pique.

-¡Quién te enseñó a domar pulgas, viejo carrilero!

-Viene de familia -contestaba el anciano con una sonrisa triste-. Mi abuelo fue también amaestrador. Y yo, como a los catorce años, heredé un criadero de pulgas. Me buscaban por todas partes. Todavía tengo los programas de circo con mi nombre encabezando el elenco de artistas.

-¿Y qué hiciste los bichitos?

-Los vendimos. Una, la Betty, se fue con un perro lanudo, antes que debutara. La finada casi se murió de pena; era su regalona.

Poco le duraba la alegría a don Quento.

-Ya, pues, córrase ahora -le decían los mismos parroquianos que momentos antes habían llorado de risa con las proezas de la pulga Micaela.

El anciano pedía una última copa, haciendo hora para ir a dormir a la hospedería. La vida le quedaba grande. Casi no tenía sentido para él, a los sesenta y tres años, solo con su última pulga, mendigando siempre los pesos para la cama donde ir a recordar a la viuda. Vivía sólo de recuerdos, de tiempos idos, tiempos distantes, cuando fue propietario del Emporio «Las Tres Marías», hasta que de golpe su mujer enfermó y los ahorros se los llevaron los médicos y la botica. Ahora gustaba sentarse junto a un brasero, asilarse alrededor del fuego, callar, dejar que las lágrimas se soltaran, pero sin palabras, perdonando todo, sintiendo que el mundo lo presionaba, lo hostilizaba, y sus huesos no resistían, no podían resistir, aunque algunas mañanas amanecía más optimista, hasta caer nuevamente en esos estados de melancolía y ausencia, moviendo las manos, sin sentido, en un gesto también inútil que reflejaba la angustia de su alma, incomprendida, llamando a la muerte, llamando a la ausente, implorándole que no lo dejara solo más tiempo, que la necesitaba aún para hacerla rabiarse, para ir detrás de ella contándole las historias que conocía de memoria, tomándole la mano, que era como confirmar que aún estaba vivo y no como ahora que la mano andaba suelta, sabiendo que todo su cuerpo estorbaba, aun sentado, aun silencioso, aun dormido. Porque la finada lo consolaba con su resignación, mirándolo, dominándolo, comprendiendo el dolor que siente un hombre frustrado que nació para ser artista y que, sin embargo, gastó sus mejores días detrás de un mesón, siempre con una incontenible sonrisa, vendiendo bolsitas de yerba, azúcar y pan. Ella lo entendía, y sus palabras lo ayudaban a vivir. Pero ahora... Costaba entusiasmarlo; era como un anciano escéptico, como si pensara que el sol alumbrara para todos, menos para él, sospechando siempre, viendo lo que otra gente no ve, sacando conclusiones con esa irrefutable sabiduría de los viejos. Simplemente ya no quería vivir, no quería oír; las palabras no tenían sentido, y cuando alguien le hablaba parecía aislarse aun más, meterse aun mas dentro de sí mismo, contestando sin interés, como si las palabras se le cayeran de la boca una por una:

-Oiga, don Quento, usted que llegó a tener tan buena clientela, ¿por qué no se instala?

-¿Con qué?

-Con un almacencito...

- ¿Un almacencito? ¿Y la plata?
- Muchos comenzaron con nada y ahora...
- ...cuando era jóvenes.
- No se tire al suelo, don Quento. Viejo es el que se queda sentado.
- No me atrevo, oiga...
- Empiece con un poquito de cada cosa: un montoncito de arroz, otro de yerba, azúcar, en fin...
- No tengo fuerzas ni para estar de pie.
- Atiende sentado, pues.
- ¿Y para qué?
- Nunca están de más unos pesitos, ¿no?
- Eso es cierto.
- Así como que no quiere la cosa, usted también podría vender litriado detrás de la puerta.
- Hay muchos clandestinos en el barrio.
- Pero a usted todos los conocen y lo quieren, don Quento.
- Podría tener una fiambreira con pan y ají, ¿no es cierto? -preguntó el anciano, tratando de entusiasmarse.
- ...de todo.
- Empanadas, también. ¿Se acuerda que la finada las preparaba como para chuparse los dedos?
- ¿No ve? Ahora la leña y el carbón dan también.
- Cierto. A lo mejor doña María me fía su saco.
- Mire que le va a decir que no, cuando lo que tiene se lo debe a usted. Apuesto que por favorecerlo, todos le van a comprar.
- No creo. En otras partes sacan fiado; tienen libreta.
- Usted también podrá fiar después, como en sus buenos tiempos.
- ¿Cierto, no?

Partió el anciano, dándole vueltas a la idea, visitando, animoso, las antiguas amistades que se habían instalado en el barrio a lo largo de los años: verdulerías, reparadoras de calzado, carbonerías, pequeñas tiendas, pescaderías, fruterías, contando su proyecto, asegurando que no iba a hacerles competencia, porque eso sería desleal con alguien que estaba dispuesto a ayudar a un pobre viejo, y que nunca era tarde para empezar y en vez de pasarse al cateo de la caña que le tiraban como una limosna, era mejor hacerle frente a la vida, y aunque no iba a pagar la patente, alguien hablaría con los inspectores municipales para que al pasar por el chinchel o el almacén (como quieran llamarlo) hicieran la vista gorda. Por eso se conformaba con que le fiaran un poco de cada cosa para empezar, además de la damajuana de tinto de quince litros. Pero cuando le aseguraron que con esa cantidad no alcanzaba ni para que los borrachines del barrio hicieran la mañana, don Quento, siguiendo los consejos de sus amigos, cortó por lo más sano, encalillándose con un fudre de doscientos cincuenta litros. «Así se evitará -le dijeron- las carreras entre el almacén y la vinería y el almacén.»

Don Quento no pudo conseguir todo lo que necesitaba. Algunos comerciantes se disculparon diciendo que los créditos estaban restringidos, que consultarían al otro socio, que las ventas andaban flojas, que volviera más adelante. El anciano no se desanimó. Cuando hizo un balance de lo que consiguió fiado, dejando los pies en la calle, tenía dos kilos de tomates verdes, cien gramos de clavos de olor, varios paquetes de diarios y revistas viejos, un naipe inglés, un trabuco, veinte metros de sogá, una herradura para la suerte, una cajita de caldo concentrado de ave, cuatro vasos de distinto tamaño, un plumero, un monopatín con una sola rueda, dos tarros de duraznos al jugo, media docena de latas de sardina al aceite y al tomate y una ristra de plátanos maduros. También le prestaron una mesa y cuatro sillas sin asiento, que don Quento arregló con sus propias manos, parchando aquí, clavando allá. Revisó, además, la instalación eléctrica para dejar en el sitio más adecuado la única ampolleta de veinticinco bujías, ubicando estratégicamente los letreros escritos con su puño y letra, que decían:

«Verduras»

«Caja»

«Hoy no se fía, mañana tampoco»

«Respete y será respetado»

«Pague con sencillo»

«No se admiten cheques»

«Sea breve»

El local tomó su aspecto acogedor después que con cuatro tablones don Quento armó un mostrador adornado con otra serie de cartelitos:

«No salive»

«Tome su derecha»

«Privado»

«No le hable al chofer»

«Pagos los segundos martes de cada mes»

En cuanto a la venta de la caña, todo sería muy rápido. El fudre quedó al fondo. Había que pasar por un corredor al patio. Después el pencazo, y vamos caminando como si nada hubiera pasado para no llamar la atención.

Don Quento distribuyó cuidadosamente la mercadería para dar un buen golpe de vista y después salió a recorrer el vecindario, notificándolo, puerta por puerta, que al día siguiente iba a tener lugar un vino de honor con motivo de la inauguración del emporio. Todo el mundo tendría derecho a servirse medio pato gratis, una atención de la casa para que se fueran familiarizando con el Almacencito «La Gloria».

-¡El nombre que le fue a poner, don Quento! -Lo llamaban así, porque cuando se curaba repetía como un disco la frase: «Esto parece quento». Por una pifia que tenía entre los dientes, un portillo que le deformaba la palabra «cuento».

-Es por ella -explicaba el anciano-, que allá arriba, en la gloria, debe estar.

-Esperándolo con la pitarrilla.

-Ojalá, ojalá.

* * *

Como a las cinco de la tarde empezaron a llegar los invitados, cada uno con su regalito: un imagen de la Virgen del Carmen, un almanaque con una mujer desnuda, una naturaleza muerta, barnizada, donde aparecían una langosta y un racimo de uva encima del hule verde, a cuadros. Don Quento se emocionó con el cucharón «para revolver la ponchera», como le dijeron maliciosamente al regalárselo. Otro comedido le llevó una vitrola un poco vieja, aunque era cuestión de arreglarla. Había tocado lo más bien durante

veinte años; ahora sólo le faltaban la cuerda y la bocina.

-Esto está más embanderado que el puerto de Iquique el 21 de mayo -dijo el carnicero Remigio Tapia, llegando con su mujer y la guitarra.

-Venimos dispuestos a hacer humear el instrumento -dijo ella.

Al lado contestó otro de los vecinos, sacando el acordeón de una bolsa, que sonó sin querer, al dejarlo en el suelo. En una banca se acomodaron el carbonero a quien le decían El Troile y su mujer, La Babetta, también con su guitarra, esperando que dieran la señal para que empezaran la fiesta y el canturreo. En un rincón se instaló Alamiro Brieba, a quien le llamaban El Profeta por ser profesor, aunque sin título. Se ganaba la vida haciendo clases particulares a los hijos porros de los dueños de bar, hombre juicioso, enredado con una vieja conocida como La Dos Muelas -también presente-, porque era lo único que se le veía cuando soltaba la carcajada.

El anciano había adornado el almacén, el pasillo y el patio picando papeles de colores, pegándolos en las paredes. El fudre parecía un altar como el de los velorios de angelitos. Comenzaron a llegar algunas viandas preparadas por las comadres que sentían afecto y cariño por don Quento: su costillar, alguna pata de chanco, una olla con pescada frita, cebolla escabechada.

El dueño de casa dio la señal y las parejas comenzaron el baile, los cantos, y como a la media hora ya temblaba la casa entera coreando un vals inventado por El Chisposo, un fabricante de jabones caseros:

Ando borracho
por una mujer, ja, ja.

Ella no me ama,
pero yo la adoro, ja, ja.

Los cantores primero respetaban los dos «ja, ja», pero a medida que se iban emparafinando, los más escépticos, a los que les había pasado alguna mano en el amor, lanzaban unas tremendas carcajadas, estremeciendo el negocio y al vecindario en vela.

En los primeros momentos, el vino fue distribuido con toda pulcritud en vasitos, motivando los «salud» con todo tipo de reverencias, como en los grandes salones de antaño. Pero pasada la medianoche, las cantoras se instalaron alrededor del fudre y comenzaron a tomar con un cucharón que pronto empezó a circular de boca en boca, hasta que decidieron poner en pie la inmensa pipa y sacarle la tapa, porque el sistema de la manguera no resultó. Los tomadores se quedaban pegados chupando, y los otros que

estaban en la fila, muertos de sed, tenían que rescatar la manguera a gualtazo limpio. Ya como a las tres de la madrugada se llegó a un acuerdo que agradó a toda la concurrencia: cada invitado tenía derecho a una zambullida, no muy larga eso sí; y cuando se quedaba más del tiempo convenido, los demás lo tiraban de los pies, porque la sumergida era de cabeza. Muchos volvían morados como betarragas, pero con un poco de respiración artificial recuperaban el habla y a los pocos minutos ya estaban exigiendo una nueva zambullida, asegurando que el tino estaba de mascararlo y que don Quento era el hombre más generoso de la tierra.

El resto de la noche pasó volando y pronto se escuchó el gorjeo de los pájaros que picoteaban el úncio vidrio bueno de la ventana del negocio: amanecía. Nadie quedó en pie. Los borrachos roncaban estruendosamente desparramados por el pasillo, algunos con cara de diablo con cejas, pera y bigote pintados con tizne de carbón. Alguien orinó dentro de una guitarra. El bandoneón, después que los curados empezaron a jugar una pichanga, quedó con un tremendo hoyo, por donde se filtraba el aire, y no sonó nunca más. A El Troile le pusieron una espina de pescado en el ojal. El Profeta andaba en monopatín, pero en sueños; algunos letreritos se los colgaron a las señoras. A La Dos Muelas, el que decía «Privado», y a La Babetta, «Sea breve».

Como a los tres días vino a aparecer don Quento por las cantinas del barrio. Era otro hombre, con los ojos perdidos, barbudo, ojeroso aún, con la mona viva, porque se le notaba que no se había oreado.

-Y ahora qué le voy a decir a la finada -sollozaba.

Trataron de consolarlo.

Parecía que estaba esperando la ocasión para contar algo sobre el Almacencito «La Gloria», porque apenas alguien recordó la fiesta, confesó:

-Parece quento. Quebré. Nos tomamos y nos comimos todo el capital la noche de la inauguración. Hace un rato vinieron a llevarse el fudre vacío.

Pidió una caña. Preguntó:

-¿Quién era el que se interesaba por la Micaela?

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

Estubigia, canastera, descalza, rostro de mimbre, ojos de ceniza, frente de mármol, caminando por el molo de la caleta, comprando el ultecito, el luche, las machitas, su jurel, su cauque para revenderlo y tener para los cigarrillos y un plato de sopa. Grandes pies nudosos. Los tobillos, duros como si fueran de palo, secos. La cara, de una mujer de sesenta y cinco años, arruinada por el mar, tajeada por el mar. Un rostro en continuo movimiento, que permitía una absurda comparación con una cebolla, plena de capas y pieles delgadísimas superpuestas, dando vuelta, una encima de la otra, de mayor a menor.

Estubigia se sentó en una piedra. Era una tarde de junio, mes difícil y duro de los grandes vientos encontrados y las lluvias de la estación: el sol radiante preparando la próxima tormenta en medio del grito de las gaviotas, las boinas de lana tejidas a mano de los pescadores, parecidas a la que usaba el difunto Florián, ahora casi perdido en el recuerdo. ¿Cómo eran sus ojos? Y esa sensación que no obedece a ningún mandato, una ley no cumplida, una amenaza latente que no violenta ningún orden, que no discurren en el cerebro ni en músculo alguno. Un residuo del organismo no calificado, un breve segmento de la muerte, nadando vivo en el cerebro.

Posiblemente sus ojos fueron pardos, negros. Ya, además, no importaba el color, sino el uso que tuvieron, el uso que les dio el difunto.

Una botella, los dos vasos, Estubigia y ese reflejo de la luz sobre los cristales y un punto y un violento chisporroteo, luego la mano, otra vez los nudos de los dedos, el movimiento del brazo, los ojos entrando en los ojos, un lento movimiento del silencio:

-¿Mucho viento?

-Como siempre.

-¿Viene el surazo?

-A lo mejor.

Sólo sonidos, palabras sueltas, palabras idas, palabras polvorientas, palabras absurdas, palabras sin sentido. Ahora no dicen nada. Se perdieron las palabras. Jamás

nadie las encontró ni las encontrará en ningún oído, en ninguna memoria. ¿Qué más? Las quejas, los celos, los reproches, las dudas, el miedo:

-¿Qué te pasa, Florián? ¡Ya no eres el mismo!

-A lo mejor.

-Algo tienes...

Un ademán como diciendo: ¡basta!, pero contestando con una pregunta:

-¿Crees tú?

-Se te nota a la legua. No «estás» aquí.

El rayo fulgurante de los vasos, el relámpago de los cristales, los círculos diamantinos, el crujido del silencio, la alteración y pulsación del mar cuando los seres lo escuchan y dejan de ser humanos y se renuevan con las olas, estupefactos, destrozados, calmos, feroces, piadosos.

La queja:

-¡Estás cansado de mí, Florián!

La disculpa:

-¡De todo!

Con una mano en la frente como a un hijo:

-¿Y yo no soy tu mujer?

El miraba, cruelmente, la vejez repuntando en la boca de Estubigia. Labios mustios. Madera. Raíces. Cartón. Agua fría.

Un gesto del pescador para que le llenaran el vaso, el vaso, el vaso...

-No quiero discutir.

El reproche:

-Ya sé lo que te pasa. Lo sé todo.

La defensa:

Sólo un movimiento de hombros.

La recriminación:

-Antes no era así.

El pensamiento oculto:

-¡Antes, antes cuando era joven!

Los cargos:

-¡Perdí la juventud por tu culpa!

Mientras se miran

(Ella con candor, pero sin preguntar):

-Es lo que me interesaba saber para no seguir sufriendo.

-Sírvenme -fue la única respuesta.

El vaso, el vaso interminable girando en su nódulo, en su núcleo, como en las películas mudas, a saltitos, desde la mesa a la boca y desde la boca a los ojos y de los ojos a la mesa. Tinto, violáceo (una asociación con un absurdo charco de sangre, unos gritos, un cuchillo).

-¡Es esa mujer! Ella te tiene así, sin habla.

Se miraron los rostros, todavía sin desafiarse. Ella en la duda, perdiendo y ganando, y él acercando el sonido del mar a tal extremo que sólo escuchaba el crujido de las olas, sus ruedas suaves como el tictac de un reloj pausado. Y además el olor del mar no tan agrio como el vino que estaba tomando, no tan ácido como el mar en la tempestad, no tan cambiante como la ira de las olas cuando se internaba en el golfo de Arauco y era como andar dentro de la muerte, tocar sus paredes de agua y después regresar casi como un sobreviviente y escuchar las palabras, las palabras, las palabras de su mujer, las mismas palabras encajando en los mismos sentimientos, en la misma silla, en la misma mesa, en la misma cama, ya sin hijos, vacíos, incompletos, y sólo el mar transmitía su grandeza en el vaso, pequeño mar agrio, pequeño mar obispo, como si raspara la garganta y hasta los zapatos, pequeño mar que se quedaba a nadar en cada ojo, y luego, de golpe, la traición, el zarpazo. Quedar entre las aguas, entre las capas de las aguas, entre los vidrios del mar y morir, duro entre las aguas más acogedoras que puede reconocer un hombre como Florián, que perdió su madre al nacer.

-Ahora anda con tacos de alto y cartera -acusó Estubigia.

Florián por pura crueldad miró sus pies descalzos. Pies que ya no tenían sentido. Pies de nadie, planos, chatos, embarrados.

Florián hizo sonar el vaso con los dedos.

-Tú la mantienes; todo el mundo sabe eso.

-No me hagas reír. (En realidad, me voy a reír, me estoy riendo, me seguiré riendo por los siglos de los siglos. ¡Una historia de zapatos!)

La voz quejumbrosa:

-¿Qué haces la plata, entonces?

-Me la tomo. ¿Y qué?

-Pero la otra tiene zapatos y yo no. (Yo se los vi, como los que usan ahora, caros, con tacos de aluminio.)

-Bsssh.

-Para la otra, todo; para mí, nada.

-Está medio ácido este vino -pero sigue llenando el vaso, el vaso, el vaso. Y ahora sí la voz cargada con violencia-: Contéstame. Contéstame de una vez.

El prefirió mirar el mar desde la ventana de su casa y dejar atrás a su mujer, sus gestos, sus ademanes con los dedos abiertos, el rostro contraído antes que se lavara con las lágrimas, antes que se derrumbara, antes que se quebrara, antes que pareciera un nido, tal vez como si fuera de ceniza, antes que se apagara consumido por su venganza, antes que se desplomara con el propio peso de la ira, antes que dejara de ser bueno y humano y tomara destellos bronceos, parecidos a una débil piedra cobriza, y por eso se tranquilizaba escuchando el ruido y el silencio del mar, mirando el elástico de sus olas, su enlace, disminuyendo su carga, su irremediable subterfugio. Hasta que olvidó del todo la voz, la borró por completo, además, los dientes, la garganta, ese cuerpo gastado por el uso de los días, por el peso del cielo recibido en la frente, por el feroz peso de la tierra resistido con los pies, cuerpo inservible que ahora sollozaba como un montón de huesos agitados por el tiempo, como el resumen de todos los días que puede resistir un cuerpo. El sollozo y el mar. Florián, el pescador, el mediador de esos quejidos, de esos aullidos. Porque ahora todo era silencio otra vez. Un pez midiendo la altura mayor del agua. Así era cada lágrima de Estubigia, hasta que la luz rebotó nuevamente en los vasos con un tinte más pobre y renegrido.

-¿Florián, por qué no vuelves al circo?

Ya se había secado los ojos rojos, los ojos sangrientos, los ojos sufridos, los ojos callados.

-¿Para qué?

-Para que te pongas contento como antes. Entonces reías.

-Hace tanto tiempo, ¿no?

-... era tan distinto. Soñábamos. Y tú eres el único que podías hacer la prueba.

Florián comenzó a dejar el mar a su espalda, sin apremio, y se acercó lo suficiente a la voz hasta escuchar lo que estaba hablando su mujer.

-No te importaba arriesgar la vida.

-La vida. ¿Cuál vida?

-Tú allá arriba en la cuerda floja, y yo rezando.

-¿Servía de algo?

-No sé. Me tranquilizaba un poco.

-¿Tuve miedo alguna vez?

-Nunca, m'hijito.

-Parece mentira. ¡Cómo pude hacer esas locuras!

-¡Cómo te aplaudían! La gente quedaba con la boca abierta, y no era para menos.

-Sí, ¿no?

Primero recobró vida el redoble del tambor, una sensación como si golpeará un cuero seco con dedos mojados. Un golpe desafiante, más rápido que el latido humano. Luego los rostros pequeños, sólo las luces de los ojos, los agujeros mojados de las bocas de los espectadores como nido de hormigas. Los payasos preparando el momento culminante, tapándose a medias el rostro. Después el vacío, una parte de la muerte. Y después, después, los aplausos, secos, huecos, secos, y los payasos rodeándolo como si regresara del otro mundo, y él tan sereno, con la indiferencia profesional del que está en el apogeo de su gloria.

-Vuelve, vuelve al circo -porfiaba Estubigia-. Deja el mar.

-El circo necesita gente joven.

-No importa que tomes, que te emborraches, Florián. Yo misma me encargaré que siempre tengas la chuica llena. Pero súbete al trapecio y vuelve a hablarme como antes.

Ya no era la hora de la ternura. Tal vez el hecho de tomarle la mano a su mujer, que lo había querido angustiosamente, ya no significaba nada. Sólo un frío áspero. Un pellejo que ahora espera morir a su lado, con pocos dientes, con los hijos distantes y tan pobres como habían nacido.

Otra vez el vaso de vino de Florián adquirió una dimensión fantasmagórica, como de oro raído. Otra vez el tartamudeo del tambor, el soplido del tambor, el vértigo tentador de la altura, los rostros agudos de los espectadores.

-Voy a hacer la prueba, pero con un caballo -confesó, por fin, Florián.

-¿Con un caballo? ¿Qué es lo que estás diciendo?

-No me voy a morir sin hacer la prueba.

-¿Pero cómo, viejo?

-Me subo, ah. Me cuelgo en el trapecio. ¿Con una grúa levantan el caballo allá arriba, ah? Bueno, no sé, pero de alguna forma tienen que subirlo.

-¿Estás loco, Florián?

-El artista vive de los aplausos.

Imitó:

-Plap,plap,plap. Eso le llena el alma. ¿Cuál sería la gracia de volver allá arriba sin el caballo?

-¿Te parece poco? Al menor descuido, te matas.

-No entiendes...

-Claro que entiendo, Florián. Pero subir un caballo para que camine por la cuerda floja...

-Me voy a comprar un matungo cueste lo que cueste.

-¡El caballo! ¿Y mis zapatos?

-¡Qué me importan sus zapatos, señora!

-Me lo prometiste. ¡No quiero irme de este mundo a pata pelada! Cómprate el caballo si quieres, pero cómprame zapatos, Florián; un modelito barato no me importa.

Se levantó el pescador para salir al encuentro del mar como era su costumbre cuando estaba borracho. Sincronizó las olas con los distantes aplausos que lo incitaban a galopar en el aire con su caballo en un sueño delirante. Después, cuando se acercó Estubigia, le tomó la vieja cintura con cariño y así terminaron el resto de la noche.

Nunca tuvo Florián Navarrete la oportunidad de galopar en la cuerda floja con su destartado caballo. Sus amigos, al escuchar el absurdo proyecto, movían la cabeza sin comprender. Terminaron por dejarlo solo, y cada vez que algún circo aparecía por la caleta, él era el primero en acercarse al administrador, para regresar momentos más tarde triste y derrotado, arrastrando el animal hueco y anguloso con una soga. Cuando alguien para consolarlo le daba algún consejo, siempre escuchaba como una obsesión: «Algún día, algún día...», imaginando la función de gala en la que iba a ser el número de fondo, mientras vaciaba las botellas, y su caballo chorreando lluvia y tristeza también lo miraba con compasión.

Entonces se decidió.

En vez de la cuerda floja, el puente ferroviario. Primero lo atravesó a pie, contando los tablones, comprobando que si el caballo pisaba en falso iría a una muerte segura. Pero le hormigueaban los aplausos, la cara expectante del público dudando de su hazaña.

Acarició al caballo, que se negaba a enfilar el peligro, hasta que lanzó un grito desgarrador, no humano. El grito de la felicidad y de la dicha póstuma. Emprendió la carrera, ciego, trémulo, iluminado por las sombras menos densas que rebotaban en la corriente del río, y garabateó, maldijo, insultó, semidió de su pequeña audacia, ufano en su desafío, hasta que escuchó claramente el pitazo del tren que venía en sentido contrario, alegrándose cuando olfateó el olor a carbón o petróleo, azuzando al animal hasta que chocó con la locomotora dando varios barquinazos. Envuelto en las tripas del animal, fue a parar a un vagón cargado con huevos y ahí murió entre las claras y las yemas y las cáscaras tan molidas por el golpe que parecían nieve rosácea cuando apenas el polluelo deja el caparazón.

Estubigia recuerda, sentada sobre la piedra, la mañana que fue a la morgue y ahí tuvo que lavar lo como si hubiera sido una gallina gigante hecha añicos, con el cabello ensortijado y amarillo rodeado de espuma, con un pequeño mar inerte petrificado en su imposible proeza, con breves alas, frías, casi como algas agonizando fuera del océano, mustio y duro como un pedazo de carbón haciéndose ceniza, todavía empujando su cabalgadura, como si cada ojo lo empujara, como si cada brazo lo detuviera, todo por separado, derramándose en su completa derrota. El pobre Florián descansando en una mesa de madera gastada por los otros muertos, por los otros payasos que llegaron antes que él, deslucidos, frustrados y sin nombre, olvidados, sin paradero conocido, sin familiares, sin recuerdos, también sin zapatos, ultimados por la miseria.

Fue entonces cuando Estubigia agarró su canasto y empezó a vender dihueñes y empanadas fritas, siempre dándole una mirada al mar antes de acostarse, repitiendo:

-¡Me voy a morir sin haber usado zapatos!

Ahorrraba, y cuando por fin reunía unos pesos, llegaban los achaques, o bien subían el precio de la merluza, el arriendo del miserable cuarto donde tiraba un rato sus huesos por la noche.

Hasta que sintió que la muerte venía a buscarla de a poco, anudándola por dentro, pegándole unos golpecitos, haciéndole unos llamados, restándole fuerzas, aquietándole el corazón, pero siempre escuchando el mar, como si también el mar envejeciera junto a ella, cada día más achacoso, encorvado, como si la espuma, en su regocijo, tardara más en romperse, en transmitir su belleza y su libertad.

Y cuando la muerte llegó por completo, no tuvo mucho trabajo en llevarse a Estubigia.

Al contrario, la anciana la estaba esperando y le abrió las puertas casi con júbilo. Una noche dejó todo en orden. Y se durmió. Y del sueño pasó a la muerte rápidamente, sabiendo de antemano que no regresaría, que se iba despidiendo de sus huesos y de su pobre saldo de piel que le había quedado como única herencia de la vida.

-Murió Estubigia -sollozó una vecina.

-Y sin zapatos -repitió el coro de los curiosos.

Se movilizaron las comadres, casa por casa, hasta que aparecieron con un par envuelto en papel de diario.

-Es lo único que pudimos conseguir -se justificaron-. Ojalá le queden bien.

La pieza se llenó de extraños mirando el rostro arenoso de la anciana. Un rostro que no era vengativo ni plácido, que había sufrido y que había llorado y ahora perdonaba sin que nadie se lo pidiera.

La taparon con una sábana, mientras le calzaban los zapatos de fútbol del compadre Cochecha, que los cedió con bastante emoción. Todavía los tobillos tenían esa porfía metálica de la madera. Y la vida de Estubigia terminaba en ese par de zapatos, sin lengua, con los estoperoles sobresalientes.

Después aparecieron los dos maestros carpinteros. «Nosotros vamos a hacerle el ataúd -dijeron- con lo que nos sobre del pololito que estamos haciendo.» Porque más arriba, a unos pocos metros, en el cerro El Infiernillo, esa misma tarde iban a crucificar a un sospechoso junto a dos ladrones.

Se lo pasaron haciendo viajes, porque clavo que les sobraba del otro trabajo lo traían de regalo, y con el saldo de las maderas de las cruces del cerro empezaron a hacer el fondo de la caja. Se notaba que los dos hombrecitos -el carpintero y el ayudante- eran del oficio, porque uno sacó una huincha y empezó a medir a la finada mientras el otro le sujetaba la mano para que no se equivocara en el cálculo.

-Dos por dos son cuatro, llevo una, que no es ninguna, y me doy vuelta y sumo tres u sea cuatro y me van quedando..., y me van quedando...

-¿Qué es lo que te va quedando, cara de vidrio molido? -preguntó el ayudante.

-¡Una sed caballa! -contestó el carpintero.

-Los maestrillos tienen sed -gritó una de las comadres que estaban escuchando la conversación.

Pronto apareció una jarra de chacolí y después otra de chicha con naranja.

El ataúd quedó listo al amanecer. Con las cruces desocupadas después del ajusticiamiento terminaron el resto del féretro. La parte de arriba, la tapa, la completaron con unos cajones sardineros que regaló un comerciante. Lo pintaron con unos conchos de color verde botella por un lado y yema de huevo por el otro, los únicos que consiguieron prestados, mientras los vecinos se preparaban para el velorio trayendo tritite ahumado, queso de chanco, jaibas cocidas, pan abundante y aguardiente.

Empezaron los rezos y los llantos; los maestrillos recogían la virutilla despejando la habitación.

La pieza olfa a madera fresca, a pino verde. Vistieron a Estubigia con su ropa negra de viuda. Con los zapatos de fútbol inspiraba más respeto.

-Y pensar que cumplió su sueño -dijo una vecina por lo bajo.

Los maestrillos tomaron a la anciana como si fuera un bote. Dos de los hombros y dos de los pies, y empezaron a ubicarla en su nueva casa.

-Este es el momento cuando a uno le viene la rabia -dijo el ayudante.

-Táte callado, pailón -fue la respuesta del maestro carpintero.

Apoyaron la cabeza de Estubigia en una tosca almohada en el interior del cajón y siguieron acomodando el resto como si fuera una semilla cayendo a la tierra, una semilla blanca que no le hizo mal a nadie, que crió sus ocho hijos, que barrió, lavó, amó, que le sacó los zapatos a Florián toda vez que llegó borracho, que luchó a brazo partido para que a los niños no les faltara leche, que rió cuando caminaron sus críos o escuchó sus primeras

palabras, que veló a sus enfermos, que caminó largas distancias para pedir prestado un hueso y parar la olla y que calló a la hora solemne del hambre.

Y ahora que la estaban dejando para siempre en el ataúd, los maestrillos comprobaban que no les había alcanzado la madera, y por unos pocos centímetros el pequeño cuerpo no podía entrar por más que trataban de ajustarlo.

-Hay que sacarle los chuteadores -dijo el carpintero.

Una de las comadres empezó a deshacer la pulcra rosa de los cordones de los zapatos de fútbol, y de nuevo los concurrentes vieron esos antiguos pies desnudos, postrados en su terrible desolación.

Sólo el mar continuaba su agresiva parsimonia, sin que le faltara o sobrara nada, completo, íntegro en su destrucción, sin prisa y sin pausa, ordenado, caótico y solemne como si realmente fuera un ser humano que todavía estaba vivo.

PINTAR POR POCA PLATA

Parece que se le pasó la mano con la barba.

-No creo.

-Fíjese bien.

-¡Se le ocurre!, aunque me entró la duda.

-Además, el color de la cara no está ni parecido.

-Muy pálido, dice usted.

-Claro, ni que estuviera enfermo.

-¿Y ahora?

-Ahora, sí. Cambió.

Empezó a retocar las cejas, bastante anchas.

-Está medio tembleque, maestro.

-Mírelo bien, de lejos. ¿Y... ?

-Espérese un momento.

Hizo un gesto como si tratara de separar el aire con la mano.

-Algo tiene de raro, oiga.

-Será la nariz -dijo, limpiando el pincel con el guardapolvo.

-¡Le falta pera y le sobra bigote! ¡Hmmm, ni que le hubiera dado la alfombrilla!

-Cierto, ¿no?

-¿El coqueluche, dice usted?

-¿El coque qué?

-¡Se nota que no sabe nada de medicina!

-Páseme otra hoja, será mejor.

-¿Qué piensa hacer?

-Empezar de nuevo; no resultó.

-Si seguimos así nos vamos a ir a las pailas.

-Paciencia, tranquilo, Escuti.

-¡Una semana para dibujar una cara!

-¿Cuánto nos demoramos la otra vez?

Se frotó las manos con entusiasmo.

-Además, los monos le salen con sonrisa de tigre.

-Eso me pasa por mirarlo a usted.

-Hay que cambiarle la fisonomía al caballero.

-¿Y qué cree que estoy tratando de hacer?

-¿Y si dibujáramos otra cara más fácil?

-Bueno sería, pero no es lo mismo.

-¿Por qué?

-Por el respaldo de oro, creo yo.

-Ah, también es cierto.

Empezó a dibujar el ojo.

-Ahora sí que vamos bien.

-Tése callado, ñor, que me pone nervioso.

-Esto no es como pintar paredes, o salir a la pista para que nos volaran la cabeza a chuletazos.

-No, pu. Eso era antes cuando trabajábamos de payasos. Ahora somos artistas de verdad, no de circo. ¿O no somos?

-Claro que somos.

-Ah...

-¿Le sirvo?

- Bueno sería, para afirmar el pulso.
- Claro.
- Con la luz, el vino tomó un color obispo.
- ¡Buaaaahua!
- Se limpió la boca áspera con el codo del guardapolvo manchado.
- Ahora escribiría la Biblia en el lomo de una pulga.
- Me que no. Aunque no es para tanto.
- ¿Usted desconfía, maestro?
- Me que voy a desconfiar.
- Con la facilidad que tenemos para dibujar.
- Hay que reconocer que le pegamos al cocido.
- Oiga, cuando jubile me voy a dedicar de frentón a la pintura.
- ¡Se hará rico con toda seguridad!
- Chitas que estamos con mala pata; parece que la barba...
- No se la haga tan enrulada, eso sí...
- Es el pincel, maestro.
- Yo se lo dije. ¡Haga memoria! Compremos uno más fino.
- Economía es riqueza, maestro.
- Ahora sí. Parece que dimos en el clavo.
- ¿Por qué no me lo representa?
- Hay que mirarlo desde lejos, ¿no?
- Oiga, maestro. ¿Quiere que le diga una cosa?
- ¿Qué cosa?
- Está mejor que el original, fíjese.
- Yo también creo que salió favorecido.
- No le haga nada más, mire que...
- Tomando distancia, los dos artistas contemplaron la obra, absortos.

-Prepáreme la ampliadora -dijo uno.

-Con un poco de huincha aisladora taparemos los hoyos del fuelle -contestó el otro.

-Ecolecuá.

-Chih, si nos falta hablar no más.

-¿Y qué vamos a hacer con tanta plata?

-No se limpie la boca antes de comer, maestro.

Caminaron hacia un rincón: un cuartucho improvisado. Cartones, alambres.

-¿Y la ampolleta?

-¿Para qué? Así al tuntún no más. Nada de derroche.

-Hay que tener cuidado. Puede salir movida.

-Se le ocurre, maestro. ¿O es que tiene desconfianza?

-¡Me que voy a tener desconfianza!

-Entonces muera ahí.

-¿Y el ácido?

-¡Flor!

-¿Del bueno?

-Tres estrellas, tres estrellas, maestro.

-No se ponga derrochador.

-Si la materia prima es buena, el producto tiene que ser bueno. ¿Uno, dice usted?

-Así tiene que ser, si usted lo dice.

Continuó el largo proceso de preparación de la fotografía.

-Parece que no nos va a alcanzar el cable.

-Le añadimos otro poco y listo.

-¿Será de la misma imperancia?

-Probemos, pues.

Uno peló la punta de los alambres y el otro se encargó de unirlos rápidamente, trezando las hebras.

-Enchúfelo ahora -ordenó.

Salió una inmensa llamarada.

-Equivocamos los polos, maestro.

-Casi me fui de espaldas con el susto.

-De espaldas el loro, ¿ah?

-Mejor es que cambiemos los alambres y con la ayuda de otro ladrón hacemos el injerto.

-Y después llamamos a los bomberos.

-No sea fatalista, maestro.

Desenredaron la madeja. Recorrieron de nuevo la instalación moviendo los alambres.

-¿Cómo los halla?

-Ahora parece que va a resultar.

-Ya, ñor. No perdamos más tiempo.

-¿Y de cuánto será?

-De cinco por ocho.

-¿Y si fuera de seis por nueve?

-Es lo mismo, pero desperdiciamos el material.

-Es que con la de cinco por ocho me quedan los bigotes afuera.

-Además, tiene que ponerlo patas para abajo.

-Con la barba pa abajo, ¿no? ¡La media novedad!

-¿Seis por cuánto, dijo?

-Seis por nueve.

-Seis por nueve: lo veo medio achatado.

-Súbale una pulgada, entonces.

-¿De dónde?

-Del lado de los cachetes.

-Déjeme ver. Así está mejor.

-Tiene que centrarlo bien.

-¡Si sé, oh!

-Si no, va a quedar la del panadero.

-Quédese callado, maestro.

-Me estraña, araña.

Finalmente se escucharon el clic del obturador de la ampliadora y una serie escalonada de ruidos.

-Estamos listos -dijo uno.

-Pero antes, un aro.

-Para que se nos mejore el pulso.

-¡Y se nos clarifique la vista y mejore el oído!

-Después tomaremos puro reservado, no más.

-Ojalá.

-¡Vamos a hacer zumbiar el Banco Central!

-Mire que no.

-¡Cuántas cosas tuvimos que pintar para darnos cuenta de que éramos dibujantes, que le pegábamos al dibujo!

-¡Y los días que nos tiramos por el alambre cuando fuimos payasos!

-Y ahora el trabajo de joyería que estamos haciendo.

-Más o menos.

-La plata llama a la plata, maestro.

-Eso dicen.

-Y es la pura verdad. ¿Se acuerda que usted no quería comprar la prensa plana?

-Hábleme de prensa plana.

-¿Cómo la llamaría usted entonces?

-¡Un montón de fierros viejos!

-Pero funciona, funciona.

-¿Entonces de qué se queja?

-Es muy lenta, maestro. Cada hora pega su gualetazo; así vamos a la ruina.

-Es cuestión de cambiarle unas piezas. Hasta ahora no nos ha dejado mal La Chinchosa.

-Usted piensa a la antigua.

-Cuando seamos ricos, maestro, nos vamos a comprar una rotativa caballa.

-Eso es otra cosa.

-Mientras tanto hay que pedalear ligero. Así rinde más.

El ácido, un poco diluido, comprado de segunda mano, no picaba bien la plancha de zinc. El prócer apareció deslavado, opaco.

-Por fin -dijo uno-, después de seis horas de trabajo.

-Se nos pegó la carreta, pero quedó tal cual.

-Mejor que el original. Mejor que el original, palabra.

Empezaron el calce del clisé una vez montado en la madera, rebajándolo otro poco, porque la parte de la nariz quedaba entintada y los ojos aparecían en un segundo plano, muy perdidos. Pegaron un cartón en el lado opuesto del clisé; siguieron equilibrando las letras del billete: Banco Central de Chile. Movieron una de las ruedas de la destartada prensa de ejes gruesos. La rueda, a su vez, hizo rodar otra pieza, enganchándose con una polea, con otros dientecillos conectados con una especie de chimenea, donde salía el humo de un pequeño motor que movía el complejo engranaje, produciéndose a la larga el golpe seco de la impresión.

-Calila -dijo uno.

-Déjeme ver -curioseó el otro, poniendo el billete al trasluz.

-¿Cómo estamos, Ramos?

-Mahoma. Hay que ajustarle un poco la nariz.

Aumentaron el grosor del pequeño tabique de cartón en la base opuesta del clisé.

-Le voy a pedalear las primeras cien lucas -dijo uno.

-De acuerdo -contestó el otro.

Pero antes de empezar el trabajo preguntó:

-Yo tengo una curiosidad; ¿qué va a hacer con la plata?

-¿Yo? ¡Usted se va a reír!

-Diga no más, con confianza.

-¿Sabe lo que voy a hacer? ¡Me voy a comprar un silencioso, iñor!

-¿Y para qué?

-Me, ¿para qué? Pa que no haga ruido. Caprichos que tiene uno.

-Usted dice una taza, ¿un W.C.?

-Si hasta lo tengo visto, oiga. Bueno, ¿y usted?

-Yo, yo no. Yo pienso comprarme una casita. Me buscaré una compañía...

-Silenciosa, silenciosa -repitió obsesivamente el otro maestro.

-No, todo lo contrario. Que hable, que hable todo el día.

-Está perdido, maestro.

-¿Por qué?

-A estas alturas de la vida: chist.

-¿Chist?

-Ya lo hablamos todo, ya lo dijimos todo. Por eso, yo, chist.

-A mí me gusta la conversa -dijo Leonardo con tono modesto, emocionado. Tenía sesenta y ocho años cumplidos.

-Lo que es a mí -dijo Miguel Angel-, un vaso de vino, el plato de comida y el silencio, mucho silencio.

-Y alguna «pescadita» caída a lo mejor.

-A lo mejor. Pero siempre que... chisst, ¿ah?, callaíta. Que se esté callaíta, que no cuente ninguna cosa.

-Pedalee, maestro -dijo uno de ellos cortando bruscamente la conversación.

Miguel Angel empezó a silbar. Leonardo cubrió las ventanas que daban a la calle con algunos cartones entintados.

Trabajaron dos días con sus noches, dándole mordiscos al pan duro, tomando un vaso de vino entre jornada y jornada.

Unos golpes.

-¡Señora Catalina!

Entró husmeando los tarros con tinta.

-Ustedes están haciendo diabluras -denunció la anciana, sin rodeos.

-Oíste, Miguel Angel -dijo uno.

-Claro que sí -contestó el otro, indiferente.

-Depende, pues, abuelita.

-Crean que no sé -acusó la anciana con malicia.

-Nos cansamos de ser honrados -dijo uno.

-Así es -confirmó el otro.

La mujer esbozó una exclamación, una frase enredada.

-Todas las semanas salíamos para atrás, aquí con el amigo.

-Y pinta que te pinta. ¿Para qué, pregunto yo?

-Pa nada.

-La policía, los carabineros... -tartamudeó la anciana.

-¿Qué es lo que tiene la policía con nosotros?

-Ellos saben que ustedes están haciendo diabluras.

-No me diga -dijo uno de los maestros con tono burlón.

-Y la otra vez... -argumentó la anciana de ojos pequeños.

-Bah, la otra vez éramos principiantes.

-Por eso se nos despegaban los billetes.

-Y se chorreaban su poco también -agregó la mujer del canasto, pero sin ánimo de ofender.

-Ahora la mercadería está puro buena -dijo Leonardo.

-¿Por qué no le da uno? -insinuó Miguel Angel con tono cordial.

-Ustedes han perdido el juicio -dijo la mujer de vestido negro mientras caminaba entre los billetes desparramados por el suelo.

-¿Cómo los quiere? -dijo Leonardo.

-Güena, gerente -contestó el otro.

-Llévese uno recién salido del horno -dijo Miguel Angel, sin agregar otro comentario.

-No se vaya a manchar los dedos: está fresquito.

-Sóplelo -recomendó Leonardo- para que la tinta seque más rápido.

La anciana estiró la mano trémula y dudosa, guardando el billete en un pequeño bolso de cuero. Apegó la cadera al canasto con mariscos, despidiéndose con frases que ninguno de los dos maestros pudo entender.

-Hay que suspender el trabajo -dijo uno.

-Ahora que estábamos en lo mejor.

-¿Qué hacemos?

-Eso es lo que estoy pensando.

-Agarremos los billetes y los fondeamos en el tarro de basura. Lo dejamos en la calle, y ni rocha.

-Buena idea, maestro.

Horas más tarde aparecieron los carabineros.

Uno empujó la puerta con el bastón, abriéndola con lentitud.

Se miraron los recién llegados con los dos maestros: cuatro rostros recios, todos preguntando, inquietos, movilizando los ojos con rapidez.

-Hace frío -dijo el carabinero que se ubicó más cerca de la prensa.

-Y no tienen ni una estufita siquiera.

-Todavía no -fue la respuesta.

-Pero con el trabajo no se siente tanto.

-El trabajo debe dar mucho calor -agregó el carabinero más comunicativo.

-¿Qué nos hará? -preguntó uno de los maestros sacando la botella y el vaso.

-Eso es lo que nos hace falta -agregó el otro imprentero.

-A lo mejor nos sube la prisión -dijo uno de los verdes, tratando de hacer un chiste.

-Estando güena la prisión -reafirmó el uniformado-, todo lo demás está güeno.

-Yo también opino lo mismo -dijo el que estaba llenando los vasos.

-Vamos a probarlo.

Se escuchó el ruido del líquido bajando por las cuatro gargantas. Luego el chasquido crujiente de las lenguas mojadas.

Ladró un perro en la calle; se sintió un golpe seco como el que hace una sandía al caer y triturarse.

-¿Qué es lo que está pasando ahí afuera? -preguntó uno de los carabineros.

-¿Nunca ha escuchado ladrar un perro?

-Claro que he escuchado. ¿Es que me cree de las chacras?

-Bueno, ladró un perro.

-Mansa novedad.

Una mujer gritó pidiendo auxilio: se sumaron otras voces.

-¿Qué ocurre? -consultó el verde con inquietud.

-Mujeres, mujeres discutiendo.

-Con razón decía yo que chisst. Que mujeres, chisst. Esa es la fórmula.

-¿Ha escuchado alguna vez gritar a las mujeres?

-Esta vez no le voy a pisar el palito -contestó el uniformado cortando la pregunta de uno de los imprenteros.

-Algo debe estar pasando que hay tanto alboroto -dijo el otro verde.

-No se preocupen, no se preocupen -disimuló Miguel Angel, tratando de desviar la atención.

Aumentaron los insultos, las maldiciones, las carreras.

Cuando los uniformados abrieron la puerta, un perro seguía husmeando el tarro basurero dado vuelta. En medio de las cáscaras de frutas, los residuos de verdura, las espinas de pescado, la mugre y el polvo, quedaron algunos billetes. El resto, empujado por una ráfaga de viento, revoloteaba por el aire mientras las mujeres, en apretado círculo, esperaban con los dedos crispados la caída de la milagrosa lluvia de dinero.

-Somos quemados, Miguel Angel -dijo uno.

-Tenemos mala pata, Leonardo -contestó el otro.

Antes de caminar arrestados al retén, miraron algunos billetes sujetos como volantines en los hilos de la luz.

Patearon unas piedrecillas del camino.

-¿Cuánto nos queda de capital? -preguntó uno.

El otro se revisó los bolsillos y contestó:

-Una luca.

-Una luquita. La vieja luca. ¿Buena o falsificada?

-Me que buena: falsificada, pues, maestro -dijo en voz baja con cierto orgullo profesional:- fal-si-fi-ca-da.

-Oiga, mi cabo, nos permiten ofenderlos con una cañita -invitó Miguel Angel, deteniendo la marcha en la puerta de un chinchel.

-Listo, ofenda no más -contestaron los uniformados casi al mismo tiempo.

Entraron, tomaron, pagaron y se fueron.

PARAÍSO PARA UNO

Ustedes no se preocupen, les dije. Pidan otras dos botas, que yo vuelvo. Choqué contra las sillas al salir. Se movía todo el bar: las lámparas, las botellas, los otros curados y los faroles de la calle, y si uno no sujetaba los edificios, se le venían encima, hasta que llegué a la esquina del incendio, las mangueras como tripas de ballena por el suelo, y encuentro a un gallo hurgueteando el grifo vestido con hule negro, dándole cuerda a la cuestión con una manivela, y me lo aclaro después de pegarle su patada, diciéndole: «¡Ah, tú eras el gracioso que está dando vuelta la calle!»

Seguí mi camino en la oscuridad, hasta la otra esquina. Me puse a escuchar pasos. Unos bien cortos como si fueran de un viejito que iba apurado para la casa. Trotaba pensando a lo mejor en la mentira que le iba a contar a su mujer por andar a las tres de la madrugada gastándose la plata. Venía bien caramboleado, hablando solo, diciendo: «¡No!, no, ¡no!» Vaya a saber con quién discutía, mientras tomaba vuelo en cada árbol y con el empujón iba a parar lejos, para arriba y para abajo y también para el lado, conversando con los postes como si fueran humanos. Le salí al paso, yo también como huasca. Traté de apoyarme en una puerta y lo miré fijo: vi como tres borrachos en el mismo lugar, igual que esos ñatos que rompen el pavimento con las máquinas tiritonas y dan risa, porque tienen como seis manos, muchos ojos y sus tres o cuatro pares de patas al mismo tiempo, mientras hacen el hoyo.

-Me da fuego, amigo -le dije, acercándome.

Avanzó de lado, hurgueteándose los bolsillos, aleteando como gallo al amanecer, preparándose para el canto.

-Parece que no tengo.

Saqué el cuchillo.

-Amigo -invitó-. ¿Por qué no nos vamos a tomar un trago?

-¿Dónde?, en este desierto -pregunté para disimular.

-Caminando se llega.

Intentó darme un abrazo, pero se fue en banda. Pasó de largo. Quedamos de espaldas. Se dio vuelta de nuevo, como para regresar, buscando el norte, mostrando un montón de billetes sacados del fondo de uno de sus bolsillos.

-Yo pago todo, yo pago todo...

Los otros estarían pensando que a lo mejor no iba a volver y cómo se las arreglarían para salir del paso, porque estaban sin ni cobre. El hombrecito intentó despejarse pasándose la mano por la cara. Los ojos se le subieron y después bajaron de golpe.

-Me vas a perdonar, ganchito.

Entonces le enterré el cuchillo.

Aleteó, oiga, como las gaviotas cuando alguien las corre por la playa y levantan el vuelo después de caminar muchos pasitos. Traté de sujetarlo poniéndole el puño en el pecho y después cayó de un viaje, sin un quejido.

Le saqué la plata. No me atreví con el reloj. Me limpié las manos por el camino. Volví a seguir tomando. Pero al poco rato quedamos en las mismas, se nos terminó el molido y yo seguía con la sed viva.

-¿En qué trabaja usted? -me preguntó el juez.

-¿Y usted, qué tiene que meterse en la vida privada de la gente?

-Está preso -dijo-, y haría bien en soltar la pepa.

Nos miramos.

De buenas ganas de un solo charchazo le hubiera dejado el tintero metido en la boca. Era piticiego y parecía escribir con la nariz.

Volvió a la carga:

-¿En qué trabaja?

-Dale, machuca. Soy ahumador -le contesté.

-¿Ahumador de qué?

-No será de billetes, jetón.

-¡Más respeto con la autoridad!

-Qué autoridad tenís vos, cara de guata -le dije.

En ese momento llegaron los pacos y dijeron que era mejor que contestara como un caballero si no quería que me lumiaran.

-Soy ahumador de pescado -le confesé para dejarlo tranquilo.

Creyeron que seguía chacoteando; pero ¿qué es lo que se ahúma en esta vida?, pregunté: el pescado.

-¿Por qué dejó el trabajo?

-¿No ve que era clandestino?

-¿Quién?

-Esto sí que está bueno: no serían los pescados.

-¿Y qué le pasó?

-Un día llegaron los inspectores y pidieron los libros.

Ah, los libros. Claro, cómo no. «No se muevan», les dije. A lo mejor pensaron que yo les iba a tirar por la cabeza su pedazo de sierra y el correspondiente pencazo. Me hice el tonto y volví. Aquí está el libro. Era la Biblia, el único libro que había visto en mi vida. Y saco la escopeta y los pongo manos arriba y los amenazo: «Correrse antes que los haga humear».

-Ellos estamparon la denuncia correspondiente -confirmó el letrado.

-Esto sí que está bueno. ¿La justicia se hizo para buscarle los tres pies al gato?

-Conteste lo que le pregunten -gritó el escribano-. ¿Qué hizo con el ahumadero?

-Lo vendí, porque sabía que iban a volver y no estaba dispuesto a acriminarme.

-¿Y su mujer?

-¿Y la suya?

-No sea insolente -me reprendió el juez.

-Bah, esto sí que está bueno. A mi mujer no tiene por qué meterla en el baile.

-Aparece como cómplice.

-La Natalia no tiene nada que ver en todo esto.

-¿Pero no fue en el ahumadero? -preguntó el piticiego, metiendo la cuchara.

-¿Qué cosa?

-El asesinato.

-El ahumadero es el ahumadero. ¿Cómo se le ocurre?

Empezaron a apretarme la tuerca:

-¿Quién atendía la cantina?

-La Natalia, mi mujer. Oiga, comer tritre ahumado y sin vino es como tragarse un secante.

-¿Por qué no sacó patente?

-¿Patente de qué? Primero vendíamos puro tritre y después nos ampliamos, porque la clientela se puso exigente.

-Usted nunca pagó una multa.

-No ve que el cabo Romero nos sacaba parte y parte. «Cómo no que te voy a pagar», le decía yo, aforrándomelo. La Natalia se preparaba y salíamos trotando por la calle de la caleta. Ella con la «Singer» y yo con el atado de ropa. La encerraban en el calabozo, pero cuando volvía al ahumadero, después de una semana o dos, daba gusto verla con su inmenso atado de ropa y servilletas bordadas por ella. ¡Tan sacrificada que era la pobre!

-¿Qué hizo después?

-Andaba con la plata calentita en el bolsillo, me comía las manos. ¿Y que no me pego una tranca y compro la leona?

-Hable en serio -exigió el curioso.

-Estoy hablando en serio -le dije. Y le explico-: Yo que me estoy afirmando en un poste, cuando pasa un hombrecito con la leona diciendo:

-La última que me va quedando...

-¿Cuánto querís? -le pregunté.

Me miró como diciendo: «Este patipelado pregunta por revolverla no más». Pero cuando le voy mostrando la tucada, cambió la cosa.

-Ochenta lucas -contestó- y trato hecho.

¡Me gustó la leona, para qué se lo voy a negar!

-La compro, pero tiene que bajarse -le dije.

Empezamos al tira y afloja y el otro también con su media lengua. ¿No ve que los dos estábamos cufifos?

-¿Qué va a hacer con la leona? -parece que me preguntó.

-Y a vos qué te importa -le contesté.

-Es que tiene que dejarme la dirección para ir a ver -me dijo como si fuera a llorar el vendedor, que resultó siendo payaso.

El animalito parecía palillo; se lo hice ver al vendedor. Me confesó:

-Para serle franco hace como una semana que nos estamos tirando por el alambre. El circo cloteó en San Vicente y a mí me han encargado que salga a vender los animalitos.

Me dio lástima.

-Oiga, cincuenta lucas y ni una palabra más.

-Setenta, patroncito -dijo el hombre.

-Estoy plantado en los cincuenta.

-Bueno -dijo, aflojando.

-Entrégume la leona.

-No -contestó el otro-; pasando y pasando.

Parece que se me borró la película, porque cuando despierto lo primero que veo es la leona comiendo las sobras de la sopa, metiendo el hocico en los fideos y digo: «Benito, buena la hiciste». Y recuerdo que algunos amigos me habían dicho que si alguna vez veía elefantes, los amarrara a la pata de la cama para que se aburrieran, pero no me habían aconsejado lo que tenía que hacer con la leona. Y que no le voy a hacer cariño y pega el rugido el caballo de grande, como si yo fuera un desconocido, y trato de ganarme para el lado de la puerta para pedir socorro y me paro en seco y recuerdo a las viejas del barrio que iban a misa cuando amanecía y yo venía llegando, y miran a la chascona y pegan la carrera y se arma el griterío y el animalito que les ruge tupido y las viejucas que se meten detrás de los portones, y yo tranquilo con la leona, detrasito mío, al trote.

-¿Por qué mató usted? -me preguntó de sopetón el juez.

-Porque tenía sed -volví a repetir-. ¿Usted nunca se ha caído al chuico? ¿Y sabe qué más?: yo estaba en la oscuridad.

-¿Cómo es eso?

-Tal como lo oye, usía. Si era como un jilguero, un pájaro suelto criado a la buena de Dios. Hasta que un día vi la luz cuando el curita empezó a explicarme las cosas tal como son.

-Menos mal...

Decía:

-El mundo está dividido en dos partes. El día y la noche. Bondad y maldad. -Y no crea que eran cuestiones que había leído por ahí. No. Eran ideas sacadas de su propia cabeza.

-¡La paciencia del sacerdote!

-Si no soy tan bruto, no crea, cara de sarampión -le digo como para entrar en confianza-. No ve que yo creía que todo era una misma cosa. Como el mar, para ponerle un ejemplo. Pero no. ¿Cuántos mares hay, vamos viendo, dentro de la misma mar? ¡Muchos! ¿No es cierto?

-Por lo visto, los consejos del sacerdote le entraron por un oído y le salieron por el otro. ¿Por qué volvió a matar?

-Sería por la mala costumbre. Por vivir en la oscuridad, como le digo. La embarré, usía.

-De nada le valieron los años que estuvo preso.

-Algo, algo aprendí. El curita me hablaba de todo. Un día él me contaba una cosa y yo otra, y así nos íbamos. Quedó impresionado cuando supo que una vez había caminado sobre el mar, sin ahogarme, como el Señor.

-Carril -me dijo.

-No. Era el tiempo de las sierras cuando entran en celo. Se apelonan los animalitos. Las hembras encima de los machos y los machos encima de las hembras, en un solo revoltijo, y uno puede bajarse del bote y dejar con la boca abierta a los que están mirando. Se escucha como si tostaran maíz mientras uno camina encima de los pescados, y los machos les arrastran el poncho a las hembras, y parecen cuchillo cortando el mar. A mí me gustaba hacer cimbrar el cardumen, como si tuvieran por abajo ni que manso resorte. Se movían todos los pescados y uno tan tranquilo, como si caminara en tierra firme. ¡Ah!, y como le iba contando, una tarde llega a la celda el curita José Luis, y como era medio conversisto, siempre se iba por las ramas para llegar a preguntar lo que quería saber:

-Oiga, Benito -me dijo-. ¿Le gustaría irse al Cielo?

-¿Gratis?

-Gratis.

-Mire que no me va a gustar -le contesto-. ¿Pero así no más?

-El Señor te espera, pero antes tienes que confesar tus pecados.

-¿Qué pecados, padrecito?

-Hay un finado de por medio -dijo.

-Dos -le aclaré-. Pero acuérdense que vivía en la oscuridad.

-El Cielo es la recompensa más grande que puede recibir un ser humano.

-¿Y yo también?

-¡Por supuesto!

-Esto sí que está bueno. Es la primera vez que me ofrecen algo gratis.

-Pero tienes que confesarte -insistió el curita.

-¿De qué? -pregunto, haciéndome el tonto.

-De los pecados -decía él.

-De los pescados -le contestaba yo, burlisto.

A mí me entraban dudas, como siempre he sido desconfiado, pero no quería preguntarle más cosas, y el curita bailaba en una pata creyendo que yo estaba convencido. Pero no. Hasta que un día:

-Oiga, padre, ¿qué garantía tengo yo para irme al Paraíso? -le pregunto a quemarropa.

-Todas -contestó sin vacilar.

Era bien divertido el curita. Huesudo como los animales después que les da la peste, valga la mala comparación. Le bailaban los ojos. Era medio vizcaíno, miope, y un rato los tenía pegados para el lado de la nariz, cuando después se le iban para el lado de la oreja.

-Ah, claro -le digo más tarde-. Y si no me admiten en el Paraíso, después quién sabe por dónde voy a andar dando pena, y le diré que estoy cansado de patiperrar.

-Todo te aguanto -contestó el cura-, menos que me faltes el respeto.

-No, si son travesuras -le dije para contentarlo-. ¿Qué sacaría con sentir las cosas y quedarme callado?

-¡Debes saber -agregó- que vas a ser condenado a muerte!

-La media novedad. ¡Si a la pelada no le tengo miedo! La he visto varias veces de cerca. Cuando era pescador, nos agarró el surazo y yo iba en el timón. Las olas sababan

por encima de la lancha. Entonces descubrí un clavo en un palo y comienzo a pegarme en la frente, porque si me quedaba dormido nos íbamos a las pailas y dale con el clavo y dale con el clavo hasta que amanecemos varados en Tumbes cuando ya nos estaban llorando y después supe que el Señor murió clavado por mí y por todos. ¿Se da cuenta de la coincidencia? Sinceramente, no le tengo miedo a la muerte -le dije cuando el curita partía. El me dejó como tarea que rezara algo y en eso apareció el hermano Aurelio.

-¿Pariente suyo?

-Era un pastor del Ejército de Salvación, un reverendo, como le dicen. No se parecía en nada al sacerdote; andaba con pantalones, sería de mi estatura. Hablaba poco, y al rato de conversa me dijo que venía a salvarme.

-Qué bueno -le dije-. ¿Cuándo salgo?

Me paró en seco, porque era medio seriote.

-¿Entonces no importa que me hagan humear los fusileros?

-Eso no se puede evitar -contestó.

-Y una vez que me vaya para el patio de los callados, ¿quién me va a salvar?

-Dios.

-No me tienta -le digo-, no me tienta...

Se rascó la cabeza.

-¿No sabe que después de esta vida hay otra mejor? -preguntó.

-Sí, cómo no -le dije, pegándole un codazo para demostrarle que era su amigo-.

¿Por qué no me sopla este ojito?

-El Señor te mira. El, en este instante, ya te ha perdonado y a través mío te viene a buscar.

-Vámonos al tiro -le digo.

-Te estoy hablando en un sentido figurado -aclara.

-Oiga, reverendo, aunque sé que estoy en la puerta del horno, no tengo miedo.

-Pero -insiste- necesitas la compañía de Dios. El te confortará.

-Para serle franco, fíjese que llegó un poco tarde, reverendo, porque estoy casi comprometido con el curita y yo soy hombre de una sola palabra.

Y le pregunto:

-¿Ustedes son de los mismos?

Y él contesta:

-No, somos parecidos, pero muy diferentes.

Le gustaba hablar de Jehová y me leía esa parte de la Biblia cuando delante del finado un almacenero le tiró una piedra a otro que tenía techo de vidrio y entonces un pescador le salió al paso y se armó la mocha.

-¿Qué decidió por último? -preguntó la autoridad.

-Se me empezó a hacer un enredo en la cabeza. El curita a cada rato me representaba al diablo: Que el diablo te va a ahumar en el infierno, que el diablo esto, que el diablo lo otro. Yo me pongo cachudo, y como estaba aleccionado por el reverendo, le pregunto:

-¿Qué tiene que ver el diablo en todo esto?

-Ah, las personas como tú llevan el diablo en el cuerpo.

Fue como si me hubiera tragado unas brasas.

-No esté bromeando -le digo-. ¡Yo soy bien hombre del sexo masculino y cómo voy a tener el diablo aquí como si estuviera embarazado!

Se rió el hombrecito, aclarando:

-Es el espíritu del diablo.

-Como sea. En todo caso a mí nadie me lo ha presentado.

-Es que no se ve -aclara.

-¿Y si no se ve cómo sabe que existe?

-Es como el alma, un espíritu; no lo podemos tocar.

-¿El arma? -preguntó.

-No, el alma.

Yo le digo:

-Cada día ustedes inventan cosas más raras para asustar a la gente.

No ve que soy desconfiado.

-El alma -dijo el curita- es tan antigua como el hombre.

-Peor todavía -le contesto-, porque a mí no me gustan las viejas.

Y yo quedo mirándole la cara de bueno que tiene y comprensivo, como queriendo decir: «En mi vida había encontrado alguien tan bruto». Pero a lo mejor pensó en el ahumadero, en lo que era mi vida, y entonces no le dio rabia, porque dijo:

-El alma está dentro del cuerpo.

Y yo qué me demoro en preguntarle:

-¿Entonces el alma y el diablo son uña y carne?

Y él contesta:

-No, el alma y el diablo son como el aceite y el vinagre.

-¿Viven juntos y ni se conocen?...

-Claro que son conocidos. Lo que pasa es que no se entienden.

-Juntos pero no revueltos, ¿ah?

-Eso es, más o menos -contesta el curita-. El alma ocupa todo el cuerpo y el diablo apenas un pichintún, una uña.

-¿Es pobre el diablo?

-Pobre, pobre no. Es muy zorro el diablo.

A mí se me ocurre decirle, haciendo una mala comparación: «¡Entonces el alma debe ser como el congrio!» ¡No ve que el «mono» está en todas partes buscando la comidita! Pero para qué lo voy a negar. El diablo me tenía sin resuello. Ya parecía que iba a verlo entrar con un tenedor preguntándome: «¿Oye, Benito, cómo lo estás pasando?»

Yo tenía lista la respuesta para que no me fuera a pillar de sorpresa y pensara que con el susto iba a quedar mudo:

-Si eres tan diablo, por qué me lo preguntas.

Nunca habló, aunque parecía que me caminaba por aquí adentro como si yo ya no fuera solito, sino más de uno. Le conté al reverendo que el curita me pasaba asustando con el diablo, y el pastor me explica:

-Cuándo vas a entender, Benito. ¿El diablo? ¿Qué es el diablo? Es una forma de decir. Convéncete. No existe en persona.

-Sí, sí -digo yo moviendo la cabeza.

-Las malas acciones -agrega el reverendo- se las achacamos al diablo por nombrar a alguien, ¿entiendes?

Y yo le contesto:

-No entiendo nada.

Y se me ocurre decirle:

-Señor reverendo, con todo respeto, ¿por qué no viene usted junto con el curita y resolvemos el asunto? Mire que cada vez entiendo menos y faltan pocos días para que me fusilen.

Se anduvieron corriendo, hasta que los aclaré amenazándolos:

-O vienen juntos o no quiero saber ninguna cosa con ustedes.

Llegaron.

Noté medio preocupados a los hombrecitos.

-Bueno -les dije-. Por fin los tengo reunidos. Quiero que hablemos de hombre a hombre, porque la cuestión es grave.

Los dos uniformados comenzaron a estudiarse pensando a lo mejor quién iba a pegar el primer combo, porque se miraron con rabia.

-Aquí no hay nada que discutir -dijo el reverendo.

-¿Por qué? -preguntó el curita con curiosidad.

-¡Este condenado es mío!

-¡Jamás!

-¡El ya ha confesado sus pecados!

-¡Usted es un mentiroso!

-¡Y usted un empalecedor! Habla con la sangre en el ojo, porque hace años que le vengo levantando los condenados.

-Oigan -les digo-. Paren la música. No se olviden que el interesado soy yo.

-Así es, hijo mío -dijo el curita con la misma voz con que le habla un padre a un hijo.

-Vamos por partes -aclaró-. ¿Qué es lo que ustedes quieren de mí?

-¡Tu salvación! -contestaron a coro.

-¡Chih, la manerita que tienen de ganarse a la gente! Por poco se agarran de las mechas. Aclaremos bien las cosas. Vamos viendo. Usted, padrecito, ¿qué es lo que me ofrece?

-El Cielo.

-¿El Cielo? ¡Estamos salvados! ¿Y usted, reverendo?

-También el Cielo, el Paraíso.

-Miel sobre ciruelas -les contesto, acordándome de un dicho de mi tío-. Entonces les va a sobrar Cielo -les digo-, porque yo con uno solo me conformo. Soy desconfiado, pero no ambicioso.

-Es que -insiste el curita- este señor falta a la verdad.

-¿Qué me dice? -le pregunto al reverendo, y agregó para provocarlo-: ¿Y usted se queda de brazos cruzados?

El otro reaccionó:

-Impostor -le dijo.

Me asusté, creyendo que era de los mismos que me habían ido a pedir los libros al ahumadero: un inspector.

-Impostor -insistía.

Y yo me aclaré: «Debe ser que no es un buen pastor. ¡Bueno, ellos deben saber de estas cosas!»

-¡Qué te habís figurado! -le contestó el cura.

-Me seguís hablando así y de un solo gualetazo te vuelo la cara de santurrón que tenís -argumentó el reverendo.

Yo me frotaba las manos.

-Bueno, ¿y qué hacemos? -digo con voz inocente para calmar los ánimos.

-Tú tienes que decidir -repiten los dos al mismo tiempo.

-¿Yo?

-Siiiiiiiiiii.

Yo me seguí haciendo el leso: hartó que había sufrido y ahora era el momento de regodearme.

-Estoy con el dilema -les digo.

Me acordé que el sacerdote me había dicho: «Antes tienes que dar una vuelta por el Purgatorio». Entonces le pregunté:

-¿Es cierto?

Cambió de color y los ojos empezaron a nadarle igual que esos globos inflados de los niños cuando se van por el aire y ellos quedan llorando.

-El Purgatorio es el Purgatorio.

Y yo le remedo:

-Y el ahumadero es ahumadero. ¿Tendría entonces que hacer un aro?

-Una pausa, nada más.

-Qué pausa ni qué nada -atacó el reverendo-. Yo te ofrezco el Paraíso de un viaje.

-¡Impostor! -repetía el curita juntando los ojos.

-Oiga, Luis José, para serle sincero, no me gusta nada la idea del Purgatorio.

-¡Para gozar, primero hay que sufrir!

-Mire, padre. A mí me han tramitado toda la vida. Cuando trabajaba la sierra, los dueños de la fábrica pagaban a huevo y todavía fiado, y cuando les iba a cobrar, contestaban: «Vuelva mañana, vuelva mañana». Me chipeaban cuando se les ocurría. Y ahora que usted sale con el Purgatorio, seguimos con los trámites. ¿Hasta cuándo? ¿O es que me ha visto las canillas?

El reverendo:

-Hijo mío. Veo que ahora comprendes. ¡El Señor te ha iluminado!

-Te vas a ir al hoyo por angurriente -grita el curita, perdiendo la paciencia.

Y yo me pico y le digo:

-¿Ah, sí? ¿Y cómo está tu hermanita?

Porque las palabras sacan palabras, y le explico ya más tranquilo:

-No, pues, padre. Si usted me busca por el lado bueno, a lo mejor llegamos a un acuerdo; pero si quiere asustarme, está perdido.

-Este individuo es un tramposo -acusa el cura al reverendo-. Le gusta engatusar a la gente.

-Bueno, propongan algo serio -les digo-. No nos vamos a pasar todo el tiempo alegando.

-Más claro, imposible -repitió molesto el reverendo-. Yo con la mayor humildad te ofrezco el Cielo, sin necesidad de pasar por el Purgatorio.

Me puso como quien dice entre la espada y la pared, pero el curita hacía morisquetas detrás de su cabeza moviendo el dedo como queriendo decir: «No; no es cierto».

Yo les dije con toda franqueza:

-Todo el mundo ofrece, pero llegado el momento se achaplina. Yo quiero que me digan bien claro: ¿Qué garantía tengo que el Señor no me va a tirar con la puerta del Cielo en las narices?

Parece que di en el clavo, porque los dos hombrecitos se pusieron saltones otra vez.

-No podemos hablar de garantía -dijo el curita-. No está en juego ningún bien material, sino tu alma, hijo mío.

-Así será -le contesté-. Pero si no hay seguridad, para qué seguimos hablando entonces.

Sonaron las llaves.

Llegó el sargento. Anunció que un vecino, dueño de un restaurante, había ofrecido, gratis, la cena. Que pidiera lo que se me antojara.

-Que traigan un buen asado -les dije- y tres huevos con sus papas fritas y frutillas de postre.

Y cuando me exigieron la última voluntad, ni corto ni perezoso y dejándome caer, pedí un dominó y otro sargento: Así armamos la pata.

-¿Qué les parece?

Contestaron con un «sí» de mala gana.

Empezamos a revolver las cartas.

Todos nos miramos. El curita estaba pálido y le corría el sudor por la frente. Sonrió como diciéndome: «Ya va a ver lo que te pasa, tal por cual».

Pero con mucha dulzura agregó:

-Mayor con mayor y menor con menor.

-Así será.

En cambio, el reverendo estaba tranquilo y de color natural.

El sargento era el más asustado. Me daba la impresión de que era él al que iban a fusilar, porque bien estaba verde o amarillo como si estuviera enfermo del estómago.

El armó el equipo.

El curita con el policía y yo con el reverendo.

-Sale el más chanco.

-Aquí -dijo el curita guiñando un ojo.

-A la segunda te doblarás, Blas.

-No tiene más remedio.

-Por este lado me voy a ir, compañero.

Se le cayó una ficha al gendarme.

-Saque esa cuchufleta -exigió el reverendo al cura-. Aquí estamos jugando derecho y por entretención.

El sacerdote se disculpó. Noté que me miraba con lástima y yo también sentía un poco de pena por él; sabía que estaba achanchado y perdería el juego.

Atacó el reverendo:

-Va a pasar, padrecito.

-Paso -dijo el cura con golpe seco sobre la mesa.

-Póngale la dura -me exigió el reverendo.

-Este juego lo inventó un mudo -contestó de mal humor el curita.

Puse el 5/3.

-Cerrado a 3 -gritó mi compañero-. Vamos contando.

El sacerdote golpeó las manos, y cuando un uniformado se acercó entre las rejas le dijo:

-Tráigase un pipeño y cuatro vasos.

-Y su cigarrito -dije yo.

-Sigamos jugando.

Se paró el sargento que estaba dentro de la celda. Por primera vez me miraba de frente. Hizo sonar el llavero esperando que cambiaran la botella vacía por otra llena.

-Total -alcanzó a decir...

Yo se la pillé al vuelo y agregué:

-... después de ésta no hay otra.

-¿Usted conoce a los fusileros?

-No.

-Pobres gallos -dije yo.

-Dios los bendiga -agregó el curita.

-La cosa es por sorteo -explicó el gendarme, preparándome la mesa para la comida, haciendo un mantel con el diario. Llegó el tremendo plato:

-Como no había frutillas, le mandaron un tarro de duraznos al jugo -anunció el uniformado.

Me di cuenta de que ninguno de los tres quería irse.

-Otro día, padrecito, jugaremos la revancha.

El sacerdote empezó a rezar por lo bajo y el reverendo, en un gesto amistoso, me pidió que le convidara papas fritas para comérselas con la mano.

Yo me puse una servilleta alrededor del cuello, y daba gusto el olor del plato perfumando toda la celda.

Estaba sabrosa la carne mechada, y el perla fumando y tomando, echado para atrás, reposando rodeado de caras buenas, el curita y el reverendo al aguite, y yo sin dale el «sí» a ninguno y el sacerdote apurando el trago, mirándome de refilón.

¿Qué faltaba? El vino está asegurado, los cigarrillos también. No me dolía ninguna cosa. Yo creo que está contento.

El reloj de la parroquia dio las diez. Se notaba que los duraznos eran seleccionados.

-¿Café?

Me dio risa, porque mi abuela, en el campo, cuando llegaban visitas, ofrecía: «¿Té, café o chocolate?» Sólo tenía té, y si le pedían chocolate se disculpaba: «Reciencito se terminó».

-Vamos a descansar un rato -les dije a los amigos-. Miren que mañana hay mucho que hacer.

El sargento recogió el dominó, los platos, las botellas.

-¿En qué quedamos por fin? -preguntó el sacerdote.

-Mire, buen hombre -le digo-. Como la noche es larga, todavía hay tiempo. Yo estoy de acuerdo en todo, pero la garantía, un papelito, alguna cosa...

-Reposa, hermano -dijo el reverendo, esperando que el cura saliera primero.

—¿Para qué te va a servir el papelito?

-También es cierto...

Se fueron peleando, vociferando, desafiándose.

Yo sabía que todo el mundo estaba despierto. Uno escucha hasta su propio corazón, un grillo, un perro, un grito en el pueblo. ¿Natalia dónde estará cosiendo, bordando, llorando? Sólo me perdonó la primera vez. Así son las mujeres. Pero no. Ella fue la única que entendió cuando compré la leona. En alguna parte estará esperando la descarga; ella sabe que no tengo miedo.

Alguien hizo callar el reloj de la parroquia, que está como a media cuadra de la cárcel.

-¿Todavía está despierto? -preguntó, llegando, el curita.

-Me asustó -dije, dándome por sorprendido. Había visto cuando dejó la bicicleta en la pared de enfrente.

-Es algo cortito -miraba para todos lados.

-¿Un pitillo?

-No, aunque le voy a aceptar, no fumo casi nunca.

-Hay que ver que es empeñoso, padre -le confesé.

-Se trata de la salvación de un alma. ¿Quieres irte, efectivamente, al Cielo?

-Cómo no voy a querer; me pasaría de tonto.

-Así me gusta oírte hablar; ¿seguro?

-Seguro.

Me dio la mano.

-Choca.

Chocamos

Temblaba.

-No me mires con esa cara -dijo.

-Es la única que me va quedando, pues, padrecito.

-¿En qué quedaron con el reverendo?

-El dice que el Señor me espera.

-¡El muy sinvergüenza!

-¿Por qué?

-Porque con el Paraíso no se juega.

-¿Cree usted que me ha engañado?

-No es el momento de discutir.

Los ojos se le iban para todos lados, como las ovejas de un camino cuando pasa un camión.

-¿Estarías dispuesto a confesarte? -preguntó.

-Depende, padre. Yo tengo mis dudas.

-Que Dios me perdone por estas atribuciones que me tomo -dijo-. ¡El Paraíso es tuyo!

-No esté embromando, padre -le contesté-. ¿Qué está diciendo?

-Lo que oyes. Está todo arreglado: el Paraíso es tuyo.

-El Paraíso, ji, parece mentira.

-No hables tan fuerte.

Me dio miedo su cara de madera terciada, color butifarra. Parecía que le iba a dar un patatús.

Repetí:

-¡El Paraíso, el Paraíso!

-Tranquilcese, padre -le dije-. A cualquiera le puede pasar.

-¿Es que no comprendes? -preguntó.

-Claro que sí.

-¿Entonces?

-¡Empate, empate!

El sacerdote bajó la cabeza, rezando, esperando que terminara de reírme.

-En todo caso tendría que consultar -le expliqué.

-¿Consultar a quién?

-Al hermano Aurelio.

-¿Para qué?

-¡Para que no crea que me voy a ir de pavo!

-Dios te espera. Es lo único que puedo decirte.

-Bien, bien -le dije, preparándome para la confesión-. No se preocupe. ¿Quiere un duraznito?

Recordé toda mi vida de carbonero, de gañán, durmiendo donde me pillaba la noche, cortado de hambre, partiendo para el lado que estaba vuelto.

Al rato vinieron a buscarme.

Salí cantando las oraciones. Con esos grillos uno avanza muy despacio. A ratos me paraba moviendo la cabeza. Parece mentira. Cómo era posible que fuera a morir tan bien apadrinado como una persona decente.

Con los ojos vendados uno piensa en las cosas más raras: el día en que el Nito, el crío más pequeño, empezó a caminar, un volantín cortado, un trompo cucarro, el único plato hondo que teníamos en la casa. Uno sabe por lo que le han dicho que hay gente sentada esperando que salgan los fusileros con alpargatas, como si uno no escuchara. Debía estar amaneciendo por la forma de cantar de los pájaros. Oigo las voces del reverendo y del curita que repiten: «Reza conmigo, reza conmigo», mientras me atan al banquillo. Uno está a mi izquierda y el otro a la derecha, tan cerca mío que casi puedo sentir su respiración. Empiezan a alejarse. Ahora que voy a morir ¡me siento tan contento! Es una alegría tan grande, que no sé qué daría por tener a mi lado a la Natalia, a los cabros, al cabo que me enseñó a leer, a la viejita que todos los domingos me traía un engaño y nunca me dijo cómo se llamaba.

Me han dicho que tengo que respirar hondo.

-¡Padre!, ¡padrecito! ¡Reverendo!, ¡reverendo!, ¡voy a morir! Ya casi no los oigo. Deben estar apuntándose. ¡Pero no se olviden que al que da y quita, le sale una jorobita!

LA ENCUESTA

La Pata'e Causeo le había dicho: "O arreglamos los cartones sueltos de la rancho o nos vamos a inundar este invierno". Pero ella repetía vengativa:

-¿Y cuándo me vas a traer las latas para que termine el living, el comedor, la biblioteca, la sala de estar, la sala de fumar, las caballerizas, la pieza de empleada, el cuarto para el mayordomo? ¿Cuándo, ah? ¿Cuándo le vas a poner las tres perillas que le faltan al catre? ¿Cuándo tendremos una ventana con vidrio y la puerta con su picaporte y chapa, y no como ahora, que es un enredo de diarios viejos, patentes de auto, trampa de ratones, pero sin resorte, palas sin mango, bicicletas sin manubrio, bacinicas sin fondo?.

Esos eran los cargos y yo escuchaba tranquilo, diciéndome: "Es cuestión de esperar". (Claro que en esta función ya llevamos veinticinco años). Pero ella dale con la porfía de encalillarse con otra cama con somier, pensando en malgastar el dinero como si yo fuera ministro cuando los catorce familiares dormimos lo más bien. Un poco estrechos, eso sí (hay que reconocerlo), sobre todo cuando llega el resto de la parentela del Sur, que son como once más, con sus utensilios de trabajo. Tienen la mala costumbre de acostarse con su pala, con su arado, con su buquecito de maní, con su manguera, con su escalera, con su garlopa, con su cachiporra, con su cuchillo carnicero. Parece mentira cómo nos arreglamos, porque hay que saber distribuir la carga y olvidarse de las comodidades individuales que uno puede desear. La Riquelme -prima hermana- es la más guatona. A ella la ubico en la parte de abajo del colchón, como resistencia, y también para que no se produzca el corto circuito. Como es operada del apéndice y de la vesícula, tiene la ventaja que no ocupa tanto espacio; hay que fijarse en todos los detalles. Ya por ese lado le va quedando un huequito a su marido, que le falta un brazo y por eso le dicen *El Manquehue*, y así va emparejándose la cosa, cuidando que por nada del mundo quede un espacio libre. Los Verdugo son más exigentes. Ella, *La Cara de Hornillo*, es un poco testaruda, pero es cuestión de saberla acomodar y pronto se aguacha como un pollito, aunque pesa ciento veinte kilos en pleno verano. Hay que sacarle el corsé y con la

marquesina que dejan el busto y el abdomen entra con toda facilidad una guagua hasta de ocho meses. Su marido, *El Cara de Melón Veteado*, duerme de pie y es el vigilante del grupo: cuida la moral de ese piso y cuando alguien llega con atraso tiene que alumbrarle el camino igual que un acomodador de cine. En caso de armarse la mocha debe separar a los peleadores y aplicar un código sumamente estricto que redactamos en consejo de familia. En la segunda corrida, el primero de la fila es *El Patahua*. Duerme de canto, por las dificultades que le ofrecen la nariz y las orejas salientes, que más parecen pailas para freír huevos. Es de sueño liviano, pero lo único malo es que recuerda las roscas que ha tenido peleando contra cinco o seis matones a la vez y cuando empieza la repartija de combos lo mejor es tirarle unos golpes prohibidos para tranquilizarlo y él dice con su media lengua: "Disculpen". Su vecino es *El Virucho*, de profesión hojalatero. Hombre desconfiado, que se acuesta con su caja de herramientas en el hueco correspondiente. No hay caso de separarlo de su alicate y bombín. A veces cuando empieza a entrar el frío por las rendijas de la pieza le gusta encender el soplete y recién viene a recapacitar al sentir un olor a asado que dan ganas de levantarse a buscar un pedazo de pan para untarlo en el traste de la comadre, que le decimos familiarmente, disculpando la palabra, *Ojo de Aguila*. Si se le termina el combustible se empecina en usar el bombín sin medir las consecuencias. La otra noche empezó a echar aire para calentar el ambiente y vimos que otra comadre, *La Cariño Malo*, se inflaba con los ojos salientes como bolones, hasta que intervino *El Corneta*, que es otro de los primos, y al sacarle el bombín, que no se viene guardabajo la comadre, perdiendo aire igual que esos globos que se les escapan de la boca a los niños. Por suerte cayó encima de los Verdugo, que son gente mundana, y nadie dijo esta boca es mía. Al lado de este matrimonio duerme *La Medio Lado*, porque en un accidente de ferrocarril perdió la mitad. Aunque está con el tratamiento todavía le quedan sus complejitos y es desconfiada. Le gusta trancar la puerta, porque se le ha puesto entre ceja y ceja que alguien en lo mejor del sueño puede entrar y tentarla. Hay otro flaco, un primo de tercer grado, que también anda con el tratamiento, *El Flai-Flai*, que se complementa con ella porque le falta el 50% del sector nordeste de la cara, que perdió en una mocha en el Bar "El Hombre Bueno". Le exigían el pago de cuarenta y cinco botellas. El, en cambio, juraba que sólo se había despachado cuarenta y cuatro. Entonces el mozo lo rebanó en forma parcial. Sigue también en este mismo piso *El Tritruco*, repartidor con bicicleta. Nos costó como seis meses convencerlo que no se acostara con el vehículo, porque todas las noches soñaba que lo perseguía un perro rabioso y en su apuro por escapar ileso trepaba en el triciclo. Otro vecino del grupo es *El Frenos de Aire*, maestro carpintero que usaba la garlopa de almohada. Esto se lo aceptamos las primeras veces, pero cuando se ponía a pensar que estaba atrasado en el trabajo por andar en las tomas, cepillaba hecho un condenado y por esta razón varios quedamos con un pichintún de

nariz. *El Frenos de Aire* era soltero y después que nacieron como seis guaguas todas parecidas a él empezamos a entrar en sospechas. Hubo algunos reclamos, pero la cosa quedó en nada. le echamos la culpa a la fatalidad. Total, *El Virutilla* se vengó y los seis hijos que tuvo la mujer que andaba con *El Frenos de Aire* eran iguales a él y quedaron mano a mano y una vez aclarado el problema anduvieron tomando una semana completa. Y así se fueron de seis en seis y sus mujeres eran comadres entre ellas y se llevaban de lo más bien, haciéndose regalitos, tejiéndole siempre a la guagüita.

En el tercer y cuarto piso, dormían los más viejos, la gente más respetable, los que estaban al día en el pago de la pensión y los que sabían leer y escribir. Parece mentira cómo nos arreglábamos y todo era cuestión de tener un poco de cachativa y comprender a la gente. Porque la media gracia si yo tuviera un palacio con ni que media fila de dormitorios y con baño privado. Mientras que aquí, codo con codo, nos entendemos mejor. Y uno no tiene por qué al otro día tomar la tranca y pegarle al compadre porque le estaba haciendo morisquetas a la mujer propia. Una cosa es la realidad propiamente tal y otra cosa el deseo insatisfecho. No todos somos lo que queremos ser. Volviendo al asunto del catre, sin cachiporrear, yo era el mejor estibador del barrio, porque ninguno hacía tantos firuletes con la carga. Aplicaba la tabla del tres para los pies, y tres cruzados, y otros tres encima, y así sucesivamente, como en un pastel de mil hojas, como arreglan los tablones en los aserraderos, distribuidos con tanta gracia que daba gusto ver el manso enredo de patas y manos. Después, ya con más experiencia, cada familia tenía su número, su tarjeta y con una maquinita que habíamos fabricado con una juguera vieja y una vitrola (si usted, por ejemplo, quería saber dónde estaba *La Cara de Achicoria*, le daba vuelta a la manivela y como a la media hora se podía oír la respuesta del cerebro electrónico). La registradora llevaba en la uña el número de pensionistas y al otro día podía comprobar el saldo a favor o en contra, por que hay reconocer que de vez en cuando más de alguien se iba cortado, por falta de oxígeno y exceso de monóxido de carbono que sale de los motores. Una vez *La Pata* andaba enferma de los nervios y soñó que andaba muy oronda en la selva por el Africa y que no se le aparece ni que medio león y ella solita. La acorraló la bestia y entonces le pegaba unos tremendos lengüetazos levantándola como dos metros y después el animal le echó un poquito de sal, orégano, perejil, su cebolla picada, tirándole el primer tarascón, pero tan a lo vivo que nos mordió a todos y al día siguiente un ñato llegó con una manguera y una jeringa, porque había que vacunarse y empezó a tirar unos polvos verdes. Tuvimos que salir tosiendo, más pálidos que después de firmar el libro en el Registro Civil. Trataron de pincharla con una jeringa y *La Pata* no aceptó y se les tiró encima diciéndoles: «¿Crefés que estoy rabiosa?» Y qué se demoró en romperles una de las bacinicas en la cabeza y eso que era de porcelana y nosotros tratando de serenarla rogándole que no armara más escándalo por sus hijos. Pero los sanitarios

pidieron refuerzos y llegaron los bomberos, los scouts, la Asistencia Pública y nos acorralaron y *La Pata* llegaba a ladrar de rabia mientras que uno se bajo con un bozal.

Otra vez tuvimos visitas. Tocaron la puerta principal pidiendo a gritos que amarraran los perros que las desconocieron y a tarasconazo limpio las traían cortito mordiéndoles las piernas y más arriba, porque con la promiscuidad también a los perros se les pega el mal ejemplo. Por eso yo pienso que la gente que vive en esos castillos con treinta o cuarenta piezas es feliz, porque no escucha los chismes del dormitorio del lado y si llega el caballero con la carga completa puede pegarle a su mujer y nadie escucha ni se mete a separarlos, ya sea con una sartén, bien con un cuchillo, y por eso se lo pasa todo el día mirando por la ventana con su mundo propio, soñando que se va a morir y allá arriba el Señor lo mandará en comisión de servicio por haberse quemado las pestañas, inventando sus problemas, sus cuestiones, no como uno que llega donde está el ñato y le dice: «¿Qué es lo que tenís conmigo, tal por cual?», y le aforra el primer combo y se apagan las luces del bar y todos apretan sin pagar la cuenta. A las madamás se les enchuecaron los sombreros con rejilla y la pintura. La cuestión de las pestañas parecían bigote, pero así y todo eran güenonas, con sus dos piernas completas, sus trutros bien alimentados y del mismo color, igual tamaño, la cintura de avispa y pocos rollos en general, y sus cositas bien sujetas y no como *La Pata*, que agarra una tira, un pedazo de suspensor viejo y se hace el sostén y se nota a la legua que no es de fábrica y uno no se tiente tanto. A la más piñuflenta, con el susto, se le corrió la peluca, y yo, de puro comedido, saqué la tachuela y con un martillo se la anduve atornillando en el mate, para que no fuera a creer que no tenía la voluntad para hacer las cosas o que no me habían enseñado modales en la escuela pública.

Entraron.

Tanto le haba dicho a *La Pata* que por nada del mundo sacara el alambre de las sillas que teníamos reservadas para las visitas, pero como se ha puesto tan pretenciosa ahora último, se le ocurrió hacer con el alambre un refuerzo para la faja; cuando veo que las señoras van parando las chalupas y muestran unas cortinas llenas de hoyitos y con tan mala suerte que cayeron en la batea donde estaba durmiendo el chancho de la comadre Jovita. El animal se enfureció y empezaron a decirse cosas. Las señoras resultaron tan buenas para el garabato que el chancho llegó a ponerse colorado de la rabia y les hablaba de la cintura para abajo, y nosotros pidiendo disculpas, metiéndonos al medio para separarlos, jurando que el chancho tenía muy buenos antecedentes y jamás había ocurrido algo semejante. Lo malo es que cuando las fulanas ya habían aceptado las explicaciones, a una de ellas se le cortó el collar de perlas y el animal en menos que canta un gallo se comió al hilo como dos docenas. Las dos madamas se llegaron a condenar de

pura rabia y después dejaron de respirar. Como *La Pata* es tan nerviosa sólo atinó a correr bajo la cama y sacar la bacinica familiar, que hace como cinco litros, y zas! que le tira a la cara el líquido y cuando empezaron a dar señales de vida, zas! otro chorro y otro y otro, con decirles que tuvo que ir a pedir prestada otra bacinica donde una comadre vecina que tiene el corazón de oro, y así logramos que se recuperaran, aunque la ropa les quedó hecha una miseria, eso sí más ceñida al cuerpo, y se les notaban sus cositas, como si hubieran caído a la piscina. Después, ya más tranquilas, empezaron la conversa; yo muy pierna arriba aunque estaba con ojotas.

-¿En qué me las puedo servir? -les dije para entrar en confianza.

-Huy -dijo una-, aquí con tanta luz.

Después agregó:

-Nosotros somos encuestadoras.

-Bah, la casualidad pa grande. Nosotros no, ffjese.

-Estamos encantadas...

-Del mismo tamaño -les digo haciéndoles una morisqueta, abriéndoles los dedos de las patas en abanico, para que se dieran cuenta de que no estaban hablando con ningún pililo.

Una de las señoras se sacó el sombrero que le había quedado a la huila y dijo:

-Es una lástima, era un modelito exclusivo.

Yo golpié las manos, tocado en mi amor propio, y digo:

-A ver, *Patita*, tenís que hacerles una demostración de la moda, aquí, a las madamas.

Y qué se demora la tonta en ponerse la cuestión: un tarro de conservas vacío donde se leía clarito «Tomates al natural» y unas tapas de botella que habíamos juntado para un concurso y su níspero caído, el adorno de lujo.

-Retírese -le dije después que se paseó mostrando las elegancias.

Las señoras quedaron impresionadas. Seguimos la conversa, pero de igual a igual, y no como si nosotros fuéramos patipelados, sin sombrero.

Les aclaré:

-Pobres, pero con su orgullo. Y también con sus pilchitas, ¿no?

Una de las viejas sacó un lápiz y me empezó a preguntar:

-¿Edad?

-Veinticinco -le dije-, pero póngale treinta si se le frunce, porque en ese sentido no soy fijado.

-Se le cayó una sota -gritó desde adentro *La Pata*.

-Graciosito -me contestó la más emperifollada, poniéndome mala cara-. ¿Usted fue siempre así?

-Claro -le contesté al vuelo-. Soy así de nación.

-¿Cómo de nación? -pregunta.

-De nación, de nacimiento.

Se pegaron la palmada.

-¿Casado?

-No, así no más.

-¿Sin libreta, entonces?

-¿Y vos, tontita, cuántos vales habís echado a cuenta?

La otra se moría de la risa al darse cuenta de que yo no era ningún patudo, que la sabía llevar por el mismo terreno como un hombre de gran mundo.

-Eé lo más espumita el caballero -dijo tosiendo sin toser.

-Espumita, espumita -cacareó la otra.

-De modo que solterito -dijo con malicia mordiendo el lápiz con la punta de los dientes.

-No te hagai la cucha -le digo de sopetón a la que tenía cara de buena para comer maní.

-Las cosas que habla -dijo la más vieja bajando la vista, coqueta.

-Miren -les digo, pero conservando mi lugar-. La tarde que tengan ganas me avisan con tiempo y hago desocupar el catre.

-Por favor -contesta la más alicada-, no se moleste.

-Quiubo, cómo estuve? -le gritó a *La Pata*, que estaba con la oreja parada en el *hall* junto al paragüero, cerquita del piano.

Me amenazó con el cucharón como diciéndome: «Ya va a ver lo que te pasa cuando se vayan las visitas».

-Usted es un hombre muy simpático -dijo la otra con una risita nerviosa.

-Yo soy así -le contesto, haciendo como si limpiara la tiza de los hombros.

No me cansaba de mirarle los poros lavaditos, uno por uno, y sentía ese aroma de la mujer como tierra de campo. Daba gusto ver las uñas blanquitas, largas, con los dientes completos, sin que le falte uno solo, como si fueran granizo, valga la mala comparación, y con su lengüita tan prisca, hablando palabras raras, pero que me sonaban en la paila como una música. Y qué decir del pelo todo chamuscado.

Yo me explayé y me fui por el lado de la filosofía. Les conté el caso de un gallo que jamás pudo bañarse dos veces en el mismo río. En primer lugar, porque era muy friolento, y después, porque le funcionaban lo más bien los reflejos acondicionados. Y cuando se iba a meter al agua, le venían el arrepentimiento y la duda, porque decía que la edad de los ríos se parecía a la edad del hombre: día que pasa, buenas noches los pastores, y por eso cuando alguien se atrevía a pegarse la zambullida ya no era el mismo, sino otro más viejo, con las tejas corridas transmitiendo en ondas corta y larga.

-¿Ahora qué me dicen ustedes -les pregunto de repente- de la guerra bacteriológica, de los genocidios y de la mortalidad infantil? Díganme si tenemos o no derecho para andar saltones cuando uno se acuesta con su mujercita en el primer piso y por el flujo y reflujo del sueño después aparece tres o cuatro filas más arriba, abrazando a otro fiato, haciéndose la cucha como diciéndole a uno: «Esto te pasa por no tener la cama propia». Faltan camas en el mundo -les digo-, y por eso andamos con el tratamiento.

-¿Usted, en qué se gana la vida? -me pregunta la más buena para dar vuelta la hoja.

-Mire -le contesto, haciéndole mi autobiografía-. Yo le trabajo en la construcción. También le compongo ollas, le arreglo las cañerías. También le pinto, le estuco, en fin...

-Usted es el hombre ideal -dijo la que se reía más tupido en la fila.

-Sí -le contesto-. Pero es una lástima, porque yo estoy enredado con *La Patita*. ¿No es así? -pregunto para adentro.

Y la otra me contesta:

-Sácatela no más.

Yo la disculpo:

-La van a perdonar, pero lo que pasa es que es muy celosa.

-No es para menos, no es para menos -repiten las tontonas, halagándome.

-Bueno -dice una-. Sigamos con la encuesta.

A mí me sale otra vez el caballero que soy y le digo:

-¿Por qué no se acuesta usted primero?

-¿Cuántos hijos tiene? -consulta la más confianzuda.

Le digo para hacer tiempo:

-**La Pata** estuvo sacando la cuenta las otras noches.

¿Cuántos eran, vieja? -grito.

-Que no quedamos que eran doce -contesta la otra, después de repasar la cantidad con los dedos.

-Doce por este lado -le digo poniéndome todo orgulloso.

-¿Y por el otro?

-Eso depende de usted, pues, mi linda -le digo, agarrándole la naricita.

-¡Qué mujer más prolifera! -acotó una.

-Es que si no se va de zumba.

-¿De qué? -repitió.

-De zumba -dije. (La carita que ponís, como si nunca te hubieran aforrado).

-¿Cuántas cargas?

Yo le contesto con toda confianza:

-Bueno, cargo para la izquierda.

-No -dice ella, con unos ojos así de grandes-. Cargas familiares.

-Ah, disculpen. Póngale unas quince, por si acaso.

-¿Cuáles son sus entradas?

-Para serles francos, las entradas andan más o menos como las salidas.

-Entonces están equilibrados el debe y el haber.

-Mire. Lo que le puedo decir es que donde debe haber, no hay.

-Entonces tiene déficit.

-No va a ser superávit, pues, preciosa -le contesto, azucarándomela.

-¿Y qué comen ustedes?

Justo veo en el diario viejo que servía de mantel un aviso con una comida de Año Nuevo y empiezo a leer:

- Marrón glacé, pavo a la turca, ice-crimen, se arrienda... (¡Bah, eso no!) y tuti, tuti, tuti...

-Tuti, tutitai carriliando, viejo mentiroso -grita *La Pata* desde lejos.

-No es nada mentira -aclaro con orgullo-. ¿No ve que con este diario donde está el aviso soplamos el fuego y con el fuego calentamos el agua y con el agua preparamos el tecito, el boldito, la mentita?

-¿Y en cuanto a las relaciones?

-Muy buenas, muy buenas. Aquí somos como hermanos. Si hay, apuntalamos al que no tiene, al cesante. Y el que anda cargado al oro se lo pasa repartiendo las chauchitas entre los demás. De vez en cuando nos agarramos de las mechas, pero eso es para amenizar la velada.

-Esto es el producto de la promiscuidad -dice la cara de jeringa.

Yo me digo: «Ya se deben estar dando cuenta de que no estudié en la Universidad».

Y dando unas palmadas le exijo a *La Pata*:

-Tráigase una corrida, m'hijita.

Y aparece ella con la bandeja duraznera que teníamos.

-Es una cosita poca -les digo.

-Huy -dice la del lápiz-. ¡Qué lindo color tiene!

-Mire que no va a tener buen color, cuando es pájaro verde.

-¿Pájaro verde? -pregunta haciéndose la cucha la que tenía más rayas en la libreta.

-Ustedes perdonen la mano -dijo *La Pata*, metiendo la cuchara-. Pero a mí me queda caballo de bueno.

-¿Y con qué se hace el licor?

-A base de barniz, ácido muriático y una pinta de aguardiente -contesta *La Pata*, sin poder sujetar la lengua.

-¿Y se bate?

-No -le digo, sin darle más detalles sobre la fórmula, que era un secreto de familia-. ¡Salud!

Casi se borran las viejucas con el primer trago. A una se le enrularon los dientes. A la otra le zapateaba la nariz.

-Que llamen a los bomberos -pedían a coro.

-Si no es para tanto -dijo la que se le había vuelto la cara al revés.

-Yo creo que se te pasó la mano -amonesté a *La Pata*-. Ahora que me acuerdo, barnizando la otra vez con este menjunge, se me anduvieron fundiendo el velador y un coche de guagua de fierro.

-No es para menos -dijo la que seguía echando humo por la boca.

Seguían soplando como si tuvieran una brasa en la lengua.

-Ya, pues -les dije-. No me desprestigien el guindado.

-Todavía no me contesta la pregunta -dijo la más pailona, mostrando la piernada.

-¿Qué pregunta? -le digo, haciéndome como si escuchara llover.

-Sobre las relaciones -agrega la copuchenta.

-Mire -le contesto-. Como eso es muy delicado, es mejor que se lo pregunten a *La Pata*.

-Sobre qué será? -dice ella, tomándose el delantal por las puntas y poniendo cara de santurrona.

-Es sobre... -le digo al oído.

-Ah, ¿ustedes quieren saber si practico? -pregunta la tonta, haciendo el ridículo, y yo le pego una mirada de matabalbo.

Después se acercó a las dos madamas y con unos gestos como si estuviera dibujando les hacía unas cuestiones para allá, otras para acá, tratando de darse a entender en la forma más simple posible, eludiendo toda terminología científica que hubiera desenchufado a las visitas.

-Ah, sí, sí -decían las señoras-. Claro. Exacto. Perfecto. Sí, m'hijita. No, m'hijita. No me diga. Uf, qué barbaridad. ¿Ah, sí? ¿Ah, sí?

-Permiso -les digo, metiendo la cuchara-. Está bien lo que ella dice. Por un lado tenemos la escasez de confort. Por el otro tenemos la falta de la vitamina. Y con tanta pellejería, no me queda fuerza para empujarlo!

-Eso mismo -dijo *la Pata'e Causeo*, dando un suspiro de alivio y sentándose y cruzándose de piernas, muy oronda.

HOY, HOY, HOY

LLEGÓ EL CIRCO

El león, el elefante, los payasos bajo la lluvia de la tarde cayendo sobre el deteriorado convoy. El conjunto hizo su entrada por la caleta Punta Lavapié en las últimas horas, cuando soplabla el viento sur entre la soledad del caserío: sólo los perros ladrando y algunos niños en medio del barro colgándose de los dos viejos camiones.

El empresario prefirió esperar la mañana para desfilar por la única calle, ordenando a los artistas armar sus carpas. Y ahí estaba el temporal silbando entre las jaulas de los animales, inflando las lonas, enturbiando el mar quebradizo. Se goteaba la jaula del león; el animal parecía estar a la intemperie zarandeándose como un perro con pulgas.

Todo era trajín en el campamento: los payasos protegiendo los trapecios, las cuerdas, las sillas, el elefante, los baúles, la pequeña caja de las pulgas amaestradas. La mujer de goma reunía sus bártulos protestando como de costumbre:

-¡Tiempo maldito! Y yo en este pueblito de mala muerte. ¿En qué estuve que me convencieron? Es lo único que faltaba. Muertos de hambre, sin un circo y ahora... (y miraba la doble suela de barro de sus zapatos, los goterones de mugre que habían ensuciado su vestido en medio del humo de la fogata).

Continuaba resquebrajándose el mar: las olas seguían tropezando entre sí, en un diálogo áspero y de tal sonoridad que asustaba a las gaviotas empujándolas hacia el campamento, y desde la altura tambaleante miraban las pequeñas carpas del circo opacado por la lluvia, los reducidos fuegos retorciéndose, el león dando diente con diente y con la cola entre las piernas, flaco y esmirriado, oteando el cielo pardo.

El payaso Caluga decidió salir a dar una vuelta al empezar la mañana. Se fue caminando junto a una fila de redes y espineles, canastos con escamas y cabezas secas de pescado aun cuando el viento le entorpecía el andar y la lluvia -al taptarle los ojos-deformaba la bahía; apenas un fragmento de las embarcaciones, los botes encabitados alrededor de la espuma turbia; todo sucediendo con gran celeridad hasta que se limpiaba los ojos y un nuevo chapuzón le caía entre las pestañas; finas rejas dejándole ver la

arboleda cristalina, las casas transparentes y el Almacén «La Brisa».

-¿Cómo dice que le vaaaa? -alargando la mano huesuda y fraterna. Y luego -: Aquí estamos, Ramos, para hacer refiiiir a la distinguida concurrencia.

El almacenero Marcial Macaya lo miró con extrañeza.

Caluga: -Oiga, amigo, soy del circo.

El almacenero: -Sí, ya me di cuenta (con voz cortante). ¿Qué desea?

-¡Esta lluvia, amigo!

-Eso que está empezando el temporal, no más.

-Vamos a quedar mojados como diucas.

-Humm, como sapos, diría yo. Esto es de todos los inviernos.

-¡La suertecita nuestra!

-Aquí tiran el agua con balde. ¿Y a ustedes qué les dio por venir?

-Chih, si llegamos por milagro. Nos fue mal por Lota y Coronel. Los mineros quedaron desplatados con la huelga.

-Salieron del fuego y cayeron a las brasas.

-¿Pòr qué?

-Si aquí nadie tiene un centavo.

-¿Ni para ver el león?

-Qué león ni qué ocho cuartos. Con la llegada de Huachipato murieron las sardinas y los congrios andan lobos. Yo les aconsejo que regresen.

-¿Adónde?

-Eso es cosa de ustedes. Pero no se queden aquí.

-¡Cómo nos vamos a ir cuando ya nos cominos la leona!

-¿Qué está diciendo?

-Fue por necesidad. La salimos a vender por la calle. Yo mismo con una correa en el cogote. Se la «regalamos» a un curadito de Concepción por cincuenta lucas...

-¡Qué barbaridad!

-La gente se aprovecha; estaba tan desmejorada la pobre que parecía gata. Estos

animalitos no tienen aguante, pero cuando salen buenos pobres, casi viven del aire.

-No sabía.

Llegaron los niños con los cucuruchos de papel embutidos en la cabeza y los toscos ponchos cargados de agua.

-Medio de pan, tanto de ají, tres cebollas de las medianas, un pichintún de comino y... se me olvidó...

-Dile a tu mamá que mande el pedido en un papel.

-Es que se me perdió el papelito, don Macaya.

El payaso se acercó al mesón mientras la lluvia pasaba dando vueltas por las dos ventanas:

-¿Nos podría dar algo a cuenta?

-¿A cuenta de qué? -preguntó el almacenero.

-De la función de la noche.

-Hay que ver que es porfiado usted, amigo. La función será un fracaso -insistió el comerciante-. Aquí en la caleta con esta lluvia nos recogemos temprano.

-Pero algo que sea -insistió el artista torciendo la cara.

-No están los tiempos para fiar. Mire el letrerito.

El payaso observó el cartón; estaba impresionado por el ulular de la lluvia enredándose a cada instante.

-Les daremos entrada libre a usted y a toda su familia -argumentó, mirando el rostro imperturbable del almacenero.

-¿Y qué es lo que necesita? -preguntó el comerciante con tono indiferente, aunque más cordial.

-¿Se imagina lo que come un circo?

-Claro, pero no crea usted que yo...

-No, por supuesto. Es para salir del apuro, no más.

-Les fiaré unos cinco mil pesos en mercadería.

-Muchas gracias, don Macaya. Esta noche, después de la función, le damos la plata.

-¿Qué será?

-Una media docena de tarros de leche condensada, cinco kilos de charqui (dos para el león y el resto para nosotros), medio kilo de té, medio de pan. Póngale también un chuiquito de tinto de cinco litros.

-¿No será para el elefante?

-No, es para el administrador, que le pone desde temprano.

-Oiga, ¿el león como de todo?

-Sí, señor.

-¿Charqui también?

-¡Charqui!, tal como lo oye.

-¿Y no le hace mal?

-¡Bah, está acostumbrado!

-¿No será broma?

-No. Y viera cuando le damos cáscara de zapallos y las sobras del almuerzo. Con decirle que come hasta porotos. Es muy obediente.

-¿Y es grande el león?

-Auténtico, del Africa. Así.

Después bajó la mano con rapidez para disminuir la exageración.

-¿Y ruge?

-La preguntita suya; mire que no va a rugir. Escuche.

El almacenero alargó la oreja con la mano, parpadeando, pero sólo pudo sentir el chisporroteo de la lluvia.

-No oigo nada.

-¿No le conté que era muy sufrido?

-¡Aaah!

-Pero cuando despierta lo primero que hace es rugir.

-Debe rugir como los pájaros -dijo el almacenero regresando al mostrador.

-¿Quién le ha contado que los leones pían?

-No quise decir eso -aclaró el comerciante.

-Yo escuché clarito...

-Como los pájaros pían, el león ruge.

-Eso sí.

-Ya lo verá usted cuando desfilemos. Y cuidado con acercarse mucho.

-¿Por qué no le lleva charqui, entonces? -agregó el comerciante con generosa simpatía por el animal.

-En confianza, amigo, el león es bueno para el charqui, pero no tanto.

-¿Y qué es lo que más le gusta, entonces?

-Usted no me va a creer.

-¿No será la compota de frutas?

-Cáigase de espaldas. Fíjese que se vuelve loco por la chancaca.

-¿Chancaca?

-Sí, señor, chancaca.

-No esté embromando, hombre.

-No le digo.

-¿Sola... o con sopaipillas?

-No se ría, don Macaya; es muy regalón el animalito.

-Oiga, amigo, y si andan a palos con el águila con el león, ¿cómo se las arreglan para dar a comer al elefante?

-Uf, alimentar a ese animal es una tragedia. Pero es mejor que no me haga hablar...

El payaso esperó que el almacenero terminara de separar el pedido para los artistas del circo. Luego escalonó los trozos de charqui («Parece que es del bueno», dijo), amontonando el resto de la mercadería contra el pecho:

-Será hasta la hora del desfile, don Macaya.

-Caramba que son porfiados. Escuchen mi consejo. Desarmen la carpa y sigan su camino.

-Se lo voy a decir al administrador.

- Todavía tienen tiempo. Suspendan la función. Ganarán plata.
- Eso no lo decido yo...
- Hagan lo que quieran. ¿Cuándo piensan pasar por aquí?
- Apenas «acampe» un poco.
- ¡No sea optimista!

* * *

Los niños no querían perder un solo detalle del paso de los artistas y estirando el cuello en medio de la ventolera trataban de atisbar el comienzo del desfile.

Por fin apareció el león encabezando el grupo detrás de la banda del circo; tres músicos tocaban una marcha y uno de ellos tenía conectado un pie a un platillo. Daba la zancada y de un golpe hacía estallar las chispas de agua en su tambor. Los sonidos eran como gárgaras y los ejecutantes vaciaban el instrumento a cada instante a medida que se les iba llenando.

El empresario, con su abollado tongo de charol, látigo en mano, se abría paso entre la pequeña multitud, advirtiendo con voz trémula:

- ¡Cuidado con el león!
- ¡No respondemos por él!
- Señora, señora, a usted le digo.

Y la mujer recogía sus críos y los niños terminaban abrazándola impresionados por las amenazas.

Detrás del león iba la comparsa de payasos con sus trajes arrugados por la lluvia.

-Aquí viene el hombre -dijo el payaso Caluga, saludando al almacenero Macaya-. ¿Quiubo, qué le parece, ah? Está un poco atrasado, no más, pero todavía se la puede. ¡Ya, pues, pégale una aserruchada, saluda a la concurrencia!

El elefante se movía de un lado para otro colgándole la piel. ¡Eh! -le gritaron-. ¡Era más grande el difunto!, como si dentro de su piel existiera otro animal prisionero, porque el hambre había reducido su estatura, su estantería, y por eso el traje, la gruesa piel esmerilada por la lluvia, quedaba colgando por todos lados. Daba la impresión de estar

hueco, como si en realidad fuera de palo y todo el andamiaje de adentro sonara como esas piedrecillas de los juguetes para entretener a las guaguas, y los ojos, profundos, no demorarían en caer, también, de espaldas, perdiéndose en el vacío, en la orfandad, en la tragedia de la falta de mendrugo, pasto, pescado, zanahoria. Pero aun así eran firmes y altivos.

La mujer de goma: ¡Sólo a un loco se le puede ocurrir hacernos desfilan en este barrial!

El león al caminar lamía los restos de chancaca que le colgaban de los bigotes como estambre dorados.

-Hoy, hoy, hoy...

-Hoy, gran debut, hoy -anunciaba el payaso.

-Del famoso circo.

-Con las temibles fieras.

-Y el tragasables.

-Y el trapecista de la muerte.

-Y el león más fiero de la tierra.

Fue en ese preciso instante que comenzaron a rodearlo los animales. Pocos ladridos y luego el ataque directo. El león lanzó un rugido débil y luego otro más potente en medio de los gritos del empresario:

-¡Retiren a los quiltros, retiren a los quiltros!

-Los va a hacer papilla -gritó una anciana.

El león seguía midiendo la fuerza de sus atacantes.

Los perros ya estaban mordidiéndole la cola.

El rey de la selva se sentía viejo y abatido, pero aún le temblaba en los ojos una severa dignidad. Continuaba el ataque: los gruñidos, aullidos, la saliva bordeando los colmillos mientras se distribuían para otra embestida.

El león intentó un zarpazo.

Aulló uno de los quiltros, para volver a tironcarlo de la cola con renovada furia.

Esta vez el ataque fue a fondo.

El almacenero Macaya seguía consternado la escena.

-Hay que darle más chancaca -gritó desde lejos.

-Es que es modesto el animalito -justificó el payaso-. ¿No ve que los quiltros no le hacen el peso?

Se sentó el león en el barro. Parecía de esos perros muertos de hambre que buscan la tibieza de la ceniza para morir. No quería pelear, no obedeció la orden furiosa del empresario: «¡A ellos, a ellos!»

-Permiso -gritó Macaya, abriéndose paso entre los niños que trataban de animar al león con un palo-. Esto es lo que le hace falta -aseguró-. Ya verán.

Se acercó al animal como una samaritana a un herido, con esa misma ternura vulgar, circunstancial, pero acuciosa y honesta:

-Esto te dará más «ñeque».

Y en medio de las burlas del vecindario dejó la lata de chancaca casi en la misma boca del león.

El rey husmeó el trozo de dulce levantando la cabeza para escuchar los silbidos y los gritos burlones de los vecinos:

-¡Hay que sacarle el corsé!

-¡Este león está caro para gato!

-¡Este es un quiltro disfrazado!

-Oye, loca -al león-, sácate una pestaña y castiga a los perros.

Abundaban los maullidos, esas imitaciones parecidas a las amenazas de los gatos cuando alguien trata de quitarles la presa de pescado.

El león comenzó a lamer la chancaca en medio de las risas de los pescadores. El empresario trataba de alejar los perros levantando los brazos, y luego con voz de trueno:

-¡Levántate!

El león seguía indiferente. Desde lejos los perros volvían a la carga.

-¡Levántate!

El animal saboreaba el almíbar con orgullosa serenidad.

-La estás haciendo de oro -protestó el payaso Caluga-. Con estas taimaduras no ganas ni para los garbanzos. A éste lo acomplejaron cuando era leoncito. Ya, ya, tarado. Pégate la encachada siquiera. No vayan a creer que eres del otro equipo. Es por la leona

que está así -terminó confesando el payaso a la gente que lo rodeaba.

El administrador:

-¡Por última vez!

El león parecía mirar la lejanía, indiferente, mientras la lluvia comenzaba a derramarle su bocado como gruesos hilos de sangre de oro oscuro.

-Tráele ahora un café con leche.

-Y un paraguas.

-Y un corpiño.

-De mí no se ríe nadie -sentenció el empresario.

-Si quiere le damos un poco más de charqui -gritó Macaya desde la puerta del almacén.

-Basta de regalías -gruñó el dueño del león sacudiéndolo, aunque el animal no escuchaba sus insultos o sus amenazas. Estaba preparado para soportar vejaciones. Permanecía indiferente, sin moverse, mirando con compasión al empresario:

«En qué estuve que no te mandé vender junto con la leona. Esto me pasa por sentimental. Para tragar sí que tienes fuerza y buenas mandíbulas. Chancaquita le gusta al niño. ¿No te servirías un postrecito de leche nevada?

(Carcajadas de grandes y chicos.)

«Te voy a cambiar por charqui, ¡condenado! ¿Quién te metió en la cabeza que eras artista? ¡Otros a tu edad han ganado diplomas! Basta mirarte la cara. Cara de bruto. ¡El rey! ¡Hmmm! ¡El rey del pescado frito! (Risas.) Ni siquiera te tengo asegurado. Claro que antes me hiciste ganar unos pesos. Cuando le arrastrabas el poncho a la leona. -El león lo miró en blanco-: ¡A la leona he dicho! Ella sí que era trabajadora y obediente. Pareces un inválido (llévatelo para la casa será mejor); mañana te voy a comprar muletas (y otra peluca, ja, ja). ¡Levántate y camina!

Entonces empezó a arrastrar al león de la cola, camino al campamento, seguido por algunos niños de la caleta.

-Disculpen -dijo el payaso Caluga dando una media vuelta, guardando las manos en los bolsillos sin fondo de su pantalón.

LA MUJER DE GOMA

Nadie se dio cuenta cómo la mujer de goma se incorporó a la vida del alcalde de mar Rufino Araya. Un día apareció atendiendo el Bar y Restaurante «El Porvenir» y después, a la medianoche, al cerrarse el negocio, se quedó.

El administrador del circo en que trabajaba, en una corta reunión con los artistas, había dicho: «Hasta aquí no más llegamos», y horas más tarde aparecieron el síndico y la policía para embargar lo poco que quedaba. Entonces fue cuando la mujer de goma sin decir una sola palabra llegó con su maleta de fibra donde Rufino y casi con puras miradas se pusieron de acuerdo. El ni siquiera tuvo curiosidad por saber cómo se llamaba, sino que al día siguiente, al verla vestida, calculó que debía tener unos treinta años. Nunca hablaron de sueldo o algo parecido. Ella tomó a su cargo la cocina, la limpieza de los comedores y la atención del bar. Rufino empezó a tener más tiempo para jugar a la brisca. Una tarde se tomaron de la mano y hablaron de ampliar el local y la casa y hasta de la posibilidad de tener un hijo, todo dicho entre monoslabos, no por falta de entusiasmo o comprensión, sino porque parecían dos vidas dispuestas a iniciar una nueva etapa, pero sin hacerse muchas preguntas, sin sufrimiento, calladamente. Por eso su comunicación se cortaba días y semanas, aunque dialogaban por dentro, cada uno por su cuenta, haciéndose preguntas y contestándolas, trayendo en silencio los recuerdos, sus fracasos y los momentos de soledad, buscando el amor, a veces metiéndose en un cuerpo para edificar en torno a esa vida los pequeños planes, los hijos, las ambiciones no muy grandes.

A veces, estos sufrimientos tan distantes se juntaban con la ayuda de los ojos, la mujer de goma y Rufino purificados y sufrientes trayendo a la memoria los antiguos dolores, pero sin contar los detalles, tratando de comprender que los seres humanos se gastan en el duro oficio de la existencia. Ya no creían en el amor, pero aún no estaban endurecidos del todo como para no respetarse y repartir el futuro sin grandes ambiciones. Un día, tal vez el único, él le dijo que había perdido a su madre siendo pequeño, y ella a los nueve años andaba con un canasto vendiendo frutas por la calle. Después se detuvieron, no quisieron seguir avanzando por el temor a sufrir o recordar, no con las palabras sino evocando el pasado. Y cuando la gente los miraba uno frente al otro sin

hablar, con la botella al medio, nunca se imaginaban que estaban conversando, que tenían mucho que decirse, pero a su manera, a veces con una mano apoyado el rostro y varias rayas marcadas en la frente que sufría, que estaba sufriendo y que seguiría sufriendo hasta la muerte. El resto del conjunto artístico del circo en bancarota no tuvo más remedio que empezar a buscar trabajo en las fábricas conserveras del lugar. Don Calixto, el almacenero, adquirió la lona de la carpa, y desde Concepción llegaron algunos curiosos interesados en comprar el león que iba quedando, un elefante, cordeles, sillas, los instrumentos de la banda, algunos colchones, una colección de trajes de distintas épocas, sombreros, aparatos de gimnasia, varias brochas, carteles, pitos, tierra de colores, espejos, un hornillo, tres jaulas vacías, un látigo en regular estado, una docena de ampollitas, dos candelabros, ropa íntima, colmillos-amuletos, una colección completa de «El Tesoro de la Juventud», tiza, una fiambarrera, tres naipes ingleses, la corneta de la victrola u el dominó.

EL OFICIO DE OLVIDAR

Sábado, día de pago y trajín, aglomeración en el bar, grupos sedientos. Sed áspera, por la dura jornada en el golfo de Arauco. Cuesta entrar a «El Porvenir». Hora de las empanadas picantes, cuando la mujer de goma anda de mesa en mesa con su pollera ajustada entre las risas maliciosas y los ojos que no le pierden pisada, viéndola contonearse, pero con tanta seriedad que no da lugar para una sola broma.

Se escuchan las pedidas:

-Traigan vino como para bañar caballos.

Empieza a levantarse la humareda, la transpiración que huele a ulte hasta que los parroquianos parecen flotar en medio de las gruesas nubes. La atmósfera se enturbia con los vapores, los borrachos adquieren una sólida transparencia, como si un rígido hilo de luz los recorriera saltando de un lado para otro, precipitándose en las botellas que lanzan los destellos más porfiados y breves, y es como si los borrachos se caldearan en el infierno, consumiéndose entre las brasas y blasfemias. Ningún movimiento tiene entonces seguridad, y se arma el caos con precisión, meticulosamente: los pasos, los golpes, las carreras, los gestos, los gritos.

Estaban caldeándose los ánimos: las viejas rencillas de los pescadores costeros (los que trabajan el pejerrey, el cauque, la jaiba) y los hombres que desafían la muerte buscando el dorado, «el mono», el difícil pescado de mar grueso no orillero.

Nada se entendía. Apenas un ruido cortante, voces en bloque, sin sílabas, lingotes sonoros, gruesas carcajadas.

Se paró El Cara de Pantruca:

-Oiga, patrón, ¿me permite una palabrita?

-Diga, no más.

-¿Aquí está todo pagado?

-Sí, no se debe nada.

-Qué bueno. Fíjese que yo le traigo un recado a su mujercita.

-¿Por qué no se lo da a ella?

-Es que antes queremos pedirle permiso a usted, patrón.

-¿Para qué será?

-¡Oiga, no se vaya a ofender, don Rufino! Queremos que la patrona nos baile alguna cosita.

Se produjo un silencio expectante, mientras la mujer de goma se secaba nerviosamente las manos.

El alcalde de mar consultó:

-¿Y para qué quieren que les baile?

-Pa salir de la curiosidad, pa mirarla.

-Mire el capricho. ¿No saben que ella está retirada, que ya no es artista?

-Claro que sabemos. Por eso es que le estamos pidiendo el permiso para que haga esas mariguancias raras.

-¡Hace tanto tiempo que no ensaya!

-No importa, no importa, patrón.

-¿Qué dices tú? -preguntó Rufino a la mujer de goma.

Ella miró uno por uno el rostro de los pescadores, con detenida calma, como si los contara.

-Tú decides.

Los pescadores comenzaron a hacer sonar botellas, platos y cubiertos:

-¡Que baile, que baile!

-Es cosa de ella -se justificó el dueño de casa, haciéndose el desentendido y limpiando el mesón con la malaya.

-Ya, pues, m'hijita -gritó alguien-. ¿Qué se demora?

Los pescadores:

-¡Que se ponga el traje, que se ponga el traje!

Reunieron las mesas, haciendo un ruedo, preparando la vitrola. Sólo Rufino permanecía serio, junto a la caja, mientras la artista había partido al interior. Los pescadores apuraron el trago con la vista fija en la puerta, hasta que volvió a aparecer la mujer de goma con el mismo traje rojo que le habían visto hacía cinco años. Era una noche de lluvia cuando en el centro de la arena saludó a la concurrencia y tal como ahora empezó a quebrarse, bandeándose y costaleándose, tiritando como si tuviera frío, templando los nervios. Su cabeza rubia aparecía por donde menos se pensaba, para desaparecer después con la misma facilidad, sujeta de las manos, partiendo sólo con una parte de su cuerpo, dejando olvidado el saldo, con mayores y confusos impulsos y otros desórdenes, otros quebrantamientos, otros ovillos de locura, como si muchas mujeres se estuvieran hundiendo en el barro y manotearan para salvarse, moviéndose con desesperación para nacer de nuevo.

Uno de los curados pensó en alta voz:

-¿Eso mismo le hará en la cama al Rufino?

-¡Basta! -gritó el dueño de casa.

-Otro poquito -rogó un pescador que se había sentado en el suelo para no perder un solo detalle del espectáculo.

-He dicho que basta, y se terminó.

La mujer de goma comenzó a desenredarse:

-Rufino, ¿cuánto tiempo he esperado este momento?

-Sí, ya sé -fue la seca respuesta.

-Un poquito más. Sólo un poquichicho -imploró alguien, burlándose.

-¿Qué fue lo que prometiste cuando te recogí?

La mujer de goma permaneció silenciosa, reconociendo después con tristeza:

-... que nunca, nunca más me presentaría en público.

-¿Te acuerdas, no?

Insistió ella:

-Tú bien sabes lo que esto significa para mí.

-Si no se le va a gastar la mujer, ñññ -gritaron.

-Eso es cosa mía -contestó Rufino.

-Cuando sea rico le voy a comprar un circo para usted sola, m'hijita (ja, ja).

Colocaron otro disco. La mujer de goma continuó el baile, desafiando la orden del dueño de casa. El grupo de curiosos se estrechó aun más.

-Ya pues, otro menéito.

-Ay, ay, ay.

-Pa mí, éste pa mí...

-¿Dónde está mi gallinita ciega?

-Con las ganas que tenís de matar la gallina (ja, ja, ja).

-¿Dónde se me fue, ricurita?

-Aquí, aquí, mi perra.

-Cállate, confiaticita.

Gritó Rufino:

-Te vas para adentro o no respondo.

-Déjala trabajar, ignorante -le contestaron.

-Te gusta tenerla amarrada para ti solo.

La mujer de goma se deslizaba por el suelo con creciente violencia, multiplicando sus movimientos, ahora más provocativa, insinuante, como si intentara destrozarse, metida dentro de su propio vértigo, doblando su columna de papel.

-Te estoy ordenando -repetió Rufino, más amenazante, pegándole el primer trancazo en la cabeza.

Se escuchó un golpe seco, parecido a una bolsa con correspondencia cayendo al suelo desde un camión de correo. Después del segundo trancazo, la mujer de goma pegó un grito, retirándose entre sollozos, haciendo una reverencia, agradeciendo los aplausos, los silbidos de admiración.

Rufino llegó al poco rato a consolarla. Estaba arrepentido y orgulloso, pero prefirió quedarse callado. Se puso a mirar el mar mientras ella, a su espalda, se sacaba la ropa de artista, el «buzo» de mujer de goma.

Los sollozos disminuyeron y los hondos suspiros decrecieron lentamente, como se hacen más leves la nostalgia y la melancolía.

Ella lo tomó de la mano y juntos contemplaron el mar, esta vez con un nuevo silencio. Juntos miraron el vuelco de las olas, su compás y destrucción, dejando que el mar los armara y desarmara por dentro, hasta que las olas comenzaron a caer en sus entrañas con más calma, como esos días tranquilos en que el mar no parece mar, como cuando la alegría es tan grande que no parece alegría.

LOS MAESTRITOS

Los primeros experimentos llevados a cabo en Leipzig en relación con la bomba atómica estuvieron perseguidos por la desgracia. El físico Döpel, al desconocer las cualidades químicas del uranio, pretendió manipularlo con una pala de metal, ocasionando así un pequeño incendio. Al echarle agua al fuego se extendió aun más, y tuvieron que acudir a toda prisa los bomberos.

* * *

«Slotin solía realizar los experimentos sin servirse de ninguna protección especial. Los únicos instrumentos que empleaba eran dos destornilladores, mediante los cuales, con un cuidado extremo, deslizaba dos semiesferas por encima de un rail. Tenía que conseguir con infinita precisión el «punto crítico», es decir, el momento en que se desata la reacción en cadena, el cual se interrumpía de pronto en cuanto volvían a separarse las semiesferas. Si el manipulador rebasaba este punto o si no reaccionaba con la suficiente celeridad, la masa podía volverse «supercrítica», ocasionando la explosión nuclear.»

ROBERT JUNGK

«Más brillante que mil soles».

* * *

Por fin dieron con la mansión de cinco pisos. El maestro de la talega tocó el timbre; vieron después a una fámula de blanco y negro con cuello de hule que sonaba al caminar por el almidón del uniforme.

-Aquí le venimos a arreglar el wuafle -dijo el electricista para impresionar, mostrando el alicates y el soplete.

-Cuidado con pisar las flores -advirtió la empleada, al observar el paso balbuceante de los dos técnicos, que apenas tenían fuerza para levantar sus enormes zapatones sin taco, amarrados con alambre y cáñamo.

Las visitas se pegaron un codazo de mutua sorpresa mirando las áreas verdes, los juegos de agua, las plantas y las aves exóticas, las caballerizas.

La mujer de blanco con cofia los hizo pasar por la entrada de la servidumbre.

-Estamos en pana, fíjense -dijo ella.

-Igual que nosotros -fue la respuesta-. ¿No tiene del blanco?

-Este es el plato que no me funciona -señaló la empleada doméstica con un gesto distraído.

-¿Y cómo le va a funcionar, mi linda, si tiene cambiado el circuito? -aseguró el maestro electricista dando una mirada panorámica al artefacto.

-¿El berilo? -consultó el otro maestro.

-Yo creo que es el plutonio -contestó el electricista con tono preocupado.

-Ah, eso sí.

Vaciaron la talega: queso duro, la Biblia, alambre, plomo, grasa de carreta, la teoría de la relatividad de Einstein, un enchufe y la partitura original de la Sinfonía N° 36 de Mozart.

-Déjeme ver por este lado -agregó el profesional con viva curiosidad.

-Pero no tiene por qué levantarme la enagua -protestó la mujer.

-Es que ando un poco fallo a la vista -se disculpó el experto.

-Lo que pasa es que se ha producido una desinteligencia entre los polos -confirmó el ayudante.

-U sea -recalcó el otro-, tenemos una relativa modulación en la parte sensible del instrumento. -Se secó la saliva del dedo en la chaqueta.

-Porque todo es relativo todo es relativo -repitió el ayudante.

-El polo sur choca con el norte y entonces ¡chuifff!

Perdía aire al hablar, pero se entendió con claridad lo que quiso decir.

-U sea que mientras la corriente entra por un polo sale por el otro y en eso se lo lleva y por eso usted no puede cocinar, ¡m'hijita rica!

Ella hizo sonar las pestañas como exclamando para sí: «Cuidado, no me vaya a creer». Después agregó para desviar la conversación:

-¿Necesitan alguna cosa?

-Mire que no vamos a necesitar -contestaron al mismo tiempo-, ¿será del tinto, no?

-A ver, maestro -ordenó el jefe-. Demos vuelta la cocina para medir el grado de la radioactividad.

Trabajaban con rapidez, con aparente pericia.

-Es grave la cosa -le confirmaron a la empleada, después de terminar el prolijo examen valiéndose de un estetoscopio.

-¿Pero tiene remedio, no?

-Pa eso estamos nosotros. A ver, maestro -ordenó-, prenda el soplete.

Hizo un cálculo en voz alta:

-Si le rebajamos el imperaje ya vamos a andar en los veinticinco watos.

-Siempre que quedemos vivos con la explosión -agregó el ayudante con toda naturalidad.

-Lo importante es que el wuafle funcione. Porque si el wuafle anda mal todo anda mal.

-¿Y usted es soltera o casada? -preguntó el que tenía el alicates en la mano.

-¿Yo? Solterita.

-Se le nota a la legua -contestó el ayudante, que estaba encargado del soplete.

-Páseme la Biblia -ordenó el jefe.

Leyó al azar: «Pues he aquí que el día de mañana, como a esta hora, haré llover granizo de tal manera grave que nunca habrá otro como éste en Egipto, desde el día en que se fundó hasta el presente...» «Yo te he invocado y tú me responderás».

-Así ya no estamos tan solos -fue la única explicación del maestro en el momento en que cerraba el libro.

Al poco rato la cocina quedó destripada, hueca, con los hoyos vacíos de los platos.

-Vamos a simplificar el sistema -dijo uno.

-Para que el wuafle alimente todo el circuito, dice usted.

-Eso mismo, aunque tengo mis dudas.

-No, maestro. Así vamos bien. ¿No ve que es el dinamo el que no permite que trabaje el amplificador?

-Acuérdese -advirtió por lo bajo el ayudante- que no es nada una vitrola la que estamos arreglando, es una co-ci-na.

-Es la misma cuestión, la misma técnica.

-También es cierto.

-¿Dónde está la diferencia? Mientras en la vitrola la corriente se va de un viaje a un solo plato, aquí alimenta a los cuatro.

-Y queda la pata de pollo, como quien dice.

-Yo no entiendo ni palotes de lo que están conversando -advirtió la fámula.

-Usted perdone -dijo el más caballeroso de los maestros-. Son términos propios de la profesión, cosa de científicos, de hombres sabios. Y eso que todavía no le hemos nombrado el uranio.

-Ni el neutrón tampoco. Así hablamos los que le hacemos a la numismática.

-No, oh. A la cibernética.

-Eso mismo.

-¿Con qué les puedo hacer un cariñito? -preguntó ella.

-Ah, ya es cosa suya -contestó el que tenía la Biblia en la mano, poniendo la mejilla izquierda.

-¿Les vendría mal un blanquito?

-¿De ese que toma el patrón?

-Del mismo -contestó la fámula con cierto orgullo de dueña de casa.

-Bájese el volumen al soplete -ordenó el jefe-. Mire que ya tengo estudiada la pana y vamos a empezar a soldar.

-¿Los interrumpo? -preguntó la mujer, ofreciendo el vino en dos grandes vasos.

-¿Cómo, y usted?

-Yo los acompaño después -prometió ella.

-Aunque sea mójese los labios -exigió el más experto.

-No vaya a ser cosa que me cure -dijo ella, aceptando.

-¿Qué le va a hacer? -insistieron.

-Ahora vamos a armar la cuestión -anticipó el ayudante.

-Tenga el plomo, firme.

Las llamas del soplete comenzaron a ablandar el material: las gotas caían chirriando sobre los alambres.

-La cocina le va a quedar como nueva.

-Sí, ya veo -confirmó la fámula con entusiasmo.

-¿Y a usted cómo le vendría una soldadita? -le preguntaron.

-No me digan esas cosas -coqueteó-. Miren que no soy de fierro.

-¿O no es verdad todo lo que se ve?

-Sí -contestó con el rostro encendido-. Las de «ella», no.

-No me diga. ¿Y de qué son?

-Son con relleno.

-¿Cómo papita rellena entonces? ¿Será porque a lo mejor no es nueva, porque la patrona está medio retirada de las pistas?

-Por eso tendrá que ser -concluyó la fámula con cierta inocencia.

-Tenés que tener más cuidado -alertó uno de los maestros.

-¿Qué es lo que te pasa?

-Fíjate pa qué lado apuntái con el soplete.

-»Ella» usa pestañas postizas también.

-No tiene nada propio.

-¿Y con qué se amarra las pestañas? -inquirió el más ingenuo.

-Yo creo que con goma de pegar.

-Debe ser con cemento -calculó el otro técnico.

-Güeno, vamos a conectarle el wuafle.

-Echale otra luquiada a la Biblia, por si acaso -aconsejó el ayudante.

-Tiene toda la razón, maestro. Vamos viendo: Salmos, capítulo 18: «Subió humo

- por su ira, y luego procedente de su boca, ascuas se encendieron de él...»
- Ojalá resulte cierto -agregó el otro maestro.
- Observaron las guías de los alambres abriéndose en cuatro direcciones.
- Ahora vamos a rematar el trabajo -dijo el maestro que había leído la Biblia-. Páseme el soplete.
- ¿Qué no ve que no puedo, maestro?
- ¿Qué le pasa, ayudante?
- Chih, qué me va a pasar. ¡Me entró la parálisis, la polio! Se me puso dura la mano, se me agarrotaron los dedos.
- Por falta de elemento -dice usted.
- Por la absoluta escasez de berilo.
- Mire, qué torpe soy -dijo ella, dándose cuenta de la indirecta-. Sírvanse con toda confianza.
- Les llenó los vasos.
- Pero esta vez no le vamos a aceptar tomar solos.
- Lo que ustedes quieren es tentarme.
- No, no. Nada de eso.
- No vaya a ser cosa que se me caliente el hocico -confesó ella con toda delicadeza.
- Por usted, m'hijita -saludaron los maestros, haciendo sonar los vasos.
- Por ustedes -contestó ella-. Para que todo salga bien.
- Reiniciaron el trabajo, ordenando las piezas.
- Vaya a dar la corriente -ordenó el maestro que dirigía la obra.
- Se creó un rápido suspenso, escuchándose un chirrido agudo como la frenada brusca de un camión cargado que hace una maniobra para evitar el choque con un ciclista.
- Parece que no enciende -dijo el ayudante.
- Vamos a tener que recorrer todo el circuito -se justificó el otro maestro-. Hay una disparidad en la alimentación de los neutrones.
- Parece que no estamos nada inspirados. Esa es la cuestión -confesó el ayudante.

-Entonces abramos al tiro la otra botella -se adelantó la fámula.

-A lo mejor nos perturba la mente -comentó el más hipócrita-. Pero ya que usted insiste...

-Me está entrando la duda -dijo la mujer viendo el desorden en la cocina-.
¿Quedará bien el artefacto?

-Mire que no. Si nosotros dos somos nacidos y criados en la cuestión. Descendimos de maestros electricistas. Mi abuelo le pegaba también, y ¿sabe qué más?, ni la continua ni la alterna le hicieron una desconocida. Nunca los patió siquiera.

-¿Pa qué lado está el norte? -preguntó uno de los maestros.

-Me parece que a su espalda -contestó la fámula con cierta inseguridad.

-Claro, claro -se contestó a sí mismo el maestro.

Atornilló con fuerza una de las llaves de la cocina.

-Péguele con el alicate -ordenó el otro maestro.

-¡Por fin! Faltaba el ajuste. A ver, maestro, aplíquese por este lado.

Se pusieron a escuchar reforzando el oído con la mano.

-Humito sale -dijo uno.

-Y olor a quemado también -agregó el otro.

-Pero si es el refrigerador -gritó ella.

-¿Qué pasa? -preguntó uno de los maestros con aparente tranquilidad.

-¡Está saliendo fuego del refrigerador!

-Con este invento nos hacemos ricos, maestro.

-Oiga, parece que se le pasó la mano, fíjese. Los platos de la cocina están helados como la piedra.

-No me diga.

-Toque, toque. ¿Que no se está formando hielo encima?

-Pero no ahí -advirtió la fámula, preocupada.

-No me diga nada más, maestro. Ya la pillé: es el trifásico.

-Yo diría que la falla anda por el lado del barbitúrico.

-¿También puede ser, no? Algo de eso hay. Parece que juntamos el alambre que era con el que no era.

-A ver, bájele un poco la potencia al transformador.

-¿Así?

-Otro poco, otro poco -exigió el técnico, moviendo la mano para que el ayudante regulara la operación-. Perfecto -confirmó.

Un mozo con tongo lustroso y guantes entró a la cocina, agitado:

-¡Está saliendo agua hervida de la manguera! El jardín está hecho una miseria. ¡Se quemaron todas las plantas!

-Cierra la llave, pues, aturdido -le aconsejaron al sirviente.

Se escuchó un nuevo cálculo mental.

-A ver -ordenó el jefe a su ayudante-. Abra la llave de paso y cuando empiece a salir el agua, ¿ah?, pegue el grito.

-Pensar que la cocina no enciende y yo me estoy quemando por dentro.

-Aguántese un segundito -dijo la fámula ajustándose la cofia-. ¿Qué me demoro en llenarles los vasos?

-Oiga, m'hijita. ¡No sé qué daría por ponerle pieza!

-Fíjese bien en lo que hace -argumentó ella, desviándole las manos-. No juegue con fuego.

-Me estoy quemando vivo -gritó el ayudante desde lejos-. ¡Se me quedooooooo el dedooooooo pegado en laaa mangueraaaaaaaaa!

Miró por la ventana: el ayudante estaba rodeado por una impresionante nube de vapor, como una tintorería el viernes por la noche.

-No hay duda de que algo anda mal.

-¿Qué le pasa, ñor?

-¡Estáaaa saliendo músicaaaaa hervidaaaaa por la mangueraaaaaaaaa!

Puso el oído en los platos.

-Magnífico -dijo, sin dar mayores explicaciones.

-¿Que no está saliendo música por la cocina? -consultó incrédula la mujer de

blanco.

-Tal como lo oye.

-¡Por Dios que es diablo usted!

-Ahora podrá cocinar llevando el compás -aseguró el técnico con orgullo-. ¿Y qué nos demoramos en bailar?

-Ah, no -contestó ella con cierta reticencia-. Yo no le bailo el valse.

-¿Y qué es lo que le gusta bailar entonces?

-Alguna otra cosita más movida.

-Ah, de eso me encargo yo -aseguró el profesional.

-Sí, sí -dijo ella-. Pero no se olvide de poner la música.

-Oye -dijo el maestro que venía del jardín-. Está quedando la crema. Ahora se congeló la manguera, quedó como palo.

Comenzó a sonar el teléfono.

-Debe ser «ella» -advirtió la fámula, levantando el teléfono blanco.

-Dios mío -alcanzó a decir en el momento en que le saltaba un chorro de agua en el rostro.

-Entonces no es nada el trifásico -concluyó el maestro-. Me con que tiene que ser wuafle, no más.

-Aló, aló -exclamó la mujer con cofia, secándose la cara con un pequeño pañuelo.

-¿Agua fría o caliente? -preguntó el electricista más minucioso.

-Fría como el hielo -comentó ella con cierto escándalo-. Miren cómo me están dejando la casa.

-Déjeme tener un cuadro exacto de la situación -dijo el más experto-. En la manguera tenemos agua caliente: correcto. En el teléfono, agua fría: correcto. En la cocina tenemos música: correcto.

El ayudante empezó a buscar la botella.

-¿Sabe dónde está la pana?

-Aquí -dijo el maestro más sediento-. Aquí en la garganta.

-Póngase la otra, amorcito -pidió el más comedido-. Después a la salida arreglamos.

-Digo yo, maestro. ¿Y si invertimos los polos?

-El agua subiría entonces por el circuito del teléfono, ¿no?

-No importa. ¿Y qué nos demoramos en desviar el chorro a la vitrola?

-¿Con el sistema?

-Con ese mismo -contestó el más satisfecho de los maestros.

-¿Sabís que más? -dijo uno de los electricistas bajo cuerda-. Apreta.

-¿Qué querís que aprete? -preguntó el otro con toda inocencia.

-Que apretés el acelerador. ¿Te dai cuenta la media embarrada que hicimos?

Uno tomó la talega y buscó la puerta mirando el techo, estrujando la punta de la chaqueta, tratando de disimular.

-Mire cómo son las cosas -dijo el otro maestro-. Vamos a tenerle que hacer un recorrido completo.

-Pero no aquí -dijo la fámula-. Yo tengo libre el domingo.

-Déjeme explicarle -continuó el experto, que ya había quedado solo-. Tenemos que ir al mismo origen de las cosas. U sea a la postación de la calle. De ahí viene la pana, fíjese.

-Vayan y vuelvan -Contestó la empleada con entusiasmo-. Los voy a esperar con algún postrecito.

El electricista comenzó a despedirse como si estuviera en algún andén, ya levantando la mano, ya sacando el pañuelo agitándolo vivamente emocionado, casi con lágrimas en los ojos. En el momento en que abrían la pesada puerta de hierro apareció la dueña de casa con un impresionante sombrero de rejilla.

-Papú, papú -gritó uno de los maestros apretándole los falsos senos vacíos.

-Y era cierto -dijo el otro, pegándole un tirón- que tenía las pestañas postizas.

Después se escuchó el traqueteo de sus enormes zapatos haciendo sonar la acera, dejando atrás las voces amenazantes.

EL AURIGA TRISTÁN CARDENILLA

PRIMERA PARTE

... se ríe del caballo y su jinete.

JOB, 30, 18.

«¿Para qué sirven los viejos», se preguntó, tratando de ubicar el dolor en el pie. Con la lluvia se mojaban el camastro, la silla de mimbre del dormitorio, el ropero de madera terciada, la mesa coja, las amarillentas cortinas de la pieza y la foto de su abuelo, también auriga.

Sentóse el anciano. El ruido del temporal terminó desvelándolo.

Relinchaba el caballo al fondo de la casa, mientras el hombrecito iba y venía apurando el fuego con la boca en medio de la humareda, tiznando aun más el espejo roto, los zapatos destripados, y su mujer, la Popea, durmiendo de bruces, sin sentir.

Después la rutina: acercarse al caballo, saludarlo con recias palmadas -crap, crap, crap-, ponerle los arneses, tomar una taza de agua caliente, salir al trote a la estación, y esperar entre el gentío y la lluvia la llegada de los trenes.

Así pasaron los años de la vida ⁽¹⁾.

Tristán Cardenilla, triste, incomprendido. El caballo, meditabundo, viejo, y la Popea, el otro miembro de la familia, durmiendo o llorando.

Todo había cambiado con el correr del tiempo, y hasta el pulso del auriga ya no era el mismo. Ahora tomaba las riendas en otra forma, le faltaban seguridad, energía. Y hasta el castigo al animal y el sonoro «chui-chui-chui», para que apurara el paso, eran distintos. Desganado, casi sin voluntad. También el animal no tenía esa partida briosa de

antaño. Ahora temblaba al frenar de golpe ⁽²⁾, sudando en todos los recorridos, aun en los más cortos, echando espuma por la boca.

¿Hasta cuándo resistiría?

Cada nueva semana la ración era más mezquina: menos pasto y más agua. Tristán ya no lo miraba con la comprensión de antes, sino con vergüenza culpable. El caballo se daba cuenta de la situación, sin poder hacer nada por remediar este conflicto de la conciencia del auriga, que eludía toda explicación, sentado en la acera, mirando largas horas el paso de los modernos vehículos.

El auriga también estaba flaco. Comía de vez en cuando un pejerrey frito, uno solo, astillándolo fibra por fibra, como si fuera un gorrión, mojando en las noches un pedazo de pan duro con medio pato de vino ⁽³⁾.

-Por aquí, por aquí -gritaba haciendo sonar las manos.

Los pasajeros se sorprendían al mirar las costillas del animal ⁽⁴⁾.

-¡Estamos listos! ¡Subirse al chicoteado!

-¿Llegaremos?

-Mire que no vamos a llegar. Flaco pero firme.

-¡Aþure el machucado, ñor, antes que se haga de noche!...

El animal se cimbraba con el peso de la carga, como si fuera a quebrarse, dejando la impresión de que iba separando enormes cantidades de agua, cortando fuego, pateando aire.

Una tarde se terminó el pasto. El auriga miró al caballo con más vergüenza que de costumbre, con ojos dóciles y rebeldes a la vez, silencioso, deshilachando una pajilla.

El caballo acusó el impacto, sintió un vacío en el estómago, tal como la necesidad de tener un dios que debe experimentar un penitente extraviado: un hueco, la dimensión espiritual, un agujijón golpeándose las tripas. La forma y el volumen del hambre.

-Estás perdonado -pudo haberle dicho el caballo. Y lo dijo:

-Si no hay, no hay.

Bebería más agua que de costumbre para engañar el estómago. Sacrificaría su parte hasta los extremos más inconcebibles. Bestia y hombre, como es costumbre, seguirían compartiendo la misma deshonra del hambre, dorados por el último sol de la tarde.

En la casa, la Popea estaría vociferando, porque el auriga partió sin dejarle una chaucha para el almuerzo:

-¡Con los amigos sí que eres manirroto! No te importa gastar, aunque yo ande a la huila. No tengo ni un polvito que echarme. ¡Parezco pantruca por tu culpa, viejo inútil!»

Para evitar estas escenas era preferible quedarse en la estación, mirar los pasajeros, esperar, recordar, dormir.

Cuando Tristán entraba al bar a pegarse el cañonazo, el caballo prefería mirar para otro lado. Después de todo, un hombre que se siente solo, incomprendido, sin plata, tiene derecho a ponerle, pensaría el caballo.

Cruzaban la ciudad a duras penas, pasando por el Matadero, donde un día se conocieron. El caballo ya estaba en capilla para ser sacrificado y relinchaba de pavor. Las vacas, olfateando la sangre fresca, esperaban su turno con resignación. ¿Usted ha visto morir un caballo, cuando el matarife lo persigue con un chuzo y empieza a golpearlo como si quisiera enterrar un clavo en un pedazo de fierro? Observe primero los ojos de las vacas. ¡Cuánta burla en su mirada sentenciosa! ¡Ya te llegará el turno!, parecen decirle al matarife, sentencia que habitualmente se cumple. En cambio, al caballo le relampaguea todo el cuerpo, tiene miedo a la muerte, se le sueltan por separado los tendones, los muñones, los huesos ⁽⁵⁾, hierve, tiene frío, ira: no conoce la resignación.

SEGUNDA PARTE

En el hambre te redimirá de la muerte.

(JOB, 5, 20)

Hace quince años, esa madrugada, el caballo me estaba esperando, y eso que no nos conocíamos.

-¿Cuánto vale el animalito? -consulté simplemente «hecho».

Unos ñatos se acercaron como para escuchar otra vez la pregunta, sin saber que había llegado al Matadero por equivocación después de discutir con la Popea. Para variar, nos dijimos de todo. Salí de la casa y empecé a hacer las estaciones. Entraba en cada bar del camino tomándome la caña, hasta que llegué al barrio Puchacay.

-¿En qué va a ocupar el matungo? -preguntó alguien.

-Esa es cosa mía -contesté.

-Es un clavo.

Y el caballo escuchando.

-Si quiere, lléveselo por veinte mil pesos -dijo el martillero.

-¿Veinte mil?

Escupí los billetes antes de empezar a contarlos.

-Me lo llevo; trato hecho -confirmé, sin pedir rebaja.

Hicimos varios aros en el camino, yo empinando la caña y el caballo muerto de la risa, entre quiñazo y quiñazo, tierno, agradecido, moviendo la cabeza y la cola, pasándome la lengua por la cara. En una de éstas, me puse a contar la historia alrededor de unos fudres, y los que estaban más emparafinados empezaron a llorar como niños chicos rodeando con los brazos a la bestia, hasta que llegaron los carabineros y nos dispersaron. Me sentía orgulloso del caballo, igual que si fuera hijo mío, y lo miraba de arriba abajo, como se debe mirar una casa propia que uno termina de pintar por primera vez. El caballo la revolvió raspando la tierra, cruzando las patas, ufano, dispuesto a trabajar en lo que viniera, incluso horas extras, pero sin cobrarlas, claro está. Eso se le notaba en la cara.

Ahora era necesario preparar el terreno para evitar que la Popea pusiera el grito en el cielo. ¡Ella, que era tan sacrificada y soñadora y que durante tantos años había juntado la plata chaucha sobre chaucha para el pie del terrenito! ¡Y yo la media embarrada que fui a hacer! ¡Comprar el caballo! Ella siempre cuenta que me tiene lástima, que la manejo sin ropa y sin dientes, que ando amurrado, que no me entiende, que no tengo otra mujer, pero que ando raro, que no hablo, que tomo y tomo, que el día menos pensado me van a encontrar muerto en el bar.

Que no es vida la que vivimos. Y todo esto porque una vez, cuando estaba haciendo méritos en el circo para ser payaso, me pusieron a cuidar el león. Estaba tan flaco el pobre, que el administrador tenía miedo de que se lo robaran. Yo me llevé el botellón a la jaula y nos pusimos a tomar a medias, y cuando amaneció no estaba. A mí me echaron, cortando mi carrera profesional. Me desmoralicé y nunca pude explicarme por qué el león no pegó ni un rugido siquiera cuando se lo llevaron; tal vez porque era tan humilde como yo. Era medio mongólico el animalito: quedó así después que nos pilló un terremoto en Ñipas y le cayó una tremenda viga en la cabeza y entonces empezó a transmitir como esos boxeadores que tienen la radio mala cuando les entra gente al patio. Hablaba de puras grandezas, en el Africa. Y aunque le arreglaron la cabeza ya nunca fue el mismo, y después le vino la amnesia y no se recordaba ni del nombre de su abuela, y

lo peor del caso es que decía que era gato, renegaba de su condición de león. Esto nos tenía amargados a todos, porque ya no sabíamos qué inventar para convencerlo de que era bravo, y cuando lo sacaban a la pista de aserrín se lo pasaba bostezando, aullaba, piaba y el domador hacía el gran ridículo, y la gente se moría de la risa, pero el león no se daba por enterado y todos sufríamos por igual.

Anduve cesante algunos meses y cuñifo. Usted sabe, en el Sur no falta. La Popea me sacaba la ropa y los zapatos y con la botella de tinto, pero vacía, improvisaba un guatero y después se ponía a preparar un loco falso con harto ají y su huevito caído, pero mostrando la cara larga, refunfuñando.

Así seguimos viviendo. Un día parando la olla y otro no, pidiéndoles a los vecinos algún huesito sobrante, un poco de té de segunda mano, para sacarle el jugo y calentar el estómago, que es lo principal, porque la mujer tiene que estar con uno en las buenas y en las malas, y si hay puras malas, ¡qué diablos! Y si se va, uno queda con más ganas de tomar, y total, ¿qué saca? La Popea siempre regresaba, y entonces vamos pidiendo fiado su litrito o dos para celebrar el acontecimiento, porque llorando uno se explica mejor. Ella juraba que me tenía mal criado con la caña, aunque yo trataba de convencerla diciéndole que tomando uno anda calentito por dentro y algo de estas brasitas le tocan a ella, que parece piedra por las noches, ya a los sesenta años.

-Aquí estoy, Popeíta -dije llegando montado.

-Sí, ya lo veo -contestó, echándole una mirada al caballo.

-Es nuestro.

-¿Nuestro?

-Sí, tuyo y mío -le expliqué para consolarla.

-De tu abuela -me contestó con rabia.

-Bueno, de tu abuela, tuyo y mío.

-¿Y para qué queremos esa jiltrafa? -gritó.

-Nos ayudará a trabajar.

-Si está que se cae de calambriento -protestó la vieja.

-No creas -traté de seguir defendiendo al caballo, que se sentía harto mal por el giro que tomaba la conversación.

-¿Cuánto te costó?

-No, si me lo regalaron.

-Sabís qué más: regalado está caro.

-Popea -le dije-. Cuidado, que entiende.

-Ah, ¿sí? ¡Qué va a entender ese tontorrón!

El caballo se rió, cómplice, encogíendose de hombros, guiñándome un ojo ⁽⁶⁾.

-No ve, ¿no ve?

La Popea se anduvo asustando.

-Pero, viejo loco -dijo-. Si no tenemos para comer los dos. ¿Qué le vamos a dar a este pobre animal?

«No se preocupe -parecía contestar el caballo-. Ya nos arreglaremos de alguna manera».

-¡Saldremos a vender el pescado a caballo!

-Torrante, ¡tenís delirio de grandeza!

-Escucha, Popea. Si andamos más rápido, más vendimos.

-Ñe, ñe, ñe -remedó ella con su boca fofa ⁽⁷⁾.

-¿Qué haremos -pregunté- para que nos dejen entrar?

-Yo o el caballo -exigió la vieja.

-Ni tonto -le dije-. El caballo.

-Desalmado, yo que... (etc.)

-No es para tanto, señora. Hay que marchar con el progreso.

-¿Cuánta plata te sobró, botarate?

El caballo miró para otro lado.

-Ni cinco, Popeíta.

Me tiró una botella.

Empezó a llorar:

-Bueno, por esta noche, pasen. ¡Pero que me condene si mañana no los echo a la calle! Mira cómo ando yo, escondiendo las chauchitas y el cabeza de tiuque -así me llama cariñosamente- ¡comprarse una caballo! ¿Es que tenís los alambres pelados, uiste? Tenís que devolver el caballo, ¿uiste? Un terrenito es lo que nos hace falta. Pa tener siquiera donde caernos muertos, ¿uiste?

-Ah, no -dijo el caballo con tono resuelto-. Yo me voy.

-Usted se calla -le dije con voz autoritaria-. A esta vieja me la conozco de memoria -agregué para confortarlo en la hora de prueba.

-Pero si vamos a pasar como el perro y el gato, yo me voy -sostuvo.

-Yo te aseguro que no -insistí.

«Popeíta -argumenté, una vez que el caballo quedó en el galpón destartado-. Tenemos que mirar el futuro con ojos realistas. Ponte que mañana no salga más la sierra y la pescada. ¿Dónde iríamos a parar? Mientras que con el caballo vamos a capitalizar algo, ahorrar no sólo unos pesos para comprarnos un terrenito, sino hasta una casa propia.

-¿Cierto? -preguntó la vieja abriendo los ojos.

-Cierto -le contesté-. Y quién te dice que el día menos pensado compramos un segundo caballo y después un tercero y terminamos poniendo una fábrica de caballos, ¿ah?

Pero la Popea no aflojó, y al día siguiente se mandó a cambiar temprano.

Llegué a la playa y los pescadores al verme montado se impresionaron y tuvieron más confianza y hasta me fiaron un canasto de «mono»⁽⁸⁾, por primera vez en la vida.

Grité como condenado por los cerros, golpeando las puertas desde arriba del caballo, explicándole a cada cliente que habíamos ampliado el negocio, que estábamos dispuestos a vender a domicilio desde un pejerrey hasta una tonelada si llegaba la ocasión.

Regresé con toda la plata y se la entregué a la Popea. Se puso contenta y con unas «nylon»⁽⁹⁾ que nos habían sobrado empezó la fritanga. Yo fui a buscar la pitarrilla, porque después de todo no hay como tomar en la casa, y se armó la fiesta: el caballo mirando la tierna escena, comiendo su pescada frita que la vieja le preparó para él solo, y nosotros cacheteándonos igual que en la Biblia, cuando a esa gente buena se le terminaba el pan y llamaban al Señor y El se lo multiplicaba, y con el pescado igual Pascual.

La alegría duró poco. Creo que la Popea se empezó a poner celosa del caballo, porque yo hablaba más con él que con ella, es decir, con él tenía más confianza, eramos más amigos, esa es la verdad, a pesar de las dificultades del idioma. Pero superábamos esos inconvenientes, a veces con una mirada que valía quizás por cuántas frases, con algunos gestos simples, mientras que la Popea se lo pasaba gritando todo el día con el garabato en la boca, dale que dale⁽¹⁰⁾, hasta que tenía que aforrarle un combo, y el caballo se tapaba la cara para no ser cómplice de estas trifulcas, que eran el pan de todos los días.

La vieja no podía ver al animalito ni en pintura y el caballo le pagaba con la misma moneda, haciéndole morisquetas o dándole ni que media patada al menor descuido. Hasta que la Popea pegó el grito:

-Esto se acabó -dijo, y agarrando la olla se fue a la casa de su mamá, como siempre, jurando que no volvería nunca más.

Quedamos solos, comiendo donde nos pillaba la hora, hasta que empecé a empeñar el caballo. A veces lo recuperaba, otras no. Un compadre se compadeció y me propuso una sociedad con una victoria que él había rematado. Sacamos la patente municipal y nos empezamos a parar en la estación con el chicoteado, esperando la llegada de los pasajeros de los trenes. Pero algo se quebró entre el caballo y yo. Quedó sentido, ya no era el mismo, no me tenía la misma confianza de antes. La tristeza era sólo para él, le costaba compartirla. Bastaba mirarlo para darse cuenta. Y por más que trataba de hacerme amigo de nuevo, convidándole un pejerrey frito, su medio pato, él nada. Era orgulloso. Y aunque nunca me lo dijo, lo que le dolió fueron esas noches en blanco que pasó empeñado, mientras yo andaba en las tomas.

Pero seguía entendiendo todo, o casi todo. Y cuando no podía comprender algo, le hacía empeño. Todavía nos gustaba ver caer la lluvia, tristes los dos, pero cada uno por su cuenta, cada uno con sus recuerdos.

Y ahora que no puedo darle de comer, pienso que hubiera sido mejor que lo mataran, pero me rebelo y no lo dejo solo y a veces tengo la sensación de que juntamos las dos hambres, porque así son de profundas nuestra amistad y nuestra miseria.

El caballo hace lo posible por tenerse en pie, mascando cualquier cosa: un pedazo de cáñamo, una colilla, papel de diario, sabiendo que tarde o temprano mejorarán las cosas, que le estamos haciendo empeño a la vida, que después de la mala viene la buena, que algún día tendremos harto pasto y su zanahoria y avena de segundo y postre, que yo descansaré con la Popea debajo de una sombra con un buen causeo y alguna otra cosita para bajar el asado de plateada con chanco en piedra.

Una tarde, trotando por la Avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, soltando el freno. Comprendí que se estaba muriendo, mientras se justificaba con humildad: Hasta aquí no más llegamos, viejito.

-¿Te vas a ir, entonces? -le pregunté.

-Llegó la hora -confesó con tristeza el caballo.

-¡Qué es eso! -le dije para darle ánimo.

-¿Puedo pedir algo? -consultó.

-Claro que sí.

-¿Así a lo amigo?

-A lo amigote.

-¿A lo cumpimpa?

-A lo cumpimpa -acepté, llorando.

-Es algo que no tiene importancia.

-Pide, pide lo que quieras -agregué, sonándome.

-No quiero que los niños me tiren piedras -dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frío.

Había empezado a llover, lentamente, como para abrigarnos, como para protegernos, como para herirnos aun más.

Llegaron un carabinero y un fotógrafo.

Busqué un bar, me despaché dos botellas al hilo, tratando de contar la historia de un caballo muerto bajo la lluvia que no interesó a nadie. Pensé, mientras miraba el temporal, que usaría corbata negra, para recordar su memoria, igual que esos viudos que uno ve en la calle, sin saber para qué lado partir, solos, solos, pero tan solos, que dan ganas de abrazarlos, de decirles algo para que no renieguen de la vida y de la hermosa luz que nos alumbra a cada instante.

- 1 porque los cortos años se van pasando (Job, 16, 22.).

- 2 y las rodillas trémulas, tú fortalecerás (Job, 4, 4.).

- 3 y si yo he comido solo mi bocado (Job, 21, 17.).

- 4 sus rodillas como barras de fierro (Job, 40, 18.).

- 5 que hizo que se estremecieran todos mis huesos (Job, 4, 14.).

- 6 mas, pregunta si quieres a las bestias, que ellas te enseñarán (Job, 12, 17.).

- 7 De su boca procederán antorchas encendidas (Job, 41, 19.).

- 8 Congrio negro.

- 9 Pescada añeja de color opaco.

- 10 Tu propia boca, y no yo, te convence de maldad (Job, 15, 5.).

-No sé, por eso le estoy preguntando.

-Ojeno. Vamos pa adelante.

-Hay que ser valiente pa tomar un vehículo, ¿no?

LA AMISTAD MAS PURA

-¿Sabe qué más, compadre?, tome bien el compás.

-Pa atrás o pa adelante, dice usted.

-Pa adelante, siempre pa adelante.

-Es que aquí se ve harto poco.

-Usted pare la paila: escuche bien. Yo me encargo de dirigirlo.

-La media gracia. ¿Por qué no cambiamos de lado?

-Ah, no. El trato es trato. ¿Quién es el socio capitalista?

-Usted. Pero yo también puse mi parte.

-Entonces muera pollo.

-Lo que pasa es que usted es muy porfiado.

-¿Porque todavía no quiero ponerle las ruedas?

-Claro. Si seguimos así se nos va a quebrar el espinazo.

-Lo único malo es que las ruedas se compran con plata. ¿O no, dice usted?

-De acuerdo. Pero en el Mercado de las Pulgas he visto unas más o menos, con todas sus cosas, hasta con llanta.

-Búsquese la plata y después hablamos; cárguese un poco pa la izquierda.

-¿Cuánto falta para llegar?

-¿Adónde, dice usted?

-No sé, por eso le estoy preguntando.

-Güeno. Vamos pa adelante.

-Hay que ser sufrido pa tener un vehículo, ¿no?

-Lo que es yo prefiero la carretela.

-No sea modesto, compadre. ¿Soñó alguna vez en su vida manejar un cacharrito, una camioneta?

-Claro que no.

-Entonces, ¿de qué se queja?

-Me quejo porque tenemos que empujarlo desde adentro.

-Ahí está la gracia.

-Mansa gracia, oh. Parece que se me estuvieran gastando las patas.

-Con el movimiento, dice usted.

-Este cacharro ni siquiera tiene cuentakilómetros.

-No se ponga nervioso, compadre. Todo a su debido tiempo. Doble a la izquierda, ahora.

-No veo nada, y me duelen los hombros.

-Hay que ver que es delicado, compadre. Ni que hubiera nacido en cuna de oro.

-Toque la bocina será mejor.

El hombre pegó un gruñido al pasar la bocacalle. Desde lejos se destacaban el armatoste amarillo-rojo-verde con una estrella solitaria de cartón encima del hueco del parabrisas y los cuatro pies de los conductores, moviéndose como palillos de invierno en las manos de una vieja.

A veces no llevaban bien el compás: ora corriendo para la derecha, o en sentido contrario, bien inclinando la carrocería en forma peligrosa, ante la sorpresa de los transeúntes. Las cabezas de los conductores con sus gorros acartonados, tirillentos, eran como el tubo de hojalata de una chimenea. Los dos llevaban antiparras sin vidrio y un casco de corcho, como melón, tapándose las orejas.

-Es mejor que pasemos a hacer bencina -dijo el que estaba colocado más cerca del acelerador.

-¿Y adónde cree que vamos? -contestó, jadeante, el chofer-. Encuentro que el freno está un poco duro. Le debe estar faltando un poco de aceite -dijo.

-Y su bistoco a lo pobre también.

-Usted es el que le pega a la mecánica: yo no.

-Así es, compadre. Aplique los frenos de aire, mire que vamos a pasar de largo.

-Si este cacharro es como los caballos de los borrachos, oiga. Para en seco en la puerta de los bares. ¿Y sabe qué más? ¡Se los conoce de memoria!

Los dos hombres soltaron la carrocería hueca por dentro, sin motor, pegajosa de pintura fresca.

-Oiga, compadre. Anote para que no se nos olvide. Tenemos que ponerle la patente. No vaya a ser cosa que nos saquen el parte.

-¿Y cómo anda el juego de luces?

-Mal, pues. Pero de aquí a que viajemos de noche falta todavía su poco.

Contemplaron con orgullo la armazón, soplándola, revisando con el tacto algunas raspaduras, inclinando la cabeza para descubrir posibles defectos.

-Con un poco más de trabajo la vamos a dejar como nueva.

-Es la parte del motor la que me tiene contento.

-Porque nos falta el ventilador, dice usted.

-Eso mismo: sin ventilador no hay ninguna cosa.

-Yo estoy dudando si mejor sería ponerle antes las ruedas y más tarde la huarifaifa de adelante.

-Claro que después se nos puede calentar el motor y podemos fundir las bielas.

-También es cierto. ¿Y qué nos demoramos en inventar uno?

-¿Hacerlo nosotros mismos?

-Es cuestión de agenciarse un pedazo de hélice de avión que no sea muy grande, eso sí.

-Mire qué fácil. Entonces con el alambrito hacemos el ajuste.

-¿Y el inyectado?

-¿El inyectado? Chist. De eso no se preocupe: corre por mi cuenta.

Entraron a refrescarse, apoyando los pies hinchados sobre una silla.

-¿Cómo está el blanco?

-Bueno -contestó el mozo.

- ¿Y el tinto?
- Bueno también.
- La preguntita suya, compadre.
- El otro no lo escuchó.
- No importa que las ruedas fueran del mismo tamaño -dijo en voz baja.
- Dale, machuca. Si lo primero es lo primero, u sea el ventilador.
- Pero si le faltan las ruedas, ¿qué saca?
- ¿Y para qué estamos nosotros, entonces?
- Mire, compadre, yo no le sigo trabajando de neumático. Tengo las patas hechas unas brasas.
- Pior sería que se las diera de caja de cambio. Ya andaría con el cogote torcido.
- Pero soñemos un poco. Yo quiero ponerle un letrero que diga «Se Fleta».
- Y no sólo eso, pues, compadre. Hay que bautizarlo.
- ¿Cómo le pondría usted al motorizado?
- »Adiós, Cuñado».
- Ji. ¿Y si lo bautizáramos como «El Cachetón»?
- Tá güeno, ffjese. Me gusta. «El Cachetón», entonces.
- Chocaron los vasos mirando la cáscara de fierro vacía por la ventana del bar.
- ¿Y sabe, compadre, cómo nos vamos a llenar de oro?
- Fletando el circo.
- No. Eso será después. Primero vamos a conseguir una pega en el Matadero, para repartir carne.
- ¿Usted cree?
- Mire que no. ¿No ve que el chofer toca algo: su chunchul, su bofecito para armar el causeo? Esto también es capital a la larga.
- Oiga, compadre. ¿Y las ruedas?
- Tése callado, ñior. Nos levantamos al alba y salimos pegando al Matadero, después de calentar los motores.

-¿Y después?

-Después podemos hacer otro pololito, algo en la mudanza, en el reparto a domicilio. Eso deja también.

Se despacharon la primera botella.

-Se me está ocurriendo una cosa, compadre.

-Desembuche, no más.

-Nos compramos las ruedas, ah, y arrendamos un caballo para tirar el cacharro y ya el esfuerzo no es tanto.

-¡Cómo se le ocurre! ¡Eso sería volver a lo mismo! No quiero saber nada con el caballo. Nada con la tracción a sangre.

-Pero usted no quiere darse a la realidad. Sueña mucho.

-Eso mismo. ¿Y es bueno o es malo? Pior sería seguir esclavos del caballo.

-Usted no quiere entender, compadre. A la larga, la mano de obra sale más cara. ¿No ve que el motor no le consume tintóleo, ni encebollado, ni ninguna tentación?

-Es muy distinto.

-Según mi entender, nosotros tenemos que explotar al motorizado y no que el motorizado nos explote a nosotros.

-Déjelo tranquilo, no más. ¿Y quiere que le diga una cosa, compadre? Si no está conforme me dice y le devuelvo su parte.

-¿Cuál parte?

-Las veinte lucas que me dio después que vendimos la carretela y se puso a tomar como malo de la cabeza.

No podían entenderse.

-Un motor son palabras mayores -dijo el socio principal.

-No crea, no crea.

-¿No le gusta soñar? ¡Soñemos entonces!

-¿Se da cuenta, el día que tengamos el cacharro sano y bueno y la carpa y el león y la mujer de goma y andemos por los pueblos tirando pinta?

-Y probando, ¿ah?, como quien no quiere la cosa, el mangaral, el pipeño...

-Y los cabros a la siga nuestra, pidiéndonos el autógrafo, y las mujeres haciendo cola pa mirarnos.

-Y nosotros poca bola, con lo orgullosos que vamos a andar.

Entró un carabinero.

-¿Ustedes -preguntó- son los dueños de esa basura?

-Basura, no -dijo el más afectado-. Nosotros dos somos los copropietarios del vehículo. Yo tengo el 51% de las acciones y el compadre el resto.

-Eso no interesa -dijo el verde con voz ruda.

-Y qué es lo que le interesa entonces? -consultó el mecánico.

-Hay que retirar esa mugre de ahí. Está mal estacionado, o le voy a pasar el parte.

-No, mi carabinero -imploró el soñador-. ¿No ve que hicimos un aro pa echarle bencina al motor? Aguántese, que no nos demoramos nada en cambiarlo de lugar.

Salieron casi corriendo y regresaron.

-Le estoy dando vueltas a la idea del motor -dijo refrescándose con una copa de vino.

-¿Y de dónde vamos a sacar las piezas?

-Si no es tanto.

-Eso es lo que usted cree.

-Vamos viendo: el ventilador (que es lo principal), la correa, el tubo de escape, las bielas.

-Oiga, compadre. Parece que se le olvidó el embriague.

-Claro, tiene toda la razón: ¡salud!

-¡Salud! -replicó el compadre-. Vamos viendo, ¿cómo va a arreglar la combustión?

-La llama, dice usted. La chispa.

-Eso mismo.

-Primero hay que asegurarse el ventilador.

-¿Pa qué?

-Pa después apagar el incendio, la combustión.

-Va mal, maestro. ¿No ve que necesita el chisperío pa que arda el petróleo?

-Ah, no, ése es otro sistema.

-El directo, dice usted.

-No, pues. El indirecto.

-¿Cómo piensa hacer partir el cacharro, entonces?

-El tanque y la reserva van atrás, según mi idea.

-¿Pa qué?

-Se ahorra combustible. El petróleo también puede ir al medio. Yo lo tengo todo estudiado.

-Pero sáqueme de una curiosidad, ¿cómo parte el aparato?

-¿Usted conoce el sistema de las cocinas a parafina?

-Claro.

-Igual: se pone el vehículo boca abajo un rato y se zarandea; luego, cuando agarra tiraje, se lo da vuelta de nuevo y listo, empieza a gotear el combustible.

-Está perdido, maestro.

-¿Por qué, dice usted?

-Porque no saca nada con tener la llama si el fuego no empuja.

-¿Y pa qué estamos nosotros?

-Pero ¿usted cree que si le ponimos el motor vamos a seguir andando a pata, llevando el cacharro al hombro?

-Es por la mala costumbre, comñadre. Déjeme pensarlo, entonces. Mejor vamos a hacer el esquema.

Bastó un gesto para que les sirvieran la botella siguiente.

El hombre más práctico untó la punta del lápiz en la boca, empezando a dibujar en el mantel de hule.

-Le voy a representar el mecanismo, el invento mío. Aquí adelante, pongamos por caso, vienen el ventilador y la correa, ¿ve?

Dobló las líneas con firmeza, repasándolas una y otra vez.

-¿Y pa qué le sirve el ventilador solo?

-Oiga, compadre. No se ponga nervioso. Tranquilo el perro. Ya tenemos el ventilador, ¿no es cierto? Algo es algo.

El otro aceptó la idea con un agitado movimiento de cabeza.

-Déjeme ver: ahora del eje del ventilador sacamos un codo de una y media por dos y media para atrás.

-¿Hasta dónde?

-Hasta donde dé.

-Claro, claro.

-Fíjese bien. Esta cuestión la conectamos con el embriague, mejor dicho con el acelerador, unida con el alambrito. Más o menos por aquí.

-Haga más parejas las rayas, compadre.

-Bueno, después me bajo por la izquierda y aquí ponemos la batería. Al otro lado va la caja de herramientas. Y listo.

-Mejor será que nos tomemos otro trago, porque no le entiendo lo que me quiere decir.

-Es muy fácil.

-¿Y usted cree que andará?

-¡No!

-¡Oiga, compadre, tenga cuidado! No me tome para el chuleteo.

-¿No decía usted que hay que ir por partes? Como es tacaño, quiero convencerlo de a poco.

-¿Y qué ganamos con esta cuestión?

-No tendríamos que empujar tanto. ¿Le parece poco?

-¿Y el petróleo pa qué serviría?

-Pa calentarnos en el invierno, creo yo.

-¿Y el ventilador? Ya se lo expliqué: sopla. Sobre todo en las subidas, cuando uno va sudando.

-¿Y el codo de que usted habló?

-Ese sirve para apoyar el cacharro en los momentos de descanso.

-Sabe qué más, compadre. En ese caso sería mejor comprar las ruedas.

-Las cuatro, dice usted.

-Claro, las cuatro de un viaje.

-Es cosa suya.

-Esto otro resulta más complicado.

-Costó, eso sí, pa que se diera a al razón.

-Mal que mal tenemos lo principal, que es la salud. Y habiendo salud, ¿qué se nos da seguir empujando el cácharro a pie, a pata pelada?

-Usted es el que manda, compadre, pa eso tiene más acciones.

-Ahora si usted quiere, podemos hacer un cambio en la sociedad.

-¿Quiere ponerle más capital encima?

-No. Yo soy partidario de comprar sólo dos ruedas.

-¿Y pa qué?

-Pa que sufra uno solo.

-¿El de adelante, dice usted?

-Claro. Y el otro ya se va de alivio, ya no se cansa tanto.

-¿Quién empujaría?

-¿Quién va a ser?: usted, pues.

-Ah, no, compadre. ¿De quién era el caballo?

-Suyo y mío.

-¿Pero de quién era la parte más grande?

-Nunca hablamos de eso.

-Mire que no fbamos a hablar. Acuérdesese que de la cabeza hasta la mitad era mío, y de la mitad hasta la cola, suyo.

-Está bien, está bien -repitió el maestro mecánico, sin ánimo de discutir-. Es mejor que pidamos la otra.

-Con el caballo nos íbamos de alivio.

-Lo único malo era que no se llenaba nunca. Parecía saco roto.

-Ahora no tenemos ese problema, hay que reconocerlo.

-¿De qué nos quejamos, entonces?

-¿Se da cuenta cómo nos envidia la gente al vernos pasar?

-¿No es para menos, no?

-A propósito, compadre, y no es por ofenderlo. Sería bueno que se lavara las patas de vez en cuando. Es para que no desentone con el resto de la pintura.

-No se preocupe, compadre. ¿Usted dice, porque parece que ando con calcetines y no ando nada con calcetines?

-Eso mismo.

-Oiga, compadre, algún día, cuando tengamos para el ventilador y el codo y las cuatro ruedas, ¿sabe qué vamos a hacer?

-Diga usted no más, compadre.

-No vamos a comprar ninguna cosa. Vamos a venir aquí a conversar a lo amigo.

-A recordar la vida, dice usted.

-Y ponerle y ponerle. Ventiladores hay en todas partes, ruedas sobran. Pero la amistad, ¿ah?

-Eso digo yo, la amistad no se compra en el Mercado de las Pulgas: no hay.

-La amistad no anda suelta; se hace, compadre. ¿O no se hace?

-Así es, compadre. Y ese asunto de la mitad pa usted y la mitad pa mí son puras invenciones. El cacharro es nuestro, suyo y mío, y se acabó.

-Pero ojalá no se ponga cachetón, compadre, cuando seamos ricos y andemos fletando el circo.

-¡Se le ocurre, ññor! Eso sí quiero pedirle un favor del porte de un buque.

-Pida no más, compadre.

-Oiga, yo quiero que me deje a mí solo dar vuelta a la manivela del motor para hacerlo partir.

-Listo, no más, compadre -aceptó el otro borracho, abrazándolo.

EL PEREGRINO DEL GOLFO

Esta es la historia de un león que parecía gato montes, conejo o ardilla. Era necesario mirarlo muy de cerca para no equivocarse y comprobar que era león auténtico con melena, garras, bigotes y uniforme de león.

Con el peso de los años, la piel se le fue gastando y algunos de sus amigos se encargaron de zurcirle con retazos de calcetines y mangas de camisas viejas. El león mostraba parches de todos colores: amarillos, morados o verdes y pequeños círculos rojos como esos barcos cuando llegan a los puertos y se está celebrando alguna fiesta y en los mástiles de las embarcaciones flamean las pequeñas banderas al viento.

Al león en los tiempos que era famoso le gustaba mover la cola y entonces se subía al trapecio para hacer las acrobacias más increíbles. Pero ahora tiene aspecto de pordiosero no llama la atención como antes cuando los espectadores gritaba:

-¡Ahí va el león del circo! entonces la gente le pedía un autógrafo y el animal inflaba el pecho lleno de orgullo. Ahora los niños se burlan de él llegando al extremo de atarle tarros vacíos a la cola para asustarlo con el ruido creyendo que lo persigue una jauría de perros. A veces el león amenazaba a los niños levantando una de sus patas delanteras como si intentara castigarlos lanzándoles un zarpazo.

Pero no.

Jamás mordió a nadie en su vida. Ni siquiera a los cazadores cuando lo hicieron caer en una trampa en el Africa y después fue enviado a América y llegó en la bodega de un barco de carga con un letrero que advertía:

-¡Cuidado, león sumamente peligroso!

A veces la memoria le quedaba en blanco cuando iba de compras y en vez de regresar a la carpa del circo prefería tomar cualquier camino. Entonces los payasos lo salían a buscar casa por casa preguntando: ¿Han visto pasar un león apoyado en un bastón blanco como el que usan los ciegos para cruzar la calle?

El león refunfuñaba diciendo: -Ustedes no tienen respeto por los ancianos. Con el paso de los años la melena se me está poniendo como algodón por culpa de las canas y como si esto fuera poco ustedes se burlan de mí y usan mi cola como plumero!

El empresario del circo lo había jubilado como artista aconsejándole: -Es mejor que cambies de trabajo porque ya nadie cree que eres león. Más bien pareces gato montes. Es mejor que te retires de la pista de aserrín.

Entonces le dieron un trabajo como portero, en el circo, pero los espectadores al verlo tan viejo y achacoso pasaban de largo sin pagar la entrada y sin importarles sus rugidos de protesta. Para no echarlo a la calle y como le tenían mucho cariño le permitieron trabajar como ayudante de los otros artistas que al verlo tan humilde abusaban de su buena voluntad. -Plánchame los pantalones, prepárame una taza de té. Píntame la cara- le exigía algún payaso mientras se disfrazaba antes de salir a contar sus chistes metiéndose en su uniforme multicolor y pantalones inflados con bolsillos sin fondo.

El león era muy servicial y cuando alguien lo apuraba en sus quehaceres, no se enfurecía. Le bastaba con decir: -Algún día ustedes también llegarán a viejos y caminarán por la vida apoyándose en un bastón.

Un día, el empresario del circo tomó la decisión de salir a recorrer el país de punta a cabo. Llamó a los artistas y de común acuerdo prefirieron buscar en el mapa un pueblo que les sirviera de punto de apoyo para su aventura.

Desde ahí se movilizarían en distintas direcciones avanzando siempre en dirección del mar. Tenemos que llegar al mar habían porfiado el león y el come fuego. No lo conocemos y nos han dicho que parece de goma y por eso se estira y se encoge y refunfuña todo el día, hablando solo.

Viajaremos entonces al sur, anunció uno de los payasos. Yo soy nacido y criado en esa zona. Hay muchos mineros y pescadores y llueve 13 meses al año -bromeó- la gente tiene cara de rana porque viven chapoteando en el agua y se les llegan a oxidar los zapatos con tanta humedad.

Estaban inquietos pero seguros de tener éxito en la aventura que estaban por iniciar.

Con la ayuda de un carpintero del barrio terminaron el carromato, la improvisada casa de madera rodante con techo de lata dividida en pequeños compartimientos. Uno se convirtió en la bodega para guardar los trajes de gala, los trapecios, los sables. Otro en el comedor y cocina a leña con su chimenea y el dormitorio colectivo con varias literas.

Pintaron el techo y las paredes de color verde y amarillo de violeta el marco de la ventanas. Y azul nilo los ejes de las ruedas.

Los preparativos del viaje se prolongaron varias semanas y por fin llegó el momento de la partida.

El carromato iba a ser arrastrado por un viejo caballo que hablaba y cantaba y parecía tener la fuerza de una locomotora capaz de empujar la carga más pesada cuando se trataba de trabajar en algún circo.

Los payasos se encargaron de pintar con enormes letras: «GRAN CIRCO INTERNACIONAL DE FIERAS».

Llegó el momento de partir y los artistas comenzaron a despedirse de los vecinos de la carpa donde habían vivido tan largo tiempo.

Los dos payasos se ubicaron en una tarima en la parte superior del carromato pretegiéndose del frío con un grueso abrigo, saludando a los curiosos que los despedían con la mano en alto.

A las tres horas de viaje una suave llovizna empezó a lustrar los árboles y las casas a lo largo del camino. Cada hoja parecía un pequeño espejo temblando.

Los payasos alentaban al caballo para que no desmayara en su carrera. Apura el paso -le gritaban- antes de que nos sorprenda la noche.

El caballo movía la cabeza, resignado, como si al galopar fuera golpeando cuatro piedras de distinto tamaño. El chisporroteo que saltaba de las herraduras al chocar contra el pavimento se apagaba de inmediato por causa de la llovizna que iba poniendo un ligero lustre a los transeúntes que apuraban el paso tratando de sacarse del rostro un porfiado moscardón de agua pegajosa.

Después de muchas semanas cruzando poblados y villorios se acercaban por fin a la meta.

El caballo fue el primero en dar la noticia: -¡Es el mar! Ahí está el mar, gritó.

Los artistas se bajaron precipitadamente del carromato. -Tiene que ser el mar de verdad, confirmó «La Culebra» con los ojos asombrados.

-A mi me da vergüenza preguntar si es el mar o no, confesó «El Tragasables», todavía un poco incrédulo.

-¿A quién se le habrá ocurrido reunir tanta agua? -bromeó uno de los payasos.

Se instalaron en un sitio baldío.

«El Comefuego» y «La Culebra» salieron a comprar pan y vino. El empresario, «La Mujer de Goma», los payasos y el león partieron al encuentro de las autoridades para solicitar el permiso, instalar la carpa y comenzar las funciones. Los niños del poblado, al verlos pasar, empezaron a seguirlos con mucha curiosidad.

El león les guiñaba un ojo sacándoles la lengua invitándolos a jugar como si hubieran sido amigos de toda la vida.

Los artistas fueron recibidos por el gobernador y algunos consejales.

Amigos -tomó la palabra el empresario. Nosotros somos integrantes del «GRAN CIRCO INTERNACIONAL» y traemos un espectáculo para divertir a la gente de este lugar.

-Bienvenidos -respondió el gobernador, extendiéndole la mano a cada uno de los artistas. Hace tiempo que no tenemos fiesta por estos lados, pero debo advertirles que llegan en un mal momento.

-¿Qué es lo que pasa? -consultó el león con viva curiosidad.

-Has desaparecido los peces de estos mares. Los pescadores regresaron con las redes vacías y además nadie quiere comprar carbón. La pesca y el carbón son nuestro único sustento y ahora no hay trabajo. ¿Con qué dinero vamos a comprar las entradas para ir al circo por muy grande que sea nuestro deseo? «La Culebra» que siempre había sido la más sensible del grupo de los artistas, comenzó a llorar. Tenemos muy mala suerte, admitió. Siempre llegamos tarde a todos lados.

-Un momento -dijo uno de los payasos. El problema tiene solución. Pedimos a los señores consejales un solo minuto para conversar entre nosotros.

Los artistas se retiraron a un rincón de la sala y al poco rato regresaron donde las autoridades.

Para confirmar nuestra buena voluntad -aclaró el empresario- hemos acordado que los espectadores sólo paguen el valor de las entradas con lo que tengan a mano.

-Son ustedes muy prácticos, advirtió el gobernador. Si es así, entonces no hay inconveniente.

-Los niños y la abuelitas de hasta 150 años pueden entrar gratis -aseguró el empresario dejándose llevar por el entusiasmo.

-Y también los perros y los gatos, agregó uno de los payasos.

-Está bien -concluyeron los consejales.

Si usted nos ofrece esa facilidad entonces estamos de acuerdo. Pueden quedarse.

-Quedan todos invitados para la función de esta noche y vayan juntando los trastos viejos que no les sirven, entusiasmó el empresario.

-Los esperamos con los brazos abiertos -agregó el león haciendo una morisqueta y moviendo la cola.

2

Los artistas del circo desfilaron por la calle principal del mineral y la caleta de pescadores bajo la lluvia, cumpliendo con la vieja costumbre en que los artistas y animales deben presentarse al público antes de la primera función.

Rompiendo la fila iba uno de los payasos con un enorme tambor y más atrás «El Trapecista» con su trombón recién lustrado y lleno de abolladuras. Vaciaba a cada rato el agua que le entraba por la boca metálica como si la lluvia hiciera gargaras en el interior del instrumento y los sonidos se enredaran por el camino salpicándolo de espuma y saliva.

Lo seguía «El Tragasables» mostrando su espada llena de mordiscos y «La Mujer de Goma» con su traje rojo listado con más parches que el león. «El Comefuego» lanzaba chispas por la boca. La culebra «Chepita» se protegía del temporal con un pequeño paraguas. El león cerraba el desfile con sus gruñidos amenazantes.

El rey de la selva iba inflado de orgullo como era su costumbre en estas circunstancias. Entonces parecía sacar sus últimas fuerzas con tal de impresionar a los curiosos, porque estaba seguro que siempre se transformaba en el blanco de todas las miradas olvidándose de sus achaques.

El empresario con lustroso sombrero negro de charol se abría paso entre la multitud advirtiendo con gestos ampulosos:

-¡Niños, cuidado! ¡Abran paso al rey de la selva!

Los niños saludaban con aplausos al animal mientras la profesora del pueblo le decía a sus alumnos:

-Es un león de verdad igual como aparece en el libro de lectura. Este es un gran día para nosotros y pasarán muchos años antes de olvidarnos que hemos visto pasar al rey de la selva delante de nosotros.

De pronto aparecieron varios perros sumándose al desfile. Les llamó la atención el león avanzando con paso seguro; más bien parecía un pavo real. Los perros, ante el asombro de la concurrencia lo atacaron perdiendo el miedo natural que les inspiraba.

El rey de la selva se sentó en la tierra mojada reprochándoles: -¿No les da vergüenza provocar nada menos que a un león, el animal más fuerte que existe sobre la tierra? El cabecilla de los perros le contestó: -Si eres un león de verdad no seas cobarde y pelea. Pelea como león porque nosotros vamos a pelear como perros.

-Si no se trata de pelear, respondió el rey de la selva con toda tranquilidad. De un solo zarpazo los puedo hacer papilla, agregó sacándoles la lengua. Ustedes son una pobres pulgas y es mejor que sigan su camino si no quieren pasar un mal momento.

El público se aglomeró en torno a los animales para no perderse un solo detalle del incidente. Los perros segufan discutiendo en voz más alta y amenazante mostrando los colmillos en señal de desafío.

-Ustedes me dan lástima, siguió argumentando el león. ¿Dónde han visto a un perro insolente desafiar al rey de la selva? Es como si una pulga quisiera pelear con un elefante. Me bastaría soplarlos para que fueran a parar al mar.

-Atrévete- lo desafió uno de los perros poniéndose en actitud de combate con las patas y la cola tensa como una flecha.

Los perros se lanzaron sobre el león atacándolo desde distintos lados; uno lo agarró de la cola, otro de la melena, un tercero de las patas. El rey de la selva, ante el asombro de los curiosos siguió indiferente moviendo la cabeza como queriendo decir: -Estos pobres perros no saben lo que hacen!

Parecía que el león se iba a romper en varias partes mientras los perros lo segufan tirando de la cola y la melena como si tuvieran la intención de no soltarlo nunca más. El león no le daba mucha importancia al ataque y los miraba con indiferencia. La gente comenzó a reirse al ver que con los mordiscos de los perros varios parches que cubrían su cuerpo quedaban flotando como hilachas al viento.

Los atacantes trataron de arrastrar al león hasta la orilla del mar en medio de los insultos de los presentes que habían tomado parte a favor del rey de la selva al verlo tan pacífico y comprensivo. Los curiosos lograron por fin separar a los perros que segufan mostrando los colmillos, con deseos de seguir la pelea.

-Este león resultó más cobarde que un canario, comentó uno de los pescadores mostrando su sorpresa.

-Eso no es verdad, aclaró «el empresario». Lo que ocurre es que el animal está muerto de hambre. Se lo podría llevar el viento. Hace varios días que no prueba bocado.

-¿Y cuál es su plato favorito? -preguntó uno de los curiosos.

El propio león se encargó de responder: -Yo soy vegetariano. Me encantan las espinacas, las zanahorias. Pero nada más sabroso para mí que las nubes de algodón de azúcar. Puedo comer cualquier cantidad de esos caramelos.

-Haberlo dicho antes, dijo el almacenero del poblado regresando con un pedazo de torta. No es algodón, pero está muy sabrosa. La teníamos guardada como hueso santo, pero ¿cómo le vamos a negar el postre al rey de la selva?

El león comenzó a lamer la torta saboreándola como un niño.

Otros vecinos llegaron corriendo desde sus casas con un terrón de azúcar y se lo ponían en la mano para que el animal lo recogiera agradeciendo con un movimiento de cabeza como si fuera un gato regalón.

El empresario se dirigió al público: -El león tuvo lástima a los perros por eso dejó que lo castigaran. Pero en la función de esta noche lo verán convertido en un verdadero artista. Es muy gracioso y le roba el corazón a la gente con sus chistes. No hay otro como él.

Entonces agarró al animal de una oreja y comenzó a arrastrarlo en dirección de la carpa. El león se dejó llevar lamiéndose los bigotes sin importarle los silbidos de los curiosos mientras los perros celebraban el triunfo en medio de la lluvia.

3

Una luz roja y otra amarilla parpadeando en medio del temporal y moviéndose al compás del viento servía de señal para indicar el camino de entrada al circo.

Las banderillas de colores temblaban en el tope del palo mayor de la carpa que la sostenía como si fuera el mástil de un barco azotado por el temporal.

-Vayan pasando -invitaban los payasos a los recién llegados. Había varios canastos esperando los regalos con que los espectadores iban a pagar la entrada.

-Aquí les traemos una gallina ponedora, disculpen. ¿Cuántos podemos entrar?

-Que pase toda la familia, ordenó uno de los payasos encargado de controlar la entrada de los espectadores.

-Somos doce, dijo el que había traído la gallina bajo el brazo.

-No importa, adelante... adelante.

Los artistas iban recibiendo a la concurrencia con una palmada cariñosa en la espalda haciéndoles escurrir el agua de sus ropas empapadas.

-Cuando llegan los temporales es como si tiraran la lluvia con balde, aseguró un pescador que venía llegando.

-Aquí traemos media docena de huevos. Están fresquitos anunció una vecina entrando con dos de sus nietos.

Un muchacho preguntó: -Sólo tengo una ristra de ajos y otra de cebolla.¿Vale?

-Por supuesto -fue la entusiasta respuesta. Todo vale. No queremos que nadie se quede sin ver el espectáculo.

Se acumularon un par de zapatos viejos, la cuerda vencida de un reloj de pared, botellas vacías, candados en desuso, varias cuerdas de guitarra, un paquete de corchos, estampas de santos a los cuales los niños les habían pintado bigotes, un paquete de tallarines, la foto de un barco antiguo con tres chimeneas, un frasquito de pimienta, medio costillar de cordero, varias gallinas (las últimas que les iban quedando a los pescadores guardadas para un caso extremo cuando apretara el hambre).

-Esto no será dinero pero también sirve aseguraban los payasos mientras los espectadores seguían llegando con toda clase de objetos; la vaina de un sable, cuatro herraduras, la rueda de un monopatín.

El circo se llenó de bote en bote. La concurrencia aplaudió a rabiar todos los números del programa. Los que más gustaron fueron los chistes de los payasos y «la culebra» tocando la corneta. También el león contagiado por el entusiasmo de los otros artistas volvió a imitar a un bombero que va en bicicleta a apagar un incendio y choca contra un poste quedando todo embetunado y como por arte de magia hizo aparecer un pollito entre su melena.

Al terminar la función el empresario del circo salió a la pista para anunciar:

-Amigos, tenemos una sorpresa. Ustedes han sido muy generosos con nosotros los artistas y como el frío cala los huesos y es muy tarde y sigue lloviendo como si fuera el mismo diluvio, hemos preparado un gran ollón de comida para todos ustedes con los alimentos que nos trajeron.

-Menos con la cuerda de los relojes, advirtió uno de los payasos.

Colocaron en el centro de la pista varios tablonces como mesas improvisadas. Los tarros vacíos de conserva servían de platos.

El aroma de la comida invadió la carpa con una mezcla de fragancia, marítima y terrestre. El león y los payasos repartían la comida, haciendo bromas, poniéndose los cucharones de sombrero.

Uno de los presentes pidió la palabra: -Nos hemos encariñado con ustedes - confesó. ¿Por qué no se quedan en la caleta con nosotros? El que llega al mar se convierte en marinero. Esa es la ley de la vida.

-Ah, no, gritó uno de los payasos. Eso nunca. Nosotros le tenemos miedo al mar: es muy grande.

El león se disculpó: -Nosotros somos artistas. Nacimos artistas en tierra firme y vamos a morir artistas y no como marineros. El mar no tiene nada que ver con el circo. Es muy distinto.

Empezó una larga discusión. Los pescadores y marineros tratando de convencer a los artistas para que no le tuvieran miedo al mar mientras los payasos aseguraban que por nada del mundo subirían a una embarcación.

Amanecía cuando los pescadores y los mineros tomaron rumbo de sus casas envueltos otra vez por la lluvia.

Las madres llevaban a sus hijos durmiendo en los brazos y cuchicheaban para no despertarlos recordando cuando el león se puso a imitar con tanta gracia el canto de un canario y soltaba la risa como si estuvieran viendo saltar otra vez el chorro de agua que uno de los payasos hizo brotar de sus orejas.

El viento del sur entraba por los agujeros de la carpa silbando una canción alegre y runruneante.

4

Al día siguiente ni un solo espectador se asomó por la carpa. El empresario después del éxito de la primera función calculó que no sería difícil quedarse una semana más en la caleta llevándoles a los espectadores el ensueño y la magia de los números presentados por los artistas. Pero se equivocó.

La lluvia seguía cayendo endurecida por el viento helado, chocando contra puertas y ventanas, cayendo sobre la gente y los perros que corrían por las calles buscando algún refugio, dando diente con diente.

Los payasos, «El Tragafuego» y «La Mujer de Goma» estaban alrededor de una fogata que habían improvisado cuando apareció un pescador luciendo un traje de hule amarillo.

-¿Puedo darles un consejo? -preguntó-.

-Por supuesto, le contestaron a coro los artistas.

-Es mejor que sigan su camino, opinó el hombre de mar que hablaba con un tono amistoso. A nosotros no nos queda ni un peso para hacer cantar un ciego y esto va para largo. Ustedes son más delicados y no tienen la resistencia nuestra. Nosotros estamos acostumbrados a la miseria y hemos sido pobres toda la vida. Es una lástima pero deben irse porque de lo contrario se morirán de hambre. Lo sentimos también por el león y por todos ustedes.

Entonces -concluyó «El Tragafuego» después de un largo silencio, sólo nos queda un camino.

-¿Y cuál será ese camino?, -preguntó uno de los payasos.

-Separarnos, respondió el empresario tapándose la cara con las manos para ocultar su vergüenza y su rabia.

Tendríamos que salir a buscar trabajo en otro circo, dijo el caballo.

La culebra «Chepita», como era su costumbre, empezó a sollozar en un rincón de la carpa. Nadie le pidió que se callara.

-¿Y dónde podríamos ir? -consultó «El Tragafuego» -por causa de la lluvia no puedo hacer mi número. Se apagan las llamas con el viento y los espectadores se ríen de mí.

-Más al sur todos los pueblos están inundados y la gente anda en bote por las calles, notició otro pescador en el momento de llegar. -Por mi parte, dijo la culebra «Chepita» yo no me voy.

Siempre hemos trabajado juntos. En las buenas y en las malas... poco a poco se fueron agregando otros pescadores a la tertulia.

-Nosotros tenemos una solución para el problema, dijeron. Hemos escuchado que están por cerrar el circo para siempre. ¿Es cierto?

-Así es, reconoció con tristeza «El Comefuego».

-Esto significa el fin de mi carrera como «Mujer de Goma» reconoció la artista acercándose aún más al grupo.

-Usted tiene una carpa, dijo uno de los recién llegados.

Está un poco agujereada y parchada, pero es carpa.

-Es verdad, reconoció uno de los payasos.

-También disponen de muchos tablonos donde se sienta la gente para ver el espectáculo.

-Eso también es cierto -confirmó uno de los payasos.

-Es muy sencillo entonces dijo uno de los pescadores. Nuestra propuesta es la siguiente: -¿Por qué no nos venden la carpa y los tablonos?

-¿La carpa y los tablonos? -preguntó con incredulidad el empresario.

-Así como lo oye. Nosotros con la lona de la carpa podemos hacer velas para las embarcaciones. Está muy escasa la madera y también utilizaríamos la madera de las graderías para reparar los botes. Esta es una buena noticia tanto para ustedes como para nosotros.

-No se nos había ocurrido esa idea, reconoció el caballo mirando al resto de sus compañeros.

-Pero ustedes no tienen dinero, advirtió uno de los payasos.

-Sí, pero cuando llegue la abundancia vamos a andar cargados con mucho oro. Entonces llenaremos cientos de canastos con pescados. Así es el mar. A veces nos entrega toda su abundancia y otras veces nos condena al hambre. Los pescados son muy caprichosos.

El pescador continuó: -A veces llegan cardúmenes hasta la orilla de la playa como para hacernos burla y hasta se varan en la arena. Pero cuando se les ocurre desaparecer no hay nadie que los encuentre.

Ustedes deben saber que los hombres del mar somos gente de una sola palabra, lo que prometemos lo cumplimos. ¿O es que tienen desconfianza?

-Lo que ocurre -dijo el empresario- es que ustedes son gente con mucha experiencia y nosotros no. Nosotros vivimos con los sueños y la fantasía metida en la cabeza. Por eso somos artistas.

-¿Y que será de nuestras vidas si vendemos la carpa preguntó «La Culebra». Quedaríamos botados en la calle. Nosotros lo único que sabemos hacer es divertir a la gente.

-También hay una solución para ustedes, aseguró uno de los pescadores. Los artistas se miraron los unos a los otros.

-La solución está clara como el agua, agregaron los visitantes.

-¿Clara como el agua? preguntó «El Tragafuego» con incredulidad.

-Así es. Les vamos a enseñar el trabajo de pescadores. Ya no serán artistas pero se ganarán la vida como gente de mar.

-¡Ah no! -contestaron retrocediendo al mismo tiempo los payasos y el león. -Ya habíamos aclarado este punto. A nosotros el mar nos da mucho miedo.

-Pero ahora tienen que poner los pies en la tierra. Se terminaron las fantasías.

-Mejor dicho poner los pies sobre el mar, aportilló unos de los payasos.

-Con un poco de paciencia, aseguró uno de los mineros, serán pescadores. Y después se sentirán orgullosos de haber cambiado de oficio. Así ocurre siempre.

-Después de todo, reconoció el león, los amigos hablan en forma razonable. Ya no estamos tan jóvenes para ir al colegio y aprender un nuevo oficio.

-Usted lo ha dicho. Ser pescador es una honra muy grande. Es cuestión de hacerse el ánimo.

-Está bien aceptó el empresario, con resignación. Les podemos vender la carpa y los tablones. De acuerdo. Es razonable lo que se ha dicho aquí. Pero que vamos hacer con «La Mujer de Goma», la culebra «Chepita» y el león? No se olviden ustedes que somos una sola familia.

-De acuerdo, respondió uno de los pescadores. A ellos los dejaremos en tierra firme. Hemos conversado con los vecinos para repartirlos en distintas casas mientras les cambia la suerte.

Y en el caso mío -¿Qué hago? preguntó el león. Porque el circo es todo para mí. Yo y la carpa somos una misma cosa. Igual que a ustedes y los pescados. Y a estas alturas no voy a ir a trabajar a un zoológico. Todavía me queda un poco de amor propio.

-Nosotros tenemos una solución bastante práctica para arreglar el problema del león, aseguró uno de los pescadores. Y creemos que ha llegado el momento de decir las cosas por su nombre.

Se produjo un largo silencio y la lluvia pareció acercarse a los hombre con su sonido monótono y agresivo.

Uno de los pescadores dijo: -Ustedes nos perdonarán pero nosotros somos partidarios de sacrificar al león.

-¿Sacrificarme a mí? gritó el animal sin poder ocultar su sorpresa. No entiendo.

-Vamos a explicar nuestro plan, agregó uno de los pescadores. Como está escaseando la carnada y no tenemos dinero para comprarla en otro lugar, entonces sería el caso de usar al león en la punta de los anzuelos. Su carne tentaría a los pescados.

-Nunca en mi vida había escuchado un disparate tan grande -protestó uno de los payasos.

-Esta es una ofensa para todos nosotros, gritó amenazante el empresario. ¿Cómo vamos a sacrificar al león? Si ustedes lo conocieran como nosotros no se atreverían a decir disparate semejante.

-Después de todo sería cuestión de pensarlo dos veces, dijo uno de los payasos. La idea no es mala aunque nos duela a todos -si te parece tan justo lo que piden ellos, reclamó «La Culebra», ofrécete tú. Ustedes también deben tener buen sabor.

-Yo soy muy nervioso, se justificó el artista y los pescadores son capaces de ponerse a reír al vernos llegar allá abajo en las profundidades del mar con la nariz tan larga y la cara pintada de todos colores.

El león es el orgullo de esta familia -confirmó el empresario. ¿Cómo vamos a permitir que lo maten?

-Después de todo soy el más viejo de todos los artistas, reconoció el rey de la selva y ya casi no sirvo para nada.

-Eso no importa, dijo uno de los payasos soltando el chorro de lágrimas. Te vamos a seguir queriendo hasta el último día de tu vida aunque estés tan viejo que apenas puedas mover las patas.

-Si puedo servir para algo no me opongo a que me maten, aseguró el león.

-Yo jamás aceptaré que te coman los pescados, dijo «El Tragasable». ¿Qué disculpas le vamos a dar a todos los niños que son tus amigos y a la gente que te ha visto trabajar junto a nosotros por tantos años? ¿Quién va a poner la cara para decir que aceptamos que te mataran para que nosotros pudiéramos comer?

-Esta es una dura prueba para mí, confesó el león. Puedo agregar algo, dijo, dirigiéndose a los hombres de mar que lo miraban con cierta compasión. -¿Ustedes creen que los pescados me comerán?

-No tenemos la menor duda -Fue la rotunda respuesta de los pescadores. Serás un bocado de lujo como pocas veces se ha visto en el fondo del mar. Nosotros usamos a los pescados de carnada en los anzuelos. Y entre un pescado y un león hay un mundo de diferencia. Dicen que los leones son dulcecitos y que los pescados se los comen como si fueran postre. Eso dicen los pescadores más viejos que hace muchos años también usaron un león de carnada.

-Entonces a lo mejor me confunden con un bocado de algodón de azúcar, dijo el león recordando su postre favorito.

-¿No hay gusanos por aquí? -preguntó «El Tragasable» con desesperación. ¿O cualquier otra cosa para ponerle a los anzuelos? ¿Por qué tiene que ser el león?

Nada tenemos, fue la cortante respuesta de los pescadores. Ya se nos agotan los alimentos.

-Entonces esto vendría a ser como una despedida, anticipó el león al darse cuenta del giro que iba tomando la conversación.

-A lo mejor terminan también tus sufrimientos de una vez por todas le dijo uno de los payasos para consolarlo.

-¡Ustedes son unos cobardes! -denunció «El Caballo» dando varios pasos al frente -con tal de arreglar su propia situación no tienen vergüenza de mandar al león al sacrificio. El es el único artista del grupo. Todos los demás somos aprendices aquí. Yo me ofrezco en su lugar dijo con tono decidido.

-Gracias, gracias -repitió el león corriendo hacia el caballo, abrazándolo.

-No sirven para carnada estos caballos viejos, aseguró uno de los pescadores. El león es otra cosa.

-¿Cómo saben? -porfió el equino.

-Porque ya hicimos la prueba y fracasamos. Los pescados son muy finos de paladar. No comen cualquier cosa y la carne de caballo tiene muchos nervios.

-Yo también estoy dispuesta a reemplazar al león, dijo «La Culebra» y no como ustedes -acusó- mirando al resto de los artistas que poco a poco se habían alejado del rey de la selva dejándolo sólo en el centro de la pista de aserrín.

-»La Culebra» debe tener gusto a goma de mascar, dijo uno de los payasos. Tampoco sirve de carnada la pobre.

-Cada uno quiere salvar su pellejo, interrumpió «El Caballo» ustedes no son amigos del león.

-Me permiten -pidió el rey de la selva con el ánimo de tranquilizar a los artistas. Si el destino se ha fijado en mí para que yo me sacrifique por ustedes, no me importa morir. -No digas eso. Hablas como si ya no estuvieras en este mundo, le reprochó el empresario.

-Poco me falta, dijo el león con cierta amargura.

-Familiares muy cercanos no tiene, ni descendencia tampoco, aclaró el empresario. Ese es un alivio para nosotros.

-Se me hace un nudo en la garganta cuando pienso que mañana ustedes van a seguir sus vidas como pescadores y yo no estaré. ¿Quién les ira a hacer las compras? -preguntó el león-

-No sigas, no sigas le rogaron los payasos apoyándose el uno en el otro, estremecidos por el llanto.

-Ha llegado el momento de la despedida, dijo el león levantando una de las patas. Ustedes decidirán el lugar y la hora, agregó mientras se le quebraba la voz; -no le guardo rencor a nadie. Al contrario, quiero que ustedes me perdonen si alguna vez les hice algún daño.

Los payasos lo quedaron mirando mientras el león caminaba detrás de los pescadores alejándose de la carpa que había sido su hogar durante tantos años. La lluvia le golpeaba el lomo. El rey de la selva se alejaba sumiso, humilde con la melena chorreando agua, hundiendo las garras en el barro.

5

-Ya leoncito, le dijeron a la mañana siguiente. Llegó tu hora.

-No me asusta, confesó el animal.

-No vas a sentir nada, le aseguró uno de los pescadores.

Ni siquiera le ocultaron los preparativos del fusilamiento.

Un pescador aceitaba una vieja carabina mientras las mujeres comenzaban a llegar con los canastos y los anzuelos vacíos.

Los perros volvieron a aparecer pero esta vez mirando amistosamente al león que se aprestaba a morir.

Nadie estaba dispuesto a perder un solo detalle del fusilamiento.

Puedes fusilarme desafío el león mirando fijamente al viejo pescador que lo apuntaba con la vieja carabina.

Yo nunca he matado a nadie en mi vida -se justificó el anciano- mientras los otros hombres del mar le gritaban: -apreta el gatillo, apreta el gatillo!

De pronto apareció el sol entre las lluvias dándole más brillo a los ojos del león y a la punta de la vieja carabina.

El disparo rebotó en los cerros como un eco repetido igual que esos círculos que se hacen en el agua cuando cae una piedra.

El león tambaleó antes de caer de bruces sin un solo quejido.

Esta animalito nos va a traer buena suerte comentó una de las vecinas mientras comenzaba a destrozarlo después de sacarle el cuero lleno de parches.

Llenamos 15 canastos justos, contó uno de los pescadores. Es una buena cantidad.

Al amanecer empezó el runruneo de los motores de las lanchas y la algarabía de los pescadores preparándose para la jornada de trabajo.

¡Adelante! -invitó el capitán de la lancha a los payasos. Sigue soplando el viento sur y como la luna se hizo con agua vamos a tener lluvia para rato.

En tierra quedó «El Empresario», «El Tragasables» y «El Comefuego», «La Culebra», «La Mujer de Goma» y «El Caballo» protegidos bajo un viejo paraguas, mirando como se alejaba la embarcación rompiendo las olas y la espuma.

-Tienes que perdonarnos, leoncito, dijo uno de los payasos mirando los trozos del animal enganchado en la puntade los anzuelos mientras trataba de mantenerse de pie en la cubierta de la embarcación. Las olas parecían gruesas montañas bamboleándose con su cargamento de espuma verde.

-Hay que bajar a la bodega, ordenó el capitán. Este temporal es capaz de mandar a pique a cualquier embarcación.

-Estamos perdidos entonces, dijo uno de los payasos.

-No es para tanto, respondió el capitán para tranquilizarlos.

Los peces son muy astutos y por eso se esconden donde nadie puede venir a molestarlos. Sólo nosotros nos atrevemos arriesgando el pellejo.

-Pero el mar es muy buen amigo, dijo uno de los tripulantes.

Es cuestión de saberlo llevar porque tiene su carácter como cualquiera de nosotros. A veces está más quieto que una taza de leche y otras anda echando espuma por la boca. ¡Vaya a saber uno de dónde le viene tanta rareza!

La lancha empezó a disminuir la velocidad.

El capitán explicó la próxima maniobra; -aquí dejaremos las boyas de corcho flotando como señal donde vamos a tirar los anzuelos con los trozos del león en la punta. Después hay que ponerse a tirar la soga, aclaró.

-Hasta la vista leoncito, se despidió uno de los payasos viendo caer los anzuelos con la carne rosada del rey de la selva.

Tengan cuidado con los espineles, aconsejó uno de los tripulantes. Se pueden enganchar los dedos.

El ancla cayó al mar con un fuerte chasquido y después los tripulantes tiraron la otra boya de corcho brillantada por la lluvia.

Terminamos una parte del trabajo, dijo el capitán. Ahora hay que dormir y esperar hasta la madrugada y darle tiempo a los pescados para que se banqueteen con el león.

Los artistas se acomodaron junto al motor de la lancha tapándose con unos sacos viejos.

Trataron de dormir mecidos por las gruesas olas del mar.

-Esto parece una cuna, dijo uno de los payasos escuchando el crujido de la madera de la embarcación.

-¡Callarse, ordenó el capitán! Los pescados tienen muy buen oído y si escuchan hablar no pican los anzuelos.

La lluvia siguió cayendo toda la noche.

Al amanecer, cuando aparecían las primeras luces del alba el capitán gritó: - ¡Arriba todo el mundo! Ha llegado el momento de levantar los espineles, dijo. Ustedes tienen que ponerse en fila y entonces cuando les dé la orden empiezan a tirar la soga.

-¿Dónde está el problema? -dijo uno de los payasos, escupiéndose las manos con entusiasmo para iniciar el trabajo.

-Ahora, exigió con un grito el marinero que estaba en la proa encabezando la fila. ¡Todo el mundo a tirar la soga!

¡A la una, las dos, las tres...

Con el esfuerzo a los artistas se les marcaba las venas en la frente.

-Con fuerzas de hombre, provocó el capitán, apurando la faena.

-Ni que le hubieran puesto plomo a los anzuelos, protestó otro de los tripulantes.

-¡Arriba, arriba, insistía el capitán. Sigán tirando del cordel al mismo compás: uno, dos...

De pronto se escuchó un rugido, que encrepó las olas retumbando como un eco, despedazándose en pequeñas voces.

-¿Qué no es el león? -preguntó uno de los payasos. Me pareció escuchar su voz ronca.

El rugido se repitió con tanta fuerza que levantaba enormes círculos sobre la superficie del golfo.

-No hay duda que es él, confirmó uno de los payasos mirando cómo cada nuevo rugido aumentaba los anillos de agua que daban vueltas de menor a mayor sobre las olas.

Aparecieron los primeros pescados cogidos de los anzuelos.

-¡Picaron, picaron! gritaban los tripulantes, abrazándose.

-Les gustó el león! ¡Lo encontraron sabroso!

-Por fin, dijo el capitán con entusiasmo. Esto es lo que estábamos esperando hace tanto tiempo; una pesca abundante.

-Se me ocurre una idea, dijo el capitán acercándose al grupo de los artistas que continuaban en plena tarea soltando los pescados de los anzuelos y tirándolos a los canastos.

-¿Cuál será la idea? -preguntó con su habitual inocencia uno de los payasos.

-Muy fácil. Escuchen. Cuando terminemos de recoger los anzuelos pueden hacerle un tajo a los pescados y recuperar al león de entre las tripas.

Los dos payasos se quedaron con la boca abierta sin saber qué contestar.

-Tendríamos que juntar de nuevo todos los pedazos del león, dijo uno de los payasos tratando de interpretar la idea del capitán.

-¿Acaso no aseguraron ustedes que conocían al rey de la selva de memoria? Entonces sería cuestión de irlo armando con un poco de paciencia. Juntar los pedacitos uno por uno. La cabeza con la cabeza y la cola con la cola.

-Y la melena con la melena, agregó uno de los payasos dando saltos de alegría, imaginando la posibilidad de volver a ver al león con vida.

-No sigan perdiendo el tiempo, dijo el capitán. Menos palabras y más acción.

-¿Por dónde podemos empezar? preguntó uno de los payasos.

Tratemos de irlo armando a ciegas anunció el otro artista sentándose en la cubierta de la embarcación para ir colocando en fila los primeros trozos del león.

-¿Usted por casualidad tiene cemento pegalotodo?

-No respondió el capitán, pero si hay una aguja para coser sacos.

-Bueno, dijo uno de los payasos. Esto será lo mismo que armar un rompecabezas. Vamos a ver si tenemos suerte, agregó tratando de parar el primer trozo. Debe ser parte de la melena por lo abultado, dijo.

Algunos fragmentos calzaban sin problema, uno al lado del otro, pero varios no coincidían en el lugar preciso.

-Deben ser de otro león, bromeó uno de los payasos.

-A lo mejor nos va a quedar más chiquitito, advirtió temeroso el otro artista.

-No sería mala idea sacar dos leones de uno solo, dijo uno de los payasos. O tres o cuatro, exageró.

-Hay que armarse de paciencia, rogó el payaso que estaba con la aguja en la mano tratando de enhebrarla mojando el cáñamo con la lengua.

Todos los artistas y la tripulación comenzaron a colaborar. A ver, a ver -gritaba el payaso- ¿Quién encuentra la parte que falta de las patas traseras?

-Aquí parece que está, confirmó uno de los pescadores escogiendo un nuevo trozo entre los canastos.

-¿Y los bigotes? ¿Y las costillas? siguió porfiando uno de los payasos.

-Por lo menos parece un gato al que le han tirado un balde de agua fría en el lomo. dijo uno de los pescadores mientras el rey de la selva iba tomando forma.

-La cabeza está completa, aseguró uno de los payasos mientras agregaba un nuevo pedazo al almacén. Hasta parece más joven.

-Cierto, cierto dijo uno de los pescadores. Le quedaron más azules los ojos y las pestañas crespas. Lo único malo es que está un poco débil, reconoció uno de los artistas. Apenas se puede tener en pie. Pero sigue siendo león. Eso nadie puede negarlo. León cocido y parchado. Pero es león.

El rey de la selva dió sus primeros pasos ordenándose la melena con las patas. Parecía temeroso de caminar como los niños cuando intentan dar sus primeros pasos. Al levantarse se afirmó en uno de los payasos. Le molestaba la luz y miraba con los ojos entreabiertos.

Es muy hermoso el fondo del mar -fue su primer comentario mientras saludaba a sus amigos y a la tripulación como si nada hubiera pasado. Es más entretenido allá abajo que aquí arriba, aseguró.

-Nos quedó igual que antes, confirmó uno de los payasos alabando su propia obra sin escuchar lo que el león estaba contando. No nos sobró ni nos faltó un solo trozo: quedó completo. Una de las patas trasera parece más corta que las otras, observó el capitán. A lo mejor el pescado que se tragó esa parte se lo llevó para siempre al fondo del mar.

-No tiene importancia, dijo uno de los payasos con optimismo. Le podemos hacer un taruguito y se lo vamos poniendo debajo de la pata más corta cuando quiera caminar o correr.

-Muy buena idea, dijo uno de los payasos. Yo mismo me propongo para acompañarlo con el pedacito de madera así la gente no se dará cuenta que nos quedó un poco cojo.

Los hombres y el animal quedaron mirando el mar y los canastos llenos de pescado con el vientre abierto, lavándose con la lluvia.

-Me hice amigo de varios pescados, comentó el león. Son muy buenos para conversar y contar chistes, dijo. De pronto se le quebró la voz: -Ellos también sin saberlo se sacrificaron por mí. Entregaron sus vidas para que yo regresara a verlos a ustedes. Y aquí estoy. Y ahora están muertos. Me dan ganas que me fusilen de nuevo, agregó el león.

-Los peces nacieron para ser pescados, trató de tranquilizarlo uno de los payasos. Pero tú naciste artista. Es muy distinto.

-Ahora sí que te vas a morir de viejo a nuestro lado, le aseguraron sus antiguos compañeros de trabajo, abrazándole con cuidado para que no se desarmara.

La embarcación inició el camino de regreso. Vamos a tener que ponerle toda la potencia al motor, aseguró el capitán pesa mucho el cargamento.

El león se sentó en la cubierta de la lancha. Le molestaba el zurcido del traje tratándose de acomodar al nuevo uniforme. De vez en cuando el rey de la selva respiraba hondo sin ocultar su alegría de vivir.

La tarde estaba tranquila y por momentos las nubes dejaban ver el cielo trasparente de junio.

En el muelle los esperaba una multitud de curiosos y compradores.

¿Qué no es el león? preguntó el empresario al resto de los artistas sin poder ocultar su emoción.

Los tripulantes de la lancha pidieron a los artistas que tuvieran calma mientras la embarcación terminaba de atracar junto al viejo muelle de madera.

El león fue el primero en tocar tierra de un salto.

-¡Estás hecho un atleta!, le gritó uno de los curiosos.

-Tenemos que llevar en andas al rey de la selva, exigió uno de los payasos. Se lo tiene muy merecido, agregó. Es al león al que le debemos esta abundancia.

Los pescadores, mineros y vecinos improvisaron un desfile en medio de cantos y gritos.

Por encima de los manifestantes sobresalía la melena del rey de la selva agradeciendo los aplausos, levantando las dos patas delanteras.

Una muchacha que presenciaba la escena desde una ventana, dejó caer un beso en su mano y después lo sopló para que le cayera al león.

El animal le devolvió el gesto enviándole de vuelta otro beso prolongado y sonoro mientras le hacía un guiño con su acostumbrada picardía.

LA BOCA, LA BOCA

El charlatán sacó del canasto la boa auténtica. Un río corto en movimiento que tenía comienzo y fin para iniciar el espectáculo y atraer la curiosidad de los transeúntes de la gran ciudad.

El sol de mediodía estaba dividiendo las cosas: los destellos, los rostros, sus sombras, los edificios, la soledad, los ruidos. Entonces la boa se movió como el océano tranquilo, apenas una oscilación mínima, un fantasma saliendo del sueño con pereza. Se le notaba la responsabilidad profesional: había llegado la hora del trabajo junto al hombrecito que ponía en orden las pequeñas cajas de pomadas. A su lado el gentío caminaba entrando y saliendo de las puertas sin fondo del comercio y las iglesias, «Por encargo de la fábrica», gritó el charlatán poniéndose la boa como una soga en el cuello, curvándose al sentir su peso, explotando ese brillo aceitoso, pero rápido de reptil redondo como manguera de bombero.

Era el momento de predicar en el desierto su verdad en medio de los rostros planos, de las gentes sin nada adentro, apenas los ojos pasando como chispazos entre semáforos y el tic-tac de sus pasos vistos desde la altura como si les hubieran dado cuerda a cada uno antes de salir de sus casas. «Por encargo de la fábrica», repitió, escrutando la nada, la multitud vacía.

Tal vez la boa sintió frío; el sol cambió de lugar en su piel, contra su piel: las pequeñas luces también se mudaron con estremecimiento.

El charlatán continuó hablando con nadie, a sí mismo, a la boa, repitiendo las 3.500 únicas palabras de su discurso sin fin, remarcando las 3.500 pausas tan metódicamente controladas por la experiencia de los años.

En ese momento llegaron sus colaboradores, los «palos blancos», los compradores ficticios, los estimuladores del interés callejero. Uno era alto y el otro bajo; se diría que la boa se movió al verlos. Era el resto del equipo.

...«por encargo de la fábrica traigo esta pomada milagrosa. Yo no pago patente, ni arriendo, y por eso estoy en condiciones de...» Cortarle el paso a la gente, detener el tráfico, es como abrir un hoyo en el agua, decía el charlatán a su mujer en las horas de descanso cuando confesaba las dificultades del oficio.

Es como si la voz del charlatán (mía) marcara un número equivocado y acertara y en el otro extremo otra persona escuchara, el único ser sobre la tierra dispuesto a oír, mientras los otros hablan, hablan, hablan, se hablan ellos de ellos mismos y se contestan ellos mismos contra ellos mismos y la voz no se detiene nunca, desde que viven hasta que mueren en un solo chorro, un solo canal, el único precipicio que se eleva y desciende y transfigura las cosas, y las deforma o las hace más bellas y siguen hablando, hablando, hablando... sin poder escuchar.

-¿Cuánto le costaría esta pomada milagrosa en una farmacia que tiene tantas luces, tantos empleados, tantos gastos?: el triple. Yo no tengo nada contra el comercio legalmente constituido, pero no crean ustedes que lo digo por interés. No se verán en otra -repetía el charlatán, moviendo el dedo en forma sentenciosa, como un apóstol.

Su voz se elevaba sobre las otras miles y miles de voces superpuestas y escalonadas que iban pasando en ese momento por la calle, voces que se habían quedado afuera de los rostros y del alma, refunfuñando, protestando, amando, comprendiendo, solicitando, huyendo, martirizándose hasta volver a su reducto original, el gigantesco silencio de la ciudad, de las frenadas bruscas y los escándalos rojos de las noticias de primera plana de los diarios y el maní caliente y el ruido hondo de las campanas.

La voz del charlatán adquiría entonces un color distinto, un volumen diferente, una capacidad para trepar entre las otras voces de la selva, como un trapecista equilibrando su número, su gracia, entre sílaba y sílaba.

-Es como tirar muchos anzuelos -le confesaba el charlatán a su mujer.

Hay rostros que compran y otros no. Están haciendo hora. Eso se sabe. Uno mira y puede descubrir los que están escuchando, los que se hablan a sí mismo dejando la conversación del charlatán en otro plano, de fondo, pero a la larga compran, a veces a la segunda rueda, después que el discurso de 3.500 palabras empieza a repetirse y dice las mismas exactas cosas igual que un hombre a su mujer después de vivir y el «palo blanco» dice con voz solícita: «Por favor, deme una» y yo contesto: «Con mucho gusto, señor», «es un producto garantido». Y luego «pica» el resto, hasta cinco por rueda los días de suerte y con eso ya uno saca su utilidad.

Yo mismo donde usted me ve, estoy costeando los estudios de mi hijo poniendo la cara en la calle. Primero la cara se cae y después no. Mi hijo todavía cree que trabajo

en una oficina, nunca quise decirle. Y eso que tiene 12 años. Está en un colegio caro, en un colegio particular.

...«esta pomada es el producto de pacientes años de estudios en los mejores laboratorios del mundo...»

Rostro indiferente.

¿...cuántos hombres de ciencia se han quemado las pestañas...?

Rostro curioso.

...«estos científicos han pasado años enteros, día y noche, mirando por el microscopio los bichitos, viéndolos caminar, saltar, jugar...»

Rostro ambiguo.

Cinco rostros más. Un rostro lleno de rayas como el dibujo de un niño, irregular, inseguro: una madeja con la huellas de la vida, trozos de experiencia, del dolor humano.

...«así es la cosa, señores y señoras. Esto no es juguete de niños chicos. La pomada lleva el sello de un laboratorio solvente, sol-ven-te, que lo distribuye por el mundo entero».

La boa hace ondular los reflejos del sol desde la cabeza a la cola, ocres resbaladizos bajando a tropezones por su piel como un ciego huyendo de un incendio, verdes más encendidos por el calor, azules directos, destellos casi de plata, plata pobre, plata vieja.

El círculo de rostros curiosos aumenta. Primeros, segundos y terceros planos.

Cuando recién empecé parecían todos iguales, pero más tarde con la experiencia, uno descubre que son distintos y algo extraño: no se olvidan nunca.

...«aquí tengo un documento (lo muestra), es una carta de una persona que estaba desahuciada por los médicos. Vendió una casa para costear su enfermedad. Con decirles que fue hasta donde una meica y nada. Pero un día que iba pasando por este lugar escuché mi palabra y llevó una cajita de pomada y a la semana me vino a dar las gracias, estaba sana y buena y parecía que venía del liceo, y eso que tenía 80 años, la viejuca».

Rostros en hilera, en fila, casi transparentes, movibles, desplazándose, intercambiados.

Se mira con el rabillo.

El que va a comprar tiene un fulgor en los ojos, es una lucecita, y eso también se aprende. Es como si se pusiera orgulloso, se mueve. Y uno va sacando la cuenta... Y uno mira otra vez la multitud indiferente y veo el rostro de mi hijo.

Me estaba condenando con la mirada, y el grupo de sus compañeros de curso no entendía, pero la clavó descubriendo al padre actor que (soy yo) con su impecable camisa blanca, retrocediendo, levantando las manos en un gesto de espanto y luego de tomar un poco de aire, volver a la carga: con mover, estremecer a ese bloque de curiosos que costeaban su matrícula, sus libros, su uniforme, los zapatos. Quise arrancar, dejar la boa botada y la mercadería, pero recordé que era un profesional y llegué hasta la palabra 3.500 y vendí más que nunca y hasta uno de los muchachos que acompañaba a mi hijo me compró una cajita. Y después dije: «Está bueno por hoy».

Y nos dispersamos.

Le dí su parte a los palos blancos y comencé a enrollar la boa más temprano que en otras oportunidades. Y mi hijo mirando la maleta donde guardaba la mercadería, las cajitas sobrantes. Escuché su voz como debió oír la mía separada por completo del ruido infernal de los motores y las palabras tantas veces entrelazadas de los transeúntes.

Entonces tomamos el camino de regreso.

El me iba haciendo cargos (creo yo), pero el trabajo no deshonra a nadie, el trabajo de hablarle a la gente para que compren lo que no les falta.

Yo le iba contando lo que había sido mi vida y las dificultades que encuentra un padre para educar a su único hijo. Tenía miedo que no me entendiera, por eso le hablaba, aunque sólo para mí.

Pero él contestaba con orgullo que éramos amigos, que le gustaba contarme todo lo que le pasaba. Pero seguía sin hablar rodeado por nuestros dos silencios, escuchando los infinitos ruidos. Los ruidos solemnes y los fabricados en serie por la frivolidad y la costumbre de vivir.

Yo tengo la impresión que nos mirábamos por una esquina de los ojos, sin apurar mucho el paso, como tratando de preparar el terreno para decir algo, para decirnos alguna cosa, pero ninguno de los dos quería hablar primero. A mí me parecía que el muchacho iba reflexionando, ya un poco anciano en ese momento, pensando a lo mejor que su mamá tampoco sabía que yo era «charla», que me ganaba la plata en la calle subido a una tarima como un actor aficionado, exagerando los gestos, estudiando a la gente para venderles las cajitas. Yo le iba diciendo a mi hijo, sin decirselo, que muchas veces intenté hacer algo distinto, entrar de nuevo como empleado de alguna tienda o almacén, pero me sofocaba

ahí dentro de las cuatro paredes, hablando poco o casi nada, sin libertad. Y sobre la libertad le voy a hablar si me dice algo, pero no me dice nada, sigue callado mientras caminamos por la gran ciudad escuchando cada uno su voz y ahora me pide si puede llevar el canasto con la boa que siempre guardo en la casa de un amigo y yo le tomo el bolsón y seguimos hablando metidos en nuestros silencios. Siento que el silencio de él es más tierno, como debe sentir un padre el silencio de su hijo cuando el hijo comprende. Cuando comprende todo o una parte del silencio de su padre y así pueden llegar casi abrazados a la casa, riéndose, riéndose en tal forma que la gente que no sabe de qué se trata, también se pone a reír.

El odiémos tener la costumbre de cocinar en las paredes: manchones y perchas cíclopes, cataratas vivas, laberintos de dos mil años para principiar a despedir amarillos y herris y un quinceavo y así al exterior al principio de la noche el carabinero de guardia en las noches más frías, arropado en su abrigo del siglo XIX. Luego alguien se topa con el carcelero de cierta especie y que se levanta, él al ver que la greña corre con la hebilla cuando le aporrea con los zapatos los zapatos de goma del viento, las sabidas y hejeda, de una punta con agujeros rotos en la punta, de las de arriba imposible, aporreadas como el caso de cuando en el momento y luego se entra a los bloques exteriores, unos con vagabundos, a menudo con otros. Una vez con se establecido por la ley. Después, el silencio, los ojos distorsionados, el olor de las miradas porosas que vienen haciendo desde el tiempo de la Cruzada, un ruido y una vida como había de hacer, como una sola vida, y ahora el aislamiento de los ojos, las miradas que se levanta de cuando en cuando, apenas una mirada que se levanta cada día en una cara que mirará el sol que aparece de un gigante y los platos, los platos de la vida, el pasado judicial cuando sol a cuando.

Los hechos más sencillos con el espíritu de la vida que de la vida misma. Cuando yo casado con una mujer que era el alma de la vida, una mujer que por las circunstancias de tener dos hijos a los edades de los cuarenta y cinco años, y por estar casado y por el hecho de sobre vivir en una casa con la misma cara, la misma cama en que dormíamos desde esa tarde que me casé y cuando me casé me casé de dejarla salir. No resulta difícil, está viviendo en el estado de ánimo. En el día vivo como nunca en años que anduve mirando las vitrinas de la víspera de navidad y la gente me iba con sus paquitos, con rumbos tan altos que no ven nada y se lo pasan a llevar a uno. Yo, afonó, de pasada, como a dos de estos distraídos que no ven nada que ven con los pequeños que habían comprobado. Y eso, produce risa. No sé cómo llegar hasta una vida sencilla, faltaba poco para la noche y, ¿que no voy en paz? Era sólo o cuando cuando, siempre bien alimentado (de buena familia), modales de acuerdo con su edad, un poco superficial en el trato a primera vista. Me acordé del papa Ljotjigovno. Una

NOSOTROS, LA CRUELDAD

Podemos tener la certeza de encontrar orín en la paredes: manchones y parches ciclópeos, cataratas; unos listones de dos pulgadas para proteger el césped amarillento y barrido y un quiosco rojo y azul rebosante de pintura donde se protege el carabinero de guardia en las noches invernales, arropado con su trabuco del siglo XIV. Luego alguien se topa con el carcelero de doble papada y triple barriga, dividido por la gruesa correa con la hebilla cuadrada apenas con los ojos que entreabren las grasas del rostro, las subidas y bajadas de esos poros con suplicios rebanados en la estrechez, en su desarrollo imposible, apretujados entre sí casi redondos en el mentón y luego su salida hacia los bloques exteriores: una cara cuajada con ira, a machetazos y convincente, de acuerdo con lo establecido por la ley. Después, el infierno, las rejas desmesuradas, el olor de los mismos porotos que vienen viviendo desde el tiempo de la Colonia, amarillos y redondos como balas de buque, como maní más bien, y adentro el hacinamiento de los delincuentes, los nichos que le sirven de camastro, apenas una cerradura bloqueando cada celda como para que mirara el solo ojo curioso de un gigante y los rostros indigentes el residuo, el ganado judicial tomando sol a cuadros.

Los hechos relacionados con mi captura tuvieron lugar de la siguiente manera. Estando yo casado con una matrona que era efectivamente, usía, una mártir y por las circunstancias de tener dos hijos, cuyas edades fluctúan entre los tres y los cinco años, y por estar cesante y por el hecho de sobrevivir en una pieza tan estrecha como la misma cama en que dormíamos decidí esa tarde (en que estuve a punto una vez más de degollarla) salir. No resulta difícil, usía, entender mi estado de ánimo. Es efectivo -como consta en actas- que anduve mirando las vitrinas de la víspera de navidad y la gente me chocaba con sus paquetes, con rumas tan altas que no ven nada y se lo pasan a llevar a uno. Yo, aforré, de pasada, como a dos de estos distraídos que cayeron dando vueltas con las porquerías que habían comprobado. Y eso, produce risa. No sé cómo llegué hasta una calle solitaria, faltaba poco para la noche y, ¿que no veo un pavo? Era más o menos menudo, aunque bien alimentado (de buena familia); modales de acuerdo con su edad, un poco superficial en el trato a primera vista. Me acordé del sapo Livingstone. Una

asociación disparatada, es efectivo. Es cuando van a patear el penal y el jugador le hace antes una morisqueta al arquero y éste se tira para el lado contrario en que va la pelota, el cañonazo. Le pegué una patada al pavo y voló, pero al caer yo lo estaba recibiendo con los brazos abiertos. Y comencé a correr, con el animal debajo de la chaqueta, con tan mala suerte, que fui a parar a la comisaría, tuve que entregar los cordones, la corbata, un viejo reloj Omega, recuerdo de familia, y una transcripción (que siempre llevo en los bolsillos) de los viajes que Ibn Battuta le contó a Ibn Juzayy cuando estuvo en el Sudán en el siglo XII. Me colocaron un foco con una ampolleta grande cerca de los ojos y comencé a ver todo blanco, como si estuviera rodeado de puntas de alfileres y los tiras con voces de colores, en su mayoría verdes en esa espesura de la oscuridad me estaban obligando a que largara la pepa.

Cuando se inició el interrogatorio, posiblemente existió una mezcla de esos tonos, un azul sobrecargado, la cara de uno de los verdugos que tomaba tal vértigo atravesando los blancos (de la ampolleta) como un alud, saltandolas chispas de nieve, con las puntas erizadas de pequeños zarpazos. La danza de los colores fue aumentando de intensidad y al acercarse al oído, bajaron los matices agrandándose.

Uno me preguntó:

-¿Qué sintió al robarle el pavo?

Le contesté:

-Me puse muy triste.

Se anduvo desconcertando.

-¿Triste? ¿Por qué?

-Por la cara que tenía el pavo, ¡más o menos como la suya!

Recibí (recibí) del delincuente el primer combo.

-No me entiende -dijo el hombre desde la sombra-. Vamos al grano del asunto.
¿Qué sensación metafísica?

-Ah, sí -le contesté-: calor.

-¿Qué más?

-Apuro, sensación de culpa. Pensé que más tarde, algún día, no pude precisar cuándo, podría regresar con dos pavos y dejarlos en el mismo lugar para pagar la deuda que había contraído con la sociedad.

-¿Y el pavo?

-Me miró asombrado, pero no indiferente, responsable de la aventura que estaba viviendo -le dije-, lanzado fuera de su pequeña órbita mezquina de morir entre julio y agosto. Se sentía fatuo -agregué para darle más soga al trompo.

El que estaba de azul hizo un traslado del color al reverso de la ampollita, de modo que tuve que acostumbrarme a otras cabriolas de la luz, como si brotaran desde el suelo como un barco patas para arriba, con la chimenea hundida en el océano.

-¿Pero, qué pudo traducir, por así decirlo, en la mirada del pavo?

-Cierta perversidad -le dije.

-¿Complicidad? -preguntó el tira desde el interior de la sombra de colores múltiples.

-No -le contesté para liquidarlo-. Ira. La pose de un actor que sube esa noche al escenario por última vez y se despide con la carne de gallina, melancólico.

-¿Había algo en su rostro -indagó el detective-, de la furia de un fanático o de un penitente?

-Las dos cosas mi capitán -le repliqué-. Pero la verdad es que parecía un fanático de esos que se dejan la barba y hablan en los parques, el domingo a las cuatro de la tarde, recién iniciado en el arte de meterse en la trifulca del garabato limpio.

-Pero... ¿no le entró la duda al estirar la mano?

-Sí -le dije-, me temblaba, pero creo que el pavo comprendió. ¿No ve que son fatalistas y con las primeras lluvias se ponen saltones?

-¿Vio usted en el rostro del pavo un síntoma de reproche, como si fatalmente lo condenaría, por lo menos haciendo prevalecer su inferioridad? (en cuanto a condición humana se refiere) -aclaró.

-Sin duda que sí. Pero yo le tiré una mirada mataballo al recordar que en la casa me estaban esperando en medio del campanillero de navidad de las radios vecinas y los coros chillones, con la servilleta puesta, cuchillo y tenedor en mano y el plato vacío.

-¿Y en ese juego de las miradas no comprendió usted que estaba pecando?

-Sí.

-¿Y, además, no comprendió que transgredía las leyes, el patrimonio de la nación, la lucidez del alma que sólo puede salvarse mediante la bondad, el desinterés, la beatitud, al margen del encono, la ira y la avaricia?

-Como sea su cariño -le contesté para cortar la lata.

Me acercaron más el foco y al parecer abrieron una ventana para que escaparan los lingotes de humo del cigarrillo; en todo caso los colores de los tiras se hicieron más livianos.

-¿Sabe usted los traumas que le ha podido ocasionar al ave con su actitud de rapiña?

Bajé la cabeza tratando de encontrar el origen de la voz que era en realidad un pozo, un molino creo yo.

-No me había fijado en ese detalle -le expliqué al caballero.

Comenzó otra vez el sermón:

-Es el dolo el que condenamos. Esa mano alargándose para tocar lo ajeno, esa transgresión del código, esa expansión de la sola idea de robar, de sumar capital, de ambientarse con lo extraño, de irrumpir en lo sellado, pisotear la frontera de la pureza y la inocencia.

-Pero el pavo tiene la culpa -grité en el colmo de la indignación, cuando me acercaron el foco casi hasta quemarme las pestañas. Además, me habían amarrado los brazos.

-¿Por qué? -gritó también uno de los tiras.

-Por ser pavo, pues -le contesté-, mientras uno anda cortado de hambre.

El interrogatorio duró una semana con sus noches. Ya al final comencé a hacerle el juego y los echaba por la tangente, hasta que recibía un chinchorrozo. Entonces me llevaron a la celda y quedé solo. Como a los tres meses pensé por qué no había venido a verme mi mujer y los cabros. Otro condenado me picó la guía: «No vienen nunca más», sentenció con amargura y yo comencé entonces a sacar mis cuentas porque el juez confirmó la condena: once años y un día por abigeato. Como al año y cinco meses y dos días apareció un abogado de los pobres, que daba pena por lo libre que era, con una carpeta roñosa. Dijo que le diera el nombre de un amigo.

-¿De dónde? -le contesté-; si no tengo ninguno.

Creyó que le estaba tomando el pelo.

-¿Cómo no va a tener uno siquiera? -insistió.

-Así es, no más -fue la respuesta.

-Pero piense bien, haga memoria...

Entonces quedé un largo momento en silencio, revisando, y le contesto:

-No.

-¿Será un enemigo? -explicó que era importante para pedir una revisión de mi causa.

-Tampoco -le dije-; paso. Aunque pensándolo bien -rectifiqué-, bien podría ser el pavo.

-No, no sirve -dijo-. Alguien de carne y hueso.

-Al agua -le contesté-. No recuerdo a nadie tampoco.

-Un pariente, alguien que certifique que usted es una persona decente.

-Uf, mucho menos -le dije cortando por lo sano-. Estoy en blanco, fíjese.

-Pero en la infancia, en el colegio, ¿nunca le pegó un combo a nadie: no se tomó un trago con alguien?

Entonces se me encendió la ampollita.

-Fue en Contulmo -le confesé.

El otro creía que le iba a dar más datos, pero nada. Nos quedamos mirando, también por ese lado tenía borrada la película.

-¿Usted nació en Contulmo, a lo mejor? -preguntó el leguleyo.

-No -le dije-. Pero un día fui a ese lugar con un papel buscando un primo. La dirección que me dieron era chueca y nadie conocía a mi pariente. Perdí el viaje.

-¿Usted dónde ha vivido?

-Sepa Moya -le contesté-. Y de nuevo le doy luz al gas. Fíjese que una vez iba en un tren, en un carro de tercera, ¿y que no me pide fuego una persona?

El letrado empezó a anotar hecho un loco.

-¿Cómo se llamaba?

-No sé. ¡Mire que le iba a estar preguntando el nombre sólo porque le había prestado un fósforo!

-También es cierto -dijo por lo bajo-. En eso le encuentro toda la razón.

-¿No ve? -le contesté, remachándomelo-. Pero otra vez me subo a un tren y ¿que no me siento por casualidad al lado del mismo pasajero?

-Entonces ya se hicieron amigos.

-No, pues. Yo llevaba un pollo y él una botella de tinto y nos fuimos miti miti tonti mota.

-¿Y sobre qué hablaron?

-Sobre nada; después de comer quedamos tristes y él se bajó.

-¿Usted cree que podría identificarlo si lo viera de nuevo?

-Estoy casi seguro.

-¿Qué es lo que más le llamó la atención?

-La maleta, ffjese.

-Y su mujer. ¿Cómo se llama?

-Bah -le dije con amargura-. Ya le pasé la goma.

-¿Y sus hijos?

-¡Borrados!

Se le estaba poniendo pesada la pista al amigo.

-¿Pero cómo no va a recordar ni siquiera el nombre de la madre de sus hijos?

-¿Quiere que le cuente la firme? -le dije, sin esperar respuesta-. Un día que yo iba en otro tren conocí a un señor de apellido Andrade y me preguntó si quería ganarme unos pesos llevándole un recado a una mujer del sur; de regreso, él iba a estar en la estación Alameda, esperando. Tenía que entregarle una misiva.

Hicimos el trato y parto y por primera vez en la vida al tocar un timbre se abrió una puerta y encontré a la persona que buscaba y ella leyó la carta y empezó a reír y se tomó la punta del delantal -coqueta-, y yo le pegué una patada y eso le gustó y cuando me encaramé al poste de la luz para hacer una señales, puso los ojos en blanco y con el entusiasmo -como soy tímido-, no le pude decir que yo no era el que había escrito lo que estaba leyendo sino otro señor y al presentarme a su familia dijo que nos casábamos la semana siguiente y dijo que no estuviera preocupado que le había caído en gracia y yo con el remordimiento con el señor Andrade, pensaría que era mal mensajero al verme con los dos críos, pero eso no ocurrió y más tarde aclaramos el asunto, resultando que por carambola nos tiraron arroz a la salida de la iglesia, yo repartiendo saludos por aquí y por allá y apenas terminó la fiesta me entró la pereza y dejé bien en claro que por amor propio jamás le trabajaría un cinco a nadie, porque pulmones no hay de repuesto en Huachipato. Pero ese día de navidad al escuchar tantas historias de los Reyes Magos cargados hasta la tusa, se me metió la idea de comer pavo y hasta soñé un poco viendo la cara de mis cabros y la vieja secándose las manos en el delantal y poniendo la olla a hervir para pelarlo mientras la radio decía «Noche de paz, noche de amor». Yo le expliqué todas estas circunstancias, que a lo mejor pueden ser atenuantes, al dueño del pavo, pero el señor Andrade no quiso entrar en razones.

EL RATÓN DE CADA UNO

Usted sube a el micro, y a los pescados a cuadro de cáñamo, grises están, brillantes fueron, un ardor de plata bruma, como cuando el viento suelta las sotanas de los océanos y entonces se arma ese enredo prolijo de las aguas, de las espumas: muchedumbres que van huyendo y se escucha, de fondo, el tableteo, los dientes con diente del mar hecho añicos con su correspondiente sopor y vaho sobre los habitantes de la noche y desfilan todos aquellos que van huyendo con la lluvia a cuestras, con un pedazo de agua que se dobla y tambalea, bandera raída y blanda con bordes agitados también por el acontecimiento del vendaval que no arrecia, sino al contrario, apura sus bocinas, es decir, sus estruendos en medio del cielo roto. Usted también entra en las cebollas, en su clamor como si ese desorden redondo ya hubiera encontrado por su quietud, su nuevo estacionamiento como una campana que con la vejez de los años sólo permanece colgando, olorosa con su presencia callada y solemne apuntando los siglos, la vejez múltiple de los transeúntes arrugados por el agua. Se diría que son de cera, en los bolsones extendidos por los pasillos del armatoste antes que comience a desfilan los rostros de los mineros, sin escarpadura, como si de escamas se tratara ubicados en el orden estricto de los asientos, escalonados y seguidos por sus familiares luminosos por la sorpresa de la mañana, esos golpes que entran a los ojos para asaltar a mansalva el gesto, la indiferencia de las narices alineadas en su escalafón de rutina, con tanto platerío muerto encima de la cabeza, blancos sucios, empolvados por la densidad de la tierra y de la hora, la tierra subiendo, libremente por sus cuerpos antes de tiempo desde que nacieron hasta este preciso momento en que van regresando a la mina, en su más larga epopeya al aire libre sólo mirando las correntosas tajadas del Biobío, también plumizo que corre, que salta de un nido a otro con su mugre y peripecia, como si fuera amarillo el destello anterior que empuja las aguas y todos los ojos, entonces, pasan a través de sus aguas, pero sin caerse, y el regreso les paga con la misma moneda: se instala en los ojos, bate su molino, su estrechez de anilina en ditrambo, diestro en la habilidad de quedarse metido en el ojo, contando su historia de tantos siglos, siempre igual, aunque más lento, y curvado el anciano río, masticando con debilidad el barro, el tiempo que pasó por su lomo endureciéndolo, haciéndolo escéptico y volátil, pasmoso y desaporido a la vez, lleno de

asaltos y dudas. El Biobío sube hasta el carromato y examina las mercaderías por doquier: las habas ilustres y de cobre viejo en los extremos, como cuchillos fuera de uso, las pescadas blandas como señales de humo, tan extendidas en su muerte, con el ojo de gato preciso y casi rojo y el traqueteo, bruces en los vidrios, aúllos en las orejas cuando el sol de la mañana ya muerde su propio destello y empieza a rielar incompleto por los rostros de los pasajeros, salpicando, bullicioso en su contorno bronceado, dibujando algunos parches otras cicatrices, vaivenes de la vida, marco superficial y decoroso del hombre-topo, hombre-garra que lleva el mar de techo, que usa las olas de sombrero, la espuma de sol callado y seco, entremedio de la tosca y las tripas milenarias y centurias, agujeros pertinaces de la luz y las sombras sorpresas que no soportan el resto del cielo y se ensañan en esta ceja, luego en ese labio casi torcido por el dolor de vivir en un cuadrado donde apenas entran las manos y sobre todo los huesos a la intemperie. Nadie hablaría en esas circunstancias, sólo entonces el ruido del motor mientras los rostros se enlazan por la velocidad de la hora apiñados para siempre en un solo montículo, para liberarse de pronto, con euforia cada uno, otra vez dentro de su marco y porfía para llamarse Juan Sepúlveda N° 2.345 de la máquina contadora, sumadora y restadora de desdichas, un número marcado a fuego en la espalda, en el alma, mientras toda la sangre vecina se emparenta con el movimiento del carromato, como si los sentimientos pudieran llegar o alcanzar un solo nivel y también el dolor tragado, el hollín devorado a cambio del aire, de la esperanza de seguir respirando entre las rocas, es decir, entre los cadáveres de todos nuestros antepasados que ya no son otra cosa que pura cáscara, resonando. ¿Quién vive?, grita uno en medio de la sorpresa, como si en el centro de la oscuridad sólo la respiración existiera aleteando, buscando la forma de encontrar una nariz, y luego un pulmón, formas rudimentarias de la existencia y después su metro de tripa, algo de corazón, un coágulo y en esta forma ir armando al hombre que está yaciendo al azar, debajo de su lamparilla de luz polvorienta, que no esparce sino un foco como la primera luz del mundo, hablando a tientas en medio de las tinieblas, con la obligación de ir desnudando los hechos, las tragedias de las explosiones, cuando ya armado el conjunto: la certeza de una piel y todos sus atributos, estallan, bajo el mar, los acantilados, los carbones, los gases del cielo y del infierno y entonces vuelan otra vez las trituraciones, los fragmentos, de tal suerte que si usted viene llegando a esos escenarios recibe en sus propias manos los homenajes: troncos mutilados, ojos a medias, brazos en esguince, cabellos sin asidero. Mas la porfía de la existencia, insiste entonces y vuelve, con el coro del fondo del mar en la cabeza a restablecer el orden, dentro de tanta orfandad, el llanto o mejor dicho la crujidera de las viudas, los ayes de sus negros azafranes y campanarios, el rojizo estandarte de sus rodillas, de sus ovillos que se revuelcan por la arena aclamando movimiento para el fallecido, para el triturado, y el muerto sólo atisba un poco de

serenidad en medio del caos, como si fuera una máquina espermética, truncado en su raíz, con los sentimientos (la ternura y el amor) que se le derrama por la herida como un vulgar río de esos que usted lleva en el alma y se va el ser humano por esos oleoductos, se ausenta para siempre lento y llorado que tratan de pegarlo contra su muro y su bandera: porfiar por su niñez en primer término, en el último piso de su casa y luego el sopor, la columna vertebral quebrada en mil pedazos, pero como insinuando el velamen de otra orilla que no podrá alcanzar y, sin embargo, alguna vez estuvo presente en el rescoldo de su destino, arrimado a sus hijos, como un viejo madero ruinoso al atardecer y al amanecer ahí crujiendo de impotencia, ganando nada a cambio de ese cuchillo que cada 14 horas le raspa los huesos y lo va haciendo pequeño, un punto, la señal que sale del mar como si se tratara de un aparecido al que todavía le quedan unos dientes para morder los días, un peso para hundir la sábana negra.

Una vieja cae en el camino y patalea en el aire y los pasajeros contestan con un coro de risas y todo el estruendo del micro se estremece de nuevo y las carcajadas estallan, salen de una boca para entrar en otra y la anciana agarra su montón blanco y negro y mira de soslayo y comienza a desprenderse del polvo con la mano: atrás, una nubecilla que entreabre sus arrugas.

Vamos avanzando, se puede hacer un cambio, torcer las fuerzas, equilibrar la velocidad, apurarla, apretar el acelerador y el cemento se va, etéreo, no fijo, como si usted estuviera subiendo y no bajando y se sienten caer al suelo hasta los recuerdos, los pinos de Escuadrón, rodeado de los otros árboles compactos, impenetrables de paso, moteándose de un color ladrillo en la punta, la casa del maquinista soplando el humo del cielo y hay el caballo de siempre en la colina, delgado, flautista, fijo en su melancolía: una lámina donde se notan las escalonadas costillas de acero, las crines de fierro, el origen descomunal de sus zapatos de barro y agua y el resto de la carrocería jaspeada por el sudor y el uso del trabajo tal como los mismos mineros porque la explotación deforma las ancas, los belfos, crea tales contornos que hace de un caballo una rueda, de un hombre, un pozo sin señales, y cambia su sombra en vida, se le vienen encima los años y lo deforman, guardabajo, se hace batifondo de extravagancia, se corroe, trizándole el hambre y se transforma en lo primero que encuentra, tarro viejo, ancla vendida en el Mercado de las Pulgas.

Partido en dos el océano, el minero avanza, rauda, trajinando por el hollín y su copiosa nieve que es como si anduvieran también poros sueltos por el aire (otro síntoma del origen de la vida) y avanza bajo el agua, entre las aguas, en la profundidad del mar: se diría que los mineros son de cáñamo cuando las casas grises comienzan a sumergirse en Pueblo Hundido todo queda sepultado en esas calles, la mayor altura es la de los

tobillos y entre tobillos hablamos, usted ve los pequeños soles derribados y duros, usted sólo ve esas monedas sin herrumbre aún, esas ruedas que costalean el saldo del esqueleto y allá abajo el resto de la casa, una mesa a la altura de la fila de los primeros muertos y la única cama flotando en la oscuridad perfecta de la tierra. Negro es cada vidrio que no existe y el humo rebasa su postura, el andarivel de sus postraciones tocando fondo, aquí en medio de los rostros y los fuegos a tal extremo que algo pasa por sus tuétanos, medio a medio, para entender las señales de estos sobrevivientes, mientras el micro abre estas espesuras en dirección del pique tercero pasando por la playa donde flamea Recabarren. Ya no está: sólo se le ve de vez en cuando, cuando baja de la montaña a tomar agua y es útil su sombra, aún, cuando cae de nuevo al mar y suena en la espuma, transparentemente, y entonces traquetea su palabra, en cada una de las gotas y cuando pasa el carromato en esta mañana de verano se hace escuchar: -Soy Recabarren -diría el mar, y el coro no se aguanta: suelta su campanario como en la celebración cuando parten los mineros de Lota y Coronel y chocan en la mitad del camino y traen los estandartes con terciopelo y oro y el líder se sube a la montaña y habla desde esas alturas y por fin se va de nuevo al mar y se ausenta en el vaivén azul hasta el otro año y cada pasajero lo recoge de pasada, usted no puede evitarlo, está ahí, íntegro, latiendo en el aire y al dejarlo atrás no se empequeñece con la distancia, el ojo no lo niega y su recuerdo coincide con su imagen, clavado en la pupila de los siglos.

2

REPORTAJE

Periodista.- ¿En qué circunstancias fue usted advertido del problema?

Minero.- Al bajar al pique número 33.

Periodista.- ¿Y por qué no al número 47?

Minero.- Porque como todo minero soy supersticioso.

Periodista.- ¿Ha pasado alguna vez debajo de una escalera?

Minero.- Nunca; allá abajo no usan.

Periodista.- ¿Cuál fue su primera reacción al conocer las proyecciones del asunto?

Minero.- Me sentí desconcertado.

Periodista.- ¿Usted es ateo?

Minero.- Claro.

Periodista.- ¿Cuánto tiempo hace que dejó de creer en Dios?

Minero.- Desde el mismo día en que bajé al pique.

Periodista.- ¿Qué es un pique?

Minero.- Un lugar donde uno entra vivo y sale muerto.

Periodista.- ¿Su palabra favorita?

Minero.- Aire.

Periodista.- ¿Considera usted que la medida tomada por la empresa es un poco deshumanizada?

Minero.- Yo tengo la ficha N° 2.126 y los demás tienen otros números hasta llegar a 4.357. Nadie habla de humanos, sino de los números. En este instante, el 748 está enfermo, el 2.356 fue padre otra vez, el 3.779 anda en las tomas.

Periodista.- ¿Usted de quién es más amigo?

Minero.- Del 357 y del 4.199 que es mi cuñado.

Periodista.- ¿Piensan hacer algún reclamo?

Minero.- El 2.236 habló esta mañana en la asamblea y dijo que se estaba estudiando el problema.

Periodista.- ¿Usted cree que la asamblea se pronunciará a favor o en contra?

Minero.- No se sabe todavía porque las cosas se pueden enredar con la huelga.

Periodista.- ¿Qué opina de Gagarin?

Minero.- Lo vi en una foto, parecía libre: sin número.

Periodista.- ¿Cuántas ratas, exactamente, hay en este momento en el pique?

Minero.- 4.357 obreros; 4.357 ratas.

Periodista.- ¿Quién se encarga de contarlas?

Minero.- La Comisión de Ratas.

Periodista.- ¿Quiénes la integran?

Minero.- Los encargados de relaciones industriales de la Empresa.

Periodista.- ¿Cuánto dura una rata?

Minero.- Depende del minero.

Periodista.- Pero para informar a los lectores, para que tengan una idea...

Minero.- Con suerte, si le toca uno sin silicosis: un año...

Periodista.- ¿Y después?

Minero.- Le ponen una de repuesto...

Periodista.- ¿Considera que esta resolución de la empresa lesiona la moral de sus compañeros?

Minero.- Sí y no.

Periodista.- ¿Por qué?

Minero.- Porque no hay mucho que elegir.

Periodista.- Entonces usted está de acuerdo con la medida.

Minero.- Los hechos son los hechos.

Periodista.- ¿Cómo identifica cada rata su minero?

Minero.- Se produce, ¿cómo decirlo?, una especie de amistad, entre el animal y el que saca las piedras de carbón; se conocen desde lejos en la oscuridad.

Periodista.- Y si un minero pega la fallada, ¿qué pasa con la rata que tiene que alimentar?

Minero.- Espera; son pacientes, por eso son ratas.

Periodista.- ¿Y no se da el caso de ratas glotonas?

Minero.- Tienen un orden interno, se nota que son disciplinadas. Si ocurre eso le llaman la atención.

Periodista.- ¿No puede la organización de ustedes exigir que la empresa coloque alcantarillado?

Minero.- Sacaron las cuentas y no les convenía. No se olvide que vamos cuatro kilómetros mar adentro...

Periodista.- Entonces surgió la idea de las ratas.

Minero.- Sí.

Periodista.- Hábleme de usted y su rata.

Minero.- Bueno, es chóra; pero sabe esperar y se pone a mi lado cuando estoy descascarando el muro...

Periodista.- ¿Son amigos, entonces?

Minero.- Amigos, amigos, no. Pero las circunstancias obligan a muchas cosas...

Periodista.- ¿Usted se la llevaría a su casa?

Minero.- Para qué, si allá hay W.C. Colectivo, pero hay.

Periodista.- ¿Son de carácter parejo los animalitos?

Minero.- Depende, como no ven nunca la luz, tienen el oído muy sensible. Por eso, lo distinguen a uno, por los pasos. ¿No ve que ningún cristiano pisa igual al caminar?

Periodista.- ¿Cuándo nota usted que su rata se pone más contenta? ¿Cuando llega o cuando se va?

Minero.- Cuando me voy; ellas también aprecian la libertad.

Periodista.- ¿No considera usted que realizan una labor repugnante?

Minero.- ¿Quiere que le conteste que sí o que no?

Periodista.- Ojalá me contestara que sí.

Minero.- Hacen un trabajo como cualquier otro y le pagan menos de lo que ganan: eso salta a la vista...

Periodista.- ¿Pero si tuviera la oportunidad?

Minero.- Lo pensaría. Hay, además, un acuerdo de la organización.

Periodista.- ¿En qué sentido?

Minero.- En el que cada compañero tiene que cuidar su rata para proteger la salud de los demás...

Periodista.- A lo mejor se va a molestar con esta pregunta, pero quiero saber lo siguiente: ¿se le pega algo del carácter del minero a la rata que le tocó en suerte?

Minero.- Por supuesto que sí.

Periodista.- ¿Cómo se nota?

Minero.- En que la rata es más blanca.

Periodista.- ¿Y ahora, que pasará con la huelga?

3

El minero entrevistado regresó a su número, saltando los cordones de la grabadora, los hilos del micrófono y la cinta magnética que todavía continuaba girando, sin sus palabras, mientras el obrero con la luz en la frente (sólo se distinguía el rollo amarillento

del haz que llevaba en la cabeza) se incorporó a toda esa masa de números bullentes, casi todos iguales, como si colocaran en ese instante en fila sus rostros negros, con las ranuras de los ojos y la boca -heridas blancas- y no hubiera otra identificación que latiera sobre la tierra que su edad y su infortunio para luego entrar a sus túneles familiares caminando todos con los mismos pies, como un bloque de grandes proporciones, humillado hasta la médula de los tuétanos. Entonces los mineros del último turno comenzaron a cerrar la oscuridad, el pique, de acuerdo con la directiva de la organización.

Se había iniciado la huelga.

Era la hora del crepúsculo cuando el hollín ya está terminando de enturbiar las nubes, los árboles, el intersticio de los dientes y los vidrios y las uñas, cuando todo el aire lleva una porción de arena negra y los colores de la tarde dan la sensación de estar mezclados con agua sucia de lavadero y en el fondo del horizonte emergen las chimeneas con humo sólido, pegado al viento que no se mueve.

A los pocos días un nuevo rumor comenzó a recorrer la ciudad como bajo cuerda, igual que una sirena de alarma sonando trapicada, con algo de agua en la garganta ululante.

Esa misma tarde se reunió la organización.

Dijo el 3.456:

-Hemos echado sobre nuestros hombros una enorme responsabilidad. ¿Qué haremos con las ratas, quién las va a alimentar ahora?

Entonces se inició el debate (que el reportero también grabó) cuando las voces tocaban los muros: el pobre hombre que somos, compañeros, el sudor de menos que tenemos, ahora que estas ratas morirán de hambre o invadirán la ciudad, compañeros, no somos responsables y no bastó la infamante necesidad de tenerlas a nuestro lado, esperando, como si el proceso biológico no terminara ya en forma natural y victoriosa, sino que los pobres alimentos, compañeros, aún tenían que rendir una última utilidad como las ratas fueran la prolongación de los eslabones finales de la civilización, del progreso de la especie para ahorrar unos pesos a la compañía mientras se escuchaba el rumor de los dientes de las ratas, dando una señal de alerta, reclamando su derecho a seguir pululando debajo del mar, el último residuo del movimiento de la acción y el desplazamiento de vivir, y sin embargo, necesarias, como la muerte, dando saltos vengativos, alistando sus herramientas porque esta vez no estaban dispuestas a devorarse unas a las otras, como si el hábito de haber elevado el nivel de su magra alimentación les hubiera dado ínfulas supremas como para desbordarse por los cerros mineros con una

trituration amarilla, poco saludable, golpeando la oscuridad, perforándola, acribillada, hirviendo, pero con una tonalidad nueva que no era bulliciosa, sino apremiante, con una cautela irreverente, pero cáustica, sintiéndose que desde el fondo de la mina, las últimas ratas presionaban por subir, como si su ulular ya no fuera recto, sino circulante, estremecedor como miles de partículas de metal que iban cayendo a un horno de 2 mil grados y esas chispas se convirtieran en ruidos, gritos incompletos, espanados de su garganta de lana, dispuestos a comer, a comerse todo cuanto caminara y estuviera caliente, sin importarles la forma que los sobrevivientes tenían, en ese instante cuando comenzaban a vaciarlos, ahora torciendo esa ley discriminatoria que por el solo hecho de ser ratas las llenaba de basuras, sobras de la condición humana: lo que queda del amor cuando se hace el amor, lo que sobra de la energía cuando luchamos, cuando, compañeros, abrimos la boca y desde ese instante, como el pobre bolo agrio, dulce, gustoso, amargo, trágico, de piedra, fuego y agua entran en función todos los sentimientos, la verdad y la mentira y las contradicciones más bellas y absurdas, compañeros, y somos como el espejo donde se mira la acción, el movimiento interno que nos permitió tirar las aletas las guletas, la capacidad para nadar solos después en nuestra sangre y construir la sociedad -compañeros- comiendo y evacuando ese residuo que ahora las ratas reclaman con su coro chirrioso, brutifrante, brabretrifico, trotrinégimo, cuando el aire ya estaba lo suficientemente blando con su aguja desde el fondo del pique, cuando se derramarían con la fuerza de un río frenético, este ejército gris, que viene subiendo y bajando por los árboles y los almacenes, triturando las mangueras de los bomberos, comiéndose el cordel de los badajos de las campanas de las iglesias, perforando los sacos de harina y maíz, metiéndose en el agujero de los quesos en el fondo de la más completa ironía, sin probarlo siquiera, sino llevados por un afán implacable de transgredir la posibilidad de que el hombre, su socio, su dependiente, también dejara de comer y se igualaran en la desdicha de sentarse en los bancos de la plaza pueblerina, cruzados de brazos, leyendo un viejo diario en blanco, vendidas las cucharas, empeñados los platos hondos y planos, tirando al mar las ollas, y la esperanza de sobrevivir, jubilados perennes, mustios ancianos, que somos, compañeros, de la vileza.

-¡Los ejecutivos de la empresa se fueron! -notificó el 2.347 llegando agitado con la información-. Dejaron un representante que no sabe nada; está atrincherado en su oficina llamando por teléfono y nadie le contesta -dijo.

Porque las madres, compañeros, están ahí -(la versión de la asamblea se seguía grabando)-, sujetando el portón, con sus hijos hecho un ovillo, esperando, y yo pregunto ¿Esperando? ¿qué?, ¿compañeros?, ¿que nos vengan a devorar para lanzarlas contra nosotros si no aceptamos la contrapuesta de ellos, compañeros, y yo pregunto si esta

decisión está incorporada al código de la ética humana, a los acuerdos internacionales de Ginebra, cuando la desolación del hombre llega al extremo de iniciar el éxodo, señalarle a los más viejos y a los más nuevos el camino de la salvación, sin mordeduras venenosas, mientras continuaba el debate y el rumor aumentaba en su distorsión: todos los dientes de las ratas ya finos como alfileres, removiendo el hollín del pique negro, preparando el terreno para invadir las bocas y despedazarlas, para irrumpir en todo el cuadro de la conformación biológica de los 80 mil habitantes acosados, con sus estandartes de oro, indefensos, amarrándose a este nuevo derrumbe, cada uno agarrando la pala, la carga de dinamita como para volar el pique, suelta por fin la sangre sin atenuantes, en una batalla en que se derrumbará la tosca tripería de los viejos araucanos petrificados en las laderas de la mina, despertando con la lanza en la mano cuando invadían al enemigo y sigue el martilleo acompasado, sumándose a las órdenes dramáticas de los comerciantes tapiando sus negocios, mientras los altoparlantes daban las últimas instrucciones, las mujeres primero, ¡sálvese quién pueda! y alguien estaba limpiando un vidrio con un diario seco y las uñas largas y los gritos: "Ya salieron, ya vienen, las vimos con nuestros propios ojos", con esos miles de pasos de lana sobre la piedra y la arena, suaves y agrios, meticulosamente abyectos mientras los 4.357 mineros tomaban el acuerdo de abandonar la asamblea encaminando sus pasos hasta el pique con la carga de queso necesaria, con los rostros de lata, tensos, compañeros, vencidos por la necesidad de seguir escarbando la entraña de la noche, el coágulo sideral de las estrellas muertas, de las lágrimas endurecidas hasta el origen del agua que puede existir, sin justificar para nada dolor alguno, mientras las ratas empezaban a devorar su porción de alimento ilícito y a la vez el más honesto y puro que habían recibido en su vida, disminuyendo luego el rumor de su hambre saciadas, tristes también, como pidiendo que alguien entendiera que ellas tampoco tenían la culpa, que el hambre era la primera y última condición de las ratas explotadas por el solo hecho de ser ratas con un fatalismo letal, sangriento y por eso hacían sonar los dientes como si estuvieran devorando una enorme porción de goma silvestre, con sus dientes como la aguja de una máquina de coser a toda carrera, entonando, en conjunto, ese himno torpe, con el mismo restringido hálito de paz que existe a la hora de la liturgia en las iglesias cuando los pobres ceremoniosos seres permanecen de rodilla con la boca abierta esperando la hostia.

UNA HISTORIA DE AMOR

La mosca contra el sol era verde y azul, más verde que ocre y también con un tinte rojizo en movimiento temblando confuso: es decir, un diamante ardiendo en pleno desvarío.

Las otras moscas moscas moscas moscas del basural cambiaban ese orden, bien al derrumbarse desde las alturas de los verdes más deslumbrantes hasta los amarillos siniestros con toda una gama de desórdenes de por medio, con oportunidad para un rojo ambarino y ambiguo y tiznes en tonos apagados en que no estaría ausente, por ejemplo, el concho de vino y el verde agua, el verde nilo, el verde esmeralda. Las gemas se ramificaban redondas y cuadradas y los otros oros, los distintos oros parecían perezosos dentro del hervor general, levantando una sombra, un techo casi líquido aunque no tanto sobre el lugar en los suburbios de la ciudad.

Los desperdicios reunidos a lo largo de cuatro kilómetros cuadrados como un inmenso pastel de mil hojas (maligno, flotando suelto), todo el desperdicio de la felicidad y el dolor humano acumulado entre las moscas-sílabas, las moscas-mordiscos, las moscas-avispas, las moscas aterradas y tornillos husmeando el olor verde y póstumo traído y llevado por el viento y los garfios de los cachureos, basureros, estercoleros, que se ganan la vida juntando huesos, cartones, vidrios, botones, cartas de amor en desuso, colchones destripados: el síntoma oculto de la existencia, la trastienda de las sobras, el saldo innoble de la gran ciudad.

Cuando Cerón comenzaba su trabajo en el extremo sur del basural, rompía el equilibrio de las moscas que se desplazaban en grupos distintos, agrupándose en diferentes llamas secas, corroídas por el peso del sol cuando las mujeres seguían nadando, bogando, envueltas por otras nubes negras y aparecía, de pronto, Isolina en un extremo y las moscas altas, divididas, era la señal que otro ser humano se estaba incorporando a los miasmas, al aceitoso vaivén, al oceánico buque de alas de aluminio.

La carrera de la joven pareja resultaba inevitable: resoplaba el colchón espumoso, crujiente y a la vez suave de la basura y el movimiento del ritmo de la mugre tenía algo

de etéreo bajo los pies de los enamorados. La desesperación por abrazarse enfurecía las moscas que miraban pasar por los pequeños cubos de vidrios de sus ojos: el muchacho y su mujer alzando los brazos sin poder juntarse nunca, envueltos por el vaho que casi manchaba la única tonalidad limpia del aire tapando el sol y el resto del mundo y el suburbio de la Candelaria.

Aún ya mirándose para iniciar el eterno juego, las moscas no lograban rehacer su furtivo trabajo devorador, en medio de los papeles y el saldo abyecto de la condición humana creando una especie de color inexistente, tan rápido que no podía ser captado y que, sin embargo, se desplazaba a velocidad cambiante, atemorizadas con ese campanilleo de los vuelos en masa: un sol rabioso y negro sin duda pintado por Van Gogh en una noche de locura con ribetes espesos que se incrustan en la piel y en la alta copa de los árboles y en la rueda de los autos circulantes en forma de haz, y de pez, de sacrilego encono, un mordisco a mansalva en el ojo.

Y si la pasión llegaba al extremo, como ocurría con frecuencia, dejando caer una lágrima en la cara de Isolina, era rápidamente devorada por las moscas que se encimaban formando una cinta no muy ancha, pero excesivamente larga y encima de los insectos rabiosos se instalaban otras moscas, armadas con la prolijidad de las arenas del desierto o como las gotas de un océano que de pronto se quebró movido por el viento y entra en dispersión, y dentro de tales circunstancias reinaría el caos, toda la gama del desorden, temblorosamente.

Se amaban desde niños. Tenían que llenar dos sacos diarios de basuras y ahora estaban reuniendo el dinero para comprar el carrito de mano; escondiéndolo bajo una piedra, protegido, también por las moscas. A mediodía, dejaban de trabajar para ir a la Vega y robarse de paso alguna fruta, comprar un pedazo de pan hasta que un día que habían entrado a un almacén, en el momento de salir arrancando se les cayó una ruma de tarros de conserva y las latas comenzaron a rodar. La carrera, en medio de los duraznos y tomates y hasta los zapallos, y el grito de las señoras terminó cuando Isolina y Cerón quedaron acorralados junto a los puestos de mariscos.

-¡Arranca, Isolina! -le alcanzó a decir el muchacho en el momento de separarse por primera vez en la vida. Ella quedó como ciega, sin oído y movimiento mirando cómo la imagen se adelgazaba por completo al final de la calle barrida. Con el tarro en la mano, Cerón fue llevado a la comisaría para que confesara "soy huérfano y nada sé del resto de mis ocho hermanos", todos vagos, usted conoce el asunto, mi madre lavandera, el padre borracho, salir a pedir la limosna, y primero se fue mi hermano mayor y luego el otro y el otro hasta que no quedó ni uno solo, todos perdidos en las calles y la miseria y el abandono.

Isolina, como todas las noches, preparó el fuego bajo el puente y se puso a esperar con sólo la mitad de su cuerpo, vivo, mientras los humos arrastraban la espesura de la noche.

Intentó dormir con un solo ojo, midiendo el peso de la oscuridad y también su peligro: sombras nuevas para ella, sin protección. Los otros desamparados la dejaron encorvarse alrededor de las brasas, casi al alba, rendida por el sueño y después juntó su saliva con la ceniza y hecha un nudo intentó esperar el día, escuchando el chapoteo de los pasos negros caminando sobre el río sucio, cada uno buscando su último refugio y cuando por fin cerró el otro ojo, comprendió que era demasiado tarde: el "Guata e'Lápiz" ya estaba encima, la espuma separada de la boca y los dientes astillados, intentando crucificarla en el escombros de las últimas brasas y el corto lecho del río. El la estuvo golpeando y gozando con su risa de caballo, con sus gritos de tigre, con sus maullidos de ratón, con su vocinglera astucia de zorro estrujándola cuanto pudo como si la tarea consistiera en no dejar nada de ella, pero sin que muriera: sólo el aire necesario para que se parara de nuevo y armarse reuniendo la vejación, el desorden, tan amplio de su cuerpo y los cabellos azotados, inútiles y sus uñas sangrantes.

Cuando empezó a llegar la mañana buscó una sombra dispuesta a morir esperando las nuevas luces como detrás de una pesadilla que girara por encima del puente donde desfilaban de nuevo los camiones y los transeúntes, andando el camino de todos los días, mirando las aguas sucias del Mapocho y aun esas sombras no levantadas de los pelusas y otros residuos pidiendo a gritos un pedazo de pan.

-Cerón, fue así como te estoy contando, no te rompas la cabeza contra la pared, ¿por qué te muerdes las manos, la espalda, las tripas? Deja de derretir ese fierro, de un solo golpe has desinflado un caballo, mordiste una estrella, cómo tuerces la mano del mar y de una pala, soplando, haces un cuchillo. ¡Cálmate, huachito!, si sigues rugiendo no podrás escucharme, si sigues bufando no conocerás los detalles, cuando yo estaba alrededor de la ceniza, también lo mordí, pero no quiso soltarme, bajate de esa nube, aterriza, cuelga tu bozal, tu aceite hirviendo, tu gula de tornillo candente, ven y escucha como antes, cuando en las noches me decías que eras bueno y ahora vas al basural volando, apenas puedo seguirte, y las moscas se separan de nuevo en abanico por la violencia del peso, forman un hongo puntiagudo, chocan, estallan descentradas por el huracán humano porque Cerón tu cabeza va como una cuadra adelante y luego pasa el resto y al final la mano que lleva el cuchillo, tal como la noche que persigue al día, pero sin que se adelanten, y ruge Cerón, agarrado de los barrotes de la tarde, es de fierro el aire, los lingotes del viento y se mueven los gelatinosos decretos municipales, los archivos resecos de los montepíos, las horas del hombre perdidas en el mar de las estampillas

inútiles, de las sillas solitarias, de los estacionamientos catastróficos, cuando subió y bajó y volvió a subir un número, una suma y una resta y la multiplicación de su desdicha al por mayor, sin hora, y volvió a repetir no su nombre sino su horario, su número inconfundible y el archivo en el cual estaba toda su vida, desde el primer vagido, tiene que desaparecer si no paga la coima y es don nadie, sentado en la intolerable silla de la tramitación humillada. Pisa Cerón todos los recibos de defunción, la confirmación oficial de la muerte mordida por las moscas, las letras del sueño dorado de la casita propia y las moscas vuelven a abrir sus impresionantes vitrales, ese sopor de sus tonalidades que estallan como si se tratara de un pútrido juego de artificio, en que cada tono es como el trasluz de la frustración y del fracaso rotundo, carcomidos por los colores de sus alas pegadas con cola de carpintero.

Cerón no levantes tanto el cuchillo, Isolina sígueme si me quieres, sígueme, las dos sombras planas y magníficas motorizadas por la ira y la venganza, torvas y casi sanguinolentas por presunción, cada paso abriendo un nuevo olor, un distinto tono entre las capas superpuestas y las hendiduras del miasma, una nueva náusea. El Guata e' Lápiz se dobló al verlo, desde lejos y al hacer un gesto de rechazo, las moscas lo dejaron libre y sin aureola durante unos segundos, para luego caer sobre él como si fuera granizo que rebotara en el peligro mientras Isolina esperaba arañándose el dolor y sólo las moscas entorpecían el silencio, el movimiento titubeante de los dos cuchillos, Cerón, como un remolino, esperando el asalto y su contrincante haciendo más exagerado el sopor de la basura humana, mirando desde dos metros los ojos, el mutuo aleteo de la nariz, la saliva corriendo por las dos bocas y las moscas a la caza de la víctima husmeando el final de la muerte, el color de la sangre que ya estallaría fuera de las venas mientras los cuchillos, sólo los cuchillos se acechaban, cada uno detrás de la mano para tan distantes del cuerpo, nervudos, ciegos, temblorosos, esperando la oportunidad, calculando el nudo del corazón.

¿Recuerdas, Isolina, cómo Cerón, a pata pelada, clavó el cuerpo en la basura, certifico que, y las moscas se despedazaron en tantos verdes en ese volumen ferruginoso y amarillo latente y negro y runroneante, con aspas, como si cayera una lluvia de aserrín y granizo salmón en las orillas, húmedas en su nuevo contubernio, apenas como élitros que no dejaban ver el sol hervido, colándose por los ojos de las moscas y los contrincantes, doy fe, acuso recibo, atentamente, nos es grato, la montaña vomitada por la burocracia abúlica, próceres marchitos a media tinta y media agua como el cardumen de las moscas, amasadas, fritanga de oro y melaza, de color diurno aunque con hollín en sus aureolas, nos permitimos informar, porque en el curso de la presente, y giraba Cerón como la rueda de una locomotora, pero fuera de su eje, varias veces contenido en él, pero

temblando fuera de esos límites con varias líneas sueltas, que le sostenían el cuerpo, las moscas usurpadoras, vagas, atolondradas como querubines diestros en el estacionamiento inseguro del cielo picando en ese verde derramamiento de las líneas pútridas, de los círculos onerosos de todas las comunicaciones en bancarrota querido espero que al recibir la presente te encuentres bien, nosotros bien, hasta que empezó a volar el victimario, el victimante, el que iba a morir danzaba como si tuviera en cada célula un resorte y también una mosca, un disparo de alas transparentes y veteadas con ramificaciones azules, como várices del aire pegajoso llegando a su destino con dificultad y Cerón seguía fijo en el espacio que acarrea el tiempo: un solo nudo indestructible, como la muerte que nos destina la vida, completa, ni más ni menos y hecha a nuestro molde y semejanza, croando, trasbriendo, cubriendo, amontonando en su rincón con las moscas disueltas en su escapatoria y de dónde viene saliendo el Guata e' Lápiz, este náufrago al revés que se levanta de las moscas como si tuviera temor del azul que viene derivando en golpes tenues, ocres, borrando todo lo que huye, el hocico de las moscas repartiéndose el cadáver de antemano, nos veremos en la obligación de, otro cúmulo de moscas que andan a horcajadas, en herrumbre de plata, en aciago de muela vieja, sin oficio de masticar, y quiere hundirse en el pantano puro, muy señor mío, sus atentos servidores, tendría usted que iniciar nuevamente la tramitación, cuando la primera cuchillada dejó el día partido en dos: las moscas decapitadas, el viento destrozado, el aire hueco y reventado mientras estalla Cerón, tirando espuma, barro, acero, garabatos, dientes que salen como disparos, los huesos que nadie detiene y husmea el lugar preciso donde caerá de un solo golpe Guata e' Lápiz apenas un ovillo engendrado en el miedo, saldo de todos los residuos, de los oficios y cartas devueltas por falso domicilio y recuerdas ¿Isolina?, cuando empezó a estremecerse como si le estuvieran tirando agua hervida en el espinazo y ¿recuerdas? cómo el Guata e' Lápiz se dio cuenta que estaba perdido y trataba de esconderse entre las moscas, inventando esa frágil sepultura de azules desconocidos, rojos de fátima, verdes de regocijo invernal, como si fuera él mismo una mosca mayor arrepentido y renegando de las tripas, del bulto de tener ojos, orejas, algo de estatura y de la vulnerable posibilidad de respirar y sentir que la sangre le seguía llegando muy a su pesar al corazón, como cuando un náufrago llega al fin a la playa de las moscas, las moscas y le runrunean en el oído la pesadilla del mar colgante, el pequeño abismo de la mosca y el Guata e' Lápiz pide clemencia, con un puñado de moscas en cada mano con una cruz de moscas en la espalda, ciego está y no ve el sol póstumo lleno de vetas, raído estambre, y ¿recuerdas? los alaridos de Cerón, moviendo otra vez el resorte tambaleante que bufaba y ¿recuerdas? que casi se fue de espaldas cuando levantó el brazo con tanta fuerza que se dio una vuelta de carnero y todo el mosquerío pareció imitarlo entrando en tirabuzón, en ovillo de molino: fragua de fuego enloquecido y levantó el cuchillo como

si en realidad se tratara de una pirámide dejando en equilibrio el resto del cuerpo como si fuera a saltar al vacío de las moscas que se enredaban en el apremio tirante, cortante, como dividiendo el aire, por donde iba a pasar la tajada, el féfrego, el trígamo, la palada caliente de la hoja hirviendo, respirando la muerte, con los dientes abiertos igual que un torbellino que arrastrara casas y puentes, gallineros, y galpones y ¿recuerdas? que ya nunca volvió a cerrar los ojos y las moscas lo colmaban de súbitos desvaídos negros, soplidos y resoplidos: toro que hendía su tusa en la sangre de la tarde y el Guata e'Lápiz continuaba atornillado a el miasma, como queriéndose devolver al primer barro del universo y tomar cualquier forma que pudiera respirar siquiera, no comer ya, no andar ladrando por las calles tras un tarro de sopa caliente, sino atisbando cualquier caparazón anónima no humana con los ojos conectados pegados-incrustados a ese cuchillo que se movía con las moscas, blando entre los azules que se astillaban de repente, plateado entre los verdes redondos y sobrantes y ¿recuerdas? que entonces Cerón, aplastando las moscas, triturándolas, haciendo pedazo el aire a patadas y mordiscos, empujó el cuchillo y con todo el peso del cuerpo lo dejó caer sobre las moscas sonando como un relámpago sobre el cráneo del Guata e'Lápiz y lo hundió entre nos veríamos en la imperiosa necesidad, querida, si cuando no estás, y algo crujió como cuando se corta un puente con soldados, algo de astilla se fue perforando, seco, mientras el Guata e'Lápiz quedaba dividido en dos partes tan exactamente iguales que nunca la mitad del lado izquierdo volvió a saber el destino de la mitad del lado derecho.

HÁBLANOS CLAUDIA-JULIA

Una niña mira su muñeca.

Hay una relación de misterio, movimiento y silencio. Misterio de la percepción de las dos imágenes, de las dos confrontaciones.

Movimientos rígidos y adelantados, acciones mutuas aunque sólo un cuerpo se tuerce quebrado.

El otro, las pequeñas manos, los brazos rígidos obedecen órdenes, una ternura manifestándose en dos o tres posibilidades: la esclavitud de la muñeca. En cuanto al silencio, la muñeca y la niña se miran sin sentido, algo las intercepta y las calla dividiéndolas, muro por medio, vida y muerte por medio, acción y movimiento en el centro de la escena. Existen sensaciones pequeñas y aún dentro de esta escala otros matices mínimos: fugas insignificantes, señales casi imperceptibles como si una voz grande cayera en otra más pequeña hasta llegar al silencio absoluto después de una larga jornada, sin nombrarlo. Cierta incertidumbre en el cuerpo de la niña, señales, vaguedades, confusiones, imprecisiones como si la cantidad total de un dolor intentara vaciar en su completa integridad el mismo dolor, pero en otro idioma sin perder nada, en su trasvasijamiento, sin que ningún peso, volumen y color de las palabras quedara afuera, como si la coincidencia fuera absoluta, como si una boca se moviera para decir amor y fuera amor, realmente: como si la muerte existiera en tal plenitud y arrobamiento que no significara otra cosa, que no dejara un margen para especular, sentir o temer como si la muerte fuera vaciando las gentes, los nombres, por la misma precisión, por el mismo acertijo matemático, no existiera la duda, la inmensa alegría de vivir.

La niebla irrumpe en el dormitorio de Claudia-Julia, en su rincón como explosiones simultáneas, ríos del porte de un alfiler, gemas titubeantes, lluvia disparada por un cañón solo mojando un espejo para que miles de otras pequeñas lluvias cayeran sobre esa imagen y no sobre el mundo.

Las palabras que la niña necesita en este momento en que mira su muñeca no llegan, siguen distantes, imposibles. Están detrás de otras palabras, detenidas, son

embriones, sospechas, atentados en la trastienda del silencio, sólo preparativos, mascarillas, segmentos, rayas, brincos no bruñidos, ecos no empezados.

Por eso llegan a su boca pedazos, murmullos truncos, una vibración que avanza y retrocede sin significar nada. Por lo tanto, la sensación se expande, es un anzuelo en medio del océano que está vacío todavía sin el proceso de la gestación del movimiento del mar, sólo el anzuelo antes del pez en una actitud ridícula y lo que es más grave: innecesaria.

La niña interroga, se libera, en su jaula, aferrada a los barrotes de la niebla y aún de su propio sueño y vuela aferrada al aire y en esas fronteras se hunde sumergida, cae, se precipita, agoniza, nadie la salva y está llorando.

Escucha la radio.

“Concurso infantil de poesía. Tema libre”.

Mira a través de la ventana la prisión de los árboles, la incertidumbre de las calles, las horas encarceladas, la noche en sus numerosas prisiones, demandando más espacio y por eso las estrellas se retuercen como los transeúntes que van allá abajo abrumados por el peso de la edad, de los sacrificios, de los horarios fuera del mundo de Claudia-Julia para siempre. Y también fuera de todos los mundos.

Empezó a comer poco después que escuchó la noticia del concurso, porque las palabras para armar su primer poema se amontonaban precipitándose como en un juego de palitroque: puñados de olas tenues, trucos de la imaginación, manchas confusas, rupturas, confirmaciones que entran por los ojos a raudales y desaparecen.

No existe tregua entre este mundo de su muñeca y las voces que le venían desde adentro enredadas, sin paradero fijo, caos, luminosidad, oscuridad sin una sola tentativa de equilibrio, de quietud, entre lo que quería decir y entre lo que estaba escribiendo. Sólo la muñeca tumbada y el padre llegando a la casa a medianoche, el padre que la golpea borracho y abre la puerta y grita y su mamá se recoge como sus palabras: la madre ovillo, la madre piedra, la madre sangre, lágrima, la madre piedad, el padre grito, el padre con los bolsillos vacíos y ella sin cuadernos, se gastaron los zapatos, los remiendos de la pobreza hasta que después llega una calma completa cuando la tormenta retrocede, cuando el rayo cesa, y las bocas quedan sujetas a cuanto se dijo y no se alcanzó a decir y se mezclan la madre fuego y el padre agua, todos los elementos de la ternura de la casa humana, del vidrio familiar, de la cuchara y su parentesco con la energía de la existencia: brotan tantos perdones, formas insólitas de resignación con ansias de empezar otra vez y poner la primera piedra, espantar los maleficios, eludir las epidemias, los sobresaltos

del hambre a la hora de la mesa vacía y los alimentos solitarios con lágrimas que son de aceite sin duda y los cuerpos se maldicen y se atraen sin remedio y Claudia-Julia toma su muñeca como única defensa y la estrecha calladamente como si entendiera, pero no sabe.

La niña escucha el hondo sonido del sueño de su padre, después de confesar que encontró una botella azul-rubí y se sumergió en el vino y no se explica cómo entró en sus aposentos y delirios hasta que salió a recorrer las calles y todos los letreros que dicen "No hay vacantes", "Se regalan escombros", "Sonría por favor", "Usted puede llegar lejos", mientras mira pasar a Claudia-Julia con su canasto con digüñes, gritando pro-li-ja-mente los pescados, por ejemplo, bajo la lluvia, roída por las aguas, acicateada por esas burbujas metálicas que la hundirán en el pavimento, cuando sea vieja como ahora y nadie la escuche para comprarle y a lo mejor estaría llevando su muñeca en el canasto para hablar con ella como ahora, escuchándose en su soledad enclenque, con las canillas como flautas.

Toda esa posibilidad está distante y cercana, fue, puede estar, venir, irse, ya no existe, regresa, jamás ocurrirá, pero está ocurriendo cuando puede suceder hoy mientras se cierran las ventanas de los rostros al verla pasar hundida en el crepúsculo, como azotándose contra ese sol descascarado y ferruginoso.

Mandó el poema al concurso y el día de la entrega de los premios el locutor pronunció con claridad su nombre: Claudia-julia.

Ella no se movió de su asiento y cuando sintió el aplauso de los otros niños que la estaban rodeando, recién vino a comprender que había dicho todo lo contrario de lo que se le vino a la cabeza y no pudo contarle, sino a través de las engañosas palabras. Era lo último que le iba quedando de la infancia, aquel día aciago cuando comprendió que se había engañado.

DOMINGO SAGRADO

Puede abrirse una puerta, ese domingo fue en la mañana el comienzo de la emoción, la idea de la libertad. Diríase que el tiempo es uno solo, amplio y todo lo que cayera dentro de sus andamios no envejecería en ningún juego. Al contrario, sólo se movería, no por la obligación de hacerlo, sino para disfrutar de la absoluta seguridad de estar vivo, sin compromisos. Otras puertas, otros movimientos, otros zapatos y trajes y camisetas con número a la espalda fueron ocupadas en lugares opuestos y distantes, sin control de ninguna naturaleza en ese caos inexorable y casi perfecto que marca el equilibrio de un domingo sin nada, pero aferrado a una cantidad concéntrica -mayor a menor-, jugando. Diríase un ejército disperso, pero uniforme en la certeza de su ritmo, como si el mar (para poner un burdo ejemplo), brotara con su fritanga oceánica sólo en un puñado de agua. Este es el escenario de la acción del jugador Nancho Sepúlveda. Negro, rojo, blanco (camiseta negra, pantalón blanco y calcetines rojos) cuando entra a la cancha y le cae una lluvia de papel picado, las vociferaciones que registran el anticipo de la violencia, antes que cada uno de los 80 mil espectadores dé la orden de partida a su motor, y a la doctrina: la válvula de todos los sentimientos y anticipos en continua postergación por su trampa, el equilibrio de la especie, el traspíe de los hijos, las utilidades de su cabeza, el margen de sus brazos, pies y omóplatos, en fin, ese balance que sostiene un cuerpo en lo alto de una gradería, fusil en mano, nube en ristre, marcando su equipo, su agonía, su afán de estar quieto moviéndose, muerto que grita las faltas, andariego que se calma a la vera del camino y escucha gemir, roer su gol, su hueso frío, todo el movimiento que se desplaza desde los dientes al alma cuando es un hombre de verdad y activa la escritura, el cartapacio, el ruidoso enjambre de una maquinaria para dar en el clavo de la felicidad la víspera recién cobrado, leer los titulares, irse de sueño parado ochenta años en la misma cruz de la máquina de escribir, y tener fe en el número 7 que se desplaza haciendo añicos su espejo móvil, mágico, elocuente, urdiendo las sumas pequeñas del uno al once que sabe de memoria, con todas las posibilidades matemáticas que ahora se reflejan en el césped, la suma y la resta de las ganancias y las pérdidas con la teoría de comprar barato y vender caro el ganado humano, en nombre de las muchedumbres que de pronto enarbolan la bandera, la pelota, y están aullando en su

oído, en esta combinación de los números que tienen un jugador que va zurciendo las posibilidades del azar, la miseria y la alegría de vivir cuando cruza las fronteras, las múltiples rayas del gran peligro y está solo ahora frente al arco, sus enemigos quedaron de rodillas, y avanza aún más, para tener la certeza absoluta de la venganza, del gol, y estira su resorte, la pata sideral y empuja la piedra y se eleva, fuera, rozando el poste.

Almorzó a las once su empanada dominguera para estar a tiempo en la escalerilla del estadio, tiene conciencia Néstor Cruz de su raya, de su fino volumen estadístico cuando lo sumen con el «bordereaux» de millones, apenas como si la punta de un alfiler que fuera enviado en una cosmonave a las sonoridades y silencios exteriores, despegándose de la piel, de la identidad, para sumarse a la hinchada como si la bandera del club fuera creciendo de pronto en espesura y volumen, a tal extremo que puede cancelar su nombre y apellido, y el saldo de todas sus liquidaciones humanas y empezar a vivir quinientos metros más abajo en otras bocas, saltar, encumbrar sus nostalgias, la rebeldía de seguir siendo esclavo, la voluntad perdida de tener una casa, de ambicionar una mujer callada, que se fuera renovando y no tuviera los senos caídos para arriba, y aumentara tal vez su repertorio de unas 900 palabras, y pusiera brillo a la esperanza, al sillón del abuelo, al canario letal, en fin, ser uno y todo mientras el Nancho se estira, y rola suelto a media cancha comunicativo, llevando su mensaje, su buena y mala noticia, abriendo los brazos pidiendo sanciones contra el enemigo mientras los reporteros gráficos aplastados, de una sola lámina, captan el instante de liberación cuando los negros se bajaban de los árboles, después de decirles que habían dejado de tener dueño y ya no eran esclavos y hasta podían mover la mandíbula y mirar por largo rato la caída de la tarde sin recibir un golpe en la raíz del pelo.

Porque lo malo de Néstor, fíjate oye, es ese fanatismo por el fútbol; se lo pasa soñando toda la semana y no habla de otra cosa frente a la radio desde el lunes, el pobre, y eso que cuando joven no pudo jugar nunca, pero se sabe de memoria los equipos desde 1918 adelante, y una es como un mueble, nadie la toma en cuenta y hasta en el sueño dice cosas de goles y avanza siempre y reta al árbitro, eso no es malo porque así no le pega tanto a los niños y por eso apenas sale entra el otro y ponemos la radio, el domingo, vamos a la segura, sabemos que nunca regresará porque en el estadio cuando se produce el nuevo avance, es como si la humanidad entera se precipitara en los pequeños márgenes de la alegría y de la posibilidad de triunfar, la pelota tiritando en el botín, bordada en todos los esguinces va y viene con algo de campanario, es el corazón del hincha, dicen, y no es para menos, resta y suma, escarba, ejercita el derecho de estremecer la conciencia, la bondad, la posibilidad de salir airoso dentro de un clima titubeante, inseguro, nadie puede saber si el gol se produce no por venganza, querido, lo tienes que entender, hace tanto tiempo de esta historia, pero está atornillado hace siglos en la galería, en la galera y sabe que tú

estás acá dirigiendo la barra, el coro que enlaza la victoria, la angustia de meter el gol contra viento y marea cuando a veces es como un verdadero muro tapiado, sin ojos, ni oídos y por eso los disparos dan en los postes, en los altares, y no entra la pelota y lo vieras como llega amargado, todos pagamos el pato y los niños, que ya lo conocen, son los primeros en salir arrancando y en cambio, cuando gana el equipo, algo nos toca, como si le hubieran aumentado el sueldo, porque entonces sonrío, descansa en su silla, habla de otras cosas, se pone solemne hasta que empiezan los comentaristas por la radio y se divide en dos para tener un oído junto a nosotros y otro pegado al parlante acercándose a la voz del locutor y nosotros, nuevamente quedamos en la penumbra de los 22 perseguidores y perseguidos, como en medio de una tormenta, dale hachazos, expresiones de la bondad y la sabiduría, la posibilidad de escurrir el bulto, de salir sin pagar a medianoche de una pensión, de abrir un forado en la cárcel, de ideas lúcidas que se pueden patentar, para hacer un paso correcto y desconcertar con una ambigüedad como de pájaros quedados en rezago en las migraciones, y se arman, querido esas pirámides de jugadores, y entre la patas parece que saliera la primera luz del mundo y tú eres distinto, si algún día por fin llegara de golpe como ha amenazado tantas veces, pero tienes miedo de comprobar esta historia, y por eso le tira la botella al árbitro, yo la siento caer en mi vientre, como la noticia de un nuevo hijo, eres vengativo, por encima de todas las cosas, los domingos, cuando está allá arriba en medio de la barra, haciendo flamear tu bandera, tu victoria, atormentado por la idea que llegarías disparando a mansalva sobre la honradez y la limpieza de vivir, encima y abajo de una cama, pero siempre van dos a dos y faltan pocos minutos para que termine el partido, para que se inicie el juicio final, pero él se viste, calculando todo, la ducha de los jugadores, los comentarios finales desde el camarín hasta que tú recién empiezas a destornillarte de la masa de los otros seres, de las otras partes, de los otros movimientos, cohibido, falta de número y acción, lisiado en tu imaginación y amplitud, como si no tuvieras bicicleta siquiera, sino la posibilidad de sentarte mañana frente a los libros y sumar y restar hasta la muerte, blanco, neutro, final, sacando la cuenta de los días que faltan para el próximo domingo, pequeño el lunes, germen el martes y por último victorioso el fin de semana, cuando parece que puedes decir buenos días y todos te contestamos con un rostro febril, acomodaticio, consciente de tus desvelos por comprarnos zapatos, cuchillos, la comida, así como un jugador que parte de la media cancha y en el colmo de la generosidad, se desplaza hermanando las líneas, llevando, rápido, su diezmo, entrando a la casa del enemigo sin golpear su puerta, rebosando hilaridad, pasos de danzas, derechos adquiridos por el talento de la velocidad, como antes cuanto tú, desnudo y joven, comenzabas a contarme esas cosas de la vida y yo te creía, ingenua, escuchando a medio volumen los resultados de la competencia oficial.

DIVERTIMIENTO

3 mujeres salen de sus casas. 3 mujeres de negro salen de sus casas. 3 delgadas mujeres de negro salen de sus casas una tarde. 3 delgadas mujeres de negro salen una tarde y caminan por las angostas calles del pueblo. Son anchos los pies de las mujeres de luto. Parecen 3 bloques de piedra las 3 delgadas mujeres caminando una tarde por las angostas calles del pueblo.

Las 3 mujeres van en silencio.

Si alguien les hablara, nadie contestaría. Si un niño fijara sus ojos en las 3 mujeres vestidas de negro, ellas no lo mirarían. Si un intruso las estuviera llamando, ellas no contestaron. El cielo fue gris para las 3 mujeres vestidas de negro. Sus cabellos chocan con el viento y el viento se estrella con ellas, de 3 en 3 y no las pasa por alto y les alborota el pliegue de sus vestidos y sus prolijas enaguas blancas bordadas. El viento irrumpe en estas figuras y los pliegues estallan redondos como fantasmas sueltos, pero arracimados como nidos contra la luz: nidos son de temible acerería cuando el sol también enreda sus cuerdas entre sus ropas interiores que son blancas como una espuma que crujiere, seca, por encima de todo el aire.

Los 6 ojos de las 3 mujeres van fijos en el horizonte.

El resto de los 3 rostros sí se mueve, pero los ojos, no. Los ojos van quietos, detenidos, cumpliendo con el requisito de mirar y llevar agua a su molino, es decir, las pausadas imágenes del horizonte y cuanto lo rodea, pero todo dentro de la prisión de su mirada estrecha que le pone profundidad, campaneó a la tarde, alrededor de las estrechas calles de huevillo con algún caballo de perfil ultimando la colina rocosa y rosácea.

Los ojos van fijos, más bien clavados en alguna referencia, bien fugaz, bien precedera. Son iguales los 6 ojos de las 3 mujeres. Son de distinto color y tamaño y forma: almendras, pequeños hitos del camino, sombras con agujeros, pozos de agua, dólmenes a la carrera, en fin, pero se parecen cuando mirarán, cuando miraron: un hilo

los ata por dentro como es la costumbre, un enjambre común y particular para que nadie ponga a flamear su bandera, la imagen de la realidad que sobrevuela la niña, la sorpresa.

Los 6 ojos de las 3 mujeres miran la misma distancia que no se acorta, como si las mujeres caminaran sobre una rueda sin fin, y sobre un día que estuviera anclado y sólo cambiara la estación de los cielos, y el rumbo incesante de las nubes no las marcara en absoluto.

Los árboles avanzan, pero ellas no. Y así todo el paisaje, el movimiento de las bestias, las aves y los insectos de ese círculo perfecto de la tarde resquebrajada en el fondo, estampándose en el agarradero del horizonte: parches ilustres, baldones.

Las 3 mujeres vestidas de negro van trotando con tres nubecitas de polvillo suelto a la zaga, como la luz que entra a través de los vitrales de las iglesias, con esa misma diafanidad dificultosa, con ese mismo estallido adentro, alrededor y encima de los pies.

Ninguno de los tres rostros tiene que ver entre sí: resulta fácil distinguir su independencia, su soltura fronteriza, salvo que van colocados a un mismo nivel movible, como nada tienen que ver las últimas olas del mar en su destrucción póstuma, como la célula que sujeta a la otra por orden expresa de la vida, odiándose sin duda en su tesonera, pero irremediable promiscuidad.

Así estas tres mujeres negras y viudas parecen lingotes, no árboles, ramificadas en su sequedad, en su hueserío enjuto, con 6 puntos en los senos que no son puntiagudos, sino volcados al revés tal como si el sol irrumpiera en esos sitios con un corto nudo, un puñado de fuego mientras caminan sin decir una palabra.

Al trotar hacen un ruido como de cristales que se rompen en la guerra, arduamente de noche y desplazan la orquestación de los almidones de sus vestimentas, como carpas, como orejas de algo grande y torpe.

Las 3 mujeres de negro son de igual tamaño, ni más altas ni más bajas, como cortadas por la misma tijera, aunque pertenecen a distintas familias, a otros muertos que ya sembraron en la tierra en el otoño sucesivo. Cada nariz, no obstante, cada boca, cada oreja, el mentón, la parte directa de la cintura, el callejón de las caderas para ser más gráfico, también es dura, durable mejor dicho como las rayas en común: las arrugas, los ovillos de cada rostro que se inician en una cara para saltar a la otra, como si se tratara de un solo camino que llevaría a ninguna parte: el colmo del dolor sufrido y compartido.

Algo de madera hay grabado con gubia, algo de golpe que se acomodó con el correr de los años, de mordisco disparado que no se acicala, de herida que se hunde irremediable en esta o tal mueca, iniciando la señal del rencor, de la ira, en la frente.

Las 3 mujeres de negro llegan por fin a la oficina de la Autoridad del pueblo que está sentado, obeso, militando alrededor del sueño como si la realidad fuera una fogata, preparado en su silla giratoria que a cada instante toma vuelo y empieza a girar, a girar y girar como el piso de un pianista que sólo midiera 20 centímetros para alcanzar su instrumento de 500 metros o más y sube o baja por su caracol de hilo metálico que tiene en el asiento. Luego, otro impulso, pero al revés, girando en sentido contrario para desvolvar lo andado, desgirándose como un elástico fruncido y torturado hasta que se detiene por completo como una hélice de un molino sin viento, como el cansancio tan usual de un guerrero y pregunta de atrás para adelante, vociferando lleno de vocales oblicuas, cercenadas y redondas a la vez:

-¿Qué quieren?

Las dos palabras pueden llegar a los 6 oídos como un trompo desplazándose a toda velocidad enroscado en una sola dirección no muy fija. No eran palabras quietas como lanzadas de la boca al oído directamente; se enredaron en el camino, destrozándose, y después al recuperar, por fin, el orden, mejoran el equilibrio: su significado.

Por lo menos, esa fue la intención del hombre que estaba esperándolas en la silla giratoria.

-Es por el desayuno de los niños en la escuela corearon las 3 mujeres delgadas vestidas de negro fijas en su sitio.

La Autoridad le dio un nuevo impulso a la silla aún más violento, hasta que su semblante, la corbata, por ejemplo, el doble cinturón de plástico negro se partió en varias estrías blancas en su comienzo, el color de su camisa que dejó de ser amarilla para despedazarse con toda certeza y el tono de su chaleco a cuadros cuando estaba recién quieto, pero lleno de círculos en la medida que ascendía en la velocidad del vértigo. Todos estos colores quedaron flotando, naufragando en medio de tanta actividad y desorden que las 3 mujeres vestidas de negro no atinaban a dar en el blanco ni mucho menos en la persona que estaba cerca del techo, como si fuera papel picado, nieve absurda, cayendo con toda su demolición. Cuando el resorte dejó de escalar, volvieron a aparecer los varios rostros de la autoridad, los lingotes de sus múltiples corbatas, los atisbos casi de diamante de sus colleras, ímpetu de sus dientes calmados, pero sin calzar con precisión en su modelo original donde habían partido momentos antes. Después también los otros colores se serenaron al dejar de moverse como si alguien les hubiera dado la orden de permanecer «firme» en un cuartel, en un regimiento y hasta se podía escuchar el vuelo vacío de una mosca.

-¡El erario! -replicó la autoridad sin moverse.

Las 3 mujeres de negro alargaron el oído, juntaron las seis orejas para escuchar mejor el vuelo de la mosca y de fondo, la voz quieta de la autoridad.

No entendieron.

-Las arcas están vacías -dijo, señalando la caja fuerte, verde de fierro-. No hay plata para el desayuno escolar, ni un centavo para comprar la leche, el pan.

Se dio un nuevo impulso quedando guarnecido en sus temblores verticales, circulares, como si alguien estuviera copiando su imagen coloreada con el sistema Morse.

Una de las 3 delgadas mujeres vestidas de negro clavó los pies en ángulo recto - un paso de danza- como atornillada, dejando caer el peso múltiple de los pliegues de su vestido solemne. Las otras dos se cubrieron el rostro con sus mantos, tapándose la boca para decir:

-Señor Autoridad, respetuosamente, ¡venda los caballos del regimiento!

Las mujeres juntaron las manos -manos trenzadas-, manos estrujadas, manos hechas un nudo ciego y movieron su único color negro de un lado para otro con el mismo cuidado que los cargadores de una mudanza pueden bajar un piano desde un quinto piso, pisando algo frágil que no existe, temblando con el esfuerzo.

Cuando miraron de nuevo comprobaron que la Autoridad ya se había convertido en torbellino, que despedía colores como chispas calientes: una sartén con aceite hirviendo al que le cae agua fría. En este caso, cada chispa tendría un color diferente, un volumen distinto, un tono rápido, divorciado de su vecino, buscando para sí un destello mayor, un relámpago mínimo, pero riguroso y tan efímero al fin de cuentas.

Argumentó la Autoridad: a) La Defensa Nacional; b) El Honor Patrio; c) Nuestro Orgullo de Chilenos; d) La Estrella de la Bandera; e) El Mar que Tranquilo nos Baña.

La voz hablaba con ese ruido de alguien que entorpece la ruleta cuando se va parando y toca las bandas circulares de los números errantes.

-Yo recibo órdenes -gritó la Autoridad-. ¿Qué dirían mis superiores? ¿El Estado Mayor? ¿El Estado Menor? ¿El Comando Estratégico?, y en secreto, entre nos (pidió a las 3 mujeres de negro que se acercaran y ellas aceptaron prolijamente la orden): ¡El Enemigo nos Acecha! ¡Fuera! -gritó dándose un nuevo impulso para que las palabras empezaran a vibrar y derramarse y otra vez la amenaza sonora comenzó a degollar el aire, los oídos y los obstáculos que encontraba a su paso transparente.

Las 3 delgadas vestidas de negro iniciaron el regreso con una sola lágrima en el ojo que iba saltando de un rostro a otro, poniendo brillo al largo camino interminable. Las 3 mujeres de negro lloraban con una sola lágrima. Las tres mujeres de negro se separaron largamente y así en forma sucesiva.

MATAR A PÉREZ

El que ha vivido alguna vez junto al mar, está condenado a llevarlo a cuestas toda la vida. Lo siente -aunque lo trasladen al desierto- respirar, bufar, volar, delinquir, preparar sus iras, estallar con todas las explosiones de alegría en esos racimos compactos que lo suben y lo bajan a uno como si en realidad fuera la persona que hablara por nosotros, a cada hora.

Claro que a veces depende de sus estados de ánimo porque con sus ínfulas y grandeza parece comprender, abrir los ojos más de la cuenta, irse de lengua por algunos instantes con algún transeúnte en particular. Mas, esas son suposiciones. Así y todo nosotros quedamos tan consternados los años que vivimos en el litoral que un día, con unos pocos ahorros, compramos un pedazo de tierra en el cementerio que por un lado, hacia el sur, también limita con el mar. En el invierno las olas invaden los acantilados, hacen temblar las piedras con sus lenguas y golpes y tanto cavan, tanto se estrellan que corren por fin la raíz de los muertos, y los ataúdes se precipitan guardabajo con un chasquido de espumas, huesos, cruces y aguas mezcladas.

Siempre tuvimos la esperanza que, algún día, sepultados uno al lado del otro con mi mujer, se desencadenara una tempestad con cielos grises-pardos y el mar con sus torres, barriles, monturas y cristalería escarbara el cerro, debajo del cementerio apiadándose de nosotros, para navegar, otra vez, antes de hundirnos para siempre. Algunos ataúdes han ido a parar a la isla Quiriquina, flotando hasta 16 millas, pero ese no era nuestro deseo: no somos ambiciosos y la felicidad de navegar largamente con el ataúd de velero debe ser para otros con más suerte.

¿A usted le ha ocurrido que cuando es pata de perro camina por aquí y por allá, y de repente en el lugar menos pensado, encuentra el sitio preciso para vivir y morir? Es una especie de golpe. El afectado se va incorporando al paisaje, al inventario total de la atmósfera con el mar al fondo, hilando fino en la borracherías, sumado al tren que pasa a las seis de la tarde por la sangre y los huesos de todos los tomecinos, incorporado a los

bandazos crujientes de la lluvia invernal, con su huella propia en las calles, en el color de una hora.

Entonces se instala.

A veces no puede ser de inmediato: hay que pedir traslado en el trabajo. Pero es para peor porque el lugar que uno eligió lo empieza a tirar de los huesos y ya no se pone delante de los ojos ninguna cosa que no sea el mar y la casa que va a llenar con su mujer y los hijos. Debe ser lo que la gente llama una obsesión. Usted está detrás del mostrador y ¡zas! le aparece el mar en la oreja y tintinea. Va por la calle, a lo mejor silbando, cuando el mar se le aparece en un ojo y hay que mover la cabeza, estremecedor el cuerpo, para que regrese a su sitio en el sur y no siga molestando, dale que dale con su batido.

Llegamos a Tomé en el tiempo de la vendimia, promediando marzo, anticipándonos a las lluvias. Los cerros permanecen verdes con los colores derribándose por el aire suave de la estación.

Cuando uno comienza a vivir definitivamente frente al mar, necesita un tiempo para irse acostumbrando, no es fácil resistirlo todo el día porque pesa su presencia: es un invitado de piedra que está en la mesa y en la máquina de escribir, runroneando sus historias, anda con sus cuchicheos, saltando de un lado para otro, poniendo su ruido en todos los rincones y luego -cuando llega la noche-, todavía pesa más que una matraca, con sus torniquetes, arrastrando por lo bajo el sonido de la arena que entra por los intersticios de la casa.

Arriba, desde el altillo se dominaba la calle Werner, la borrachería de Custodio y la subida al cementerio de muro alto. Muchas veces las parejas se estremecían contra sus paredes anudadas como empujando a los muertos teniendo casi encima de la cabeza la señal de las cruces en una demostración irrefutable de la fuerza de la vida.

Los ancianos descendían, curvados, como dispuestos a cruzar el muro y su transparencia, vecinos inevitables y familiares de la muerte que los esperaba al otro lado de su piel y de la muralla pintada con cal, y las carretelas con los caballos en punta llevando su carga y los niños jugando (los más distantes pasajeros de ese predio compacto dominado por los cipreses y pinos) siempre con humo de basura (flores secas), atenuando el paisaje.

En esas circunstancias el mar entra hasta la garganta de la caleta Los Bagres, mientras en el muelle parecía dominar el clima y el sabor de otros tiempos en medio del tráfico constante de los toneles de vino de Guarilhue, Ñipas, Pissis, y el desembarco de habas limeñas, ruibarbo y fresas. En general, las tripulaciones que desembarcaban

segúan un camino de rutina invadiendo los bares de la planada, el rincón de los restaurantes de mala muerte que tienen como distintivo una botella azulina en la puerta para evitar la confusión de la clientela.

Algunos de los recién llegados, ya al soltar la lengua con los vinos nuevos, hablaban de una posible ruta secreta que serviría como túnel para demostrar que el mundo era redondo como una pera, mientras los tranquilos parroquianos -los lugareños- escuchaban los más absurdos relatos: las visitas a Lop, región perteneciente al Gran Khan cuyas fronteras estaban custodiadas solamente por leones, y la República de Joliba que era la región donde se concentraban los condottieri para iniciar sus invasiones sangrientas.

Muchos de los borrachos habían traficado por el camino del Eufrates, pasando por el oasis de Palmira, con escalas escalofrantes en el reino de los nabateos, fondeando en Petra, punto de enlace entre las caravanas que se dirigían del Yemen a Damasco. Por último, los marineros no aceptaban la idea de que Tomé se llamara en esa forma tan simple, porque según sus mapas rudimentarios (que mostraban a los más incrédulos) el verdadero nombre de este puerto era Thule y su ubicación exacta en el siglo 12 antes de Cristo: 63° N.

Los navegantes de más experiencia sostenían que Thule se encontraba a la misma latitud de los Montes Hiperbóreos habitados por unas 40.000 almas, toda gente tranquila dedicada a la pesca y a la explotación de algunas factorías de tejidos. Cuando los viejos lobos de mar regresaban a sus puntos de origen, la escenografía del muelle volvía a cambiar, casi por completo, como si cayera desde una altura no mayor de 40 ó 50 metros otro cartón, torpemente dibujado, con algunos barcos camaroneros en plena labor de desembarque y, en general, con una atmósfera contemporánea hasta con algún avión de pasajeros, buscando la pista de aterrizaje de Carriel Sur. Pero al cabo de algunas semanas, los tramoyistas repetían el cambio de cartones con el solo anuncio de otra nave y nuevamente el tiempo retrocedía en forma veloz y se escuchaban voces remotas celebrando la recuperación de Luis XVI, purgado 22 veces con antimonio, condenando la labor de los cirujanos, mejor dicho de los lacayos con botas blandiendo navajas, o bien mostrando su simpatía con Jean Denis que tuvo, en esos días, la descabellada idea de hacer una transfusión de sangre de cordero a un ser humano.

Pero la mayor parte del poblado se continuaba levantando a las seis de la mañana para llegar a la fábrica junto con el pito de las siete en forma tan metódica que el administrador de la empresa lucía con orgullo las tarjetas de registro de trabajo. En los 300 años que llevaba la industria en funciones, jamás se había registrado un solo atraso. Es efectivo que muchas veces los operarios chocaban en el camino con grupos de

marineros que cantaban himnos patrióticos en los idiomas más inconcebibles, pero nunca nadie pretendió descifrar sus letras ni hacer preguntas sobre la materia.

Un día sucedió un hecho inesperado que rompió por completo nuestra tranquilidad. Recibimos un misterioso telegrama fechado en la ciudad de Carnutum; traía la firma de un tal Pérez.

El mensajero no tuvo dificultades en reconocer que para dar con nuestro paradero debió cruzar el golfo de Venecia (Sinus Venedicus) y después de rodear las islas de Escandia, siguiendo la misma trayectoria del griego Pytheas, enfiló rumbo a Thule en una travesía que se prolongó casi 485 días. Dijo que había eliminado no menos de 9.000 posiciones (que eran otros tantos laberintos) antes de arribar a nuestra casa marcada con una cruz en el mapa provincial (sección 26).

Un amigo conocedor de 24 idiomas, escuchó en los bares frecuentados por las tripulaciones extranjeras, una conversación -algo extraña- con alusiones a Pérez asegurando que su especialidad consistía en embarcar voluntarios con rumbo desconocido a los que dejaba girando en órbitas marítimas absurdas, retrocediendo en el tiempo. Citaban por ejemplo, la expedición que partió rumbo a Massilla, tocando el Asia Menor en dirección de Serica con la finalidad de alcanzar las Islas Afortunadas en las Canarias. Los peregrinos, siempre enclaustrados en el mismo barco, perecieron en este círculo vicioso de girar en el mar resignándose a ver la costa para ser reemplazados en el viaje por sus hijos y luego por los hijos de sus hijos, pues Pérez, antes de la partida, concebía con mucha precisión la manera de prolongar su venganza.

Otros navegantes -en un circuito diferente- giraban en la ruta Sérica Bectra (Balkh) Pamir-Torre de Piedra con leves escalas en Icaria cada 70 ó 90 años, sólo para reemplazar a los tripulantes más ancianos por versiones renovadas de sus descendientes. Los testigos de estas maniobras decían que los elegidos por Pérez no podían eludir su invitación y tarde o temprano eran embarcados hasta de viva fuerza corriendo el peligro de aparecer muertos en los sitios más inesperados, habitualmente en las cercanías de los muelles. Se contaba también el hecho de que no todos los círculos de las rutas señaladas por Pérez giraban en la dirección del sol y del tiempo. De modo que si se producía algún conato de motín, los responsables eran desembarcados en un puerto, generalmente el de Cattigara, para luego ser incorporados a otro navío que se desplazaba en una órbita en sentido contrario y en esta forma desandaban los años, el tiempo que habían consumido en su trayectoria y las víctimas quedaban reducidas hasta el mismo y apasionado deseo y propósito de su padre en la noche de la gestación: es decir, a la nada, porque su navío seguía girando en tirabuzón hasta que su propio padre no era otra cosa que un puñado de polvo ventilado por el viento del oeste.

Un segundo telegrama de Pérez de tono más amenazante, nos daba un plazo de 15 días para presentarnos con una maleta por todo equipaje en Carnutum. Numerosas familias nos presentaron sus condolencias por anticipado con frases como esta: «¡Estaría de Dios!» «¡El destino es el destino!», señalando con el dedo las otras casas vacías que ya existían en Thule mientras sus antiguos ocupantes navegaban en las órbitas dispuestas por el representante de la isla revolucionaria. «Aún hay tiempo para huir», dijo uno de nuestros amigos. «Yo conozco un lugar seguro», pero, agregó después, con voz triturada, tarde o temprano Pérez dará con el paradero de ustedes y esto significaría ingresar a un órbita aún más despiadada, como la que partía desde Maurasia para bordear Hircania, el Mar Caspio las Columnas de Hércules, Gadez, Hircania. Porque la inspiración de Pérez no consistía en enviar a sus víctimas al despeñadero, al borde suicida del horizonte donde podría existir el mismo infierno o los abismos infinitos, sino que los lanzaba a los vacíos desplazamientos del tiempo altos y bajos de acuerdo con la trágica correlación de los siglos produciendo los estados de angustia más descontrolados entre los tripulantes, sin perder la vida, sino desplazándose en otros cuerpos (elegidos con premeditación por Pérez), desempeñando múltiples oficios de acuerdo con su época, inmortales en su desvarío y en su sufrimiento, que al sublimarse, producía por contraste, en Pérez, cierta refinada forma de placer, a veces una sonrisa como cuando tomaba uno de sus teléfonos (comunicado directamente con Suiza, siglo XX) y pedía, con tranquila satisfacción los múltiples estados de sus cuentas en los bancos.

Con resignación, aceptamos iniciar el viaje llevado por ese fatalismo de los chilenos, escuchando un coro lúgubre-familiar que apareció en el muelle de Thule mientras las grúas desembarcaban una partida de los primeros estetoscopios llegados al país.

Pregunta de Pérez.- ¿Dé cuántos siglos disponen para llegar a las Islas Afortunadas?

Respuesta.- Usía, depende. Lo que pasa que sus tiempos no son como los nuestros y mientras nosotros vamos, usted viene.

Pérez.- ¿Pero, qué le parece unos doscientos años?

Respuesta.- Bien, siempre y cuando nos incorpore a la primera órbita.

Pérez.- No hay contactos con la isla, está rodeada de enemigos.

Respuesta.- Nosotros también.

Pérez.- Si nosotros llamamos, ellos no contestan. Los mismos isleños han perdido la clave de su idioma y ahora utilizan las manos para hacer señas y aún así la traducción de estas señas es incorrecta.

Pregunta.- Usía, ¿por qué nos eligió a nosotros para hacer este viaje, cuando teníamos la esperanza en Thule, de esperar el surazo para navegar y flotar en dirección de la Quiriquina?

Pérez.- Ustedes resultaron elegidos en el sorteo que realizo cada seis meses. Tomarán la ruta del Mar Periférico.

Pregunta.- ¿Pero, cuáles son las seguridades concretas que tenemos para llegar a la isla?

Pérez.- Ninguna (debió pensar «porque en caso contrario terminaría mi negocio» previno): en todo caso se les anotará una cruz cada 50 años en su hoja de servicio, una señal para dejar constancia de su madurez revolucionaria.

Pregunta.- ¿Pero los hijos, Usfa?

Pérez.- No se preocupen, ellos pagan medio pasaje (pasando violentamente a otro tema). ¿Cuáles son los oficios que bajo declaración jurada se comprometen a ejercer a través de los siglos?

Respuesta.- Oficial de salud, termópilo, trabante, dicóbilago, transitorio y periodista.

Entonces nos mostró el mapa en que estaba marcado con rojo nuestra travesía. Safala a los 20 grados sur sería el primer puerto de recalada para aproximarnos en los próximos lustros a Zanzíbar. Pérez nos anticipó que había enviado un cable vía Pamir-Torre de Piedra (sujeto a una confirmación previa en Quipchab) donde un observador de la isla estaría esperando, motor en marcha, con la recomendación expresa al cruzar el río Itil y luego entrar en una serie de laberintos de unos 1.500 kilómetros de extensión cada uno para entregar su misiva a otro voluntario en Iwálátan, a unas doscientas millas de Tombuctú y de ahí romper el cerco enemigo y enviar un mensaje por radio, evitando que éste pasara por Taghaza. Como alternativa, figuraba la posibilidad de entregar cada palabra del mensaje de Pérez (con un total de doscientas), a otras tantas personas, las que debía partir desde los puertos más opuestos y reunirse en un punto clave que era un secreto de Estado y después de comprobar que todos seguían sobrevivientes, mezclar las palabras, el texto, en tal forma que aunque llegaran los atletas a las Islas Afortunadas, nadie podía descifrar el mensaje, de modo que Pérez, valiéndose de los adelantos de las computadoras electrónicas, podría ir dando detalles de la vida de cada uno de los mensajeros, para que, en un resumen final, posiblemente en un informe en un Congreso de Especialistas se tomara esa existencia como la sospecha de una letra que había que poner patas para arriba para tener, no ya la clave sino la sospecha de una referencia, porque en última instancia era necesario discernir sobre el origen del idioma que se había

usado para despistar al implacable enemigo que bloqueaba la isla diccionario en mano, provisto de todas las claves conocidas en la tierra.

El amigo nuestro que siempre escuchaba las conversaciones exóticas de los navegantes en los bares de Thule, nos manifestó, en una oportunidad, días antes de partir, que había oído una referencia a uno de los habituales viajes de Pérez a la localidad de Fez, en demanda de Sijilmasa, en pleno Sahara central, en la zona secretamente conocida como Taghasa y en ese lugar entró en contacto con un emisario (takshif) quien lo llevó a una universidad donde siguió un curso intensivo de filosofía casera que le permitió confirmar que el hombre era un ser cambiante, navegable, movable, pero dentro de su propio interior. Sus desplazamientos no eran otra cosa que una serie de viajes sucesivos, y esta forma de existir se llamaba la edad, pero entre el punto de partida y el fin, entre el comienzo y el término de este ciclo, intervenía en forma arbitraria la muerte, que era la confirmación de la fuga, el interminable peregrinaje que iniciaban los humanos por regiones de pura arena y donde las ráfagas de viento borraban las huellas con una velocidad pasmosa sin dejar rastro en el juego siempre cambiante, porque en el desierto (que venía a ser la soledad del hombre), el paisaje se transformaba todos los días, a cada instante, de acuerdo con las corrientes mudables del aire. De modo que cuando Pérez nos embarcó rumbo a las Islas Afortunadas (a 11° 22' N. 08° 18' O) no hizo otra cosa que aplicar su conocimiento en el sentido que los pasajeros jamás llegarían a su destino por la sencilla razón de que la meta final (para los incautos), era recién el punto inicial de la travesía. Sus ideas aunque un tanto frías, las aplicaba en el juego del pensamiento, habilitando determinados resortes de ciertas zonas, de tal manera que las iniciativas de Pérez nadaban en una dispersión insostenible, acumuladas en las formas más insólitas dejando margen a que la idea se cortara en la mitad y luego enturbiara la sospecha de otras sensaciones (de ahí su frustración familiar y la colección de sus hijos deformes) todo engendrado por una tímida posibilidad no definida, en blanco o en un fervor como su perversidad, sus decisiones malignas para destruir otras vidas, única forma en que sus ideas se acomodaban a un ideario, a un pensamiento más o menos ordenado. Pero en el colmo de su refinamiento también la idea del placer (mínimo goce) arrancaba no de la satisfacción de entregar un ser y traspasarlo a otro, sino a la idea brutal de ver la imagen movable de los tripulantes que navegaban para siempre en las más insólitas órbitas equivocadas como si su función biológica de buscar su prolongación, flujo y reflujo del sentimiento y la brutalidad física se intercambiara por esos imposibles desplazamientos, metódicos, infinitos, graduados a su antojo, escuchando la lamentación de los tripulantes sobrevivientes de su facultad de discernir y discriminar. Ellos cambiaron encima del mar, cada uno llevando a su reducto una porción incalificable de alegría. En el fondo, las propias órbitas que él había elaborado para su venganza, lo estaban consumiendo por el

debilitamiento de su imaginación y se sentía prisionero, ligado de pies y manos, sin movimiento interior, contando el dinero, producto de esta forma de traficar con el alma humana.

Como consta a fojas 1.239 del proceso en que debió rendir cuenta de sus negocios por la vía trans-sahariana, especialmente con las piedras de sal (la innoble denuncia que motivó el juicio), señalaba a Pérez vendiendo agua a los traficantes de mijo de Nigeria que debían tomar la ruta de Taghaza con una detención ligera en Tasarahla en la mitad del camino. El viaje demoraba diez días y aunque logró el monopolio del agua, ningún comerciante llegó a su destino, desviando su ruta por los mapas falsos proporcionados por el leguleyo.

De este hecho, se dejó expresa constancia en las memorias de ruta de Ibn Battuta, cuando habla que un tal Pérez que enviaba a los jinetes a la muerte «pues las caravanas comenzaban a circular dentro de un radio estrecho (nótese la aplicación de la filosofía del sabio de Taghaza) sin avanzar más allá de unos 5.000 metros en los penosos días de delirio y locura».

Fondeamos entonces en Cao para luego tomar la plácida dirección oeste tras un país llamado -en la clave entregada por Pérez- Haggar, guarida de los comerciantes «wanjarata». En este punto se nos dijo que la manera de ahorrar tiempo y romper el cerco enemigo, era aproximarse por la costa a la región de Mandigo o Mandey. Demoramos en recorrer estas nuevas 487 millas alrededor de 4 lustros. Fue alentador el encuentro con Juan de Pian de Carpini quien nos mostró una botella lanzada al mar con un mensaje de Pérez en que enviaba un saludo al grupo de navegantes que circulaba cuatrocientos años en la quinta órbita Massilia-Serica-Islas Afortunadas, diciendo: «Todo conforme, cariños. Alejandro». Esta meticulosidad de Pérez motivó una verdadera fiesta entre los pasajeros al comprobar que el paso de los años no lograba desalentarlos en su afán de hacerlos llegar a su destino. De paso, su férrea disciplina reflejaba la directa influencia de los principios éticos puestos en práctica por el gran Khan, el personaje que visitó cuando estuvo en Taghaza. El dato fue proporcionado, en el curso del proceso (fojas 2.367), por el navegante flamenco William de Rubruck que lo vio entrar al salón del maestro (mientras hacía antesala después de regresar de un viaje vía Karakorum, en Mongolia).

De Mandigo, en la continuación de nuestro viaje, dimos una vuelta en falso para luego colocarnos en el anillo del mar donde viviríamos prisioneros alrededor de 200 años entre Cacurim y Syra Orda, ciudades que siempre vimos a la distancia, hasta que una tormenta, nos volvió al punto de origen: Thule.

Yo tengo un amigo que puede disparar contra una moneda cayendo, con los ojos cerrados y acierta y lo encontramos por casualidad en Tabriz, casi a la entrada del Golfo Pérsico en una de las tantas recaladas, cuando ya nos habíamos incorporado al segundo circuito, según el mapa falso proporcionado por Pérez. «Estás más anciano», me dijo, mirándome el pelo blanco. Tuve que confesarle: «Y no sólo eso, sino viudo y sin hijos porque se fueron quedando por el camino». Y le relaté la escena cuando mi mujer, después de recorrer la región de Pamir y con los nervios hechos pedazos dejó el navío para atravesar los oasis de Kashgar y Khotan, a la vista del palacio de verano de Gubilai Khan en Chandú, y subió a unos acantilados y se lanzó al mar, volando. Le expliqué cómo sus pliegues transparentes se inflaron, en forma atropellada, como rosas súbitas, como lágrimas al revés que salieran de las mejillas para entrar en los ojos, antes de esparcir, victoriosamente, las aguas sin protestar, dejándole esa tierna misiva a Pérez que tuvo buen cuidado de arrojar en una botella al mar en las cercanías del cabo Non, a 28° 47' N.

Un día le conté a Carlos cómo mis hijos aparecían y desaparecían en una órbita siempre cambiante, incontrolada, subiendo y bajando por los siglos como esas puntas de diamantes que perforan las rocas buscando petróleo, muertos y vivos, ancianos y jóvenes, en forma simultánea. Apenas tenían el tiempo necesario para saludarme y decir que todo marchaba «correcto» y luego con más suerte, existiría la posibilidad de vernos de nuevo, siempre con la fugacidad de un parpadeo fulminante, ya despidiéndonos en el mismo momento de saludarnos, inconclusos en nuestros sentimientos, preguntas y respuestas y saludos que jamás iban más allá de un: «¡Qué bueno padre verlo con tanta salud!», habitantes confusos de la pesadilla inventada por Pérez. Carlos resolvió viajar en forma periódica a Carnutum, para ubicarlo en la ciudad, porque resolvió, sin decirlo, hacer justicia por su propia cuenta. Más tarde dijo que arrendó un departamento estratégico desde el cual puede ver a Pérez a no más de 50 metros lineales. A través de la mira de su arma aparece el rostro abultado por el vidrio de aumento, como si todo su cuerpo fuera un rompecabeza, que a simple vista conservara una integridad ficticia - y no por eso menos convincente en el sentido oficial de la palabra-, pero que mirado con más detención está, estuvo, estará completamente astillado (véase como referencia esos castillos de los aserraderos sureños, cuadrículados en tal forma que hasta cuando se incendian conservan su enjambre, el vigor de su nudo vegetal).

Y la misma facultad para destruir la vida de otros seres, ahora se volvía en contra de Pérez, como si la medida extrema de la venganza, agotados los resortes en el viaje de ida, estuvieran regresando con el mismo síntoma de violencia, con la absurda resolución que pretendiera detener la ira del sol, su paso regular y meticuloso sobre la tierra mojada, un día de verano. Por eso Pérez aparecía dividido en los más inesperados fragmentos,

hitos, manchas, sorbos del dolor causado, estrujamiento de las entrañas que envileció, de las uñas que continuaron creciendo de sus víctimas, pero con el dolor de seguir viviendo, urdido con cáñamo, con soplos inconstantes como andamios móviles, todos inseguros y desordenados como el anticipo del caos encabezado por su sangre y luego una horma, un molde sin límites, ambiguo y confuso que, sin embargo, era capaz de juntar su lengua también meticulosamente triturada después de delatar el árbol donde el «Che Guevara» dormía esa tarde sobre un mapa de Kumasapa, y luego diluirse, tiempo adentro, llevado por el azar, por la posibilidad de existir, pero sin un nombre definido como el engendro sobrante que debió quedar cuando el primer hombre saltó del mar a la arena, y tuvo miedo, sin ropajes estaba, no tenía siquiera el cuerpo que iba a usar, ni la inteligencia que le permitiera mover el primer resorte para hacer un movimiento, no de pie, sino aplastado, lento, circunstancial y vecino eterno de la muerte, auscultando con los ojos que todavía no tenía, sufriendo con la sola idea del dolor futuro, agazapado del enemigo invisible en el horizonte, sumando y restando toda la posibilidad de unirse a algo, en su afán de sobrevivir en emdío de una insólita confusión de branquias, cartílagos, escamas y espumas recién abandonadas y pulmones sin soplar, y todavía ciego y sordo (no mudo) ubicó su primera máscara y algo le quedó sobrante para que Pérez lo recogiera (como un celoso funcionario municipal que trata con su escobillón que la especie regresara a su punto de partida), dando otra vuelta de acuerdo con su régimen, renegando de la posibilidad de volar y multiplicarse, dar saltos cada 500 millones de años y detenerse, por fin con el cielo nuevo debajo de los ojos.

Por eso decía Carlos, es difícil, míralo tú, apuntar tantos perfiles juntos y separados, tantos ojos horizontales, las hileras de las células no más gruesas que el porfiado comienzo de un día a pesar de tenerlo a boca de jarro. Y cuando por último, llegó el momento y Carlos suspiró hondo para que no se le moviera el pulso y levantó el seguro y abrió las piernas para asegurar el centro de gravedad de su cuerpo y apretó el gatillo y disparó, la bala empezó a girar primero en una órbita pequeña que iba aumentando lentamente su ámbito, dando primero en el eje de la rueda de un carromato antiguo que en ese momento pasaba, veloz, por la calle Ahumada y luego rebotar sobre un cajón lustrín y después dar tumbos en el alféizar de varios departamentos, cucarra, insolvente, transgrediendo todas las leyes físicas, sin peso, con doble velocidad y triple equilibrio, como si de pronto tuviera pequeñas alas absurdas para mantenerse incólume en el aire antes de detenerse, vertical, sobre la delgada cabeza de Pérez y perforarle el plexo solar y seguir con rumbo desconocido aumentando sus círculos, la órbita de su inconstante navegación mortífera.

EL MAR ES COMO UNA CASA

Dale con la botella, dale con el bote, dale con el mar como si ya efectivamente el buzo estuviera bajo el agua, abriéndose paso a cámara lenta, separando el bloque del océano, los listones, los pilones, las burbujas de metal, esos cristales de palo, pero más transparentes, el lento bosque que estaba verde en ese momento y dale con la botella azul, parecía como si el cielo estuviera combado en la copa cuando con los pies de plomo tocaba el fondo de todas las cosas, las arenas del origen, la piel endurecida que quedó sobrante, la piel de tantas vidas que ni siquiera se insinuaron, mas tuvieron la posibilidad, remota, de salir a flote manoteando rotas burbujas como los ahogados, buscando como un celaje la luz y después el sufrimiento escalonado de la edad, el porvenir de la desventura: el hecho de incorporarse a una forma, digamos también a un nombre y apellido con una casa y un número y niños afuera, jugando y los perros olfateándose.

Los suaves corpúsculos huyen, son pedazos absurdos de la muerte, cuajarones que sirvieron de señales, vaya uno a saber, la llave que parecía reloj a no ser por los ojos que la está cubriendo, cuerdas flojas de ahorcados ya inservibles, luego el légamo, el tálago, todas las asonancias de las palabras inventadas para producir belleza que también cayeron alguna vez al mar, retazos flácidos y licuosos de los sueños, la usurpación de la realidad asaltada en medio del caos y del delirio como una forma natural, verde con todas sus precipitaciones movibles como aspa de molino para hacer una burda comparación y también como es lógico, los naufragios escalonados en los estadios de los siglos, apenas como una escalerilla, manchas, parpadeos que ya nadie entiende, signos telúricos de la nada, un hueco por donde el mar pasa silbando callado, limando sus asperezas y pule por fin aquel hueso, ese otro corazón, las tripas que conformaron la energía del amor y besaron, por último, la boca que flota a la deriva nadie sabe dónde sino cuando la toca, es decir, la besa; en fin, las calles que hay que recorrer y hacer trizas para dar otro paso, no el último, diríase que es de aceite la trampa, la puerta, la salvación y dale con la botella y mostrar ese traje lleno de remiendos, como si fuera de payaso, tan triste, con sus colores distintos, recauchados, ¿cómo se puede ser un buzo tan tirillento? -dijo el fotógrafo-, colgado cabeza abajo secándose al sol, es como un gangocho y los niños miran por algún

agujerito y el hombre no está adentro porque dale que dale con la botella y anda tres días con sus noches caído en el chuico, nadando morado, rosado, ambarino, cómodo en la botella, redondo en ella, cuadrado en su profundidad, fino en sus destellos cuando llega la mañana y el sol comienza a morder: ve todo amarillo el mar, las luciérnagas de las olas que son metálicas, mas siempre es de oro el fulgor que rompe los ojos, la cicatriz que va quedando en vez de la mirada, el orificio para auscultar el primer día del mundo. Emergen los peces duros, las viejas con sus tarros de leche en la cabeza, como si efectivamente llevaran el universo, un saco de lágrimas endurecidas y hasta los perros se ven largos, largos y no terminan de pasar nunca cuando el sol entra por la rendija mojada de los ojos, el sol que explota adentro y se siente ácido y pican sus destellos como si el buzo estuviera metido en una ola, en un fondo opuesto al fuego y la vieja le preparara su explosivo, su caldillo sangriento, que enrula la lengua, la tuerce con sus vahos y jugosidades aéreas pero más chicas en relación con el sol que sigue cayendo a patadas y sorbe el buzo su contenido. El mar no disminuye el volumen y mira el traje de buzo; ningún pájaro se para a la redonda y los cristianos que pasan pegan un salto aunque sea disimulado y ven a Cristo en su atmósfera natural, pero al revés, inventando un nuevo suplicio, patas para arriba, de goma rosada el pobre, sin manos eso sí, en la cruz, secándose.

Y dale con la historia de meterse al mar y con un poco de sal el trago mañanero no es tanto, pero se siente que algo se estruja y vienen los tiritones con el motor malo, hasta que el segundo medio pato hace abrir los ojos y se ve la isla al otro lado, un solo listón que tira destellos a la chuña, y los veleros como cuchillo, pero que dan bote y cabecean inflados como si fueran a estallar, rompiendo el agua, y el pecho de los borrachos (porque en esa cavidad del cuerpo navegan) cuando uno está en tierra y llegan los compadres, mutilados por la sed, se le nota por la arena que tienen en la boca y los velos que les cubren los dientes. Aspero es su refugio tanteando el mundo de amanecida y van descubriendo que no hay una pizza de sombra a su alrededor, sino todo es furor de la tierra lo que se levanta. Reunido el trío sobre el muro amarillo de madera comenzaron a vestir al astronauta, ponerle su escafandra, con vidrio molido y roto, los zapatos de plomo pero rebajados a la mitad de su peso (porque el saldo lo fueron vendiendo de a poco por culpa de la caña) y entonces flota como un badajo, es decir, no está nunca firme sino que se estruja para todos lados, haciendo glu-glu, pero la experiencia le sirve para sujetar medio lado aunque a veces regresa a la superficie como un bólido y en esos casos es preferible que baje con un ancla manual para solucionar el problema. Se fondea con toda tranquilidad en los alrededores del cholguero, del banco de mariscos y cuando tiene que partir, leva el ancla, toca el pito y esparce las burbujas y se empieza a elevar como si se tratara de un querube en medio del océano aferrado al agua, casi siempre al revés, manoteando temeroso de escapar en sentido contrario al bote que le suministra el aire.

Se instalaron en la embarcación rumbeando al sur, no distante de la playa, porque el sol les cortaba el mar, los ojos, los brazos, ora de arena el agua y los remos pasaban en banda y los aventureros no podían avanzar como si el mar fuera mantequilla y duro y la trifulca y el enredo se podía ver desde la costa, porque en realidad todavía no dejaban la arena, confundidos entre la goma del aire, levantándose y cayendo, como si hubieran sido laceados a mansalva por un cow-boy, tratando de salir del enredo para entrar de nuevo en el lfo, todo en medio de carcajadas y maldiciones y el sol derramando sus mordiscos hasta que enfilaron la proa y se metieron por fin al agua para regresar de nuevo a la arena.

-¿Y sabís que más? -dijo uno.

-¿Qué más? -contestó el otro.

-Que el mar no es ninguna cosa.

El buzo trató en vano de abrir los ojos.

-¿Cómo? ¿Toda esta inmensidad, no es nada, entonces?

-Eso mismo.

-Está tonto, compadre. Ya se le empezó a trabar el mate.

-Es que usted no entiende.

-¿Cómo que no lo entiendo, compadre? -porfió el otro-. ¿No ha dicho usted que el mar no es ninguna cosa?

-Ninguna cosa es, pues.

-Está mal, compadre.

-Mire -argumentó-. Supongamos que algo, que el mismo mar (claro el mar), es tan grande, que no es ninguna cosa.

El otro dudó, tambaleándose.

-¿Usted dice que las cuestiones grandes son tan grandes que son chicas?

-Rotundo -dijo el otro, bajando un dedo con todo el peso de su cuerpo, cayendo de cabeza en la arena.

El otro lo persiguió intrigado, todavía confuso.

-Porque la grandura es una sola. ¿Entiende, compadre? No se le puede sumar más grandura. O sea, es una cuestión del porte de un buque: grande, grande...

Le empezaron a fallar los argumentos.

-Quiere decir que es tan grande que se pasó para el otro lado.

-Eso mismo. Por ejemplo, la grandura, es mucho más que un millón de pichintunes, pongamos por caso.

-Es más que las estrellas.

-Las estrellas...

-El cielo.

-Más que el cielo.

-Es todo lo bueno que hay en la tierra y entonces ¿ah? se mezcla. ¿Y qué sale?: la grandura.

El otro empezó a titubear mientras el buzo pegó el grito:

-Sería mejor que remaran antes de seguir hablando tantas leseras.

-Usted se calla -casi repitieron a dúo los remeros-. ¿No ve que perdemos el hilo?

-Como le iba diciendo, compadre, con el mar pasa la misma cosa. No es una baratura. No. Es grande el mar, u sea, chico.

-Está atravesado, compadre -dijo el otro con el rostro enrojecido.

-U sea, que para ponerle un ejemplo, una pulga es igual a un elefante.

-No pues, compadre, no es lo mismo. Lo que pasa es que usted no se presta para seguir el curso de las ideas.

Recibió un codazo.

-Claro, claro -fue la respuesta irónica.

-El elefante es el elefante, y la pulga, la pulga. Usted puede tener ni que media colección de elefantes, pero de mar, no. ¿No ve que es uno solo?

-¿Y usted qué dice? -le preguntaron al buzo que seguía indiferente el curso de la conversación.

-Yo creo -dijo-, que los dos están echando fuera del tarro.

Los remeros lo miraron con respeto.

-Yo creo -afirmó-, que el mar es como una persona, como un cristiano.

-Grande -acotó el otro.

-Déjeme terminar -dijo el que estaba de oro por el sol que le caía en la cara encendida-. Hay gallos que son como una pulga y cuando se van al patio de los callados le hacen una raya en el Registro Civil y...

-¿Qué hizo? -preguntó el buzo abriendo los dedos de la mano derecha para contar las hazañas del difunto. Cambió de voz para contestarse-: ¡No hizo ninguna cosa!...

-¿De qué está hablando? -preguntó uno de los remeros.

-Por ahí se pegó sus trancas, le plantó seis o siete críos a su pescaña y quedó conforme.

-¿A dónde quiere ir? -interrogó uno de los que tenía el remo en la mano.

El buzo se entristeció para contestar.

-Eso es lo mismo que yo pregunto. ¿A dónde queremos ir?

-¿Que no vamos a sacar una percha de piures? -dijo el más realista del grupo.

-No es eso -replicó el buzo-. El mar es como una casa. Sólo los que viven adentro saben lo que ocurre entre sus paredes.

-Está más curado que nosotros -afirmó el remero vestido de negro.

-Pero cuando se muera el mar...

-¡No! ¡No! -protestó el pequeño coro.

-Es un decir -dijo el buzo-. Si se muriera...

-¡No! ¡No! -porfiaron los otros.

-Yo creo que todo el mundo iría al entierro -agregó- y con las mismas lágrimas del velorio, se formaría otro mar, porque el mar está condenado, no puede morir.

Luego se pusieron a escuchar el silencio, la quietud nerviosa del mar temprano, cuando está como ácido y plano parecido a un techo de puro tranquilo. Y dale que dale con la botella y llega el instante en que rompen el cogote, el gollete, el líquido chispeando y se lamen los pescadores el pecho tibio y rosáceo: la pesadilla de no saber a qué lado del mundo estamos, el cielo aplastado por el mar con toda su fuerza y los tres hombres tratando de salir del atolladero con la lengua afuera para seguir respirando.

Hasta que bajaron al buzo como una hélice, haciendo círculos parejos en el mar y los otros remeros girando la rueda al mismo compás, llevados por la fuerza de su cuerpo inseguro, sin escuchar los reclamos que llegaban desde abajo, tirando la cuerda vital hasta que el buzo volvió a la superficie flotando, gordo, parándose para seguir a la costa como si pisara en el aire, a cámara lenta.

Subió al mercado marisquero, apareciendo en el puesto de doña Tulia algo oblicuo y retorcido, como una tajada de fuego vertical, absurdo y chorreando algo de mar

como un nadador abriendo las aguas en seco, sin tener nada que esperar, fulgor que dejar de lado, oleajes que devastar, burbujas que crujen como estampidos menores pegando su borbotón en el traje de goma con mangas asalmonadas, escarbando con su garfio, en tierra firme, los canastos de pejerreyes fileteados, las apancoras cocidas, rojas, con sus dedos también al sol, sus cucharas con ribetes negros echando espuma por la boca, un agua azul y suelta y los ayudantes dale que dale con la rueda, desde la distancia, apurando el milagro del espantapájaros torpe que apenas abría los brazos rodeado de abismos cortos, un ángel sujeto por sus anclas de plomo perseguido por los niños que eran vistos a través de la rejilla de la escafandra como si en realidad fueran querubes a pata pelada y coloreados por el sol, señalándolo con el dedo, y el resto de la poblada como si se tratara de una procesión en que el santito dirigía el tránsito llegando hasta la ventanilla para pedir un boleto de segunda clase a Concepción, mirando los corridos vagones, la borrosa locomotora en medio de las aguas, con el humo vidrioso, de goma y el rostro del conductor hablando desde la profundidad del océano y el buzo arrellanado pierna arriba en el asiento de madera aplastado por las aguas en movimiento y los remeros dale que dale con la botella y la rueda, ceñudos, severos en la tarea de seguir inventando aire, como una enorme manivela de un Ford T de bigotes, sumergidos en el oficio de no fallar al hombre que estaba buscando mariscos entre las aguas, llenando su bolsa, viendo pasar el campo, la velocidad de los árboles, las nubes rasantes, las gaviotas, los bueyes, las cruces y los pasajeros que llenaban el convoy, rodeados de canastos con peces inmóviles.

EL FLASH DE LOS AHORCADOS

Si alguien mirara por poner un ejemplo, que agarran a un hombre y le pegan un combo primero en el rostro, en el hueco indefenso de un pómulo y luego en la cavidad de los ojos, y después en las múltiples esquinas de las nariz y vuelan, por así decirlo, las plumas, los dientes, y el pelo se detiene como estampado y también su sombra se rompe y después le despellejan el alma, cada treinta días y siguen el trabajo descuajándole las tripas, vamos a decir, los sentimientos que tiene guardados nunca se sabe dónde, es decir los recuerdos de la infancia: un trineo que se desliza cortando la nieve desde la cumbre del cielo y después, todavía, le raspan los huesos y se lo siguen gastando, implacablemente, cuando le doblan y rebanan las células, cuando se va de estampida, cuando de su andamio si apenas le queda un par de resortes, el atisbo de un día siguiente, cuando si apenas toda la vida le alcanzara para comprar tanto kilos de alimentos, no más de tres o cuatro trajes en cincuenta años mientras la mujer lo descuelga de su cruz y le dice: «Hay que tener paciencia, ya pasará todo», y todavía lo siguen succionando, desalojándolo de su ámbito de cuarzo, y le restan los ojos en un movimiento fugaz, y cavan aún sobre su estertor, y vacian su aire, su copa, su ferruginosa capacidad para amar, y todo eso incluyendo las uñas, no le pertenece, mientras es armado de nuevo cada 24 horas al llegar a su casa lisiado hasta los tuétanos, combado, en forma de zapato, vidrio, piedra, en fin, tomando la forma de un salario, pues ya no tiene fuerza para huir de sus tutores y deudores y no puede salirse de esa órbita maldita y todavía lo siguen escarbando porque el fin es sólo el comienzo, atado a todas las circunstancias y propósitos y está anudado desde la vida a la muerte, sin un atisbo siquiera de libertad y su mujer lo unta con ternura, inflándolo de nuevo, lo arrulla, lo recompensa, abre una propuesta pública para darle forma, siempre inesperada, sin meterlo de nuevo en su vientre, pero de atrás para adelante, de tal suerte que la vida decreciera desde la cúspide a la nada, y no sólo eso, el deseo a la tentación de la especie, a la atracción de los enemigos, y luego todas esas posibilidades se diluyeran en otras tantas centenas de fracasos y en esos círculos concéntricos, ganar la primera batalla, agarrar, mientras se cae al abismo, una célula,

otras concesiones, otras sonoridades y armonías, que no son sino remotas consecuencias del síntoma de una existencia, de un hombre que después será enganchado al carro de la civilización y al progreso y luego flotará ¡vaya a saber cuántos siglos!, en esos residuos magníficos de las mareas lunares, letales y terrestres, cada uno a la espera de la mejor oportunidad en la maravillosa selva de la corporación de la muerte, cada uno arrastrando su carro y conveniencia, haciendo cálculos en la sombra, asociados los indignos contra los puros y en estos satánicos coloquios tener la certidumbre que por último ya existe el suficiente material biológico como para arremeter y aparecer en los ojos de la madre de uno -y lo que es más grave- en el deseo de ella, cuando registra la naturaleza, auscultando sus méritos y peligros y reúne tales cosechas para elaborar el hijo y se sumerge en tanto trabajos asediada por el amor, por la voluntad de echar a andar su motor: todos los sentimientos y los valores que nos rigen para ser perpetuos, eternos entonces como un bólido -nada menos que- la primera criatura emerge, radiante y se calienta con el vaho del buey en el pesebre y el candado de la piel que le servirá de prisión por los siglos de los siglos.

¿Recuerdas, Matilde, cuando llegó el analfabetista desde España, con una mano adelante y otra atrás, husmeando las piedras, todo lo que tuviera rendimiento, la familia con más sillas, el árbol de más sombra, la secta de más utilidad, mostrando esa chaqueta con sangre de la guerra civil, que recién había rociado en la carnicería de la esquina con bofe fresco dispuesto a hacerse una situación, la América, auscultando el campo de batalla y contrató entonces un pedazo de aire, una tajada solemne de 30 minutos cada día y luego se devoró al socio para comprar más aire, raspando la olla de los beneficios que puede dar un ser humano, inventando la posibilidad de vender toda la atmósfera del mundo (como efectivamente lo hizo) y no importa que ahora los muertos del radioteatro naden entre pompas de jabón y detergentes, las vulgares burbujas de plomo cuando llega el engañado y llueve (el ruido se produce con papel celofán) y descubre a su mujer en la cama y el acompañante retrocede, todo a micrófono abierto, en medio de los más iracundos «No», «Me vengaré». «Escuche el capítulo siguiente», y saca su cuchillo en la página 7 del libreto y se queman las comidas del barrio y la mujer se cubre el rostro con las manos y compre más jabón y el marido engañado avanza, y compra más detergentes, y ya eleva el arma -compre los cuchillos en la Mercería «El Trigo Fresco»- y entonces el sonidista agarra un zapallo y otro lo revuelve con un fierro, y es así como suena control separación musical cuando abren al sorprendido galán y la acción queda detenida en medio de una llantería general: el corazón se pone de madera, y ningún sentimiento sirve, endurecido y recuerdas, Matilde, que cada semana me obligaba a

matar más y más gente, para vender esos jabones de ballena en medio de la armonía del comercio, pero no aflojé ni un pelo, me defiendo como gato de espaldas para no abrir la reclusa de mi otro mundo, pero ¿dónde? lo sostengo, querida, si ya no me quedan ni nervios, ni ganglios, ando suelto y en lo primero que pillo me aferro, hay que comer, dices, puedes ir a dejar uno de los niños a la redacción de un diario y yo mismo te escribiré el párrafo a dos col. y titular: «Madre necesitada regala su hijo o lo rifa» a tanto el número mientras el analfabestia mete el aire en su máquina, la radioemisora, y te van sacando los meniscos, los frutos perennes de tu cuarzo y tú alargas el caudal de las mismas repetidas palabras en los textos comerciales en el burdo y grotesco libreto que oficializa la desventura. Cuando nuestro hijo sea grande que no siga esta carrera de libretista-locutor, no permita nadie que jamás tiren de su piel cada treinta días y lo manden desfondado para la casa y luego la madre lo desabolle y desbroce, porque la pobre tiene de reserva todos los materiales de la ternura y cree en ti, pero no aflojes esa sola imagen tan tuya, cuando redactes el aviso de los barbitúricos, te condenaríamos para siempre. ¿De qué valdría entonces el cajón con flecos que has heredado, el solsticio que llenó de auroras todas nuestras hambres?, no entregues la oreja, ni un solo verbo fuera del presupuesto, si quieres ser escritor, así te pongan cabeza abajo y te usen de arado (como ya lo han hecho en repetidas oportunidades), por eso no culpes a nadie de nuestro suicidio, flameantes como una bandera de un lado para otro, ding-dong, en el único aire no vendido por el analfabestia que nos robó el pelo, la presencia de nuestras sombras, pero nos sentimos compensados, estimados radioescuchas han engordado en forma oportuna, tienen autos, compran algo barato y lo vendieron caro, la felicidad completa devoró kilómetros de pintura, vidrios, frutas a granel, materiales, vestimentas, ganado traído y llevado desde el matadero a las tiendas de mayor consumo, estrujado en cómodas cuotas mensuales. Señor Juez, vivimos con un cheque a fecha, con una mirada a fecha, mañana es otro día, nos decíamos ayer, cuando de pronto se produjo la estampida: el ayer fue mañana, nos pilló la máquina para pagar la luz, el aire, el nuevo diente, la silla postera, se nos corrieron las fechas, los inviernos en vez de los veranos y el analfabestia metido dentro de su embudo, haciendo su balance, día y noche, mordiendo cada moneda de modo que ya está decidido y hemos dejado nuestro testamento, señor Juez, planchada nuestra ropa y por eso hijo no aflojes y toma el lápiz y cuenta lo que tengas que decir aunque sea en sueños, alguien te traducirá y con lágrimas de sangre, como en nuestros melodramas, alguien podría escucharte, Usía ya ha llegado el momento, antes que aparezcan los fotógrafos en primer plano: la idea es tirarnos al vacío, discretos eso sí, por el patio de luz, atados por la soga del cordón umbilical que nos da tanta risa si no fuera porque vamos a morir, y nos acercamos a la ventana, tomados de la mano sin tocar como antaño una pared tibia, lista

para su expansión y complicidad, cuando alguien nos empujó como un resorte sideral sin abrir los ojos, escuchamos el peso de la vida, allá afuera madre, tú latiendo por nosotros en ese vacío tan oscuro, querida Matilde, ámame siempre, déjame acomodarte los huesos redondos tomando la forma del sol, ahogados en medio de la sangre antes que se quiebre la médula y como un corto río, ahora, analfabestia, te saludamos con la lengua afuera, integrados a la vaciedad de la nada, unidos tibios, un poco fuera del útero, perdón hijos, que les valga la comparación.

UNA MONEDA, UN SENO

Entre las lágrimas -mojado lentamente-, el hombre con las manos cruzadas era y fue un paisaje otoñal detrás del cristal movable del ataúd. Los ojos, la frente combada crepitando en una gota de agua y sus arrugas corriendo como el curso de las arenas y su boca ligera, boca activa, aunque muerta, boca descuartizada a través de las lágrimas que lo continuaban despedazando al mirarlo, copiosamente dividido entre filas negras desde la raíz del pelo hasta la barbilla a través de ese muro líquido, conteniendo el rostro como si formara espejos naturales entre los espectadores: un pequeño fuego que no se secaba por el exceso de dolor.

«Subieron las coronas, a mí me gustó una blanca».

La muerte se lo estaba llevando; nadie quería moverse. Permanecían rígidos, su mujer y sus siete hijos y sólo la luz chocando con la profundidad de los colores extraviados de la tarde, las manos blancas contra la caja negra, el ojo blanco contra la mirada negra, el silencio blanco contra el ruido negro, los años blancos pasados contra el futuro negro y en menor porcentaje, el olvido contra el olvido, siempre en ese juego de contrastes que hierven, que estallarían, que estarían estallando, haciendo breves explosiones, blancas y los pañuelos negros, los dos muros irreconciliables de la vida blanca y negra, separados y divididos para siempre, cortados por la incertidumbre que retuerce los candelabros y las flores de papel, las rosas acuáticas, los claveles rodeando al ausente, al difunto.

«Una tía me mandó a jugar, pero no quise».

Llegaron otros rostros que venían a trabajar una jornada, sacados de sus casas con precipitación, ubicados en fila, blancos y negros y hasta polvorientos, tomando conciencia de la muerte, la posibilidad de urdir los recuerdos mutuos, acumulados con una promiscuidad que el difunto fundía en las múltiples memorias de los asistentes aptas para alejar cualquier pensamiento, menos ese rostro que se había ido de este mundo unas horas

antes, negado ahora de movimiento y de capacidad para mirar, contestar, observando los hijos con una piedad inaudita y tensa, pues esta compasión terminaría mañana, estaba terminando ahora mismo; ya no existía (cuando murió mi papá).

«Después mis tíos hablaron».

Los deudos se fueron dividiendo en los otros compartimientos. Las voces enredadas en numerosos planos: las más duras y también otras suaves, las que tenían dueño o extraviadas. Surgen los coros impetuosos, la grotesca fastuosidad pobre de la ceremonia, aunque sólo existe el cajón y los candelabros y las mujeres de rodilla como pedazos de piedra que son, como montones de ropa que parecen, como algo de mar cortado y transparente en la oscuridad que se mueve sufriendo y agitándose.

«Entonces el tío Fermín dijo que yo tenía que trabajar».

Dijo que todo era duro: el pan y la vida y las escaleras, los días y los pájaros y los cuadernos y mi lápiz y el bolsón también y mi asiento en el liceo y mi cuchara también era dura y las campanas y el aire y los platos de la comida y la cama también, y los vidrios y la ropa. Y que también era duro el mañana y los seres humanos, también, los hombres y las mujeres.

«Por eso me emplearon en el emporio «Las Tres Marías»».

Se presentó el niño por la mañana, enclenque, con pelo revuelto, los once años temblando, temblándole -por así decirlo-, el miedo en los ojos.

«Eş para ayudarse», dijo mi tío al almacenero».

Llegaron los hombres de negro y dijeron que venían a buscar a mi papá y yo miré a la calle. Afuera estaba la carroza con cuatro caballos grandes, pero no me la quisieron prestar porque estaban apurados. Otro día sí, dijeron.

Parecían extraviados, también blancos y negros, salidos de la penumbra insolemnes, blandos, no muy limpios, con el rostro y la camisa endurecidos por y para el oficio, el rostro fatigoso, profesional que vive de la muerte, sin hacer daño. Sólo el hábito de existir entre las lágrimas y las escenas desgarradoras cuando el jefe de la familia comienza a desaparecer lentamente y las mujeres de la casa se botan al suelo y muerden el ataúd, quieren ultimarlos y lo están pateando-arañando, lo están hundiendo, flotando, mascando y lo elevarían metiéndose el ataúd en la memoria y en los huesos y cierran su paso, entre las flores despedazadas: todas las pasiones humanas urdidas en un solo dolor que en ese instante no quiere caminar, no puede olvidar, no quiere olvidar y, sin embargo, ya olvidó.

Me dijo el señor del almacén que tomara el triciclo y salí a repartir unos pedidos, en canastos. Me gustó el trabajo. Les expliqué a mis amigos cuando me vieron con el

uniforme, con el delantal de brin azul, que como yo soy el mayor de mis hermanos, tenía que bañar a los perros y darle de comer a los cuatro niños y lustrar el piso, cortar la leña y salir a buscar la policía cuando se armaba el escándalo en el bar del lado que también era del mismo dueño. Andaba de un lado para otro moviéndome todo el día y casi la mitad de la noche, para dormir después en el suelo. Y les dije que comía un plato de agua caliente con fideos nadando y les dije que era distinto porque mi papá traía plata para la casa y la comida tenía otro gusto, no tanto por el sabor, sino que era hecha por mi mamá, creo que a cambio de nada, sólo por el cariño y la obligación que tenía, eso les dije y, en cambio, en el almacén cuando sobraba algo, cuando ya los perros no comían, me lo daban y aunque andaba medio muerto de hambre, les dije, no me la podía comer.

«Yo no lloré porque mi papá estaba muerto, sino porque los otros lloraban».

Sacaron el ataúd.

Salió a flotar el navío sin brillo en que se estaba hundiendo el mundo y ¿qué tenía sentido? Las casas vacías, los pájaros sin nada adentro, la gente sin destino que van a la deriva fuera de este dolor, y los caballos negros cubiertos por una red con pompones apelonados. Entonces bajaron las coronas y algunos curiosos se pusieron a mirar y luego todo terminó. Adelante el carruaje, atrás primero el silencio y después nosotros, y la nada, y los últimos testigos.

«Dormía en el suelo encima de una tabla».

A veces tenía que levantarme para caer de nuevo y le contaban los segundos: «uno», «dos», y de rodillas quería despegarme del sueño y no lo dejaba y un golpe y otro y él (yo) no comprendía -otros golpes-, que ese sueño estaba roto -golpe-, un aroma de infancia, algo de los primeros días -golpe-, un juego, un nido de pájaros recién descubierto -golpe- y almacenero dejaba el palo para regresar a su lecho y apemarse otra vez en su sueño.

Les cuento a mis amigos: -Dejaba el jabón en el balde y lo revolvió con la escoba muchas veces porque me mandaban a limpiar la vereda y la calle. A través de las burbujas miraba el comienzo de la mañana, la gente que iba escondida a su trabajo, sumergiendo la cabeza en el pecho, los caballos de las carretelas repartidoras de pan y los diarios, como si fueran un espejo de barro las burbujas y era entretenido (creo yo) y uno miraba las casas dentro de esos globos y de pronto, «plaff» y -golpe-, un nuevo golpe del almacenero que lo pillaba distraído.

Tengo que esconder las monedas de la propina porque el dueño no quiere que la reciba, pero los borrachos tienen compasión por sus hijos. Ellos conocen el hambre en la cara -¡salud!- y cuando yo muera la chiquillería partirá en desbandada, dicen. Serán

zapateros, vagos, bandidos, cada uno para su lado y los primeros días se verán bien seguidos y después menos y después nunca -¡salud!- y no se reconocerán siquiera en la calle, no serán hermanos porque hay que protegerse, y se irán a otras provincias sin decírselo a nadie y se casarán y tendrán sus hijos, todo para callado nunca, los otros hermanos -¡salud!- recibirán una foto de los otros hermanos con sus críos cayendo en el silencio de las cartas no contestadas, de los aniversarios de matrimonio, nacimiento y muerte pasados por alto por el temor de encontrarse, de tener el mismo apellido, y el mismo nombre y la misma miseria -¡salud!- y habrá poca ropa para intercambiar y por eso yo digo -¡salud!-, cuando uno ve a un mocoso como éste hay que darle su propina ¿no? ¿es? ¿cierto? ¿cabrito?

Yo tenía que recoger las sobras del vino de los borrachos en los vasos; el almacenero después se los daba a tomar a los carabineros de la ronda. Así podía cerrar más tarde. Un día pensé: cuando junte toda la plata de las propinas lo primero que voy a hacer es comprarle un vestido a mi mamá.

Ella me viene a ver de vez en cuando. A veces compra algo, cualquier cosa para conversar un poco; yo mismo le vendo, pero sin llapa como quisiera porque el almacenero me está mirando, me mirará, me miraría con todos los ojos que tiene en el cuerpo mientras peso el arroz, la hierba. Pero mi mamá se va contenta y da vuelta la cabeza varias veces antes de desaparecer, si es que salgo a mirarla a la puerta, hasta que recibe el golpe en las costillas del almacenero que lo amenaza: «¡A trabajar, a trabajar!»

El primer día libre fui a la tienda para comprar el vestido.

Todo el mundo se dio cuenta, aunque yo no había dicho una sola palabra, pero se notaba que era para mi mamá. Yo creo que sospecharon, porque uno mira con un poco de vergüenza y parece que no se atreve. Y como uno no sabe bien lo que quiere lo ayudan y la empleada le va sacando muchos modelos y entonces ya se toma más confianza y yo pude decir con orgullo: «Es para mi mamá, que nunca nadie le dio nada en la vida y yo sí y es mi primer sueldo» y uno lo muestra con orgullo y la empleada llama a las otras vendedoras y a uno lo dejan al medio como si fuera un jugador de fútbol y todas se ponen contentas con mi caso y hacen un descuento y entonces bajaron una caja grande y después una cinta azul y yo parto feliz.

En el centro me encuentro con dos amigos del barrio y apenas si puedo abrazarlos con la caja y dicen que van donde La Tentación y que ellos tienen algo de plata.

Los tres muchachos caminan por la calle angosta.

Es gris la calle, es agria también.

Se oscurecen hasta los perros vagos y los vidrios rotos y la madera.

No tiene color la calle, la calle no es negra, todavía.

Las mujeres están sentadas en su silla de mimbre, abanicándose esperando la clientela que comenzará a llegar más tarde y los llaman, pero siguen derecho en dirección de la ventana iluminada donde «La Tentación» los espera.

Era una mujer gorda y vieja y dijeron que yo era «el nuevo».

Entonces ella me miró como si fuera mi mamá y sonrió también como ella, mostrando sus arrugas, todas las noches metidas en su rostro, la música incorporada al huracán de sus arrugas redondas, los sonidos que habían ahogado sus dientes, las risas que golpearon sus ojos, los fuegos que transitaron por su cuerpo en la juventud (yo también la saludé como a la profesora de mi colegio), pero el perfume de ella me dio miedo como si a lo mejor se quedaba pegado mucho tiempo y me persiguiera hasta llegar al almacén.

Entonces ella preguntó cuánta plata traíamos.

Y nosotros le dijimos que poca.

Y ella dijo que cuánto.

Y nosotros le dijimos que en total, seis mil pesos.

Y ella se enojó mucho.

Y nosotros nos revisamos los bolsillos sin encontrar una sola moneda más: apenas unas migas.

Y yo le conté la historia del vestido.

Ella abrió entonces la bata y mostró sus senos.

Y los tres la quedamos mirando y parecían que estaban blanditos como la parte de atrás de la bocina de un auto viejo y eran grandes y brillaban un poco bajo la luz amarilla de la ampollita.

Los otros dos amigos me pegaron un codazo y dijeron que yo estaba asustado, que temblaba entero y eso era cierto porque tenía miedo.

Ella pidió que dejáramos las monedas sobre la mesa, en un plato, las contó y los otros muchachos me empujaron y la mujer y yo quedamos más cerca. Nadie hizo nada hasta que me dijeron: «¡Tócale uno!» y yo alargué la mano y recién comprendí que las monedas dejadas en el plato eran para pagar las caricias. Le toqué el seno; me dio frío en todas partes y hasta en las manos, nunca había tocado el cuerpo de otra mujer, era como aceitoso, creo yo, como un cuaderno nuevo y mi mano parecía haber tocado unas brasas,

como si algo quisiera volar entre los dedos y después esta sensación, este sentimiento no lograba contacto con el resto del organismo, no lograba despertar el deseo, la idea, la posibilidad, la sospecha que un ser podía ir donde otro, entrar en él por un instante, como cuando se quiere arrendar una casa y se examinan las dependencias, una por una, entonces la mano retrocedió y otra vez se escuchó la voz de los muchachos diciéndole casi al mismo tiempo: «¡Tócaselo otra! ¡Tócaselo otra vez!», porque en realidad, esta caricia estaba avaluada en 500 pesos y por los mil que había puesto sobre la mesa tenía derecho a una tocada rápida de los dos senos gastados, maltrechos, expandidos, ofendidos senos y después se puso a pensar que éste iba a ser el secreto más grande de mi vida y cuando llegara con el paquete de regalo, mi mamá podía sospechar. Después los otros dos muchachos siguieron tocando el cuerpo usado de La Tentación y se armó un enredo por el tiempo que duraba cada caricia y ella se puso furiosa y dijo que nunca se había dejado estafar y que para eso existía una tarifa y que en tiempos pasados cuando fue joven los hombre más ricos que llegan en auto a visitarla, le regalarían joyas y no como ahora que estaba volando tan bajo como para vender sus senos a los muchachos del barrio para pagar el taxi de la revisión de los lunes y le pusieran el timbre y la estampilla certificando que no era clandestina.

Quedé solo. Creo que en medio del lío arrancaron con la plata.

Yo estaba con mi caja frente a ella mirando la puerta: «Si le dijera algo», pienso, pero lo malo es que no se me ocurría nada, pero quería decirle esas palabras como a mi mamá, cuando no había nada que echarle a la olla entonces yo le hablaba, no sé qué era, pero mi mamá ya no lloraba tanto y esto es lo que quiero hablar ahora, «pero no puedo».

Entonces La Tentación se fue a la cama metiéndose entre las sábanas y daba lástima, a lo mejor tenía frío y por eso se reía y para distraerla abrí la caja para mostrarle el vestido.

Entonces ella se levantó para quedar frente al espejo y se puso a mirar su cuerpo por todos lados; le quedó muy bonito, preguntando:

-¿Cuánto vale? -y yo le digo que nada, que es un regalo y comenzó a besarme hasta que me puse a tiritar y sentí algo como si tuviera pegado un papel en la suela de mis zapatos y yo trataba de despegarlo, pero el papel seguía en su sitio.

La Tentación dijo que me sacara la ropa y yo le contesté que bueno, pero siempre y cuando apagara la luz para no mostrarle las costillas, porque estoy creciendo y tenía miedo y vergüenza de que la mujer se cayera encima, aplastándome. Esto lo pensaba todo el tiempo. Entonces la miré más cerca como si fuera un edificio alto, por partes, con sus globos por todos lados, un poco lustrosa, pero no me daban deseos de nada. Me habían

EL SIMULADOR

En las afueras de la ciudad, caminando en dirección de Bresigny, dejando atrás la red ferroviaria, los humos detenidos y azulencos, los grises corridos y redondos como filudos altares, existe el doble edificio experimental que los técnicos conocen con el nombre de «El Simulador».

En realidad, no es un edificio, sino un conjunto de equívocos que tiene en apariencia la armonía de las constelaciones: dólmenes furtivos en vez de puertas, anclas demolidas que sirven de base de sustentación, chatarras de aviones, cementerios de autos viejos estructuran la marquesina.

Las jaulas de aves exóticas encubren una primera máscara de acero y cemento licuado que siempre está en movimiento en medio de un sorprendente derroche de colores y matices para culminar con algunos velámenes metálicos y de acrílico en la parte más elevada de la construcción sin puertas ni ventanas. El problema del sol cayendo a raudales sobre esta selva tan confusa de ruidos y formas se había resuelto en el uso sistemático de alerones de Diametrodón, aprovechando su capacidad para absorber el calor de tal suerte que verdaderas cascadas de piel de piedra formaban sucesivos estadios, pero manteniendo la premisa de la vela dorsal tan en boga en el período carbonífero. Aunque en esos millones de años el proceso de desarrollo quedó frustrado por la falta de fuegos infernales, los calculistas concluyeron al diseñar «El Simulador» que podían tomar el último hilo de esa evolución y colocarla en el frontis como una protesta: de ahí los inmensos vasos colgantes como ojos tormentosos de virulenta platería irradiando luz, como una mano hueca que necesitara calor para moverse. La vasodilatación promovía un choque de los rayos solares, distribuyendo el calor por los acueductos inducidos desde el exterior hasta la planta de la primera serie de pantallas de radar. En todo caso, los 276 funcionarios especializados que prestaban sus servicios en el laboratorio tenían la clave que les permite mover las cerraduras (casi siempre sostenidas en el aire) incrustadas en los portalones de madera de la entrada principal. Y aunque esta acción, en apariencia suponía una forma de humillación, la tarea para la que han sido prolijamente seleccionados, los está obligando a superar estas precarias deficiencias de la tecnología.

Los expertos en aeronáutica viendo atiborrados los cielos se abocaron a la posibilidad de limpiarlos en la forma más orgánica posible, tomando en consideración que la velocidad Mach 2,7 (2.900 kilómetros por hora) sólo era el balbuceo de otros desplazamientos mayores, a corto tiempo. «El Simulador» fue acondicionado para hacer un estudio exhaustivo de esta saturación, producto de la sostenida competencia de las empresas de aviación comercial. El peligro de choques colectivos (algunos dejaban saldos que superaban el millar de víctimas), obligaba a adiestrar a las tripulaciones con un nuevo criterio, estimulando sus reflejos, acelerando su sentido del peligro. El hecho de recibir en muchas oportunidades pilotos, ingenieros de vuelo y radiotelegrafistas convertidos en niños (con sus vistosos trajes de marineros, boina azul, pompón y pito), indujo a los fabricantes de supersónicos a estudiar la manera de no trastocar los valores domésticos en relación con el paso del tiempo. Y si bien en algunos casos, el hecho de partir en dirección del Mar del Norte a los 43 años de edad, significaba arribar a Ban-Sur-Aube, con 15 ó 29 años menos, el peligro mayor consistía en no poder precisar el destiempo, el descargo de las horas de cada pasajero. No era posible mantener un control tan exacto como para detener ese retroceso en un instante determinado, llegándose a la conclusión (confusa) de que la velocidad y la distancia era un factor secundario. Los procesos criminales estaban afectando también a las empresas de transporte aéreo por el hecho de que varios pasajeros al subir, por ejemplo, en Orly, desaparecieron, pulverizados, antes de descender en Ceylán, después de retroceder violentamente todos los momentos de su edad y desandado lo vivido se convertían en última instancia en el deseo que alguna vez había motivado su primer vagido, el grito confirmatorio de la existencia. Pero como las parejas responsables de la gestación de esa vida no viajaban en el mismo avión, no podían ser motivadas para que intercedieran en una reparación, por lo menos moral, en el afán de superar el daño que causaba la velocidad Mach, no sólo en los sentimientos, sino en la fuente misma generadora de la acción biológica: el proceso de vivir en un óvulo supersónico, desesperadamente inmóvil.

En «El Simulador» existen 158 pantallas de radar, las que registran los vuelos imaginarios que tienen lugar en el aire de mentira compaginado por los técnicos para llevar adelante sus conjeturas. Los pilotos se incorporan a la cabina de prueba como si subieran a un supersónico verdadero para dar examen y medir su grado de perfección en el dominio de los complejos instrumentales. Apenas el avión levanta vuelo, se producen hechos inesperados, trampas de la imaginación, delitos de la naturaleza, encrucijadas de los imponderables, conjeturas policiales ubicadas en una parte secreta del cerebro, fugas de las células, estremecimientos de los cartílagos, salpicación de los gónades, alteración de la hipófisis, derramamiento de las suprarrenales, todo un desorden equilibrado, un caos perfecto, una fuga detenida que los cibernéticos conocen con el nombre de feedback.

Porque es un hecho que la velocidad Mach no sólo produce una disociación externa y superficial haciendo cómplice de este subterfugio a los que se adentran en ese aire desplazado y caliente del sonido, sino que abre muchos nudos, desaloja las hechuras clásicas de la constitución biológica y la tripulación es una víctima del azar, de la casualidad de tener un cuerpo vulnerable, atolondrado y formalmente difuso. Y aunque en la pantalla se producía una fusión entre el mecanismo biológico y las estructuras del supersónico, algo vagaba entre esos dos poderes, una frontera intransitable, como una estampida de un ejército en retirada: el inexorable pavor de la derrota que cunde a medida que avanza la tarde, el rumor de las turbinas silbantes.

Los estímulos de la velocidad producían en la región del núcleo centro mediano o en la zona del caudado en el tegmento mesencefálico de los tripulantes, atochamientos de imágenes, saturación de ejercicios de la memoria, estragos que se unían como un disparo en su despeñadero, enredos insólitos como si toda la carga de los recuerdos se desestibara, por momentos, en una sola dirección (se sobreentiende que en la dirección de la proa de la nave) como en los naufragios cuando los tripulantes huyen de la escoración y las olas amenazantes, las ideas brotando como ráfagas, destellos del amor, usurpaciones de los tiempos, caídas súbitas que no eran sino parpadeos, remembranzas que no tenía un sitio para ubicarse y en esas condiciones su estallido era doloroso, todo sin asidero, sin una raíz donde dejar una mancha, una sensación de dolor, un síntoma de disgusto, ruptura. Cuando el piloto del Boeing 909 dice: «Voy a grefulgebrar la túrila que emerge del sotrapo, trágalo, drómene», significa: «Si el domingo hace buen tiempo, iré con mis niños al campo». «Nágrese, cropatrem funfideramo telicáptero»: «Ustedes que están en tierra, me pueden hacer el favor de reservar dos plateas para el concierto de la noche». La traducción correcta de estos mensajes debía realizarse tomando en consideración la velocidad Mach que vulneraba, la resistencia de las vocales y consonantes, produciendo un odioso hacinamiento, una promiscuidad vergonzante de palabras, como los sufridos pasajeros de un único autobús rural, ensamblados por el apremio de llegar, pero incrustados por la violencia, la usurpación del sentido común, la lógica, la regularidad de los significados produciéndose pifias del entendimiento, ese juego que enfurecía a los destinatarios.

Una solución propuesta con carácter experimental fue identificar cada sentimiento o posibilidad de expresión de los tripulantes con colores bases-diferentes y así, proyectar toda gama de sensaciones dentro de un espectro universal, legible. Hasta las pulsaciones podían lograr, en esas circunstancias, un registro, un matiz para un nuevo tipo de interpretación porque si un tono, en primera instancia, afirmaba la existencia de una idea, ésta se desplazaba en otros matices, primero rígidos hasta que después, llevada por la

natural convulsión paso a una especie de nieve de colores y cada fragmento a su vez, es decir, cada copo, no era otra cosa que el anuncio de ciertos rojos saltarines, naranjas sorpresa, verde de torvo atavío, negros de hasta 5.000 máscaras, puntadas de oro y sangre, aclimatamiento de las torres, ríos de obispo retenido confluyendo en otros saltos derramados y en todas las direcciones, cuando la frase, al llegar su culminación armaba los nudos más perfectos: bolos de pardos disgustos, divorcios de los blancos metidos en toda la procesión y en cada pantalla. Entonces se veían esas tempestades de colores, los velámenes vacíos y llenos simultáneamente, las campanas amarillentas y negras y luego combinadas con el zumbido de las turbinas y los badajos de luces y sombras cayendo en el primer despeñadero, es decir, su primer punto de apoyo para otras catástrofes y rupturas y rehacer ese fragmento gris, un pedazo azulenco, crístico, trúmigo, bránuti, catalogado en la albura extrema para descender en forma abierta a la base más honda como petróleo que va en ristre ensuciando las orillas, los deseos, la posesión de los pomos destripados que se achicharran al sol de hielo, que irrumpen con su fuego nevante y traducidos en forma burda por el funcionario de turno, libreta en mano.

Las pruebas que se realizaban en «El Simulador» tenían carácter experimental porque las líneas de las pantallas de radar y las calculadoras electrónicas no estaban conectadas con el exterior. Los diálogos entre los examinadores y los tripulantes eran de carácter privado, no oficial; una ociosa certidumbre de seguir en el juego para que los vuelos registrados en cinta magnética sirvieran de referencia para los estudios de los especialistas.

Un día se escuchó una voz diciendo: «¡Aquí el Boeing 939 llamando; se ha incendiado una turbina!» La respuesta fue: «Se ruega al señor comandante evitar las bromas dentro de las horas de trabajo».

Segundos más tarde, los timbres rectificadores de las operaciones señalaron que la imagen que se estaba registrando en ese instante en las pantallas correspondía a un intruso, pues no figuraba en el registro de «El Simulador».

«El circuito electrónico ha amanecido con mucho sentido del humor», fue la respuesta técnica que dio uno de los ingenieros consultados.

El piloto insistía: «Vamos a caer al mar, los comandos no obedecen; el resto de la tripulación está tranquila; el pasaje duerme, aburrido...»

Las pantallas adicionales comenzaron a captar en forma simultánea una sola línea que despedía confusas tonalidades secas, pasmosas, beligerantes, destruyéndose entre sí: el desorden previo a la muerte en el corazón del piloto, en su memoria, círculos

que al agrandarse parecían una carcajada con su sonido adicional o destellos de gran expansión constreñidos después a un mísero diamante o frenadas bruscas del recuerdo, del amor, un contacto, un beso blando, mojado, un espasmo sostenido y fugaz, el primer registro de la muerte, esos puntos luminosos para señalar que 16 kilómetros de filamentos encierran en su cárcel la inmovilidad del piloto pegado a los comandos, el ojo abierto antes de crujir con la explosión, el alma en un hijo, vacío entre todos los vacíos, que tomaban colores esplendorosos, como subproductos del pavor de perecer, manchas de la memoria, sin asidero, fragmentos de los huesos preparados para irrumpir en otros preparativos de la existencia, casi siempre sobrantes, inútiles, la voz llegando sólo hasta la boca después de registrar minuciosamente los aposentos de la fantasía y de la utilidad de haber llevado una chispa interior para mover tal acción, la conducta, la moral sobreviviente de tantos acechos, la ruptura entre el sentido común y la posibilidad de no aceptar el vasto mar que en esos momentos, en la pantalla, subía con sus vulgares cristales gruesos y aceitosos enmarcando el suceso desde el ángulo cada vez más verde, fondo de botella, «estamos todos muertos», y las aguas decreciendo, cada tono regresando a su punto de origen al dejar constancia de la frustración de una aventura, el típico regreso del soldado, el silencio absoluto, la luz principal cansada. Pero ante la sorpresa de los curiosos, que continuaban mirando las pantallas sin comprender, después de la muerte definitiva, otros hervores se insinuaron, algo como barro que entraba en ebullición, y luego las formas misteriosas de la vida desfilaron; un segmento del corazón, hueco; los canales de las venas, vacíos; la boca sin nada, perentoriamente, la posibilidad de sumar y restar la urdimbre glandular, un síntoma de un cuerpo desprolijamente armado, accionando un complejo metabolismo de estrellas, coágulos cósmicos de las células enfundadas en su anillo semiabierto (fauces) dispuestas al asalto; cada saldo buscando su enemigo y salvador, detrás de la muerte, caminando en el sentido que usted lee este libro, las células corporales identificadas en la nueva aventura persiguiendo su primera rueda, el centro sagrado de algo que sólo perdió fugazmente el equilibrio (al chocar el supersónico con el océano) dejando que el azar descubra en última instancia, esa virtud del polvo que roe hasta el final el rostro, la magnitud de los siglos cursados en el aire, para luego ver en la pantalla el estampido de un color que barre una casa, abre las ventanas y deja entrar el sol sin haber recuperado esa lamentable piel que dejó en la catástrofe vestido de etiqueta como si fuera un traje de buzo nadando entre las estrellas, los ríos de la sangre cortando de vez en cuando la certeza de una vida, los huesos mutilados por orden superior tomando las formas más inesperadas de acuerdo con los estrictos caprichos del cliente.

UN VALS DEL ADIÓS

La gaviota encendió la turbina del ala derecha, los palillos plateados aspirando el aire turbulento antes de hacer la otra conexión para iniciar el vuelo y abajo quedó Tomé como si fuera un abanico: la tierra en un costado y el mar al otro extremo; se inclinan las calles, chimeneas, cerros, las líneas estrechas encimadas del ferrocarril.

Un solo golpe de timón bastaba para que el caserío más alto del cerro Navidad comenzara a tambalear en la cúspide del cielo. No había duda de que alguien empujaba el paisaje guardabajo. Nada duraría por ningún motivo en su sitio y a la vuelta siguiente ya rodaba otra vez el tumulto de colores sobre la plaza.

La gaviota gira buscando el alimento bajando de un piso a otro. Está cerca de la caleta Los Bagres, aterriza en la arena, tiene un poco de oro en el lomo, agoniza el pescado y por el ojo de vidrio la gaviota mirará el fondo del mundo. Es rojo el escenario, la red de las escamas del buque, compacto el nutrido golpe de sangre fría que la espuma baña a esa hora. Comiendo graznó, aulló zarandeando el resto de la cabeza de la víctima en su entrega final entre el crujido de las olas de fierro, el aluminio bajo y la reducida agitación de los techos rojo calamina.

A pocos metros de distancia el perro pone en movimiento su repertorio. Según el programa oficial, declara su profesión con diploma y amplio porvenir pecuniario. Sin duda dos-tres hijos con rostros de manzana, varios pares de zapatos por temporada. "Señor perro, abogado, atiende...", y la novia dejando la iglesia, cae arroz, ¡vivas!, acuden los perros del sector. La gaviota sorprende al galán de turno, llegó de repente en formación colgando desde el este, blanco jaspeado, un metro noventa de estatura, seguro de su empresa, apenas un leve cambio de palabras, el rudimentario amor, repetirán después tomados de la mano cuando se encumbren persiguiéndose sobre el cielo. Los botes se costalean, alguna red soplada al revés, síntomas y huellas de sierras hilando el mar, rayándolo. Sólo los dos enemigos como la parte integral de una escuadrilla, ninguna palabra a la redonda, siquiera en el oído la descarga de un verbo nuevo que despierta la oportunidad para sacar el tren de aterrizaje y luego entre las piedras de Las Loberas sentir

el ridículo peso con alguna música de fondo. El tijeral de las alas; así estaba dispuesto. Por su cabeza pasaban ciertos estallidos, una carrera súbita, el borrador de una idea, sólo órdenes concretas: manténgase en cinco mil pies, busque la pista de alternativa, no habrá un beso, cambio, una gaviota desnuda es una locura, cambio, temperatura del momento.

El perro ronda la novia; le cuenta la historia en colores cuando escaló el Himalaya. Por los gestos, pierna arriba, el que sabe sabe, ella como que barre y sale a mirar el mar, indiferente ante la sorpresa de la gaviota, sólo mueve la cola. Caminan del brazo, el letrero dice: "Hotel", pide autorización para descender doscientos metros, cambio. Anotan sus nombres en el libro, entre los vidrios, ella deja su cartera en el velador, fumará, pedirá un trago fuerte, pueden sacarse la ropa a oscuras, pero en la arena es distinto. La gaviota no puede contener la risa, el esfuerzo del galán como si la estuviera estrangulando, la dificultad en el trabajo, algunos niños miran, no es de su incumbencia, el perro la zamarrea, le dan deseos de llevársela para su casa, saca la lengua jadeante, y otra vuelta, cambio, inútil resistencia, emperifollados, dale que dale como si no tuviera otra cosa que hacer, sobran las palabras, colige la gaviota.

El perro piensa en el compromiso bancario que se le vence mañana, es la cuota del traje, anota en la libreta, tanta confusión doméstica, tomar el desayuno con el diario atravesado, ¿y para qué le servirá el serrucho?, la carga se arregla en el camino, es cuento viejo, argumenta ella, mostrándole el mantel recién bordado. Huele a jabón el pañuelo y al aire del momento. El matrimonio de los perros huyendo cada uno para su lado, son enemigos, concluye la gaviota, el último es ladrón de gallinas, parece que no se habían presentado. Mañana te llamo, le dice el galán cuando salga de la trampa en ascenso, trescientos pies, cambio autorizado, me dirijo a Pingerales, el sol cae de soslayo contra el gramófono. Cerca de los acantilados el galán revisa su selección de discos. La orquesta está pronta y la mujer sobre la arena, en bandeja desnuda con los fulgores del sol sobre los divididos pechos tremolantes. El microsuro ordena la posibilidad de la posesión, sí, no, cambio, la gaviota resbala sobre el absurdo paso de comedia, el galán elabora el aria con el do inflado de pecho sostenido mayor, ella llora en cuclillas, cambio. Me vengaré, dice, luego la ternura de la faz 2 del disco número 47 que dice: "Serás mía, serás mías, etc.", más cuerda, cambio, ella retrocede moviendo las velocidades, nuevo discurso, ordena el ataque, la mujer levanta la bandera de la rendición según determina el libreto, por fin solos, anota la gaviota, dulces enemigos, fantasmas granulados batidos como es lógico por el deseo, abran cancha, se apoyan ahora en las mutuas columnas, es cuento viejo, repite ella bajando las pestañas, alguien podría fotografiar esta cópula de ahorcados y jinetes vengativos, sin contornos, es como un asalto, no se escuchan los disparos, sólo la pólvora dispersa, qué necesidad tienen, comenta la gaviota, cambio, torre de control,

de estrangularla en esa forma, sale humo de las nalgas, parece que estuvieran proyectando una película, todo se mueve a saltitos, desde el fondo de los sexos surgen llamas, corren chispas, pasa la locomotora por la columna, ninguno de los dos pide auxilio, al contrario. Aparece el mar, sombrero caído al ojo, la curiosidad hace sonar sus aguas verticales, está al rojo la sartén del universo, aceite y agua hirviendo, el hombre y la mujer con la lengua y los cuchillos en alto, cambio. En estos momentos, confirma el locutor, el galán se pone los pantalones. Faltan escasos minutos para que termine el partido. El público aplaude de pie. Vivimos momentos dramáticos y la barra enciende antorchas, dice que perderá el tren, se le ha hecho tarde con tanta maniobra, consulta su horóscopo, pero te amo, etc., el disco N° 59 está en su apogeo, perfecto, llanto de fondo, y la mujer teje que te teje, toma asiento en la punta de la silla. El dormitorio disperso, es decir, el campo de batalla, linda, imagínate tú. Confirmado: la mujer recoge sus prendas íntimas. La maquinaria ya rindió sus frutos, ahora resuella satisfecha, tararea, agita la mano para saludar, el brinco de la gaviota que otra vez apura su tijera como un espasmo del aire y corta la turbulencia del viento en la noche sin fuego.

Cuando llegó el momento de ingresar al asilo, la gaviota no quiso firmar la notificación. Eran unos parientes píos que deseaban internarla, ubicarla en una silla de ruedas, los domingos visita de los sobrinos, algún libro blanco, prepararse para morir sola sin ese ruido de las turbinas imitando el vals "Sobre las olas".

Rechazó el bastón blanco de los ciegos aunque parecieran ridículos el burdo remiendo que le había hecho en las alas, los parches en el resto del cuerpo y los anteojos que le colgaban hechos trizas y el amplio traje prestado del difunto, porque aún podía remontarse, cambio, con esos achaques propios de la última edad, mirar por último el perro pegado otra vez con cola de carpintero y la pareja de turno clavada por dictamen del deseo original mientras el cineasta le daba vueltas a la manivela, la vista borrando el claroscuro del mar. Llegan fantasmas, la muerte es lo que les pone ruedas a las olas del viento que acompaña al cortejo. La cruz anuncia que el difunto se llama Alfonso Mora. No se le veían aún las alas, esa predisposición para levantar el vuelo, tomar carrera en el cabezal, calentar los motores, pedir el pase correspondiente a la torre de control, agitar las alas, encasquetarse el cuerpo de una gaviota y partir. Inclinarsé dos veces a la izquierda en señal de despedida póstuma y luego enfilarse la proa y dejar caer el lastre, todos los recuerdos, algunos olvidos imprescindibles y hundirse por fin casi en la oscuridad, doblar el timón para acercarnos al mar, rozar las olas y ser la misma espuma entre sus rúmulas como tremendas campanas que no conocen sosiego, sin permitir siquiera que el océano vaya a cambiar su volumen o bien de altura o bien de peso.

EL SENTIMIENTO QUE TE DÍ

El jinete galopa brioso. Debajo de su cabalgadura el perro se queja:

*-No vaya tan rápido que llevo el corazón en la boca-.
Sorprendidos, jinete y caballo apuran la marcha hasta perder de vista el perro parlanchín. Seguros de haberlo dejado en el camino, el caballo dice:*

-El medio susto que nos dio cuando escuchamos hablar al perro.

Chascarro

PRIMERA PARTE

El animal estaba plantado en la esquina con la neblina sobre el lomo y alrededor de las orejas recordando que faltaban doscientos metros, cuando se planta en seco y pierde la carrera. Arriba el monigote del jinete se retuerce con su látigo y le sale espuma por la boca. El caballo río a mandíbula batiente hasta el extremo de lanzarlo al suelo antes de regresar al pesaje. De fondo quedan los aullidos domingueros de la multitud del Club Hípico. Dejaron de darle el terrón de azúcar del triunfo, sólo una mutua sorpresa y la venganza por los ojos del propietario y el preparador la teoría indicaba que sólo era necesario la porción de avena, medio kilo de zanahoria y pasto verde y los ejercicios de entrenamiento y luego el clásico de los 1.500 metros era grito y plata, pero el caballo se paró en seco. Había visto la película inglesa antes de esa tarde en que se le ocurrió tomar el ascensor pidiendo que lo llevaran hasta el décimo piso del Ministerio de Educación. El atleta desprendido del grupo se acercaba a la meta. No por puro gusto. El preparador entendió que nada era tan simple; el caballo debía ordenar a la sala de máquinas que apretaran el acelerador a fondo y las bielas se volverían locas dando vueltas empujando. Estaban de por medio los últimos sentimientos antes que los hechos consumados. No

importa que la multitud haga bocina con las manos para protestar desde las galerías y después los boletos caen mordidos con ira. Todo había sido una sucesión de equívocos desde el momento en que el caballo se negó a tomar el hábito fatalista que le había otorgado el destino. La mosca es una mosca, dijo para justificarse mirando con indiferencia al insecto que lo provocaba recorriéndole el lomo. Pero desde el primer momento cuando empezaron a armarlo y le pusieron las cuatro patas y el uniforme alazán y la cola movable que llevaría el resto de su vida, sin pérdida de tiempo empezó a organizar la fuga de esa cárcel estable, el cuero, la estantería, el rápido juego del motor, el circuito de la sangre, el frontón de los dientes, la lija de la lengua. «Para tomar conocimiento y conciencia de mi propia condición de caballo debo someterme a todas las pruebas», concluyó aquella tarde al llegar hasta la Iglesia de los Capuchinos pidiendo un dormitorio, una mesa, papel y lápiz, una cama, la jarra y un vaso de agua para dedicarse a la meditación.

Vio la cruz (su propio calvario) en demanda del disco: una aureola fija en el aire sin sentido y donde el uniforme, en última y primera instancia sólo lo arrojaba a otro punto de partida, pero donde continuaba siendo caballo con el mismo intolerable uniforme. Si recorría el derrotero al revés, también el otro extremo terminaba en el mismo animal, sólo con la variante que aparecía cambiando de lugar la sombra, la intención de los ojos y la velocidad de las patas. El conflicto se inició cuando los comisarios dejaron constancia de la queja de los otros jinetes, asegurando que Humoso en plena curva los llenaba de imprecaciones. ¡Brutos!, les decía, ¡miren cómo hacen el ridículo, matungos! y luego les arrojaba un anticipo de la derrota.

Días antes del remate lo caparon, tal vez sólo por venganza. Ver en ese balde el residuo de su familia: los dos hijos que había imaginado estudiando en los Padres Franceses, le cerró la última puerta; y cuando pasaba cerca de las yeguas ya no las olía en el aire o saludaba en forma provocativa insinuando una invitación con una actitud ausente. Sólo ese sardónico ajeteo de empujar la carretela repartiendo el pan con las orejas abriéndole el callejón de la luz, mirando la colección de zapatos en la calle, flaco, envejecido, desganado. Dormía de pie, añorando la payasa de los buenos cuando disputaba los clásicos.

La jornada se iniciaba a las cinco de la mañana, chascón y malhumorado siempre con el sueño a medio trajinar como si anduviera buscando en forma desesperada el nuevo disfraz, pero nada. Apenas ese aroma fresco del pan como única comunicación con el resto de los humanos.

-Por fin, compadre, dijo uno de los propietarios.

-Parece mentira, agregó el otro amigo recorriendo el caballo.

-Está completito, confesó orgulloso.

-¿Cuántos años le echa usted?

-¿Así como se ve? Sus ocho. Todavía tiene para largo, creo yo.

-¡Y pensar que empezamos con un canasto!

-¿Cómo que con un canasto? No se acuerda bien; empezamos con nada. Con las puras patas y el buche.

-Cierto. El canasto lo compramos después cuando ya nos fuimos pa arriba.

-¿No ve? Y del canasto pasamos al carrito.

-Nosotros no más sabimos lo que nos costó, dijo el que estaba más contento con la compra.

-Y pensar que nos demoramos cinco años en juntar la platas para hacernos del animal, dijo uno dirigiéndose al caballo.

-¡Cinco años! confirmó el otro, todavía incrédulo.

-¿Me permiten?, interrumpió el caballo haciendo un gesto con las patas, como queriendo asegurar que iba a hablar corto.

-Puedes decir lo que quieras, casi le contestaron a coro los nuevos propietarios.

-Es mejor que me devuelvan.

Los dueños se miraron sin entender.

-No quiero causarles dolores de cabeza, sentenció el caballo ampliando su confesión. Yo estoy liquidado. Ya está bueno.

-Pero nosotros no tenemos la culpa, argumentaron los dos hombres tratando de entender la situación. Te compramos por bueno y con los dientes sanos.

-¡Ah! dijo el caballo con tono amargo-, pero no miraron lo único que tenían que ver.

-Este gallo debe ser tonto de la cabeza-, aseguró el más resuelto de los compadres.

-No sé, ya les advertí. Y no respondo-, dijo levantando la pata, sentenciosa.

Los compradores se empezaron a desorientar.

-Espera un momento, suplicaron. Vamos a conversar con el amigo la cuestión y volvemos. El caballo se puso de espalda para dejarse envolver otra vez por la suave neblina sin movimiento que llevaba encima. Regresaron ruidosamente.

-Hable usted compadre, dijo uno de los dueños.

-¿Que no quedamos que usted le iba a dirigir la palabra?

-¿La palabra?, preguntó con tono sorprendido el que estaba a su lado derecho.

-¿O es que tiene miedo?, provocó uno de los propietarios con tono desafiante.

El animal los miró con el rostro vacío.

-Oiga amigo, dijo el más atrevido. Perdóne, agregó, pero la vida parece que lo tiene por cuerdas.

-Así es, confirmó por fin, es que yo nunca he sido caballo.

-No te dije, manifestó el otro abriendo los ojos para aumentar su sorpresa-, a lo mejor nos metieron gato por liebre.

-¿Cómo, cómo?, preguntaron los hombrecitos esperando una confirmación.

-Es que ustedes-, repitió el caballo-, se pegaron el ensarte.

-No puede ser, dijo el co-dueño recorriéndolo de nuevo. Por lo menos por fuera está completo. Es caballo.

-Eso es lo que ustedes creen-, argumentó el animal.

-¿Y con este gallo tan complicado vamos a tener que ponerle el hombro?, preguntó uno de los dos.

-¿O te la querís dar de artista con nosotros?

-¿Entonces es cierto que fuiste de carrera? -concluyó el segundo.

-Claro, replicó el caballo; con auto y chofer a la puerta.

-Pero eso ya pasó, gancho. ¿Y sabís qué más?, si te retacai con nosotros, es mejor que lo pensís dos veces.

El caballo trató de resumir su tragedia: -Estoy en crisis- dijo.

-¿En crisis?- corearon los hombrecitos. -Estai pidiendo por abajo, agregó el más experimentado, pero sin rencor.

-Pégate la explicada por los menos, dijo el que sostenía la botella.

-Dejé de creer, afirmó el caballo con lentitud. Perdí la fe. ¿Me entienden?

-¿Y pa qué querís la fe, cara de cometa?, si lo único que necesitai es ñeque pa empujar la carreta.

El caballo se sintió más incomprendido que nunca. Después recapacitó con voz opaca. -Para poner un ejemplo: ¿Ustedes creen en alguna cosa? La pregunta pareció sorprenderlos.

-¿En qué creímos nosotros?- se preguntaron uno al otro, mirándose con preocupación.

Se rieron terminando por pegarse algunos palmotazos.

-Fíjate que nunca... Uno paró en seco la conclusión. ¿En qué voy a creer yo?: ¡en mi compadre!

-La verdad nomás está diciendo, dijo el aludido. Y yo, ¿en quién voy a creer?: ¡en mi compadre! ¡Je!

El caballo aumentó su tristeza mientras la neblina seguía revoloteando a su alrededor.

-Y nosotros dos, aseguró el más optimista de los borrachos, creímos en tí, pues gancho, por eso te incorporamos a la familia. Soi casi como cuñado pa nosotros.

-Pero como caballo, alegó el afectado.

-Claro, dijo el que estaba más cerca del animal. Pero con sentimiento, con el mismo sentimiento de la persona.

-¿Cómo estuve?, preguntó con cierto orgullo el que había pronunciado la última frase.

-Del uno, contestó el más tímido. Yo en ese sentido, agregó, nunca le he hecho la diferencia, no le ando poniendo sobrenombre a las cosas. Ese es mi pensamiento- dijo, palmoteando al caballo.

-Es grande usted compadre, reconoció el otro socio.

El caballo exigió que lo dejaran meditar unos momentos. Parecía apabullado por los argumentos.

Insistió:

-Pero lo malo es que yo no quiero trabajar más, metido dentro de este uniforme de caballo.

-Ah, ganchito, contestaron a coro los compradores. El trabajo es obligatorio. Nosotros no nacimos caballo pero le hacemos el empeño.

-¿O querís que nosotros tiremos la carretela?

-Eso no, aclaró el caballo. Pero yo no trabajo y punto.

-¿Y por qué no le dijiste eso mismo a tu antiguo dueño?, preguntó el más desmoralizado de los propietarios.

-Es que ese gallo era duro en entendederá; no quería entrar en razones. Y estaba metalizado. Si se lo pasaba contando las lucas de atrás pa adelante y de adelante pa atrás. Ustedes son otra cosa.

-Y por eso mismo abusai de nosotros que somos comprensistos. Pero aquí la cuestión es muy clara: o le ponís el hombro o te vai de charqui.

El caballo respondió de inmediato: -de charqui dijo, en el colmo de la porfía. Si me ponen en el dilema me voy de charqui; no me importa porque no le tengo miedo a la pelada.

-¿Pero qué culpa tenemos nosotros?, contestó el más comprensivo de los compadres, tratando de buscar otro argumento. Te compramos para que hagai tu oficio y si no, nos vamos a la ruina. Ponte en nuestro lugar.

-Ya les dije, insistió el animal. Conmigo no.

-Mejor sería venderlo, se contestó a sí mismo el que estaba hablando. Que le diga a otro ñato lo que le está pasando, que está enfermo de los nervios.

-Estoy seguro que nos va a salir pelando encima, contestó el otro. Porque pongamos por caso que de caballo no trabaje; ya está. Está bien. Pero no quiere hacer ninguna otra cosa aunque fuera pa ayudarse él solo.

-Eso son mis mismos pensamientos, dijo el otro. Está taimado.

-A lo mejor lo podíamos llevar a la ciencia médica pa que le revise el mate.

-Están mal, interrumpió el caballo. Si este no es un problema de la cabeza.

-De la cabeza propiamente tal, alcanzó a decir el que estaba más cerca del animal.

-Esto nos pasa por ser comprensivos, dijo el que no podía entender el problema.

Nosotros no nacimos con el don del abuso...

-¿Sabís que más?, te vamos a dar vacaciones a potrero suelto, que bien merecido te las tenís.

-Porque del mameluco donde estai metido ya no te va a sacar nadie.

-¿Quién te va a cambiar la maquinaria, la cañería? El caballo se defendió: ¿Y los que andan con la radio prendida?, esos sí que tienen derecho a cualquier cosa.

Sus propietarios bajaron la vista.

-Porque en esta cuestión, al que le toca le toca. Tú te juiste de caballo, nosotros no juimos de hombre y otros nacieron de riel, de poste pa la luz.

-Y la mosca de mosca. ¿Tú creís que la mosca no ha pensado más de una vez en cambiar de ambiente, de ser a lo mejor matapiojo o sargento? Claro que lo tiene que haber pensado. Pero sigue siendo mosca y morirá de mosca y pa'más recacha, le harán un entierro de mosca.

-Pero después de ser de fina sangre, miren cómo estoy ahora-, dijo el caballo mirándose los zapatos sucios. Estoy hecho una ruina y encima ustedes me han puesto este abrigo que parece que son los que da de baja en los regimientos para regalárselos a los locos...

-Nosotros nunca te hemos ofendido diciéndote que eres un matungo.

-Lo único que faltaba, dijo el afectado.

-No hay que ser tan prejuicioso. Ahora ya no tenís que rebelarte contra nadie. Tenís asegurado el techo, comida y encima la amistad. Por qué no te pegai la cachá.

-Ahora que tenemos el carromato es cuando vai a jugar un papel de primera. U sea, caballo de carromato. ¡Cuántos gallos quisieran estar en tu lugar!

El animal se emocionó.

-Ustedes le buscan por todos lados el cuesco a la breva, dijo.

-Porque también tenís que considerar que uno no es joven toda la vida. Ahora los tres empezamos a jugar los descuentos, con los várices y el reuma.

-Y la tortícolis, agregó el otro socio con cierto tono doctoral.

-Pero un caballo viejo no tiene destino. ¿Qué le queda? Si jubila puede arrendar por ahí una piecésita en una pensión y pasar todo el día muerto de frío leyendo diarios viejos.

-Por eso te estamos dado la oportunidad. Nosotros le vamos a trabajar la hojalata, y vamos a juntar el oro, y todos vamos a ir en partes iguales en la parada.

-También es cierto, reconoció el caballo con algo de entusiasmo. Por los caminos se ven pasar otros caballos, otras personas; u sea, ya uno no queda tan encerrado.

-Y mal que mal la Flaca, que nos va acompañar, le pega a la cocina. Las pantrucas le quedan como de restaurante.

-¿Cuándo partimos?, consultó el caballo.

-Chís. Qué nos demoramos. Nosotros vamos a ir a hacer la bencina y esta misma noche partimos pal sur -dijo abrazando a su socio y retrocediendo, sin dejar de mirar el caballo que movía la cola como esos perros chicos cuando juegan con un calcetín.

SEGUNDA PARTE

Algunos meses después

Mentiría si mi compadre tuvo alguna vez un sí o un no conmigo. El con su caudín y yo con mi caja de herramientas. Y los dos S.A. Socios hasta la muerte, pese a las dificultades. Lo que pasa es que él era lanzado y yo temeroso. Cuando nos poníamos a tapar los hoyos de una cantora, para poner un ejemplo, le venían los delirios de grandeza. Se veía en la fábrica, corriendo en bicicleta con un soplete de este volado, llenando en forma racional los agujeros. Con los paraguas pasaba lo mismo. No tenía freno; le gustaba soñar despierto, repitiendo: «Compadre, es mejor el aumentativo que el diminutivo». Y de ahí no lo sacaba nadie, aunque después no teníamos con qué parar la olla.

El aumentativo, le gustaba rebatir, es el problema consecuencial de los tiempos que vivimos.

En cuanto se empezaba a poner difícil, yo cerraba la parte de mi carromato sin querer escuchar, porque exageraba pagándole al personal el viernes, con la libreta al día, bautizando la fábrica de materiales con algún nombre fantasioso y siempre al final: S.A. Después revolvía las cenizas, triste, sin auditorio sumando y restando las entradas: a veces hasta cinco lucas cuando andábamos con suerte.

La idea le daba vuelta a cada rato, bastaba mirarlo para comprender que no estaba tranquilo porque hablaba en voz baja, pero sin mirarme como si yo no fuera su amigo.

Porque tarde o temprano, decía, el aumentativo producirá la felicidad. Toda la felicidad era su argumento más rotundo.

Está bien, le contestaba siguiéndole la corriente, pero no se enoje compadre. Entonces él sin agregar otra cosa abría los ojos con compasión, como diciendo: ¿Cómo pude asociarme con un bolsiflai como éste, tan lento para llegar a una interpretación cabal de mis ideas?

En ese tiempo estábamos trabajando la hojalata, oficio que habíamos aprendido cuando fuimos a parar a la cárcel, también por culpa del aumentativo. Usía, le rebatió el compadre, la enajenación de los bienes no es un delito. Es un conflicto moral. Entonces el juez le miró los zapatos por donde salía el dedo gordo. Lo anduvo acoquinando. Son los valores, insistió, los que están chuecos y entre la miseria y la riqueza no se produce el aumentativo.

Dictaron la sentencia. Cinco años y un día por faltarle el respeto a la autoridad.

-Nos castigaron con aumentativo y todo -le dije con rabia cuando quedamos en la celda. Lo legal eran tres años por robo con premeditación y alevosía; u sea, por patudos confirmó el magistrado con ojeriza.

El compadre estaba en un enredo. Vivía anotando y siempre le sobraba algo, bien en sus pensamientos, bien en el trabajo. A los tarros de basura le agregaba una segunda tapa. Desembuche, lo provocaba cuando descubría que sus ideas le estaban haciendo humear la cabeza. Pero cada vez se iba encerrando en sus propias cuestiones y le gustaba humillar a los que no tenían tanta preparación como él, repitiendo puras frases para el bronce, hablando hasta de la inmortalidad del cangrejo.

-Estamos marginados de la sociedad de consumo. Ahí está la clave de todo - repitió con una seguridad absoluta, sosteniendo el caballo para que no se fuera de espaldas con lo calambriento que estaba. El aumentativo se va desinflando por causa que aminora el poder consumitante. ¿Me entiende compadre?

-¿Cómo no lo vamos a entender, le contestaba mirándolo de reojo, con extrañeza, soldando la bacinica. Es la sociedad de la abundancia lo que nos ha jodido, dijo, abriendo el paraguas contando los agujeros, tratando de mirar la luz desde abajo.

Y hasta Dios se ha puesto consumitivo, agregó, retorciendo una vez más la idea.

De consumitivo a consumitante, ¿cómo lo hallai?, dijo, y nosotros cómplices, con el caballo oliendo el lejano humo del asado que venía del sur.

Debe ser punta de ganso, recuerdo que dije aspirando el olor como si fuera perfume. El equino refutó: «No, huachalomo». ¿Y nosotros? -interrogó el mismo-, ¿qué papel jugamos en esta historia? Empezó a diseñar un nuevo modelo de lavatorio para bañar guaguas.

Tuvimos que mover la cabeza, arquear las cejas para demostrarle que estábamos atentos.

Y si Dios también se va para el lado de la consumitancia, se produce el cortocircuito, prosiguió obsesivo, remachando un clavo imaginario.

Pásame el plomo, agregó con terquedad para unir las primeras juntas del fondo.

-¡No hay salud! ¡Y pensar que tuvimos que dejar cesante a la Flaca!

-Así es, confirmó el ayudante. Porque ya no daba el rendimiento.

-Se echaba al buche más de lo que producía. Eso era todo.

El caballo espantó una mosca enredada entre las crines.

-No se puede hablar así tan crudamente, dijo.

-¿Pero rendía o no rendía?, preguntó el que estaba soltando las latas.

-Yo creo que sí, dijo comenzando a buscar un pedazo de plomo.

-Pero no se producía la libre ecuación entre la consumitancia y la productividad, agregó el de aspecto más viejo.

-Lo importante es tener la gratitud -dijo el caballo metiendo la cuchara-, sin gratitud no valemos ni cinco.

-No estamos hablando de eso, aclaró el más desolado de los técnicos.

-Lo que pasa es que comía más de la cuenta.

-Comía lo que tenía que comer, defendió el caballo sin agregar otro argumento.

-A mí me lo van a decir, dijo el que fue su marido. Comía, comía en el azafate.

-Pero eso es sólo una parte de la película, anotó el que estaba con el cautín en la mano.

-Usted no quiere dar su brazo a torcer.

-Con los años uno se vuelve más práctico, dijo. Ya no volvería a repetir la gracia.

-Pero mal, mal no lo pasó, recordó el caballo desde lejos.

-Mal no, dijo. Pero salió cara la gracia. Salimos pa'trás.

-Repase por aquí, ordenó el que dirigía la operación de la bañera.

Algunas gotas de plomo sobrante cayeron al suelo con una chispa blanca.

-Es que por un lado comía, dijo el ayudante, pero también le daba sus satisfacciones.

-¿Qué satisfacciones?, consultó el aludido, indiferente.

-Las satisfacciones sexuales, mal que mal...

-Sí pues, volvió a confirmar el caballo desde lejos. ¿Y eso, cuánto vale?

-Con su obligación nomás cumplía, aclaró el gásfiter.

-Pero usted juega chueco cuando la recuerda: por ese lado no le descuenta nada a los gastos.

-Lo único que pasaba es que todos los días salíamos pal debe.

-Pero entonces usted se moría de la risa, reafirmó el caballo. No andaba como ahora que está sin salir de perdedores porque hace meses que no le ve el ojo a la papa.

Por primera vez el gásfiter levantó al vista para ubicar al caballo.

-Tú hablai de puro necesitado. A lo mejor algo tuviste que ver con la Flaca.

-A mí que me registren, se defendió el caballo. Nunca he sido partidario de los triángulos amorosos.

-¿Entonces, por qué sacai tanto la cara por ella?

El caballo prefirió callar. Esperó el ataque del ayudante.

-Usted no serviría para juez, maestro -adelantó.

-¿Por qué?, preguntó el que tenía el cautín en la mano.

-Pareciera que le gusta andar con la balanza cargada para un solo lado, para su lado propio.

-Así se habla, afirmó el caballo con voz grave, raspando la tierra.

-No entiendo, no entiendo, dijo el afectado tomando un aire inocente.

-¿Y la ternura que le dio, el sentimiento, el amor, ah? ¿En qué lado del libro lo puso?

-A pérdida, reconoció el gásfiter con resignación interesada.

-¡Por eso es que le sale mal la cuenta y se descuadra!, acotó el caballo. ¡Eso no es de hombre honrado!

-Ustedes creen que uno tiene que andar con un libro anotando las rayitas, los favores...

-No, pero sería bueno que balanceara la consumitancia con la productividad como usted mismo dice, cuando habla hasta por los codos.

-Era mujer y de mujer trabajó conmigo, dijo el gásfiter con algo de remordimiento apagando las últimas palabras, tal vez como para que no lo escucharan.

-¿Y por qué le pusieron después «Como 15 botellas»? preguntó el caballo a su ayudante.

-Eso ya es cosa mía, respondió el maestro.

-No se la saque, aclaró el caballo. Porque le tenía el afecto, el cariño, y por eso se puso a tomar como loco cuando quedó solo.

-¿Sabís que más hocicón?, dijo el gásfiter perdiendo el control. Tú eres el único que no tenís derecho ni a voz ni a voto en este enredo.

El caballo dejó de hablar.

-¿Con qué necesidad le tira el caballo encima, jefe?, dijo el ayudante, apaciguándolo. El todavía anda con ese problema de la conciencia.

-Si tuviera conciencia habría renunciado a la pega, dijo en forma rotunda el gásfiter titular.

-Eso es cierto, reconoció el caballo en el colmo de la tristeza, dejando de agitar la cola. Pero la verdad es que no me la puedo, ya estoy muy viejo para empezar.

El gásfiter mostró su rostro en medio de las sombras y la luz escasa.

-Lo que pasa -volvió a argumentar el otro gásfiter-, es que usted no sabe lo que valen los sentimientos de la persona.

-Usted dice porque le pegué la patada a la Flaca y le dije hasta aquí no más nos llegó la cuerda m'hijita.

-Acuérdese que la dejó botada en el camino.

-Bacalaos conmigo no, aseguró el jefe. Ya le había sacado el rendimiento, ya no daba manteca. Por eso: buenas noches.

Preguntó el maestro: ¿Y tú, por qué te quedaste callado?

-Ya se había producido el dilema, argumentó el caballo. ¿Cómo iba a valer yo más que la Flaca? Pero confieso que me quedé callado, que me fui por el lado del acomodo por pura cobardía.

-Y no por el lado de la ética, de los principios morales, aclaró el ayudante.

-A lo mejor, contestó el caballo con tono desvaído, recordando.

-Nosotros, confirmó el jefe, sin el carromato no somos ninguna cosa.

-Y el caballo es parte del carromato. No hay donde perderse.

-Pero el amor, justificó el caballo, es parte de la persona. Es mejor andar a pie que sin amor por el mundo.

-A güena hora venís a sacar la voz, gangoso, le dijo el gásfiter enfrentándolo. ¡Y pensar que te cambié por la Flaca!

-Así no más fue, confirmó el caballo apurando el trago.

-Con razón decía ella (recordó el ayudante) que éramos unos aprovechistos.

-Lo que pasa es que a nosotros nos liquidó la sociedad de consumo, repitió el que había terminado de soldar la bañera con la tapa.

-Si lo único que le consumimos es tintoleo, dijo el caballo como si se tratara de un descubrimiento.

-Pero el que vende el amor está perdido, aclaró el ayudante.

-Yo no he vendido ninguna cosa, se defendió el maestro, dejando el caudín a la intemperie.

-Pero le pegó el chute a la Flaca cuando era como parte del inventario del carromato y encima le quitó el pan de la boca.

CUPIDO, CUPIDO

¿QUÉ HAY DETRÁS DEL MURO?

Si mirara largamente las rosas de papel, habría recommenzado por la infancia, pero luego hojó el áspero olor de la revista, la vetusta ceremonia de la coronación de la reina, el puzzle resuelto a medias por otro, buscando todavía la luz interna de la tarde, todo sin respuesta.

Sumó sus 40 años, la única maleta encima del ropero. La imaginación estaba endurecida, sin deseos de caminar, sin la vitalidad como para remover un recuerdo, simplemente ya casi dentro de la esfera del olvido definitivo en su casillero y sordo, levantando el muro ausente, el héroe que la viniera a interpretar poniéndole las máscaras en serie de rigor, la ironía para su desplazamiento. Un gris profundo al terminar la edad, cero resonancias, como si hasta el polvo de los acontecimientos ya no tuviera necesidad de levantarse, fluír, volar sin interés, cumplida su tarea con esta vida en una pieza de pensión con el timbre lejano, están todos muertos a la hora de la siesta como pegados con un clavo a la silla de dormir, sin ruedas, sólo el empuje del viento permitía inflar las sábanas de los lechos de los ancianos, controlando su timón blanco, raspando la arena, el anonimato más absoluto de sus nombres con el mismo hambre que había comenzado el siglo: el plato vacío en el centro de la mesa y luego sus rostros en hilera, sin perfil olvidados.

Falleció en ese capítulo la protagonista del radioteatro como un anticipo de múltiples circunstancias, cera Nugget dijo el locutor culpándola hasta el próximo lunes, raspa que te raspa la soledad, nada está abierto a esa hora: la pulcritud del silencio, el paso completo de las multitudes, cada habitante registrado dentro de la órbita imposible - espera-vacío-espera- el compás parece interminable, humo, la campana que podría remover la última lágrima y la deja quieta en la raíz de su entraña y necesidad, numeraciones, teléfonos inconclusos, querida, no sabes lo que te has perdido, dijo dejando caer el volumen de palabras que no entraba en ninguna caja, el chorro mortificante como si de pronto los dientes sirvieran de esclusa, atrás vienen empujando los verbos como olas turbias, pasan los indefensos náufragos y victimarios, oye, un bruto, pero con su encanto, con decirte que su manota me tapaba todo el seno, justo la sensación

simultánea de frío y calor, los cinco dedos apretando el timbre; yo le pregunté: ¿Señor, cuáles son sus intenciones?, mirando las tres sillas solitarias muertas, la jarra de papel floreado, los lamparones, sin delicadeza, oye, un rufián pero tenía la llave de la pieza en el bolsillo, pensó que esta vez escribiría a máquina, sureña o nortina, bien parecida según dicen mis amigos, simpática este es un bruto y me puse a esperar la sorpresa, oye, parecía que le iban a saltar chispas de los ojos, con decirte que me empezó a perseguir por el hotel y yo arrancando con los brazos en alto y el pelo suelto, con tiempo, eso sí, para echarle una miradita por el espejo, se le veía la carpa levantada, oye, y me dije este me va a matar, alma afin, afán, siguió buscando y rimando con dificultad dejando de fondo la voz de la amiga, todavía no la llevaba a la cama, claro ¿no lo mordiste?, ni tonta, ojos (se los coloreó furtiva), azules, poco expresivos, profundos podría agregar la señal clave: 0,90 más bien alta y 0,60 se vio más corta que larga, oblicua y transversal con intenciones serias, hija de buena familia, dijo que el sostén lo iba a guardar como trofeo, oye, impresionante el matarife, niña, me dijo con voz de bruto: «Puedo romper nueces». Después preguntó: ¿usted tiene?. Tú me conoces lo precavida que soy, linda. Puse en el velador un medio kilo como para entrar en confianza. Y él, zas, oye, mejor que un martillo, fíjate, en eso nos pasamos la tarde, en mi vida había comido nueces tan sabrosas, niña, una botella al mar, pensé cerrando la mentira pegajosa, tal vez la punta del sobre quedó levantada y lo tuvo que aplastar, sin entusiasmo. Todavía existía la voz en el fondo de la pieza poniéndose los calzones y le dolía la cintura dijo, debe ser las poses que describió, oye, pero las nueces dan más ganas recomendó el consejo del matarife bigotudo y con barba falsa, fíjate que me dijo que tenía corriente, que si me casaba con él no gastaríamos luz, era cuestión de atornillarle una ampolleta en la punta, confesó poniéndose la mano en la risa, alma gemela, arde algo que no es un remordimiento, se podría seleccionar libremente en la calle, sacarlo de su cauce, algo suicida, pensó ya con más tranquilidad, llegando al correo, el está esperando dijo confiada, después te cuento el resto, rubricó la amiga, el matarife le estaba inflando los senos, no había duda y al caminar los dejaba estampados, gozosa, como para chocar con un poste. Se vuelven locas dijo, llegando al bar, cortándola en colores. Si no llaman al radiopatrulla, me mata la yegua dijo, escarbándose el último pedazo de la nuez que le quedaba entre los dientes. El también tenía los ojos azules, más bien alto, su sinceridad emocionaba, desafortunado en el amor, de ideas simples, querendón, empuñó la mano sin quererlo, había fracasado varias veces, pero pedía una última oportunidad, usted, como dos islas, el bolero, cuestión que una de las paredes cediera sin especificar dónde pero se supone, ejem, diríamos a las siete de la tarde, en la puerta, claro, perfecto, ¿aló? cómo dice, de amarillo, perfecto, con un maletín, ¿ajá? ¿nerviosa? un poquitín, es la primera vez, claro, los ojos hablarán por nosotros en medio del desfile, todos los rostros disputándose el andamio, los trajes vacíos, la selva

habría dicho, ir preparado, cuando se establece el contacto mucho antes de la cita ¿quién? podrían hacer a lo mejor un balance de las dos soledades, en la cama, dijo, pero borró rápido la idea abochornándose por la audacia imposible, en la mesita de café, mozo, él se dará cuenta en el momento que me pregunte cuántos terrones quiero, todavía no puede levantar la vista, la voz suena conocida como si también viviera en una prisión, la temura si es auténtica, antes que me diga nada con la máscara bien puesta, se le nota y además no lo disimula, llevará papel picado en el bolsillo por si la policía le sigue la pista y quiere detenerlo fuera de temporada, por abajo la palabra clave, buenas tardes, espalda contra espalda, muro por medio, tres golpes quiere decir, estoy listo porque tú también estás tramando la fuga, ella confiesa: todas las noches un gramo de tierra. ¿Qué haces? Yo me la como, dice, ávida de libertad y yo, la respuesta, llevo mi tierra a la tumba del ser más querido, siempre les hace falta, a lo mejor junto con unas flores, sonrío por primera vez con cierta coquetería, ¿cuánto tardarás?, pregunta el galán con tono engolado: 400 años después, responde ella mientras le corta la comunicación. ¿Aló? Le ilumina la cara con una linterna: duerme dentro del sueño en el juego continuo de las vulgaridades, el oficio le enseñó el placer de los equívocos. Podrían asociarse. Quieren conquistar distintas libertades, argumenta el abogado de la defensa. La tierra mojada de los muertos, señorita, la descubre al otro lado de los ojos azules, las manos encallecidas por el ejercicio de la pala, igual que una palpitación dice ella. Saco mi porción en la uña y vuelvo a la celda y me la como, repite. No hay más pistas, sólo el ruido sustancial de la mano cavando en distintas direcciones para elegir más tarde el camino de la libertad. Si él pegara el oído en el muro de los lamentos tampoco la escucharía, pero algún día nos encontraremos, afirma enfático, bajo tierra por supuesto, desgreñados, oh eso no importa, la paciencia es más grande que el amor, 40 años sentada, dice, 40 años esperándote, los detalles no interesan, efectivamente, como que los ojos no eran azules pero la última vez los tenía de ese tono, se disculpa, es la oscuridad, agrega, allá abajo, señala el túnel, ¿rompería efectivamente las nueces? siguen dando vuelta amarillos y verdes enanos y vetustos, ella aportaría la pala de su propia salvación, y él la linterna mágica, a lo mejor existe otro tipo de belleza, podría argumentar en el momento que la desnudara y descubriera que no tiene senos, que no tiene nada sino esa piel vacía sin destino, 40 años de pensión, argumento insólito, a él se le notarían las costillas antes que lo subieran de nuevo a la cruz, muerto de la risa, en el plano de las humillaciones todo es posible querido y por eso me observas desde lejos, noventa años a lo sumo ¿tú crees? que si nos juntáramos, oye, no sé como explicártelo, podríamos arreglarnos, de noche, a lo mejor si tuvieras ánimo me sujetarías la lámpara para cavar más rápido, buscando la salida, tener algo en común dijo la anciana mirando por fin al enano, no esas palas y los baldes vacíos y los pedazos de tierra que salimos a ofrecer todas las mañanas, casi sin sentido, cada día más enraizados en los

túneles, buscando la luz, mientras el hombre de los azules la sigue esperando, al otro lado: ¡Toc, toc, toc!, la tibieza singular de esos golpes que no duelen tanto, oye, con decirte que casi me parte, te diré el bruto, resoplaba, es lo único que me acuerdo y te traje estas galletitas, agregé mirando las flores de papel, aquel retrato de nadie, sentada precisamente en una baldosa suelta ¿me oyes? si no fueras tan tímida le hablaría, aunque sólo fuera para que lo probaras una vez, que loca soy, a lo mejor rompen el catre como nos pasó a nosotros m'hijita, un escándalo, comer tierra dices tú, y un día no lejano huir de la pensión con la maleta, sin pagar, en brazos de su pequeño galán dejando abandonados para siempre el balde, la pala, la sopa de fideos y, ese teléfono que aúlla como un perro cuidando la casa tan vacía.

LA IMAGEN CATEGÓRICA

1

- ¡El candidato que te fuiste a buscar!

- ¿Por qué Cristo dice que no se daba pisto?

- No sé yo, pero por culpa de El estamos aquí.

- Yo por mi parte, incómodo, incómodo no estoy compadre. Pa qué le voy a mentir.

- Se le da bien la vida, compadre: el rotito clavado en la cruz.

- Pior es mascar lauchas.

- También es cierto, pero se aburre uno ¿no? teniendo las manos amarradas.

- Yo le voy a hablar frágil, compadre. A mí, fíjese, me gusta estar clavado en la cruz mirando el mar, otros se han ido pal otro lado sin conocer al viejo siquiera.

- Pero, ¿sabe qué más? el carpintero la anduvo embarrando.

- ¿Porque ni siquiera usó el cincel con nosotros?

- Así fue nomás. ¿Y qué me dice del gallo del medio?

- Se jué por ojo diciendo la pura y la santa verdad. Por eso también salió coliado.

- A toda costa quiso ser candidato cuando con la facilidad que tiene pa el multiplico lo más bien que se podía haber ido de aliviol.

- Me lo anduvieron felpeando tampoco y El muy lirondo oiga, como si le gusta, ¿se da cuenta?

- ¿Y se fijó compadre que no dijo ni pío cuando lo empezaron a tachueliar? Ni que hubiera tenido la carne de 3 x 4.

- Es que conoce su oficio de crucifisto. Si se lo ha pasado en eso pues compadre, de mortifico en mortifico.

- Pero murió enredado en el equívoco. ¡Y tanto que le hablamos nosotros! No hubo caso.

-¿El equivoco dice usted? ¿Porque tenía del año que le pidan?

-No compadre, porque era como tonto pa darle cuerda a los muertos. Esa era su gracia.

-Y también le gustaba poner el otro cachete.

-Y eso que era Eufemio, no le gustaba echarse pa atrás. Por eso creo yo que también lo tachuelieron.

-¡Ah! ¡Escuche cómo ruge la gallá! Está celebrando el triunfo de Bernal.

-Chist, ese que ni se sacó los calcetines pa los funerales.

-¡Y pensar que con ese eslogan sacó la primera mayoría!

-Y nosotros haciendo agua y con la sed viva tampoco.

-Eh, Cristo. (pausa) ¡Cristito!...

-Nada. Debe estar esperando a los periodistas p'hablar.

-La está durmiendo, tranquilo el perro.

-Oiga compadre, ¿sabe una cosa? La victoria, el triunfo que le dicen es puro artificio.

-¿Artificio? y juntimancia p'decir las cosas por su nombri.

-Si «aquí» se jué de piquero. No tenía ni pa parar la propaganda.

-Y pa más recacha, anda a pata pelada.

-¡Y pensar que por usted compadri se entregó a las fieras!

-¿Por mí? Si yo no tengo nada que ver con los cruzados.

-Usted también entró en la colada a lo mejor sin pararla, siquiera.

—N'pues. Ya le dije, a mí que me registren.

-A güena hora; oiga compadre, no grite tanto. Parece que don Jecho está con la paila parada.

-Chist, si el vecino no es nada crucifijado de lujo. Estamos en las mismas condiciones. U sea, cúbito dorsal.

-Pascual.

-Mal que mal, todavía estamos risollando.

-Por eso, porque todavía nos late la cuchara. Eso es lo principal. Cuando el cucharón se para, ¿qué sacamos con irnos de balance?

-La embarramos, compadre. La embarramos.

-No crea. Si robarle a los ricos no es ni venial según mi poca comprensión.

-Por algo los tiras nos amayaron.

-Está hablando chueco, compadre. Hay que reconocerle que caímos en la canasta por olorcistos que somos.

-Usted dice por el perfume propio de cada uno.

-Eso mismo. ¿Se acuerda que le dije: empelótese compadre?

-¿Y qué no me fue viendo cuando quedé con la compañolas al aire?

-Listo, pero se le olvidó enjabonarse antes.

-Usted dice porque los perros se pusieron a ladrar como malos de la cabeza cuando entramos al gallinero.

-A ladrar no, a toser.

-Por el olor a masaje atrasado que llevábamos, dice usted.

-Sí, ¿No ve que con el olor natural los perros mueren ahí nomás, pues compadre?

-¿Por eso sería entonces que despertó todo el vecindario?

-¿Sabe que más compadre? Se plantió el dilema. Dije: si no enjabono como Dios manda, a lo mejor hasta pulmonía me toca y reculé.

-Y aquí estamos ahora sin gallinas, sin plata, sin pega...

-Y más encima nos arrendamos pa hacerle la propaganda a este despelucado. El ojito...

-Lo que pasa es que Don Jecho (lo tengo rochado) no le pega nada a la juarifaifa de la demagogia.

-Todo porque contó la firme, u sea le faltó mandibuleo. Escuche. Parece que está calentando los motores para irse como cohete a la gloria.

-¿Y nosotros, y nosotros?

-Tranquilo, compadre. ¿Cómo sabe si algo tocamos? ¿Y cuál es el apuro? Arriendo no le van a venir a cobrarle. La luz ni el agua tampoco. ¿No ve, no ve?

-¿Usted me dice que me quejo de puro lleno?

-Eso mismo, pues compadre.

2

El oído quedó mucho más cerca del parlante, escuchando el borboteo del locutor anunciando que la policía atrapó al vagabundo dormido bajo el puente.

-Entonces Don Jecho usted nos hace la señal y listo.

-Listo Calixto, pues compadre.

-Y empezamos a tirar desde el segundo piso los baldes con el pescado.

-¿Pescado frito?

-No pues, aturdido, pescado fresquecito, recién salido de las mares. Vivito y coleando.

-Je, Don Jecho. El que sabe sabe. Y entonces la gallada queda con la...

-Y vamos votando...

-No se le vaya a olvidar compadre. Cuando el haga la señal, empieza ni que media lluvia de pescados. ¿Cómo estamos?

Policía examina ropero del vagabundo. Barba en desbandada, el pelo como si hubiera visto un fantasma cuando cuidadores del orden bajaron hasta su choza papel cartón.

-Es el candidato de los canutos, dijo el verde.

-El que se va de multiplico, dijo el ayudante que venía llegando.

-¿De qué cosa?, interrogó el inspector.

-De cualquier cosa.

-Ahhh, se burló el guardián, abriendo la boca en forma incrédula,

-Vos que tenís un poco de todo, ¿por qué no le pedís el favor?

El candidato avanzó entre la fila de curiosos. Dijo a los reporteros que en un tiempo, para ganarse la vida, había trabajado de hombre-sandwich pero otro más hambriento le pegó el tarascón a la tabla y lo dejaron cesante, porque no pudo reponer el daño.

Se había reunido un número grande de electores. El compadre hizo la señal y pegó el grito: ¡los peces, los peces!, dijo. El ayudante apareció en la ventana- ¿Qué te pasa con los pienes, oh?

-¿Que no tenís lista la lluvia artificial de los congrios?, lo interrogó el socio con disimulo y haciendo bocina con voz baja.

-Chís, si está regüena la fritanga aquí arriba, dijo el irresponsable. Y estamos ladrando de la pura sed.

-Pero acuérdate del compromiso, tarado, gritó el ayudante.

-¿De qué compromiso?, preguntó el compadre con toda inocencia.

-¿Que no te pagan, mata de alcachofa, pa que hagai lloverle el pescado encima de la cabeza de la muchedumbre?

-Juaaaa. Se me le había olvidado, dijo. Entonces desapareció un momento y luego tiró los congrios que le quedaban, por la ventana. El candidato saludó para todos lados con las manos en alto como si estuviera en el centro del ring. Los curiosos silbaron. ¡Tongo, tongo! gritaron a coro, negándose a recoger los congrios cubiertos de polvo.

-Torpe, le gritó el compadre desde abajo. Faltó la gracia. Si no es lo mismo que tirar manteca al techo. ¿No ve que era un milagro, aturdido?

-Milagro, contestó el compadre, que dejamos algunas presas. Con el hambre que teníamos...

-Después no te quejís, no te quejís, repitió el compadre ordenando que recogieran los pescados para repetir la gracia unas cuadras más adelante.

-Lo que es yo, nunca le seré artista, se reprochó el encargado del milagro. Usted quiere que tire los pescados como si fueran mariposas pa que la gallada quede con la boca abierta, ¿no es eso?

-¡Eso mismo!

-Ah, no; búsqese a otro empresario más fino, entonces-, le dijo el compadre, mientras continuaba cargando el canasto con los pescados hechos puré con los golpes.

En ese mismo instante invadían la caleta los encuestadores desmontándose de sus paracaídas de colores, lápiz en mano. ¿Cómo me la ponen a usted, señora? Ah, dos punto. Coloque esos dos y otros dos, dijo la afectada, dando detalles cuando fue a dejar a su marido al cementerio y el nuevo galán la montó encima de las cruces entre los pinos y las coronas de los deudos que decían: «Después de esta, no hay otra», «una no es ninguna», hasta que empezó el desparramo de las rosas y con decirle que hasta el finado

parecía dominó, y yo acomodada donde decía RIP, te recordaremos una eternidad, m'hijito, le confesó al encuestador cuando era casta, si no menos casta, sumamente puta, menos puta, nunca por plata eso sí, ¿ah? hay que dejarlo en claro y el difunto, oiga, que había sido el rajado de grande se le ocurrió buscar una virgen para casarse, entonces me eligió a mí, lo que son las cosas de la vida, dijo la encuestada, yo que pasaba muerta de la risa en la fila, nunca le dejé eso sí que me tocara ni con la punta de la uña, sólo insinuaciones, cuando me recomendaron que fuera donde el zurcidor japonés, ¿japonés auténtico?, ¿japonés falsificado? consultó el curioso empezando a sacar las cuentas, imagínese las camionadas de hilo que tuve que comprar, se burló el grosero cuando llegó el cargamento de nylon, después, agregó, el hilo se puede aprovechar de nuevo poniendo una tienda, una paquetería, eso da bastante, cuando sacó la aguja de esas mismas que sirven para coser sacos y yo haciendo memoria, la noche de la boda cuando el marido se bajó los pantalones, ese juego de la vida., señor encuestador, y los niños del barrio, felices, jugando con los cientos de carretes vacíos. Hicieron sus cochecitos para tirarse cerro abajo y el pobre sastre mío, buscando con tanta desesperación, oiga la punta del hilo. Pongamos la carta ¿no? sobre la mesa, ¿qué es lo que promete el candidato, ah?, el osobuco de la vaquilla, algo es algo, los otros se lo llevan ofreciendo la teta de la monja, la cache de la espada y la pata de la mosca, sopleme este ojito y su pescado caído dijo, recordando la hazaña del vagabundo de la barba postiza, y saque la mano de ahí el cochino, la iracunda, la Patria, Manuel Rodríguez choriflaite, ponga otros cinco metros de chunchules, gritó el chofer del camión tratando de superar la oferta del contrario, ¡Aquí viene el rico pescado, el rico pescado! El compadre parado en una escalera de bombero, esperando la señal oportuna para que Don Jecho abriera las manos dando la bendición y cayera ni que medio aguacero de congrio, corvinilla, pejerrey de río incluso, el comando de la campaña, (yo) había pensado regalar algunos paraguas pero no alcanzaron las fuerzas.

-Tírese más largo con el chunchul, dijo Varela (ese que toma el desayuno con canela) al ver que la competencia se empleaba a fondo.

Ponga cinco metros y cinco más, ordenó mientras los parroquianos se envolvían con la tripa como si fuera abrigo para ir al polo, comentó una vieja dejando sólo un hueco para mirar: el resto puro chunchul, uno más pedigüeño parece que se le pasó la mano porque tiraba y tiraba de la sogá, como si los interiores de la vaca no tuvieran fin hasta que le tocó el turno al compadre y dijo: Ahora sí que van a ver lo que es prueba, y dio la señal de atención. Empezó a tirar pescado hecho un poco, oiga. Se notaba que no los había comprado con el gusto que los dejaba caer en la cabeza de los curiosos que se habían arrodillado para agradecer el milagro, claro que más de una gorda ávida de ternura pidió de paso que también le cayera del cielo algún marido, pero me parece que al compadre

se le pasó la mano, con decirle que hasta un tiburón como quien no quiere la cosa apareció en medio de la multitud y Varela, oiga, muerto de la envidia recogiendo los chunchules, después de haber fracasado en la maniobra y el compadre decía: Ahora viene el plato de fondo, y ante la sorpresa de todos los presentes que se habían puesto en fila india para recibir el próximo regalo, ¿qué no va apareciendo un cachalote de regular tamaño, para cada uno de los volantes?, feliz el animal echando su chorrito de agua en colores que decía clarito: «La ballena estaba en conflicto pero ahora vota por Cristo», y las viejas recogiendo ni qué manso cardumen muertas de la risa asegurando que con el cargamento tenfan para parar la olla por lo menos todo el invierno.

-Menos mal que esta vez te resultó aguardientoso, le dije al ayudante, mientras Varela entraba en el WC de la Eunuta, mujer de Trúbico, el carpintero. Ni golpeó siquiera el confiancisto y se colocó a mi lado, comentó la favorecida, puja que te puja, los dos, fíjese, íntimos oiga, se le notaba que había nacido pa' prócer por el lado que usted lo mirara, un poco cachetón eso sí, ya no van quedando hombres así, se lo aseguro, y nos fuimos uno y uno, él me hablaba de sus ideales, tomaditos de la mano ¿se da cuenta? menos mal que el pailón de mi marido andaba tomando las medidas para hacerle la cruz a los ladrones, y ahí no más se me declaró Varela, me dijo que era aficionado al asado de cabeza de chanco con pebre cuchareado, se le notaba, y que no era orgulloso para sus cosas y se ponía colorado con lo que decía tan bueno y visionario, porque una dice: es en el hospital y la cárcel donde se ven los amigos, vote, vote entonces, como Don Jecho era delicado para sus cosas inventamos la historia del cádaver muerto, porque el Varela se metió a todos los WC y ahí en la cámara oscura se iba de mandibuleo con las viejas y todas chocheando con él, diciendo que era tan original para sus cosas y como siempre manejaba papel de seda en el bolsillo, él mismo en persona con sus propias manos les hacía el servicio, fíjese, sin cobrar un peso extra ¿se da cuenta? hasta qué extremo puede llegar la bondad humana. Al Trúbico jamás se le ha ocurrido una delicadeza igual, fíjese entonces para levantarle la clientela a Varela inventamos la historia ésa en que mi compadre se iba a hacer el cucho, pálido, y entonces el candidato antes de empezar la función tenía que darle la cuerda, el ánimo. ¿De acuerdo? ¿Dónde íbamos a encontrar una pega más fácil? Total era cuestión de sacrificarse un poco.

Don Jecho se detenía un poco en las esquinas repitiendo esa parte de la película del desierto, cuando entró en el templo y se fue de chicoteo con los pudientes que escondían el oro y después le daba el golpe de gracia preguntando: ¿Saben qué más? Y él mismo se contestaba:

-Yo le sé hacer caminar a los muertos.

-Córrete, le gritó un incrédulo de la galería. ¿Ah, sí? tenía que contestarle yo que

trabajaba de palo blanco, pa' achacar a los incrédulos. Prepárate pa' ver el primer milagro de tu vida, cara de albóndiga con fleco, le dije. Entonces el compadre se tiró al suelo y dijo: ¡Estoy muerto! Sólo que de vez en cuando se le venía el hipo, pero no importa por ser la primera vez que se presentaba como actor frente al público. Pero como el compadre siempre andaba con la sopaipa pasada y con el calorcito del sol, y la cháchara de Don Jecho, se fue quedando dormido y cuando el jefato repitió las palabras claves: «Levántete y camina», nunca, pues.

El compadre roncaba que era un gusto y los curiosos muertos de la risa.

Le pegué una patada por lo bajo y el bruto que no se levanta medio desconcertado, oiga y pregunta: -¿Dónde estoy, quién soy, ah?

-¿Qué no te acordái que soi el muerto?, le digo bajito. Y él, ¿que no se vuelve a acostar? porque tenía sueño atrasado, según dijo para que todo el mundo lo escuchara y cuando se dio cuenta de la maldad que había hecho, ya era tarde y por eso nos clavaron en equipo, con candidato y todo, y también por el robo de las gallinas que se nos chingó.

-Huachi parece que está despertando.

-Claro y pide agüita.

-Agua, agua no. ¿No ve que le puede dar el cordero?

-Fijándose bien, está bien aportillado el pobre.

-Y pensar que por nosotros hizo el manso sacrificio.

-Mejor sería que nos bajáramos de la cruz. ¿Pa' qué le seguimos haciendo el quite a la jeringa?

-Ya pues, Don Jecho. Anímese. ¿O piensa sacar la semana corrida ahí arriba, el perla?

LAS AVENTURAS DE EL SALUSTIO Y EL TRÚBICO

A QUIEN LE INTERESE

De la cintura para arriba y de la cintura para abajo, los cuentos populares de antaño escarbaron el alma, los trabajos y la conducta de muchos de nuestros compatriotas. Iba la micro rural a bandazos y los pasajeros blasfemaban ingenio disparando con tallas, gallinas, canastos y huevos. Hubo desde bautizos moros hasta sombreros botados en el camino escondiendo la mansa caca. Nos reímos de frailes, cornudos, matasanos, fornicadores buenos para el diente y matronas de sustentado busto. A muchas las rajaban con la uña, otras terminaron en posición decúbito dorsal para deleite de los usuarios.

El Salustio y El Trúbico, que ya pagaron el noviciado en muchos de mis cuentos: «Los maestritos», «Pintar por poca plata», «La amistad más pura», «Los socios», «El sentimiento que te di», se ponen ahora a recorrer estas impertinencias, estas goloserías materiales, estas tribulaciones que escuecen otra realidad que no por verdadera es menos cierta. Los dos socios no han sacado patente de ingeniosos, ni de hazmerreír, pero consideran como una verdadera desgracia nacional el hecho de que un pueblo como el nuestro sólo descargue su emotividad a la hora de la sobremesa en los «Quitapenas». Se trata, entonces, de movilizar esta fortuna del humor que nos cayó en gracia para desdicha de los tontos graves y de los huevones a la vela.

ALFONSO ALCALDE.

CUANDO SON CONTRATADOS PARA CAMBIARLES EL COLOR A LOS CONGRIOS NEGROS EN
EL GALPON DE LA CICATRIZ CON ECO EN EL PUERTO DE SAN VICENTE.

Una vez que andábamos fallos al oro con **El Salustio** le conversé: «¿Qué le parece si echamos un luqui por San Vicente y a lo mejor sacamos el día?»

El compadre terminó de despertar y partimos. Nos bajamos en la picada «La mancha de las velas». Entonces me pegó un codazo pa alertarme: «Escucha, pailón». Al lado, otros emparafinados estaban dando la noticia: «**La cicatriz con eco** necesita pintores». A los diez minutos tocamos la puerta del clandestino, porque la dueña se dedica al expendio de bebidas sin patente y también le trabaja la sierra ahumada, pero para su propia clientela. Ella misma en persona nos abrió la puerta. Dicen que el firmeza que tiene, llegando la noche, le pasa una espátula pa ocuparla, porque tiene hollín y humo por todas partes y nunca se sabe pa qué lado está ubicada.

El Salustio se encargó de las presentaciones:

-Nosotros estamos dispuestos a prestar nuestros servicios profesionales. Usted sabe que somos como tontos pa la pintura.

-Les conozco la última gracia que hicieron -dijo la vieja con mala intención.

-¿Cuál será? -preguntamos con toda inocencia.

-No se vengan a hacer los cuchos conmigo. ¿O es que se olvidaron cuando subieron al Indus 3 de los Macaya y lo pintarrajaron tantas veces que el buque se fue a pique de un viaje?

-Ahora la cosa es distinta -se defendió **El Salustio**.

La vieja terminó ablandándose después que le contamos que vivíamos tirándonos por el alambre. Pasamos respirando para adentro para evitar que la atmósfera se recargara con el matasulfito propio. Explicó **La cicatriz con eco**:

-El negocio de los congrios se fue a las pailas. Salen puros negros y pagan muy poco. En cambio los colorados andan por las nubes y cobran un ojo de la cara, pero los diablos no pican ni por travesura.

Se acercó a los maestros para hacerles esta confidencia:

-Lo que yo quiero es que ustedes pinten los «monos» y los dejen más colorados que jaibas.

El Salustio, que siempre ha sido tan bruto, se dio media vuelta:

-Ah, no -dijo-. Mi religión no me lo permite. Usted le quiere meter gato por liebre a la clientela -agregó hecho un quique.

-De eso se trata -le contesté, tratando de explicarle la situación-. Total, si no los pintamos nosotros, no faltará un vivaracho que lo haga.

-También es cierto -contestó con algo de resignación, retrocediendo.

-¿Quién pone los materiales?

-De eso me encargo yo -dijo La cicatriz con eco-. Y no sólo eso. También se van a ir de anticipo.

-Con tal que sea un par de guatas de ranas -exigió El Salustio. Partimos y volvimos.

Nos esperaba una montaña de congrios. La viejuca se sorprendió al vernos regresar con la colección de tarros de pintura y los pinceles de pelo de camello.

-No se preocupe -le dijimos, pasándole la brocha gorda con pintura verde por la cara para entrar en confianza.

El Salustio, que siempre es tan atravesado, preguntó:

-¿Quiere que los barnicemos al pájaro verde o a la piroxilina?

Yo traduje la frase al vuelo y le dije:

-Lo que mi compadre pregunta, señora Cicatriz con eco, es si desea los pescados con brillo natural o artificial.

-Sencillito no más. Así sacan más pronto la tarea. Y no olviden que por cada congrio pintado como es debido van a ganar una luca.

El compadre sopló:

-Esto es igual que el negocio de las picanas. Una picana, una luca. Un congrio, otra luca.

Le pedimos a la viejuca que se juera, porque nosotros necesitamos la tranquilidad pa trabajar. No es cuestión de agarrar la brocha y empezar a pintar como locos. Y hay días que uno está con toda la cuerda y otros no. Cuando nos encachamos con la muralla de la cárcel demoramos como dos meses, porque andábamos volando bajo y la pintamos de adentro pa afuera.

El Salustio desembuchó el pincel más delgado, abriendo el tarro de pintura blanca.

-¿Hai visto alguna vez en tu vida un congrio con anteojos?

-No.

-Ahora lo vai a ver -dijo, terminando de hacerle dos enormes redondelas.

-¿Y qué esperaré pa entrar a funcionar? -me provocó, mientras yo seguía con las manos en los bolsillos.

-Estoy esperando que terminen de dar vuelta las ideas por la cabeza mía.

El Salustio se despachó seis congrios, pintándolos color naranja y yema de huevo. A uno le agregó la casa y el mástil con la bandera chilena al tope y el perro olfateando a un par de vecinas que pasaban en ese momento y una carretela.

-Me vai a disculpar -dijo todo fantasioso-. A este cuadro le voy a poner la rúbrica, no vaya a ser cosa que un día nos coloquemos famosos.

-Oye, Salustio -le contesté un poco picado-. Lo que es yo, me voy a ir de mural.

-No te entiendo.

-¿Qué te parece si agarramos unos diez pescados, los ponemos en fila y les pintamos encima del lomo la batalla de Rancagua o cuando Manuel Rodríguez dejó ni que media escoba en Colchagua?

El compadre se pegó la palmada.

-Tenís la razón -reconoció-, porque así nos cunde más la pega y no se nota tanto que le estamos trabajando por las puras lucas.

Nos dividimos la tarea.

Yo agarré por el lado de los próceres cuandos se van de abrazo después de la balacera y los soldados gritaban: ¡Como Colo Colo no hay!, mientras algún comedido salía al buscar la chichita pa armar la fiesta.

-Porque no todo ha de tener gusto a pólvora -decía **El Salustio**, justificándose.

Yo le advertí al compadre:

-A lo mejor los fusiles no van a salir ni parecidos, pero tenemos que meter también los cañones y la tropa y no dejar a nadie afuera.

Con lo tembleque del pulso y lo resbaladizo de los congrios, los colores salían disparados y los caballos de los generales parecían de goma, con las patas redondas.

El Salustio, que siempre ha sido tan detallista, se empeñaba en ponerles hasta bigotes a los soldados, y luego le vino un arrebató religioso y empezó a ubicar a la Virgen del Carmen encima de la cola de un pescado, diciendo que había llegado el milagro y con ese motivo rezaba como si se fuera a terminar el mundo. Después se le cruzó la idea de pintar un edificio de departamentos como de quince pisos. Armó la ruma de los negros

y en cada ventana aparecía una profesora de esas jubiladas con el pelo color castaño seco cuando les viene la retención de la orina por causa de la soltería.

A los generales el compadre terminó pintándolos color obispo, y pa diferenciarlos de la tropa les inventó unos inmensos mostachos que casi le ocupaban un congrio entero, y por esos caprichos de él aparecían con los ojos idos, trúbicos. Después fuimos retratando de memoria los familiares nuestros. Entonces fue apareciendo **La Flaca**, cuando era joven, eso sí, sin arrugas y el choclo completo, pero se le notaba el afeitte con navaja de ciertas presas. Y como **El Salustio** siempre se las da de gracioso con la desgracia ajena, le colgó de los pelos de las patas una gorra de mi general y hasta una cantimplora. Ahí se armó la discusión, porque yo le dije que quién era el arte para meterse en la vida privada de las personas y mostrar a la gente tan al desnudo que iba en contra de su reputación, lo que podría servir pa darles argumento a las comadres del barrio, que siempre andan al cateo de la laucha en relación con el chisme.

También fue apareciendo **La jarabe de metapío**, que por tener un problema con la glándula tuvimos que ocupar tres congrios pa que no le saliera cortada la cabeza ni el cachete izquierdo, que era muy abundante. Apareció con la fuente comiéndose su medio pollo, que es lo primero que traga pa entrar en confianza, fuera de su media docena de huevos duros, el costillar de chanco, la longaniza y los mariscos, que se los comía como postre, como ser una sentada de erizos y piures. Ella era como fideo cuando la subieron al altar, pero al poco tiempo fue descubriendo que su marido le golpeaba firme la nuca y pa puro vengarse empezó a comer, a comer. Ya al final del primer año de matrimonio, de consecuencia de los animales que se había tragado, los pollos y los chanchos, subió a la bonita suma de 176 kilos al aire libre. Lo malo es que la comadre sólo engordaba de ciertas presas y de otras no, con decirles que un día llamó a la puerta un empresario de un circo y la quiso contratar como fenómeno para hacer las delicias de la concurrencia.

-Le falta más color a la batalla -protestó **El Salustio**.

Entonces dejamos caer unos nubarrones color mostaza y concho de vino entre los soldados.

-Están muy pálidos los conscriptos -sentenció el compadre.

Les pintamos los cachetes por parejo a los que estaban en las trincheras, haciendo su asaíto caído, pero se notaba que los soldados enemigos tenían buen olfato y muchos pedían una tregua pa untar el pan con el jugo y después seguía el tiroteo duro y parejo. Los generales montaban sus blancos caballos -turnios también-, como si supieran que estaban posando pa nosotros, con un aire distinguido y sin hacer sus necesidades en ningún momento.

Al **Salustio** le dio por poner a los ñatos de la Cruz Roja, que corrían de un lado pa otro de la cancha llevando los heridos, que por el solo hecho de salir en el retrato mostraban su mejor cara y hasta levantaban la mano pa identificarse.

Yo, por mi parte, aproveché la oportunidad de irme de autorretrato y salí parecido, según dijo el compadre, que me arregló la parte de la cabeza que en la vida real la tengo más bien cuadrada, tipo pepino.

El otro mural que nos dio oportunidad pa demostrar que eramos pintores pasando por nuestro mejor momento, fue el cuadro que intitulamos: «El incendio y pa más recacha el terremoto de Valparaíso».

El **Salustio** pintó damnificados pal mundo: cojos, mancos, mujeres en pelota, pescadores, curas, vendedores ambulantes, cochechos y los gallos con la caña, al fondo.

Los incendios eran tan reales, que empezamos a sentir el olor a fritanga y la gallada, oiga, bajando de los cerros con sus canastos y esos retratos en colores de los abuelos y la cabrería y los perros y también los evangélicos que no sé por qué tienen cara de serrucho y los colegiales y los capitanes de buque con la bolsita de maní al lado y los heladeros y los que limpian las alcantarillas y los que venden huesillos con mote y la señora con arrepentimiento que se confesaba de rodillas delante de su propio marido, diciendo: «Eufrasio, m'hijito, ahora que somos iguales frente a la pelada, le ruego que me disculpe por habérmelo gorreado tanto», y entonces empezaban las fletas, el marido disparando patadas, combos y su escupo en el ojo mientras entraban a tallar los canutos, poniendo a los contrincantes en sus respectivos rincones, exigiéndoles cumplir el reglamento del box.

-Con esta obra -dijo **El Salustio**, mirando el cuadro desde lejos- nos vamos a hacer famosos en menos que canta un gallo. Lo que pasa es que los colegas pintores tienen miedo de poner la chusmeque tal cual.

Y sin mayores comentarios le agregó a la fiesta un obispo y un jugador de fútbol declarando a los periodistas: «Estamos bien física y anímicamente y esperamos no defraudar a la hinchada», con decirle que estaba tan embalado que se le terminaron los congrios y siguió pintando la pared y todo lo que encontraba a su paso, risollando como si estuviera herido y echando espuma por la boca.

Como nos habíamos cerrado de puerta, **La cicatriz con eco** tuvo que llamar a los bomberos para abrirla, porque nosotros llegamos a quedar sordos con la inspiración que nos llegó de golpe.

-¿Qué es lo que han hecho? -gritó la vieja al aparecer frente a sus ojos los pescados más tiesos que sábana de monja.

El Salustio le contestó:

-¿Que no te dai cuenta que aquí tenís una verdadera obra de arte, dignorante?

Uno de los bomberos, que todavía estaba con el hacha en la mano, se acercó al mural del puerto y, al mirar uno de los congrios, se puso a llorar mientras repetía:

-Hermanito, hermanito, fíjate dónde te fui a encontrar. -Después nos explicó en medio del lloriqueo:- Este gallo se fue de la casa hace como diez años y ya lo habíamos dado por muerto, y ahora mire adonde está. Si salió igualito, un poco más viejo, eso sí, y hasta le han brotado las canas. -Y volvía a abrazarlo. Luego le preguntó a **La cicatriz con eco**:- Dígame cuánto vale el pescado para llevármelo a la casa y mostrárselo a mi mamá, que no va a creer en el milagro.

El Salustio, que es harto comerciante pa sus cosas, le agregó:

-¿Por qué no se lleva este otro mono también, donde sale una calle y la dirección?, así ya no se equivoca tanto cuando vaya a buscarlo en persona.

-Buena idea -contestó el hombre de casco negro, sacando un fajo de billetes, escupiéndolos para contarlos.

Llegaron otras vecinas del barrio y empezaron las sorpresas. Una de ellas, **La ombligo flojo**, regresó con un cuchillo, gritando:

-Me va a perdonar, pero a este gallo se la tengo jurada después de la que me hizo.

-Tuvimos que dominarla porque estaba dispuesta a todo. Contó su tragedia:- ¿No ve que mandó a decir que se había ido a pique en el buque que trabajaba y que lo diera por muerto y desaparecido? Pero ya me habían pasado el soplo que estaba en Valparaíso viviendo con una gorda alimentada con desperdicios. -Y le lanzó una puñalada tan certera, oiga, que lo dejó marcado para el resto de sus días.

El culpable de todo el enredo fue **El Salustio**, que con lo porfiado que es cuando se monta en el macho no hay quien lo baje.

Yo le había advertido: «Mejor será no meternos en líos de casados». Pero nada.

Las señoras damnificadas organizaron el Comité, y el primer acuerdo fue partir a rescatar a los prófugos que habían apretado cueva a su debido tiempo. Nosotros tratamos por todos los medios de decirles que el mural era una fantasía. No quisieron escuchar.

-¿Cómo va a ser tanta la coincidencia? -dijo una de la damnificadas-, cuando **El afrecho'e vidrio**, que es mi esposo, le sale en el cuadro con el colmillo de menos que le falta. ¿Cómo va a ser tanta la coincidencia?

-Es que en el arte -trató inútilmente de explicar **El Salustio**- las personas no son las personas con el domicilio reconocido, las cicatrices y los várices.

-Así será -afirmó una vieja en forma rotunda-, pero lo que es yo parto a traerme de una bola al **Pichanga de ave**, que es el alias que le tienen puesto a mi marido. Hace como quince años que salió a comprar cigarrillos y nunca más se supo. Ojalá no se haya atosigado con el humo.

La cicatriz con eco, después de escuchar las amenazas, siguió llorando.

-Esta es la ruina -repetía.

-Un momento -gritó un caballero de barba terminada en punta, llegando al galpón-. Yo soy -aseguró- el jefe del Museo de Arte Moderno. ¿Cuánto valen sus cuadros, señora?

-¿Los de lana? -consultó la aludida, mostrando los calzones.

-No. Esta maravilla que están viendo mis ojos y que se tragará la tierra.

-No son cuadros, señor -aclaró la afectada-. Si debajo están los congrios.

-Usted no tiene sensibilidad para descubrir dónde está la belleza, señora.

-Eso mismo -se colgó **El Salustio**-. ¿No ve que se fija en las puras agallas de los animalitos? En el continente y no en el contenido.

El barbón sacó a relucir el oro.

-Esto no tiene precio -aclaró, pasándole a **La cicatriz con eco** la tucada-. Yo me los llevo todos. -Y dándonos un abrazo ordenó que se los embalaran con mucho cuidado y con hielo.

Cuando dejamos la bodega, un grupo de aprovechistas nos subieron en andas, llevándonos hasta el bar del **Patás cortas**, interesados en celebrar el acontecimiento. Y como se corrió la bola, empezaron a llegar los sedientos y nos fuimos de autógrafo por primera vez en nuestra vida de artistas.

El Salustio dio una orden:

-Pongan vino como si no lo juéramos a pagar nosotros.

La concurrencia gritaba:

-¡Vivan los pintores de brocha gorda!

-Todo sea por el arte -gritó alguien, dando curso a la tomatera.

Uno de los parroquianos hizo sonar la copa con un tenedor, improvisando un discurso:

Por los Van Goghés, los Cézannes y los Dolipenes aquí presentes- dijo, sin poder ocultar su emoción.

CUANDO EL SALUSTIO LLEGA A UN HOTEL BUSCANDO PIEZA PARA ACOSTARSE CON UNA PERICA Y ENTABLA AMISTAD CON EL MARINERO SUBIABRE Y SU MUJER, LA MARGARITA, MADRE DE LA GUAGUA, Y TERMINAN COMO PADRINOS.

SEIS DE LA TARDE

La fuente de soda lleva por título «El ojo de la papa». Era su propietario un hombrón de sesenta y dos años venido del norte con patente de comerciante y jubilado de la marina. Daba la impresión de ser tan viejo como la edad que tenía marcada en el rostro, más bien obeso, con las mandíbulas cuadradas y de aspecto huraño, pero sólo en apariencia. Se le conocían mujeres ocasionales, que pasaban a su lado cortas temporadas con el carácter de «ayudantes», atendiendo a la clientela, preparando el menú popular con la cazuela, el pescado frito y el arvejado. Si bien era dicharachero, guardaba silencio en el curso del día y sólo al promediar la noche, tal vez como un hábito, soltaba la lengua. Los que conocían sus mañas se acercaban a esa hora para bolslearle algún trago al precio de tener que escuchar sus historias con marineros y contrabandistas y algunas mujeres sin destino que le endulzaron alguna vez la vida. Se defendía con la jubilación y puso el negocio para no pasar las horas dándoles vuelta al pasado, a los hijos que se le desbandaron, a los errores cometidos, a los amigos dispersos. Entonces fue cuando compró los cachivaches en un remate: las mesas con cubierta de plástico y las sillas y la cafetera vieja y luego se fue armando de a poco con la cocina y la fiambra con rejilla para guardar la mortadela y el queso. A una de las mesoneras se le conocía en el barrio como **La Flaca**. Era hija de un obrero despedido de la fábrica por caído al chuico. Al dueño del negocio le gustaba poner el parlante a todo volumen y escuchar los bailables de la Pacífico y también los programas de boleros. «El ojo de la papa» era un lugar de paso para los trabajadores de algunas pequeñas industrias de los alrededores, los choferes del terminal de micros y los maestros chasquillas con el maletín de lata.

El Salustio entró por casualidad, muerto de la sed, el día que le pasaron el dato de una cocina económica que andaba buscando para empezar de nuevo su vida. La mujer anterior se había llevado todos los enseres de la casa, además de la garlopa y el caudín que guardaba para recordar otras épocas de su vida cuando fue carpintero y gásfiter. **La Flaca** se dio cuenta que no era del barrio por la vestimenta y el jopo.

-Póngase otra.

-¿Igual?

-Igual. Helada, eso sí. Yo soy muy seco pa la pilsen.

-Sí, ya veo.

-Con decirle que una vez me tomé una caja.

-¿Una caja? ¡Se enfermaría de los riñones!

-No. Es que mi ponchera da pa mucho.

-¿Se curaría?

-¡Se le ocurre! ¿No ve que uno va tomando y despachando? Es cuestión de correr al doble BC y vámosle poniendo.

-A lo mejor pasará el río también cuando se acuesta.

-No. Yo le controlo muy bien el espiche.

-Pero con tanto líquido...

-Pa mí las urinarias no tienen ningún secreto: igual que una llave, fíjese. ¿Y usted?

-¿Yo?

-¿Usted expele el líquido elemento?

-Hace cinco minutos que llegé aquí y ya me está hablando de esas leseras.

-¿Se sirve alguna cosita pa amenizar?

-No, ninguna cosa.

El Salustio se acomodó, volcando el peso del cuerpo en un codo.

-¿Algún refresquito?

-Ya le dije que no. ¿Usted es sordo, por acaso? Aquí estamos pa atender a la clientela y no pa andarles fiestando a los hombres.

-Pero aunque más no sea una bebida de fantasía.

-El patrón es un viejo muy mañoso y nos tiene prohibido.

-¿Usted siempre fue tan fruncida pa sus cosas?

-Si no es que sea fruncida. Lo que pasa es que tengo que defender la pega.

-Si yo no me vengo na a ofrecer de mesonero. Es pa que se moje los labios.

-El patrón no deja pasar una.

-Güena, Escuti, oh.

-Fíjese que ya echó a tres compañeras por la misma cuestión de ponerse chinchosas con los clientes.

-¿Se fueron? ¿Y dónde están ahora?

- De patín dicen que practican. Por eso yo no me doy con nadie.
- Pero será aquí en la pega. Ajuera debe ser distinto.
- Aquí y en todas partes. El viejo es muy estricto y caprichoso más encima.
- ¿Por qué no me presenta a su patrón pa aforrármelo?
- Es muy seco pa los combos. Dicen que fue boxeador en su juventud.
- Pero dígame dónde está pa volarle la cabeza de un solo combo.
- Mírelo con disimulo. Está sentado detrás de la caja.
- Oiga, ni que medio ropero. ¿Es cierto que fue campeón, entonces?
- ¿No le estoy diciendo?
- ¿Pero campeón o aficionado? Mejor será que no me desgracie con él.
- ¿Le entró el julepe?
- No. Si es pa evitar una desgracia. El pobre viejo quizás cuánta familia tiene a sus expensas. Yo soy muy humano pa mis cosas. ¿Y cómo dijo que se llamaba?
- ¿Y pa qué quiere saber mi nombre? Lo vengo conociendo y ya empezó a tirarse.
- Todavía no, m'hijita. Yo no soy embalado, fíjese. Ya, pues. No se haga de rogar.
- ¿Cómo le pusieron cuando le tiraron agüita en la iglesia?
- Rosalía.
- ¿Rosalía? Lindo nombre. Mucho con las flores.
- También me dicen **La Flaca**.
- Eso no es nada. A mí me conocen como El Salustio, pero ése no es mi nombre verdadero.
- ¿De pila, dice usted?
- ¿Y por qué la apelan **La Flaca**, cuando por lo visto es bien rellenita de todas partes? Es como papita rellena, pa hacerle una mala comparación.
- Eso era de antes. ¿No ve que soy operada?
- ¿Y de dónde, si no es mucho preguntar?
- De los interiores. Pero ya quedé bien.
- Más o menos le anduvieron acortando el livis, entonces.
- No. Dijeron que era una funcia de la visícula.
- ¿Pero no le quedó nada tirante?

-Se le ocurre. El doctor que me operó tenía muy buenas manos. Por eso usted me ve como me ve.

-Y se le llenaron los cachetitos también.

-No se burle, oiga.

-Operadita y todo, fíjese que a mí me gusta su persona.

-Usted parece que tiene más pieses que la Parada Militar.

-La vi y dije: tate. Esta es la perica que me había recomendado el médico. ¿Y usted no se compadecería de este enfermo?

La mesonera se arregló el moño, buscándose el rostro en un reflejo del vidrio de una de las ventanas.

-Oiga, esos ojitos que tiene usted. Tan grandes y del mismo color. Parece que fue la primera en llegar a la repartija.

-No se juegue, ah.

-Y como si fuera poco, los tiene a cada lado de la cara.

-¿Por qué no va a chocotear a otra parte?

-Y esa naricita con los dos hoyitos pa arriba. Ni que se la hubieran dibujado.

-Tómese tranquilo su pílser y no venga a reírse de una.

-No le estoy diciendo. Y la casualidad pa grande que tenga la espalda en la parte de atrás.

-Me está cayendo mal, fíjese.

-¡Y esos trutros!, y pa más recacha los dos le llegan al suelo.

-El güen ojo que tiene. ¿Dónde aprendió a decir tantas leseras juntas?

-¡Y si así son los rieles, cómo será la estación!

-Córtela, le digo.

-¿Y el saldo que se ve es de verdad?

-¡La preguntita suya! Mire que no va a ser de verdad.

-¿Por qué no me deja que la ataque pa desengañarme por mí mismo? La criatura en todo caso no se le va a morir de hambre.

- ¿Qué es lo que está diciendo? A usted le dan la mano y se toma el resto.
- Póngase la otra.
- Mejor será que se coma un sánguche, porque ya veo que se me va a salir curando.
- ¿Curarme yo con tres pílser? Se nota que no me conoce. Si yo le ganado hasta campeonatos tomando cerveza.
- ¿De queso o mortadela?
- ¿Usted lo va a preparar con sus propias manos? Entonces, como sea su cariño.
- Ya, pues, decídase.
- Si yo ya estoy decidido. ¿A qué hora me la vengo a buscar?
- Se lo voy a hacer doble pa que le afirme el estómago.
- No se preocupe. Oiga, m'hijita. ¿Usted no es de aquí?
- No.
- Yo tampoco, fijese.
- El gusto de meterle conversa a una.
- Yo soy muy franco pa mis cosas. La franqueza ante todo. Por eso es que quiero embarcarme con su persona.
- Usted es puro chicha fresca. ¿A cuántas les dirá lo mismo?
- No, pues. Si no es cuestión de arrastrarle el poncho a cualquiera XX.
- Porque gente necesitada nunca falta.
- Usted me gustó de un viaje. ¿Y quiere que le diga una cosa, aunque me rete?
- Ya va a salir con otro disparate.
- Yo... a usted le pondría pieza. Pieza con lavatorio. ¿Cómo lo halla? Lavatorio de porcelana, eso sí.
- Chis, cuéntese una nueva.
- ¿Es que no da crédito a mis palabras, entonces?
- Usted cree que yo le soy caída del catre. ¿Por qué no me sopla este ojito?
- Si así es su deseo, le soplo los dos juntos. Escúcheme bien. Quiero ponerle pieza

completa, m'hijita. Hasta con la mesa y la correspondiente vajilla, u sea la taza, la cuchara y la bacínica. Porque hay que ser práctico. Yo soy muy práctico pa mis cosas.

-¿Y cuántas otras tendrá también encerradas en la pieza?

-No, m'hijita. Aclaremos la custión. Si ésta no es nada repartija de piezas. Con decirle que acabo de comprar la cocina económica. Ni que me lo hubieran anunciado, fíjese. Sería el presentimiento.

-¿De cuántos platos es la cocina, pa curiosear?

-De dos. Uno pa usted y el otro pa mí. Y el horno. Está malo, pero es horno. ¿En qué topamos entonces?

-No hable tan fuerte, que puede escuchar el patrón.

-¡Y que oiga! ¿O usted está enredada con el viejo?

-Se le ocurre: soy soltera.

-Y pa que se lo voy a mandar a decil: ¿Practica?

-Usted se está pasando de atrevido.

-Pero su compromiso tendrá por ahí. ¿Cómo una perra choca como usted va a estar vacante?

-Yo soy quemada pa los hombres, fíjese. No me risultan.

-¿Pero quién la manda a enamorarse de los ciegos?

-También es cierto, ¿no?

-Debe ser muy regodiona. A saber, ¿cuál es su tipo ideals?

-Pa mi gusto que sea trabajador. Que responda.

-Tres al hilo por la parte baja, m'hijita.

-Que sea cariñoso y que se cure en la casa y que una no tenga que andar buscándolo por los bares.

-Pero, mi perra, ¿pa qué seguimos hablando entonces? Si aquí está su modelo. Le aseguro que no se va a encontrar en otra.

-Es que como a una la ven siempre sola le tratan de meter el dedo en la boca.

-Mal hecho, pues, m'hijita. Yo no soy como esos huevones. Yo soy muy distinto. Ya va a ver usted si me da la oportunidad.

-Después que se aprovechan andan con la burla.

-¿Sabe qué más? Yo a usted me la comería con zapatos y todo.

-Usted que es, oiga. ¡Lo escuchara su señora!

-Si ella no tiene nada que escucharme, porque soy soltero.

-¿Soltero?

-Solterito. Míreme los dos. Nada de argolla.

-A lo mejor se la saca cuando anda juera de la casa.

-Si yo soy muy exigente pa mis cosas. El día que suba al altar tendrá que ser con perica como usted, que me haga el peso.

-¿A cuántas les habrá ofrecido matrimonio, no?

-Sin cocina económica, pa serle franco.

-Una queda media curtida después de tanto engaño que le han hecho. ¿No ve que se empieza a ver la vida toda pintada?

-¿Qué sacamos con repelarnos de lo que ya pasó? Güeno. ¿A qué hora?

-Está lloviendo.

-¿Usted acaso le tiene miedo a la lluvia? Yo la invito a mojarnos por dentro, m'hijita.

-Hasta una pulmonía podemos agarrar.

-Mire. Salimos, ¿ah? Comimos algo pa entrar en calor. ¿Quiubo?

-No sé qué decirle, fíjese. Porque si le digo que bueno, a lo mejor usted qué se va a creer de mí...

-No se preocupe.

-Pero después me tiene que ir a dejar a la casa, eso sí.

-¿Y cuál es la dificultad?

-A lo mejor usted va a pensar que yo ando botada.

-Yo tengo una filosoffa de la vida, m'hijita. La vida es corta y después de ésta no hay otra. Por eso hay que pasarlo bien. U sea hay que darle curso.

-¿A qué cosa?

-Curso a la necesidad.

-Me da miedo, fíjese.

-¿De qué? ¿O usted vino a puro sufrir a este mundo?

-Güeno, ya. Salgo a las once. Venga a buscarme a esa hora. Pero no entre. Afuerita no más.

- ¿No ve, no ve?
- Pero no se vaya a tomar la confianza.
- Chis. Se le ocurre. ¿Me da el vale, por favor?
- Son tres pílser.
- ¿Y el ságuche?
- Tése callado. Pague las tres pílser no más.

ONCE Y CUARTO DE LA NOCHE

Rosalía se lavó las manos con limón, repasándose las uñas con las uñas. Estaba tranquila. No pudo evitar la sospecha del patrón, pero esta vez sin escuchar bromas. **Salustio** la esperaba debajo del paraguas y el farol. Ella iba de taco bajo. Se subieron a la micro, que los dejó en la puerta de la quinta «Sagrada familia», y entonces entraron al reservado azul con techo amarillo. Se escuchaba un vals de la Palmenia..

- ¿Le gustó el platito?
- Era mucho pa mí.
- Si esta sopa marinera es güena hasta pa levantar muertos. No falla.
- Yo no me la había servido nunca. Tantas cosas que lleva, ¿no?
- Claro. En primer lugar le figura el picoroco, que es puro firme. Ese se va directo a la boletería de las guagiütas, ji.
- ¿Por qué dice tan feo?
- Es que es así. Ahora con la cholga uno va a la segura también.
- Lo que es a mí me vino el sofoco.
- Eso no es nada. Va a ver lo que le va a pasar luego, cuando le tome presión la caldera.
- A lo mejor me cayó mal el plato, porque siento que hasta las manos las tengo mojadas con el traspiro.
- Es que la sustancia marítima se va hasta al zurcido de los calcetines. Si no es nada al lote la cosa.
- Lo güeno es que tenía puro gusto a mar..
- Lo güeno es que tenía puro gusto a mar.
- ¿Y usted le pega a la cusión de la cocina?
- Comida sencilla no más.

-Pero pa ponerle un ejemplo. ¿Cómo le queda la cazuela? Porque la cazuela es lo principal.

-Me queda sabrosa, siempre que no falte ni el zapallo ni el choclo.

-¿Y usted es muy mañosa pa servirse o come de todo?

-Soy buena pobre. Sólo el poroto sí que no se lo como.

-Pero el valse sí que lo baila.

-Sí, me gusta el valse. Pa qué se lo voy a negar.

Salieron a la pista de baile en la mitad de la noche, dando sus saltitos, evitando pisarse, con cara de circunstancias, casi con una definitiva cara de seres humanos elaborando su alegría de vivir.

-La Palmenia canta puro güeno y le sale de adentro -afirmó El Salustio.

-A mí me gustan las mariguancias que hace con las manos cuando, pa poner por caso, dice que está llorando y una se imagina que las lágrimas son de verdad. Pero no son de verdad y una igual se lo cree.

-Parece mentira tenerla tan al lado mío. ¿Por qué no me pega un pellizco pa cerciorarme?

-No apriete tanto. ¿No ve que sigo con el sofoco?

-Es que viéndola se me van las manos, m'hijita. Culpa mía no es que la hayan hecho tan redondita de todas partes.

-Ya empezamos. Déle machuca con su cargosidad.

-¿Si no cómo?

-Estése quieto.

-Debe ser que me sigue haciendo el efecto la sopa marinera. ¿No ve que los picorocos le ponen la bandera al tope a uno?

-Lo que es yo, cuando estoy mareada, me pongo cariñosaza también.

-De igual manera. Ni que hubiéramos ido a la misma escuela.

-Usted que es cargado a la ternura.

-Con tal que se le pegue el Espíritu Santo...

-Parece que sigue lloviendo.

-Por mí que se venga el mundo abajo. Pa eso la tengo a mi lado.

Regresaron a sentarse.

-Acuérdese que me dijo que no se iba a tomar la confianza.

-Si lo único que le estoy tomando es la mano, m'hijita. ¿Es güeno o es malo?

-Malo, malo no es.

-¿No ve, no ve?

-Se está haciendo tarde.

-¿Y mañana le va salir a trabajar?

-Estoy libre. Me toca turno domingo por medio.

-¿Cuál es el apuro, entonces?

-Debe ser por la falta de costumbre. ¿Y usted en qué se aplica?

-¿Yo? Yo le hago a todo. Pero ahora en el último tiempo me las machuco como chofer. Tengo un «Se fleta».

-¿Un se fleta?

-Claro, un camioncito. No es muy grande. Pa qué le voy a negar una cosa por otra. Pero es camión. Lo manejo como nuevo. ¿No ve que también le pego a la mecánica? A mí no me manda nadie. Yo solito no más.

-U sea que usted es su propio patrón y si quiere le sale a trabajar, y de no, no.

-Eso mismo. Yo no soy llamado de los pitos. Trabajo a la propia voluntad mía.

-Quién como usted.

-Fíjese que hasta nombre le pusimos al vehículo.

-¿Cómo le dicen?

-Lo llaman «Ola cuñado». La gente también se ríe cuando ve el letrero. ¿Y a usted cuándo me la voy a fletar?

-Córrase. Me está confundiendo con la carga.

-No, si son bromas, m'hijita. Pero en serio. Cada rato que pasa me gusta más su persona. Yo iría al crimen por usted.

-No sea mentiroso.

-Se lo juro por esta luz que me alumbr.

-¿Qué saca con hacer falsos juramentos?

-¿Por qué no acerca su trompita pa irme de ósculo?

-Ya se está poniendo atrevido otra vez.

-Decir lo que uno siente no es pecado, mi cinco de miel.

La pareja humana se va descubriendo, se va inventando como en el primer día, cuando todo tiene el sabor de la sorpresa.

- Las manitas suaves que tiene. Parecen que fueran de seda.
- Y eso que están en el agua casi todo el día lavando las copas.
- Siete, ocho, nueve..., diez. Completitos. No le falta ni un solo dedo siquiera.
- Está fuertazo el trago.
- ¿Cabezón, dice usted?
- Parece que venía con malicia. Es mejor que me vaya a dejar.
- ¡Se le ocurre! ¡Si recién está empezando la fiesta!
- Otro día salimos con más tiempo.
- Tenemos toda la noche por delante. ¿O quiere achaplinarse?
- Siempre me gusta avisar cuando voy a llegar tarde. Con decirle que mi mamita no se duerme hasta que siente que abro la puerta.
- No se me venga a poner difícil ahora, m'hijita. ¿Acaso usted no siente algo por mí? ¿No se da cuenta que estoy muy empotado con su persona?
- Siento algo aquí en el pecho. Debe ser la piscola.
- Pa qué estamos con rodeos. Es otra cosa. Pa eso usted es bien mujer. Y yo bien hombre.
- Mañana se va a reír de mí con sus amigos.
- ¡Se le ocurre! Esos ñatos nunca pinchan nada güeno de puro hocicones que son. Conmigo pasa todo lo contrario.
- Después es una la que sale perjudicada.
- Le encuentro toda la razón. Pero usted tiene que fijarse a quién le da la preferencia.
- Una vez salí con un muchacho y, porque no le aguanté el salto, después se puso a hablar puros disparates y hasta se anduvo cachiporreando.
- De despecho sería. Según mi entendimiento, no hay nada pior que un gallo despechado que se ha ido por ojo.
- Y más es la mala fama que le crían a una.
- No. Conmigo está asegurada. Por eso yo le quiero proponer lo siguiente: ¿Por qué no vamos a hacer tuto juntos?
- ¿Está malo de la cabeza?
- A lo mejor. Pero por culpa suya será.
- Ya sabía que me iba a salir con su domingo siete.

-Pero póngase en mi caso. A esta hora no la voy a invitar a rezar a la parroquia.

-Nadie le está diciendo eso.

-Según mi consentimiento, hay que encatrarse cuando hay que mi encatrarse. Y cuando no, no.

-Entonces no.

-No se me ponga cocreta tampoco. Si a usted también se le está derritiendo el almíbar.

-Tan diablazo que me jue a salir.

-Tenga confianza. Si de dolor no le va a doler. ¿No ve que yo tengo mi sistema? Me falta patentarlo no más.

-¿Y dónde aprendió tanta cosa, oiga?

-Mire que donde va a ser. En la Universidad de la vida, pues, m'hijita.

-¿Y si me pasa algo?

-¿Qué le va a pasar, juera de estirar los dedos de los pies como abanico de puro gusto?

-Usted dice las cosas como son. Se va por las claras.

-Así tiene que ser.

-Si llego a tener guagüita se va a correr. Eso fue que le pasó a la Gladys, mi hermana. Pero, gracias a Dios, sólo le ha pasado ocho veces no más.

-¿No ve, no ve?

-Si la gente es muy maliciosa.

-Lo que es en mi caso, yo le re conozco la criatura. ¿O no vamos a estar casados?

-Si por conseguirla a una ustedes son capaces de inventar cualquier cosa. Después se olvidan. Se corren.

-M'hijita. Permítame que me ponga serio pa decirle una sola cosa. Yo la quiero a usted con todo. U sea desde los zapatos pa arriba y también pa'bajo. Ese es el sentimiento mío hacia su persona.

-Pero usted tiene que poner la cara cuando me vaya a dejar a la casa. ¿No ve que mi mamacita me hace muchas preguntas cuando no llego a la hora?

-De eso no se preocupe. Yo respondo.

DOS Y MEDIA DE LA MADRUGADA

La pareja humana recorre las calles de Santiago y los tristes hoteles azules y rojos. **La Flaca** y **Salustio** siguen mudos buscando la posibilidad de una cama y una toalla y un pequeño jabón verde con olor a pescado.

-¿Tiene pieza?

-Se le ocurre. Sábado en la noche. Nada -contesta el hombre que está bajo la ampolleta amarilla.

-¿Está seguro?

-Ya le dije.

-A lo mejor se desocupa alguna.

-No sea porfiado. Siga su camino.

-Es que ya hemos recorrido todos los hoteles. Y la princesa es primera vez que viene.

-No es culpa mía. Pa otra vez tienen que pedir la pieza con anticipación. ¿No ve que el sábado la gente se descarga mucho en Chile?

-Sí, sí.

-Pero de pura compasión le voy a hacer la paletaada.

-Gracias. Sólo el que ha pasado por el apuro puede entender estas cosas.

-La pieza es en tercera espera, eso sí.

-¿Tercera espera?

-Claro. En estos momentos la pieza está ocupada por una pareja. Después va a entrar otro matrimonio. Después les tocaría a ustedes.

-¿Y cuánto habrá que esperar?

-Esa ya no es cosa mía -responde el nochero-, sino de los matrimonios. Un par de horas será. ¿Qué menos? ¿Ustedes vienen por la noche o por el rato?

-Por la noche.

-Si quieren pueden pasar.

Entonces entran a la parte más humilde del Paraíso cruzando la soledad de un pasillo, las sillas muertas, las cortinas carcomidas y, ante la sorpresa de los recién llegados, aparecen el marinero y su mujer y la guagua que no llora. El trío permanece en un rincón a la espera de la dicha de un momento.

-Buenas noches -se adelanta **El Salustio**, apretando la cintura de **La Flaca**.

-Buenas noches -contesta el uniformado.

-¿Aquí es donde queda el dormitorio?

-Sí, aquí es. A nosotros nos tocó en segunda espera. ¿Y ustedes?

-Nosotros después.

-No hay pieza en ninguna parte. Ni que se pusieran de acuerdo pa tirar en este país.

-Nosotros hace como dos horas que llegamos aquí. Parece que no hay esperanza.

A la señora que está adentro le están dando como bombo en fiesta.

-Entonces tenemos pa rato.

-No se los puede apurar.

-Eso es lo malo. Debía existir un reglamento ordenando la custión.

-También es cierto.

-Lo que pasa es que la gente se aprovecha. Vienen de pasada y se van quedando.

Y vamos fumando. Y vámonos riendo. Y uno aquí esperando.

Los dos hombres continuaron quejándose con la mirada fija en la puerta del dormitorio en este último sábado del mundo, escuchando el chirrido de los somieres y las almas.

-Yo diría que su cara me es conocida -advirtió **El Salustio**.

-Lo mismo pensaba yo. Apenas lo vi le dije a la Margarita: a este gallo lo he visto en alguna parte. Y parece que resultó cierto.

-Mejor será que nos presentemos pa no defraudar a nadie.

-Tiene la razón.

-Genaro Salazar, pa servírmelo.

-Del mismo tamaño.

-Soy Genaro Salazar, pero me conocen como **El Salustio**. ¿Y usted cómo se apela?

-Miguel Subiabre, a la orden. Ella se llama Margarita. Y la guagua. M'hijita, ¿por qué no saluda al caballero?

-En cambio la mina mía se llama Rosalía. Ustedes la van a perdonar, pero es medio asustadiza. También le dicen **La Flaca**.

-Mire la casualidad pa grande, ¿no?

-Si uno nunca sabe de dónde puede saltar la laucha. Con razón dicen que el mundo es un pañuelo.

-Fíjese que está haciendo harta sed. Podíamos pedir alguna cosita. Su bota caída pa acortar el rato.

-Mal no nos va a hacer. ¿Usted es blanco o es tinto?

-Yo soy bilingüe; me da lo mismo.

Pidieron cuatro vasos con la disculpa: "La guagüita no toma todavía".

-Aunque su pencacito le vamos a dar, pa que se vaya acostumbrando, según la idea del Miguel -aclaró la madre de la criatura.

-También ¿qué le hace el agua al pescado?

-Eso no será motivo.

Apareció el nochero con los ojos rojos y fatigados con la botella y los vasos.

-¡Salud!

-¡Salud!

-Hay que armarse de paciencia. Este asunto va pa largo.

-Pobres -defendió el marinero-. A lo mejor él viene llegando de la Antártica y esos gallos andan con la mata cargada.

-Con mucha munición, dice usted.

-Es que también sacan el año mirando la nieve y contando los pingüinos.

-¿La señora también tiene guagüita? -preguntó la mujer del marinero.

-No. Todavía no -se adelantó **El Salustio**-. Nosotros estamos pololeando. Somos pololos.

-Pero eso no quiere decir.

-Fíjese, amigo, que yo soy de los que todavía piensan que los cabros traen la marraqueta bajo el brazo.

-Lo malo es que los críos sujetan mucho -aclaró la madre-. Ya después no se puede salir tanto.

La Flaca se ha ido acercando para mirar a la criatura. La observa como levantando las manos para hacerle un cariño que frena con sorpresa y ternura.

-Está durmiendo como un lirón.

-Sí. Es muy firme pa la pestaña -contesta el padre.

-Pero ahora último no más. Con decirle que hasta hace poco dormía en la mañana y en la tarde y las noches se pasaba berreando.

-Lo que es yo, pienso tener una media docena de cabros -confirmó el marinero con tono ufano.

-Claro, como tú no los crías...

-Y aquí el amigo, ¿cuántas famas piensa echar? -ofendió risueñamente el marinero.

-A lo mejor le hacemos el empeño pa tener la parejita.

Entonces empiezan a correr el vino y los sentimientos.

-Por ustedes -repitió el marinero-. Por el gusto de haberlo conocido.

-Por ustedes y también por el angelito.

-Nosotros somos enemigos de venir a los hoteles -confesó la madre de la guagua.

-Igual -replicó El Salustio-, pero a última hora no nos quedó más remedio.

-Aquí la Margarita -informó el marinero- está empleada mientras la Caja nos entrega la casa propia, la casa mía.

-Entonces usted ya tiene dónde caerse muerto.

-Claro. Así también me ha costado.

-Nosotros estamos atrasados en ese sentido.

-Y ahora vinimos a parar a este hotel con la guagua. Estábamos hartos quemados. ¿No ve que uno ya se hace la idea?

-Eso es lo más difícil. Hacerse la idea.

-El matrimonio sigue cacheteándose como si se fuera a terminar el mundo -protestó otra vez el uniformado.

-Parece que es ella la que estaba atrasada de noticias, por lo que se escucha.

-Ni que le estuviera pisando los callos, oiga.

Entonces seguirán conversando, tocando la fibra mágica que abre todas las puertas. **La Flaca** saca el habla:

-¿Cómo se llama el angelito?

-Todavía no lo bautizamos.

-A lo mejor se va a llamar Segundo -asegura la madre.

-Pedro Segundo, como el abuelo.

-Es medio acampado el nombre.

-Total que la primera bota se nos quedó en la muela. Hagamos el sacrificio. Pidamos la otra.

-De acordión.

-¿Y usted en qué se las machuca? -preguntó el marinero.

-Yo soy motorizado.

-Le pega al arreglo de los motores, entonces.

-Así es. ¿Y usted?

-Güena. ¿Que no me ve el uniforme de marino? No le voy a trabajar de paco.

-Jue un larpus. Es que yo tengo poco roce con gente uniformada. Y menos de la marina. Usted sabe que lo principal es el roce.

Los hombres se alejaron de las mujeres para seguir conversando.

-¿Usted conoció a la Mercedes Riel, de Conce? -preguntó El Salustio.

-¡La tía Meche! Me que no la iba a conocer. Manejaba muy buen ganado.

-Así se hacían pagar también. Ni que la tuvieran de oro.

-Pero usted no sería de los giles que chipeaban.

-Se le ocurre. Yo siempre me iba de gratis con una mina que al final me decía: Negrito, a ti no te cobro nada. Teníamos que pagar las puras sábanas no más.

-Nosotros también. ¿No ve que los uniformados tienen muy buena cotización en el ambiente?

-Debe ser por el respeto.

-Pero lo que es yo dejaba el respeto en el velador cuando me acostaba con las chuscas.

-¿Y ahora está retirado de las pistas?

-Sí. Estoy armando la casa con la Margarita y esperando el trasbordo a Santiago. A mí me gusta la capital.

-Es que después de ver tanto mar, también...

-Uno queda abutagado, oiga.

-El mar le sale hasta en la sopa.

-Eso mismo.

-¿Que no estuvo usted la noche que le volamos la raja al maricón del piano, al **Pata de gamuza**?

-¿Ese que decía: nací pa sí y tengo que morir pa sí? Claro que estuve.

-¡Entonces ahí fue donde nos vimos por primera vez! La media cagadita que fue a dejar, amigo.

-Claro. Jue cuando llegaron los muchachos del Naval que andaban enfiestados celebrando no sé qué cosa.

-El ascenso tenía que ser. ¿No ve que estaban haciéndole empeño pa subir a la primera? Ese fue el motivo, según mi memoria.

-Y no sé quién fue el gracioso que dijo: las minas son de nosotros y de nadie más.

-Y se armó la casa de putas.

-No era pa menos, porque los que habían pagado las poncheras estaban en su derecho.

-Y con el primer combo quedó la crema.

-Quedó de recogerla con pala más bien.

-Usted andaba con ni que media yegua. Fíjese que todavía me acuerdo.

-Hable más despacio, ñor. A ésa le decían **La poto bonito** y con toda razón.

-Era muy potable la tonta. Lástima el tajo que tenía. Parece que alguien la quiso rebanar de un viaje y se arrepintió en la mitad del camino.

-Los giles llegaban a hacer nata por el suelo. Y yo combo y combo. Cuando aforré al pianista, el gancho me salió de abajo, oiga. Yo estaba en la parte de atrás de la orquesta y escuchaba un barullo, un barullo, y alguien me grita: ¡Cuidado, Subiabre! Yo me agaché sin cerrar los ojos y voy tirando las manos y le pegué el concentrado en la mandíbula al maraco.

-Si me acuerdo que se le llegó a ver el enaguas.

-Quedó cual largo era debajo de la mesa. Lindo golpe. ¿Se acuerda?

-¿Y después cuando le pusieron el bombo de sombrero a un regidor que andaba más hecho que otro poco?

-Claro. Y hablaba raro porque también se había ido de combo en el hocico y quedó con la jeta como zapato de grande. No. Si jue muy güena la mocha.

-Oiga, Margarita. Aquí con el amigo rsultamos conocidos tal como yo se lo había dicho. Hemos anclado en las mismas caletas. Resultó ser de Conce.

-Mi papá también era de por allá -acotó **La Flaca**-. Fue buzo en Lirquén. Pero después vendió el traje y nos vinimos pal norte. Pa Quillota.

-Las tremendas chirimoyas que salen en Quillota.

-Pero no crea que las grandotas son las más sabrosas. Hay que tirarse por las regulares.

-Oiga, amigo, volviendo al sur. ¿Ustedes le han comido los camarones de Cosmito?

-Y no sólo los de Cosmito, sino también los del fundo Calabozo de Carampangue.

-Era pa chuparse los dedos.

-Claro que nosotros los bajábamos con agua mineral.

-Je. De esa que vendían donde **El patas cortas**. Usted se tomaba el cuarto y se le aflojaban las piernas. Si era como mascarle la moscatel con el puro gustito de la uva.

-¡**El patas!** Si yo soy muy amigo de ese gallo. Hay que andar colocado con los dueños de las borracherías pa pasarlo bien en la vida.

-¿Y usted sabe por qué le habían puesto ese nombre?

-No.

-Yo se lo voy a explicarle. Era porque tenía la custión muy larga, y como ninguna mujer se la quería aguantar se le ocurrió operarse pa ver si se la reducían de tamaño.

-Si están muy mal repartidas las porciones en este mundo, amigo.

-Dicen que el enfermito ya estaba en la mesa de operaciones cuando la doctora que lo iba a charquear dijo: Ah, no. Lo que hay que hacer con este paciente es alargarle las patas, pero por ningún motivo acortarle el pico.

-Científico. Muy científico.

-Oiga, Margarita, seguimos de pura conversa. ¿Por qué no echamos una regadita a las palabras?

-Darle curso al declive.

-¡Salud!

-Usted parece que es cosa seria pa la copeta.

-Más o menos. A mí me dicen **El cabeza de palo** por la resistencia que le tengo pa penquearme.

-Amigo. Ahora que estamos con la sinceridad por delante -confesó el marinero-, fíjese que nosotros tampoco somos casados. Vivimos así no más, anotando en la libreta del carnicero.

-Eso no tiene importancia. Total, igual nos vamos a morir.

-Usted le sabe poner el apoyo. Entiende de todo.

-Y si no le hago empeño. ¿No ve que los golpes en la vida aumentan la comprensión?

-Esa no es ninguna mentira.

-Lo que es yo me fui de reconocimiento con la criatura -anunció el uniformado-
La voy a pasar por el Civil aunque la guagua no sea mía.

-Eso es de caballeros. De gente decente, -acotó **El Salustio**.

-El primitivo padre de la guagua era cumpimpa mío.

-¿Y se le enchuecó después?

-La Margarita le tuvo que pegar el chute por frescolín y güeno pa la pitarrilla.
Entonces yo me hice cargo del buque.

-Yo por mi parte traje a la perica a lo que es mandibuleo. Fíjese que la vengo conociendo recién. A lo mejor hasta matecito me sale.

-Difícil: Se terminaron las cartulinas, pero ojalá le resulte su pensamiento.

-Sé. Perdóneme el cuerito en todo caso.

-Lo felicito. Lo que es la Margarita es más tetoncita, es más entrada en carnes. ¿No la encuentra usted?

-Es que yo tengo pura güena cueva con las minas. Pa qué se lo voy a negar.

Por fin se abrió la puerta del dormitorio y apareció la primera pareja.

-Parece que quedaron más flacos -se burló el marinero.

-Dan la impresión de estar blanditos -agregó **El Salustio**-. Ella sobre todo se ve bastante machucada.

-El que sigue -gritó el nochero-. Corre el segundo turno pa la pieza 8.

-El que la sigue la consigue -agregó el marinero-. Menos mal -dijo, preparándose.

-Ojalá que no despierte la guagua -argumentó la madre de la criatura.

-¿Sabe lo que se nos está ocurriendo? -adelantó **El Salustio**.

El marinero, antes de escuchar otro argumento, agregó:

-En otras condiciones le hubiéramos cedido la pieza, pero nosotros de aquí a que nos veamos de nuevo con la Margarita van a pasar como veinte días.

-Vaya tranquilo, amigo. Si en este mundo a cada uno le llega el turno a su debida hora.

-El que espera, desespera -replicó, lanzando una risotada.

-Lo que pasa -agregó **La Flaca**- es que queremos hacernos cargo de la criatura mientras ustedes se alivianan.

-¡Cómo se les ocurre! -contestó el marinero-. Si no se trata de dar molestias.

Nosotros vinimos con la guagua y donde nosotros vamos la guagua va también. No nos complicamos.

-Pero -insistió **La Flaca**- háganos caso. Fíjese que yo le crié los ocho cabros a la Gladys, que es mi hermana.

-Pero va ser mucha la molestia. Ustedes saben cómo son las guaguas.

-Ya, amigo. Encáchese y cumpla con su deber. Tenga confianza.,

-Si no es por tener la desconfianza. Es porque la guagua le puede resultar un cacho y a lo mejor hasta los sale mojando.

-Partió, ñor. El cuidado de la criatura corre por nuestra cuenta y se acabó la discusión.

-Se pasaron ustedes. Bueno, ¡qué diablos! Ya que insisten tanto...

-Aquí está la mamadera y los pañales. Si llora mucho le pueden dar su patito -explicó la madre.

-Háganle empeño, que pa eso estamos nosotros en la retaguardia cuidándole las espaldas, amigo. ¿Cómo estuve?

-¿Cómo va a estar? -respondió el marinero con viva emoción-. La última vez que nos encatramos tuvimos que dejar la guaguüita encima de la cama, pero se nos cayó con el movimiento.

-¿No ve? Ahora no van a tener ese problema. Y hay que ver el tiempo que se pierde subiendo la guagua a cada rato a la cama.

-Usted ha dicho una gran verdad. Nos vamos entonces.

-Hasta pronto.

-¡Pucha que son paleteados ustedes!

-Que le vaya bien. Tranquilo el perro. Le recomiendo que le enseñe a la señora a buscar el cinquito.

-Sí, pero lo malo es que al otro día la Margarita amanece con el dolor a los riñones. No es güena pa agacharse, fíjese. Es media ideática en ese sentido.

-En todo caso, échese un polvete en nuestro nombre.

-El primero tendrá que ser -aseguró el marinero, abriendo la puerta del dormitorio y levantando la mano en señal de despedida.

Quedaron **La Flaca** y **El Salustio** y la guagua en el centro de la pieza.

Se escuchaba el liviano peso de la lluvia.

-¿Cómo se vería usted con una guagüita así?

-Usted que es lanzado, oiga.

-¿Pero le gustaría o no le gustaría?

-Claro que me gustaría, pero no tan de primera y por detrás de la puerta.

-Si es por eso, libreta le voy a sacar, m'hijita. Y una bien grande y hasta forrada en cuero. ¿De qué color le gustaría?

-Es mejor que usted se haga cargo de la criatura -pidió **La Flaca**-. Cuidado con la cabecita, porque se le puede ir pa'trás.

-Si yo también le pego, lo que pasa es que estoy fallo a la práctica.

-Se parece harto al padre. Hasta tiene cara de marino.

-Si no es...

-De todas maneras. Por el lado de los cachetes, digo yo. Tan redondos que le fueron a salir y coloraditos. Me vino el cansancio de golpe -confesó **La Flaca**.

-Apóyese en el hombro, m'hijita. ¿No ve que tiene que irse acostumbrando?

-Es que me da no sé qué...

Se produjo un largo silencio ya esa hora profunda de la noche y la lluvia y sólo se escuchaban las últimas carcajadas de la clientela. **La Flaca** se acurrucó aun más.

-Yo siempre he dicho -confirmó **El Salustio**- que la vida tiene muchas sorpresas. Que es güeno vivirla porque uno nunca sabe. A veces, eso sí, como que nos pegaran con el mocho del hacha. Y otras no tanto. Y uno ya se va poniendo contento y no sabe por qué. Yo, m'hijita, aquí donde usted me ve, estoy medio curtido con la sorpresa y con lo quemado que soy. Si corriera solo en algún campeonato, pa ponerle un ejemplo, llegaría segundo. Ultimo. Pero yo no aflojo porque soy un poco porfiado. Más bien, bastante. Me han golpeado igual que esos locos que los machucan pa que uno pueda comérselos más o menos blandos. Con mayonesa, eso sí. Y cuando menos se piensa aparece un cuerito como usted hasta con pestañas reales. Yo siempre soñé con tener mi hogar legalmente constituido. Por eso compré la cocina con el horno pa que alcance pa toda la familia.

"Cuando todavía no era propio y fletaba carga pal sur, me decía: Oye, **Salustio**, tenís que asociarte con una pescaíta firme, que no juera a desteñir. Las medias mojadas que nos pegábamos. Y uno siempre solo. Claro que nunca falta, pero no es lo mismo. Quedábamos estilando pior que si juéramos pitíos. A veces la caña nos sacaba del apuro. Una vez nos dimos vuelta con el camión cuando sbamos con el Willy y el Raúl. Se nos vino toda la madera al suelo y nos salvamos de puro milagro. Si el único consuelo era parar en esas picadas de los caminos y echarle algo al buche y tomarse su vinito caliente

con clavos de olor. Y después, cuando despertaba y al tocar al lado de uno, ¿qué es lo que había? No había nada. Faltaba alguien como usted, m'hijita. ¿Y cuánto hace que no va a Conce? Bah, se me durmió...

-Aquí estamos de vuelta, mi amigo -saludó el marinero, regresando con su mujer, sin disimular su satisfacción.

-¿Cómo le fue?

-Respondió la máquina. Del uno. Aunque mejor, pa serle franco, del dos. Sí, pues.

-¿Cómo se les portó la criatura? - preguntó la mujer del marinero.

-Ni que hubiera sabido en lo que andaba su mamacita. Hacía puras chinchosidades no más.

-Se le durmió la mina -señaló el uniformado.

-Asíes -confirmó **El Salustio**-. Estaba muy cansada y parece que la sopa marinera se le jue pa las pestañas y no pa otro lado, como era mi esperanza.

-Me transporté -dijo **La Flaca**, despertando-. Ni que me hubieran pegado un garrotazo en la cabeza. Caí como trompo.

-Qué injusticia, oiga, mientras nosotros hacíamos sonar todas las cuerdas de la guitarra en la cama.

-Güen provecho -recalcó **El Salustio**, como celebrando la hazaña.

-Los que están en tercera espera pueden pasar -advirtió el nochero.

-Esos son ustedes -confirmó el uniformado.

-Ahora nos toca a nosotros, m'hijita -dijo **El Salustio**, mirando para el lado del dormitorio.

-Lo que pasa -adelantó el uniformado- es que le tenemos una sorpresa.

-¿Cuál será?

-Nosotros estuvimos conversando con la Margarita, ¿no ve que todo no ha de ser cacheteo?, y llegamos a la conclusión que les vamos a dar la guagüita a ustedes dos. Queremos que sean padrinos.

-¿Madrina? -consultó **La Flaca** con incredulidad.

-Y madrina cacho encima -agregó **El Salustio**, tratando de hacer un chiste.

-Bueno, quiubo -apuró el marinero-. ¿Se decidieron o no?

Se miraron.

-Qué le vamos a decirle -respondió **El Salustio**- . Que estamos conformes, ya que el destino nos da esta oportunidad.

-Correcto -remachó el marinero.

-Oiga, y cómo vamos a reírnos al recordar que nos conocimos en este hotel parejero y cuando el compadre ya cortaba las huinchas.

-Escoba.

-Tomaremos el del estribo pa celebrar el acontecimiento.

-Usted lo ha dicho, compadre.

-Ahora sí que encontramos un buen motivo.

-Si no es sólo por eso, compadre. Es por el gusto de saber que la criatura tenga a su haber alguien que le responda en el futuro.

-Ojalá. Entonces salud.

-Marinero malo pal mar y güeno pal vino.

-Usted que la revuelve.

-Ya, pues, Arturito Prate. No se me venga a hacer el cartulino tampoco.

-Es que ahora a usted le toca cumplir con su deber.

-Mire, compadre, no me deje con el vaso lleno y la mano estirada.

-Es que pa qué le voy a decir lo contrario. Estoy preocupado por la comadre. ¿No ve que ha esperado casi toda la noche pa que le toque su pasadita? Apúrese.

-De acuerdo. Pero pidamos la última.

-Ya le dije, compadre. Y es mejor que me vaya conociendo. Cuando yo le digo no, es no. Con la Margarita nos vamos a ir a tomar un caldo de cabeza aquí a la vuelta, donde **El patá en la raja**.

-Güena falta que le debe hacer.

-Si quieren ahí los esperamos cuando se desocupen de la diligencia.

-Compadre, no sea chaplín.

-Ya le dije. Primero déle curso y después hablamos.

Se despidieron con un ligero saludo emocionado. La pareja humana quedó sola

iluminada por el alba. Por una de las ventanas venía llegando la luz del nuevo día con poca fuerza, pero transparente. Se escuchaba el runruno de los pájaros, el júbilo elemental de la naturaleza cayendo sobre Santiago un domingo de madrugada. **La Flaca y El Salustio** se encaminaron hacia el dormitorio.

-Oiga, m'hijita. Quiero decirle una cosa antes de entrar al sacrificio.

-¿Cuál será?

-A mí me sigue gustando su persona, fíjese.

-Total que le vino a resultar cierto el chiste.

-Es que ahora es diferente. Ahora me gusta pa tenerla a mi lado, pa regalonearla, pa fletármela, pa comérmela, en fin, pa todo servicio. ¿Se da cuenta?

-Chis. ¿Y de dónde le vino ese arrebato?

-No ve que uno la piensa y le da muchas vueltas a la custión.

-A mí se me cayeron los ojos con el sueño, por eso no lo pude seguir acompañando.

-Eso es lo de menos. Pero yo discurrí y me dije: Es mejor que no nos acostemos nada esta noche.

-¿Y qué va a decir el caballero de las piezas?

-Ninguna cosa. Vamos a juntarnos con los compadres, que le deben estar dando duro al caldo de cabeza.

-Total, la vida es larga.

-Eso es lo que yo pienso. ¿Y qué saca uno con tener un pote pa un rato, pa una satisfacción pasajera, aunque sea con una mina de físico privilegiado?

-Se le están nublando los ojos, oiga.

-No es pa menos. Y pensar que vamos a ser dos no más en la casa.

-Pa empezar. Ya después tendrá que venir el multiplico.

-Con tal que no me salga chancletera, no va a ser ningún problema.

-Le vamos a hacer el empeño.

-Si es por eso, nos tienen que salir mellizos por la parte baja.

-Ya me veo con mellizos. Así también se saca más rápido la tarea.

-Ji. Mellizos y calcados de su mamacita.

-Algo de usted tendrán que mostrar también. Pero no se vaya a enojar conmigo si sólo le resultan de a uno.

-Ya, m'hijita. ¿Verdad que usted nunca se va a ir de negativa con su papito?

-Me le entra una cosa por la espalda cuando habla tan sincero.

-Fíjese que en el dormitorio hasta espejo le voy a poner. Porque el espejo es lo principal.

-Con todo lo que me dice me va a manejar como una reina.

-Primero va a ser biselado. Pero sin marco. Después se lo voy a poner a medida que vaya llegando la prosperidad.

-Tan porfiado que lo han de ver. Se tuvo que salir con la suya...

La pareja humana sale a la calle. Van tomados de la mano. A esa hora todavía no hay mucha gente por los barrios. Pasa un ciclista y un perro busca un árbol. El cielo está sin nubes. Alguien podría cantar.

CUANDO EL TRÚBICO INTENTA DARLE UN GIRO DISTINTO A SU NEGOCIO Y EN
 COMPAÑÍA DE LA CHALUPA PI EMPIEZA A FABRICAR ATAÚDES DE MEDIDA, PARA MAL
 DE LOS DIFUNTOS Y TAMBIÉN DE LOS DEUDOS.

Tenís que cambiar de rubro, porfiaba La chalupa pi, mirando la montaña de virutilla, las patas de león desparramadas por el suelo y los resortes.

Si te queda algo de orgullo, pégate la cachada con la huifa de convertir los Luis XV en Luis XVI o andar falsificando poltronas, que era mi especialidad.

Yo le argumentaba que pa ampliar el negocio necesitábamos más capital, el aumento y la multiplicación de nuestras acciones, que en el último tiempo estaban volando bajo en la Bolsa

Entonces gritaba que el tío Liborio tenía unos ahorros y que nos podíamos ir de préstamo.

Yo le decía que con ese Liborio ni a misa, porque le gustaba meter la cuchara en todo. El porfiaba pa que nos dedicáramos a la crianza de guitarras. Convenció a **La chalupa** que eso daba bastante. Se le pone adentro un ají huapi, aseguraba el cachetón, y entonces toma otro sonido y retumba como en la gloria y los cantores se matriculan como malos

toma otro sonido y retumba como en la gloria y los cantores se matriculan como malos de la cabeza y a veces compran de a dos. Pero yo que he sido rebelde toda mi vida, no me gusta que nadie se mande las partículas conmigo; si se me ocurre fabricar guitarras cuadradas, cuadradas las voy a hacer. ¿Y qué? Está bien, decía **La chalupita** con resignación, poniéndole entre medio de las frases algunos m'hijitos para que no se cayera en la mata de puñetes a la que estaba tan acostumbrada.

Un día un familiar apareció diciendo que el Liborio había partido pa los mármoles dejando la herencia. **La chalupa pi** con el apuro y el lloriqueo metió las patas en unos resortes que estaban desparramados por el suelo y al primer pisotón se empezó a elevar y no tuve más remedio que abrirle la puerta para que no topara con tanta fuerza el techo. Salió a recorrer el barrio dando bote, agitando los brazos, tomando cada vez más vuelo. Yo me hice el ánimo de ir a buscar a Valparaíso, tomando en consideración que corría el norte, y la socia me hacía gestos groseros asegurando que se la tenía que pagar cuando aterrizaraaaaaaaaaa y estuvieraaaaaa otra vez en tierra firme. Se empezó a juntar la gente. Salfan de las esquinas con el cogote tieso viendo sus vueltas de carnero. Se notaba que los resortes eran de primera y **La chalupa** comenzó a desarmarse virando a escotilla. La ropa se le corría de un lado pa otro y lo mismo pasaba con la cara que le tocó en suerte, y la carga pasaba de una bodega a otra con el montón completo de los miriñaques y la gente sin poder ocultar su curiosidad.

Un jinete gritó: ¡Hay que lacear a la cristiana! Yo me puse por delante y lo paré en seco. ¡A mi mujer no la lacea nadie!, ¿está claro? Pero si sigue dando bote, informé el curioso, a lo mejor le entra la ciática y el lumbago. Eso ya es cosa mía, le contesté. Es una descocada, comentó una vieja, sin saber que yo era el propietario de las piezas que se estaban gastando con tanto salto. Otro propuso: Que le pongan resortes a un voluntario y entonces que suba con el alicates y que la traiga de vuelta. Pero sin que se produzca el acoplamiento, aclaré sin pérdida de tiempo, recordando mi sabiduría sobre los vuelos de los cosmonautas. Aparecieron los bomberos con la telescópica. El que manejaba la escalera venía completamente cocido y preguntó de sopetón: ¿Papú, papú, dónde es el incendio? Lo miré con todo desparpajo, por algo todavía andaba bueno y sano, y le digo: ¡Si el incendio lo traís puesto, canuto! **Chalupita**, le grité, tenís que agarrarte del voluntario pa que aterricís. En una de éstas se quedó con el casco en la mano y por poco le corta el cogote al bombero, hasta que se agarró de los palillos de la escalera. El enredo era el yegua de grande y me fui poniendo celoso cuando el fotógrafo le tomó la instantánea para el diario. La mujer del resorte -marcada con la flecha- a la izquierda y el voluntario que le salvó la vida dándose la mano, y yo nada. Quedé fuera.

Entonces tuvimos la reunión familiar pa escuchar el testamento. Eramos ochenta y cinco parientes directos reconocidos con sus cónyuges y parentela, todos al cateo de la laucha, incluyendo los sobrinos, que daban la bonita suma de trescientos veinticinco almas, sin tomar en cuenta los que venían en camino, que era otra parvada de ochenta y siete por la parte baja. El abogado era bastante caprichoso. Nos ordenó ponernos en fila de mayor a menor. Entonces apareció el ayudante y se puso a leer la lista de los regalos. **La chalupa pi** recibió el manubrio. Ella miró pa todos lados pidiendo a la gente que le abriera camino y se aferró al volante, llenando la pieza de humo, imitando el ruido de un motor de hartos caballos de fuerza con el pañuelo al viento y los anteojos ahumados. El leguleyo volvió pa decirle que se le había olvidado entregarle la patente del vehículo y le pasó el latón del año 1904 y ella se lo puso en la parte trasera, colgando de un alfiler de gancho. En cuanto a mí, que no me jue a tocar una juguera de regular tamaño, de segunda mano, porque se notaba que el difunto la había usado pa hacer ojetillos con el motor. Otros familiares recibieron una colección de estampillas, dos docenas de sacos de arpillera, la vitrola antigua y varios kilos de menudencias de pollo, especialmente el contre.

Estos objetos, recalcó el picapleitos, no tienen precio debido a su valor intrínseco. Le dije a **La chalupa pi**: menos mal que no nos asociamos con ese carrilento que andaba pillado de la máquina.

Entonces la empecé a trabajar por lo bajo. ¿Cómo está con su perro, m'hijita? Firme hasta la muerte, confirmó. Déjeme hasta ahí no más. Y ella no volvió a preguntar ninguna otra cosa, esperando. ¿No ve que me conocía?

Entonces le metí el mandibuleo del recuerdo, de los años pasados juntos, y la fui ablandando. **La chalupita** empezó a entregar la oreja y hasta me pidió disculpas por las cochinas que me gritó en público afectando mi honra. Yo le dije que la perdonaba y se produjo otra vez la tierna escena, tostando la pescaíta seca en las brasas y tratando de desatarle los nudos del alambre con que se sujeta el sostén.

Oiga, uno les mira los ojos a las personas y resulta lo mismo que leer la Biblia. Se le atraviesan los versículos, claritos. Caín quiere matar a su carnal y la mala intención se le repite en la mirada y **La chalupa** aparece en la película tal cual la conocí con sus tres críos, cada uno de padre diferente, porque ella es muy delicada pa sus cosas. Yo la miraba pasar por el negocio y le decía: ¿Cuándo me la voy a remendar, m'hijita? Y ella dejaba caer su pañuelo o bien una de las guaguas. Hasta que un día llegó con la disculpa. Me di cuenta porque andaba a pata pelada, y dijo: ¿Cuánto me cobrái por ponerle media suela y tacos de alto a estos zapatos? Entonces yo le dije: A usted no le cobro nada, clavo de olor. Entró como por un tubo al dormitorio. Así nos fuimos enredando. Le pasé los

cabros por el Civil bajo mi rúbrica pa que mañana puedan andar con la frente en alto, y entonces le digo de un brun pa que no tuviera tiempo de pensar siquiera: ¡Vamos a poner una fábrica de ataúdes!

Casi se le espanta la mona. No le di respiro. Hicimos sonar las copas antes que preguntara ninguna cosa. Preguntó: ¿Una fábrica de ataúdes, viejito? Sí, mamita, le contesté, llevándole el hilo. Eso sí que da. **La chalupa pi** quedó pensando. Se puso a llorar. ¡Pero traen mala suerte! No creo, le contesté, haciéndome el lesa. ¿Y usted desde cuándo se me ha puesto supersticiosa? La seguí convenciendo, pintándole un cuadro de oro. Con el motor de la juguera de la herencia se puede mover el torno pa que usted no la trabaje tanto. La idea la fue entusiasmando. Antes que nada pusimos el lienzo: “Se hacen toda clase de ataúdes a la medida del cliente. Trabajo garantido”

A la semana nos llegó el primer encargo. Apareció una veterana con el acelerador malo preguntando: ¿Aquí es donde vive el sastre? Yo se la pillé al vuelo y le dije: Aquí mismo. Entonces ella respondió: Yo soy la muerta. A **La chalupa** se le pusieron los pelos de punta y comenzó a repetir: ¡No ve, no ve que el negocio trae mala suerte! Entonces con tono mundano le contesté pa evacuar la incógnita: Lo que pasa es que la señora quiere darse el gusto en vida. Le pregunté a la cliente: ¿No es así, suegra? Y ella contesta: ¡Por Dios que es inteligente, lástima que nos quede tan poco tiempo. Y yo le contesto pa darle garantías: Le aseguro que se va a ver lo más monona adentro con el raulí barnizado a la muñequilla.

La vieja se acomodó la peluca. Empecé a tomarle las medidas y la finada muerta de la risa, porque era cosquillosa y **La chalupa** hecha un quique.

Anote, le ordené: Busto 96, cintura 45, ¿Cuarenta y cinco metros?, preguntó la otra, muerta de la rabia, ...y cadera, 96. ¡Los rounds que se habrá pegado en la vida!, le dije pa callao. Entonces la difunta peló las lucrecias del anticipo.

Apenas cerró la puerta, le llamé la atención a la socia. En este oficio, le dije, no hay que hacer preguntas indiscretas. ¿No ve que hay gente caprichosa? Entonces, como todo lo hacíamos juntos, salimos a comprar las tablas y la chuica. La socia no era rencorosa y recordó que tenía un traje sastre de terciopelo color verde entusiasmo para colocarlo adentro como forro. Entonces llevamos a la práctica la forma de la urna. Parece que hicimos mal los cálculos, aunque la culpa la tuvo **El Salustio** cuando vino a vernos en pleno laboreo. Entonces mandamos a **La chalupa pi** a comprar los elementos, pero se nos calentó el hocico. ¿Y que no se nos ocurrió salir a empeñar las tablas de 4 x 4?. La socia no se dio cuenta, pero cuando llegó la confirmación que la vieja había cerrado la puerta por dentro empezaron los apuros. Le tuve que contar la firme: Oye, **Chalupita**,

le confesé. Fíjate que nos faltaron dos cosas. Madera pal lado sur del ataúd y plata pa las angarillas. Entonces ella al abrir los libros descubrió el desfalco. ¡Estamos condenados!, gritó, poniéndose a llorar.

Podemos llegar a un acuerdo con los deudos. Les hacemos una rebajita y listo, dije, tratando de arreglarla. Pero igual se armó la mocha. Es mejor que me vaya, la reté, antes que te ponga el ataúd de sombrero. Después nos abrazamos al empezar la reconciliación entre lágrimas y risas, como era nuestra costumbre. ¡Si la gente que está embargada por el dolor, dije achacándomela de nuevo, no se fija en los detalles! ¿Por qué no hacemos la prueba y nos tiramos el carril? Entonces ella dijo que bueno y seguimos tomando. Arrendamos el carrito de mano y partimos pa la estación Chepe. **La chalupita** adelante y yo atrás tratando en todo momento de tapar el hueco pa evitar sospechas.

Oiga, no es porque yo la hubiera hecho, pero la caja: calila. Blandita por dentro y ni que hablar de las patas Luis XVI en el sofá que le puse en el interior pa que la difunta se sentara en las largas horas de espera en caso que se le ocurriera echar pa atrás la película. **La chalupa** se había encargado de poner unos engaños pa compensar la tabla que faltaba. Pero si es puro cachureo, le advertí. Un momento. Va un almáximo de jazmines. Y un paraguas pa los días que llueva y también su ataño con ropa interior por si se tienta, porque una nunca sabe. Hay que ser humanos, dijo.

La chalupa cuando la piensa es muy capaz. Nos embarcamos en el tren a Tomé. Llegamos justo cuando el gloriado les llegaba a salir por las orejas a los curiosos. Yo le había advertido a la socia: En caso excepcional que se me caliente el hocico, lo único que tenís que hacer es meter la viejuca auténtica al canasto y no como otras veces que por error han colocado a un fiambre distinto en la canasta. Y ella me contestó: M'hijito, tome tranquilo, que merecido se lo tiene.

La conversa se jue enredando. Con decirle que hasta tocaron una cueca tamborileada en la caja y la difunta participando, echando a volar su pañuelo. Se le notaba que por nada del mundo quería arruinar el espectáculo. Llegando la medianoche la llantería era la patagüina. Ya habían puesto a la finada con los brazos en cruz, y yo, ¿ah?, tapando el hueco pa que no se viera el túnel. Cuando llegó el momento de clavetear el ataúd después que los visitantes se fueron contagiando con la idea de la socia de agregarle a la finada más entretenición pal largo viaje, cayó una verdadera lluvia de regalos: un tarro de crema de belleza de regular tamaño, un sostén del número 40, un libro de puzzles con su correspondiente lápiz, la libreta de la carne, dos tubitos con la píldora y el manubrio. Llegó el momento de ponerle la tapa y se me ofreció para cumplir con ese requisito, porque tenía las tachuelaaaaaaas en la bocaaaaaa. Es mi especialidad, les dije pa emborracharles la perdiz. Este detalle está incluido en la cuenta. La remaché aumentando

el volumen de la radio pa que no se notara el eco. Por fin llegó el momento de subirla a la carroza, y a mí que me decían el tonto en el colegio les hablo a los cocheros: Una de cinco, ¿blanco o tinto?, y mueren ahí. Listo, contestaron los sedientos cerrando el ojo. Partimos y **La chalupa pi** reza que te reza entrándole con todo disimulo el brazo izquierdo de la finada con ganas de dirigir el tráfico con la mano suelta, cayéndose a cada rato, y total que no se sabía quién iba a salir con la suya, y la socia que le murmuraba por lo bajo: Ya, pues, finadita, ¿qué saca ahora con la porfía? ¿No ve que vamos al Camposanto? ¿O es que no le enseñaron modales en la escuela? Pero la pantruca dale con asomar el brazo por el perforado, haciendo las morisquetas más raras, al extremo que los autos que pasaban en sentido contrario detenían su marcha, obedientes a las leyes del tránsito, y la socia, con una prudencia de santa, tomando a cada rato la extremidad pa dejarla de nuevo en su sitio en la forma más disimulada posible, hasta que gritó: ¿Te sobraría una tachuela, cara de membrillo? Se notaba que estaba perdiendo el control y le contesté que no con un gesto, pa que no volviera a abrir la sanguchera. Entonces empezaron a bajar el féretro con algunas dificultades debido a la falta de las angarillas, y un despistado gritó: ¡Viene vacío, viene vacío! Entonces el viudo se acercó furioso y puso la oreja sobre el ataúd, como pa escuchar la respiración de la occisa, preguntando: ¿Aló? ¿Eres tú, mi negra? Pero nada. No sé por qué motivo uno de los que estaban con la sopaipilla pasada la agarró conmigo, ordenando: De aquí no se mueve nadie. Vamos a registrar a todos los presentes. Pero la finada no apareció por más que nos dieron vuelta hasta el bordado del pañuelo, y yo con el problema de la conciencia y **La chalupita** con ganas de arar de pura rabia cuando dijo: Estoy segura que se fue por el camino; le resultaba más cómodo. Un curioso se dio cuenta de la omisión parcial del ataúd y metió la mano explorando. Falta una tabla, dijo, creyendo que había hecho ni que medio descubrimiento. Se nota clarito, agregó el copuchento, a no ser que ahora los féretros vengan con puerta panorámica. Por aquí tuvo que hacer el forado dijo un astuto, buscando alguna huella comprometedora de la fugitiva. A mí que me registren, alcancé a decir con cara de inocente. Se hizo humo, dijo uno que había preguntado por ella casa por casa, dando sus señas particulares, explicando que aún estaba competente. Si todavía le quedaba un poco de hilo, afirmó un malicioso que nunca falta. ¿Y en qué situación quedamos nosotros los artesanos? pregunté, abriéndome paso entre los presentes, poniendo el caracho como si estuviera terremoteado. Bueno, contestó uno que era amigo de la familia, si no hay muerto, ¿pa qué queremos el ataúd? Eso es cierto, reafirmó el coro de los cufifos. Pero la evaporación de la difunta no fue culpa del suscrito, aclaré. Nosotros

cumplimos. Llegamos con el mueble. ¿Por qué nos quieren hacer el perjuicio? ¿O es que pretenden que llevemos el asunto a la Corte? No se trata de eso, afirmó el más comprensivo de los enlutados. Pero ¿qué vamos a hacer nosotros con el artefacto? ¿Y qué me dicen del paraguas?, agregó **La chalupa pi** para remachar la argumentación jurídica. Otro que no llevaba velas en el entierro dijo: ¿Por qué no le dan un suple al carpintero y quedan en nada?

Acceptamos y casi sin darnos cuenta nos vimos regresando en el tren a Conce.

El inspector pidió que dejáramos parado el ataúd junto a la ventanilla pa que no hiciera tanto bulto. Ya varios borrachos se habían tropezado como si se tratara de una cáscara de plátano y fueron a parar al vagón de las encomiendas, aplicando los frenos de aire. La tapa se abría y cerraba con los barquinazos de las curvas, dejando ver las lentejuelas agregadas por la socia en el último momento. A mí se me ocurrió cuando volví a mirar el ataúd que era como el cielo cuando se ven esas estrellas que le llegan a hacer cosquillas a uno por todas partes y que **La chalupa pi** y yo éramos astronautas volando con la despensa hasta el tope de blanco y tinto, haciéndole el quite a la luna y el susto que se pegaría ella cuando me encontrara durmiendo dentro del féretro, tiritando de frío y con la caña mala y muerto de la sed.

CUANDO EL SALUSTIO Y EL TRÚBICO DEMUESTRAN SUS CONOCIMIENTO CIENTIFICO-ELECTRÓNICOS Y ARREGLAN UNA OLLA A PRESIÓN, DEJANDO LA ESCOBA CORRESPONDIENTE.

-Lo que pasa es que estamos volando muy bajo -protestó **El Trúbico**, rebelándose contra el mundo, haciendo un gesto raro como el de un jote medio viejo y cansado de volar.

-Usted dice por qué nos tiramos al suelo por cualquier cosa -le contesté, tratando de agarrar la idea.

-Eso mismo. Cualquier peliento se cree con derecho de ponernos la pata encima, pasándonos a llevar como si no juéramos ninguna cosa.

-La solución estaría entonces en difundir nuestra pega a través de los medios de comunicación.

.-Eso mismo. Estamos fallos a la imagen, a la propaganda.

-De acuerdo. Nos hace falta darnos a conocer. Decir quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos.

-Por ejemplo, ¿usted le haría asco a una plancha de bronce?

-¿Una plancha?

-Claro. Que dijera clarito: **Ingenieros electrónicos**, y la clavamos en la puerta.

-Ji. Lo único malo es que no tenemos puerta.

-Es que aquí en el barrio ya nos rocharon y saben que somos harto chusos como maestros chasquillas.

-Y encima seguimos fallos a la colegiatura.

-Por la calle también pasa mucha gente desconocida y a lo mejor pica. Todavía queda tanto inocente en este mundo.

-De ahora en adelante dejaremos de arreglar los paraguas dados vuelta y las bacinicas agujereadas por esas viejas que son tan chispadorazas pa sus enjuagues, o como en el caso de **La hocico con apeto** que nos trajo pa ver si tenía remedio la hebilla de un sostén igual que cinturón de milico y necesitaba un ñiple de acero pa reforzarlo y darle uso.

-A la clientela le vamos a decir: Ahora sólo le pegamos a la electrónica y no le hacemos ningún trabajo de remiendo.

-Estamos aplicados a la ciencia propiamente tal, les podemos agregar pa dejarlos con la boca abierta.

Por fin cayó una vieja con la presión mala como era media tarta nos demoramos más de media hora en darnos cuenta que no era ella la que estaba enferma, aunque ya **El Salustio** la había colocado en la camilla de primeros auxilios, tomándole el pulso. La cliente trataba de subirse los calzones, hasta que por fin se aclaró la situación:

-Lo que pasa -dijo, poniéndose de pie- es que tengo malo el artefacto.

Agarramos el instrumental de trabajo y partimos pa su casa. Llegando nos confesó:

-Fíjense que estoy desesperada. Invité a comer a un matrimonio amigo y justo se me echó a perder la olla a presión.

El Salustio se dedicó a tranquilizarla mientras yo iniciaba el examen para entregar un diagnóstico oficial.

-Esto es sumamente fácil -le dije-. La olla tiene una falla en la aurícula derecha y el infarto se puede producir en menos que canta un gallo.

La vieja se arrodilló.

-¡Que Dios no lo permita! -dijo, abrazando al artefacto, como si se tratara de una persona caída en desgracia y con el insomnio.

-Pero nosotros -la tranquilizó **El Trúbico**- estamos física y espiritualmente preparados para solucionar el mal que le aqueja. No hay nada peor que cuando la gente y las ollas entran en la edad de los achaques.

-Así es -contestó la vieja con rostro emocionado y mirando de reojo el crucifijo que subía y bajaba de su busto tipo marquesina.

-Empiece usted los preparativos con toda confianza -le dijimos-, mientras nosotros organizamos una junta de médicos de emergencia.

-Las visitas se van a ir de pollo arvejado.

-¿Y nosotros cómo vamos ahí? -preguntó **El Salustio**, haciéndose el gracioso.

-No se preocupen. Algo les va a tocar.

-Con tal que no sea la parte del gallo -le contestamos al mismo tiempo.

No es por pelar, pero lo único malo que tiene el compadre cuando le ponen una pieza por delante es que se coloca nervioso. Empieza a dar unos saltitos; pareciera que algo le come las manos. Una vez contó que esto le pasaba después de haber visto una película del Chaplín, que también le trabajó por necesidad donde la Tía Rica. Entonces llegó un gallo con un reloj pa empeñarlo y el Chaplín lo destripó con el abrelatas pa ver si estaba bueno o malo. Al **Salustio** se le pegó el mismo vicio y teniendo por delante un teclé, algún motor, un biombo, un piano, la máquina de moler carne, le vienen los nervios y no se queda tranquilo hasta que los desarma y después no da pie en bola pa poner las piezas en su sitio de antes. Por esa misma razón nunca pudo recibirse de joyero-relojero, como era su afición, porque la tuerca más chica que agarraba era del porte de un huevo y en todo caso se habría tenido que contratar pa arreglarle puros relojes de pared como resultados del pulso tembleque. **El Salustio** volvió a repetir la gracia, y pa resarcirse le pegó un tirón a la goma de la tapa de la olla.

-La embarraste -le alcancé a gritar.

En ese momento sonó el timbre.

-Son las visitas -dijo la vieja, tropezando con la puerta y cayendo de espaldas-. Ojalá que todo salga bien -imploró, mientras se bajaba el corpiño que le había quedado de sombrero.

-Tenés que reajustar el influjo de la corriente sanguínea -le dije al **Trúbico**, que seguía con los tiritones.

-Si esto es chancaca -me contestó con la misma tranquilidad que salen los cirujas de la sala de operaciones en el Sans Borjas.

Empezamos a hacer los cálculos, lápiz en mano, después de dibujar un plano de la olla que para los efectos del trabajo dividimos en dos partes iguales. A saber. El lado A y B. A, a la derecha; B, a la izquierda.

-Sería mejor -ideó **El Salustio**- que le hiciéramos un injerto en la válvula y luego proceder al amarramiento de la olla a la cocina, la cocina a la puerta, la puerta a la reja y así ya no existe tanto peligro.

-¿Cómo va la cosa? -preguntó la dueña de casa, copuchando que las visitas traían más sed que ratón de molino.

Al **Salustio** se le ocurrió decirle:

-Pa su mayor tranquilidad, nosotros vamos a quedarnos junto a usted hasta que el arvejado esté a punto.

-¡Ah!, esto quiere decir que ustedes son de otra serie. Que son profesionales por el lado que se los mire. En la vida había encontrado un par de entendidos tan serios para sus cosas.

Le quedamos haciendo la guardia al guiso hasta que el artefacto se puso a silbar en forma rara. La válvula andaba a tropezones, como si estornudara, y después había que meter el dedo en uno de los agujeros de la custión que gira pa que se produjera el silbido de la alarma y poner en alerta a los bomberos del sector.

-Yo creo -aseguró **El Salustio**- que esta payasada va a estallar de un momento a otro -y sin mayor explicación se tomó el pulso.

La viejuca empezó a llorar recordando que era viuda y montepiada.

-¡Qué plancha, qué plancha! -sollozaba, haciendo sonar la nariz.

Yo corté por lo sano y le dije:

-Listo el pollo. Al mal tiempo buena cara. ¡Se ha producido el milagro!

El Salustio se había enganchado por precaución un perro de la ropa en la nariz.

Empezamos la maniobra del despegue de la tapa del artefacto mientras el compadre saltaba alrededor de la cocina cantando: El que caga, caga, y con tanta pechuga que la vieja también lo seguía, ya tomados de la mano, muertos de la risa, hasta que la olla soltó ni que medio chorro tipo hongo atómico y con el cañonazo se quebraron todos los vidrios de varias cuadras a la redonda.

Pasaron varios minutos antes que **El Salustio**, que siempre es tan precavido, sacara de su maletín la linterna abrecaminos con luz amarilla pa usarla en los días de mucha neblina. La viejuca había quedado en un rincón, pero vuelta al revés, con la peluca corrida. Lo primero que hizo apenas recuperó las fuerzas fue levantarse y correr hasta la olla. Metió medio cogote preguntando:

-¿Dónde está el pollo, santos cielos?

-¡El pollo, el pollo! -le respondió el eco vacío.

El Salustio me pegó un codazo, porque ése era el acuerdo cada vez que estábamos en una situación difícil. No tuve más remedio que ponerme a silbar para darnos la confianza.

-Soy inocente -gritó el compadre, vaciándose los bolsillos con migas-. Yo no lo tengo y el **Trúbico** tampoco.

-¿Y dónde está entonces? -gritó la dueña de casa, buscando entre los escombros humeantes de la cocina.

El compadre, que es muy vivo el ojo, me indicó que mirara pa'riba aguantando la risa.

El ave se había incrustado en el techo, pero con tanta fuerza que parecía estampilla. Medía su medio metro de ancho por la parte baja y el cogote otro tanto, porque parece que fue el órgano que más sufrió con la explosión.

A la viejuca le tuvimos que hacer respiración boca a boca y **El Salustio**, pa disimular la tufada, se puso a mascar una torreja de limón, pero fue pa pior porque la señora se fue levantando con el monóxido del trago, que si no la agarramos a tiempo quizás a dónde habría ido a parar. Tuvimos que moverla de un lado para otro pa que los ojos le volvieran a su lugar natural, con un ruido raro, eso sí, a lo mejor por falta de aceite en los resortes, como explicó científicamente **El Salustio**.

-Esta custión se arregla en menos que canta un gallo.

Pedimos un bombín de bicicleta y nos acordamos cuando fuimos equilibristas en el circo colocando un silla encima de la otra hasta llegar al techo y enchufamos al ave la goma en la parte pertinente. Con los primeros soplidos el animal empezó a aumentar de tamaño y se infló, se infló tanto que parecía una foca, más o menos, hasta que con el apuro el compadre le sacó el bombín antes de tiempo y el animal comenzó a perder aire y corría en las alturas como esas viejas de los carnavales haciendo chuiiiiff, chuiiff. Entonces fue cuando convocamos la segunda junta de médicos, acordando encumbrar la mesa y

clavarla, pero dejando la parte de arriba pa'bajo para mayor comodidad de los comensales, y en vez de bajar el ave, subir a las visitas. Era un problema de alta matemática. Si esto es como comer pan, repetía El Salustio, frotándose las manos. La viejuca observaba la maniobra inclinando la cabeza. Subimos la vajilla.

-Los platos los vamos a pegar en el techo con cola fría -fue el acuerdo.

-Mejor sería con el claite -le agregué, pa que la conversación adquiriera más seriedad técnica. Con la ayuda de la polca terminamos por arreglar el tinglado, dejando sujetas las sillas con cuatro vientos de alambre de gallinero.

-Tengo toda la impresión -dijo la vieja con malicia- que ustedes han estado estudiando decoración de interiores y se están haciendo los disimulados conmigo.

Después aceitamos el huinche de una grúa que se nos ocurrió armar con el motor de la juguera y el de la máquina de coser.

Hicimos llamar a las visitas. Las colocamos en una custión que parecía bandeja y era la tapa de la lavadora. El Salustio, para impresionar a las visitas, dijo:

-Hay que equilibrar las fuerzas centrípetas con las centrífugas. Mucho con las centrífugas.

La mujer partió, pegándose ni que medio porrazo en el techo por un pequeño error en el cálculo que hicimos, siempre confiados en la multiplicancia, cuando es un hecho que sólo le pegamos a la suma y resta con la ayuda de los dedos. La vieja quedó atomillada como esas fotos de los arqueros del fútbol que aparecen en los diarios los días lunes con las manos en alto.

-Va a salir un poco improvisada la comida -dijo la dueña de casa, disculpándose con una sonrisa que trató de tapar con la mano en el mismo momento en que ubicamos al otro invitado en la catapulta para que se colocara en órbita junto a su mujercita. Los comensales quedaron con el cogote al revés, pero la sangre les circulaba de lo más bien, porque un rato estaban como tomates y después parecían esos fiambres de la Morgue de color verde zapallo.

-Ahora -anunció El Salustio, con su acostumbrada torpeza -viene la prueba de la muerte.

-La cena está servida -tuve que agregar al vuelo-. La gente puede empezar la comilona.

El compadre improvisó el tambor con una cacerola y varias cucharas de palo imitando el ruido de esos instrumentos de la banda de los circos cuando el trapecista está que se manda al suelo, allá arriba en la cuerda floja.

-Esto es divino -dijo la invitada-. Cuando se lo cuente a mis amistades no lo van a creer.

-En mi vida había asistido a una fiesta tan singular -agregó su marido, que también estaba cabeza abajo.

El Salustio me sopló:

-Las dos viejucas andan de calzón colorado y tejido encima.

-Debe ser contra el reuma y el embarazo -traté de explicarle.

Cuando llegó la hora de los postres, ¿qué no se me ocurrió abrir un tarro de duraznos? Empezamos por lanzar las torrijas como quien tira manteca al río.

-Falta la crema -exigió la dueña de casa, que debido al éxito de la reunión social se le habían ido los humos a la cabeza.

-Un momentito -pidió El Salustio, buscando el matamoscas-. Este invento -aseguró- lo vamos a patentar pa hacemos ricos este otro invierno. -Después de comprobar que le quedaba muy poco flit, llenó el estanque con la crema, cerrando el aparato-. Nadie se mueva -dijo, haciendo sonar la bomba y dando comienzo a una verdadera nevazón. Todo el mundo quedó más blanco que tela de buque.

-Lo único que falta es traer un pino -bromeó la visita- y ponernos a celebrar la Pascua.

El compadre, que siempre es tan bruto pa sus cosas, le preguntó al marido de la señora:

-¿Cómo le dice a ella cuando está con toda la confianza?

-Las tetas con trifulca -le contestó, sin poder ocultar su legítimo orgullo-. Es el sobrenombre cariñoso que le tengo. ¿No me encuentra usted razón?

-Ni una palabra más -contestó el compadre, empezando a deletrear el alias encima de la torta-. Esto va a quedar con letras de molde -mientras resoplaba el matamoscas. pantrucas, pero un poco más pegajosos. A todo esto, el gato se había subido por la pared y empezó a lamer con tanto entusiasmo a los presentes, que poco a poco se les empezó a recoger la ropa. El animalito se entusiasmó con el lengüeteo a tal extremo, que si no es por nosotros que lo retiramos habrían muerto de asfixia con la ropa recogida hasta el cogote. Con decirles que el caballero quedó de pantalón corto debido a la humedad de la saliva.

-Ha sido una velada encantadora -reconoció Las tetas con trifulca-, pero se ha hecho tarde; tenemos que retirarnos.

Le dije al Trúbico:

-No nos queda más remedio que aplicar las leyes del movimiento continuo pa sacarlos de su órbita.

-¿Usted dice contraer las presiones pa ir en aumento de la demanda de la atmósfera de los polos?

-Claro. Pa que se produzca el desacople de los extremos.

-¿De derecha o de izquierda?

-Tenimos que hacer pasar el eje por la mitad de la casa.

-¿Pa qué? -preguntó El Salustio, aumentando la curiosidad de los presentes.

-Pa que se produzca la succión altisonante de la combustión y la vieja salga como peo por la ventana.-

-Ahh.

Los astronautas habían dejado de hablar por la ausencia total de oxígeno. Los ojos parecían bolones que dejaban sus órbitas para dar bote otra vez a su regreso.

-Ajuste por este lado.

-Hay que apernar el ñicle con el tecele.

-U sea el tucle con la ñipla.

-Perfecto.

-Córrase un poco pal lado del emboque.

Hicimos pasar por el centro de la casa el eje más grande, que improvisamos con el mástil metálico y los durmientes de los somieres, que eran del mismo material, apoyados por la tapa del piano y el biombo.

-Dónde le ponimos el pararrayos -porfiaba El Salustio, para deslumbrar aun más a las visitas.

Soltamos los cimientos, los tornillos que sujetaban los andamios, sin darle importancia a la maniobra, y la casa se empezó a elevar igual que esos volantines cucarros, oiga, y nosotros le seguíamos dando la cuerda como esos autos viejos que necesitaban de la manivela para tomar la fuerza y producir el encendido de los motores.

Cuando miramos pa dentro de las rejillas, los comensales estaban pegados a la pared y sólo la cola del gato parecía servir de señalizador al vehículo espacial.

-Ha llegado el momento de abrir la ventana -confirmó El Salustio.

A la otra vuelta la gente comenzó a salir como escupo, coloradas al rojo vivo,

porque se notaba que el calentamiento de las extremidades había sido el caballo de grande, y mientras apretaban iban dibujando con el traste una humareda negra con chispas y el correspondiente olorcito a pescado frito.

De las visitas nunca más se supo. Un día apareció en los diarios el aviso en que un familiar de los desaparecidos estaba dispuesto a irse de gratificación si algún curioso debía la noticia sobre el paradero, vivos o muertos o heridos, en todo caso.

Pasaron los días y nada.

Como a los dos meses unos pescadores de San Vicente encontraron a Las tetas con trifulca bañándose de lo más prisca encima del chorro de una ballena que se había varado en la playa. Estaba escuchando el radioteatro de la Luchita Botto cuando llegaron sus familiares y le pidieron que se bajara. Pero ella los desconoció a todos.

-Yo soy, para que sepan -explicó desde las alturas-, damnificada del terremoto de Valparaíso, año 1904.

- Mentira -le contestó el tío carnal-. Tú eres la bien llamada Tetas con trifulca, que para más señas tienes un lunar encima del ombligo, debajo de la cesárea.

La afectada se miró el pupo y era cierto. Pero le vino otra vez la amnesia y hablaba puras cabezas de pescado, hasta que la ballena cortó el chorro y la señora aterrizó, enterrando su humanidad en la arena y diciendo:

- Soy una turista que anda por el Africa haciendo el viaje para olvidar al tirifilo que me prometió matrimonio, porque se interesaba por mi dote y la pechuga también -acotó por lo bajo-. Después se hizo humo y nunca más se supo.

Al regresar a nuestro taller, procedimos a sacar la plancha, porque, mal que mal, uno tiene su prestigio. Y como dijo El Salustio:

-Por el hecho de haber cometido el error no vamos a permitir que la gente se burle de nosotros, apuntándonos con el dedo mientras nos gritan: ¡Ahí van los curaditos que inventaron la máquina de Mardones!

INDICE

Invitación a leer a Alfonso Alcalde, por Gonzalo Rojas	7
Alfonso Alcalde Ferrer (Biografía), por Jorge Ramírez P.	9
Para Alfonso Alcalde, Prólogo de Pablo Neruda a "Balada para la ciudad muerta"	16
Los Socios	19
Almacencito la Gloria	27
Zapatos para Estubigía	35
Pintar por Poca Plata	45
Paraíso para Uno	57
La Encuesta	77
Hoy, Hoy, Hoy	87
La Mujer de Goma	97
Los Maestritos	103
El Auriga Tristán Cardenilla	113
La Amistad Más Pura	123
El Peregrino del Golfo	133
La Boca, La Boca	155
Nosotros, la Crueldad	161
El Ratón de cada Uno	167
Una Historia de Amor	177
Háblanos Claudia Julia	183
Domingo Sagrado	187
Divertimiento	191
Matar a Pérez	195
El Mar es como una Casa	205
El Flash de los ahorcados	211
Una Moneda, Un Seno	215
El Simulador	223
Un Vals del Adiós	229
El Sentimiento que te dí	233
Cupido, Cupido ¿Que hay detrás del muro?	245
La Imagen Categórica	249
Las Aventuras de El Salustio y El Trúbico	257

Este libro
se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 1992
en los talleres de
EDITORA ANÍBAL PINTO, S.A.,
Maipú 769, Concepción, Chile,
la que sólo actúa como impresora.

OBRA LITERARIA PUBLICADA

- Marilyn Monroe que estás en el cielo. Biografía documental. Editorial Universitaria de Valparaíso, 1972.
- El sentimiento que te dí. Dibujos, Carlos Freire, Cuentos. Editorial Universitaria de Valparaíso, 1972.
- Vivir o morir. Reportaje testimonial. Serie de la División de Publicaciones Educativas de Editorial Quimantú, 1973.
- Vengo de un avión que cayó en las montañas. Reportaje testimonial. Editorial Arca, Montevideo, 1973.
- Reportaje al carbón. Colección «Nosotros los Chilenos». Editorial Quimantú, 1973.
- Historias de risas y lágrimas. Antología de cuentos de José Miguel Varas, Nicolás Ferrero, Franklin Quevedo y Alfonso Alcalde. Editorial Quimantú, 1973.
- Marilyn Monroe, Reportaje documental. Editorial Crisis. Buenos Aires, 1974.
- Salvador Allende. Biografía documental. Editorial Crisis. Buenos Aires, 1974.
- Toda Violeta Parra. Biografía antológica. Ediciones La Flor, Buenos Aires, 1974.
- Epifanía cruda. Cuentos. Dibujos, Carlos Freire, Editorial Crisis, Buenos Aires, 1974.
- Allende. Edición español-holandesa. Editorial Sjaloom, Odijk, Holanda, 1977.
- Así trabajo yo. Reportaje documental. Editorial Testimonios, Ajve, Jerusalén, 1978.
- El peregrino del Golfo. Editorial la Minga. Santiago, 1985.
- Los sicópatas de Viña del Mar. Editorial El árbol de la palabra. Reportaje documental. Santiago, 1985.
- Neruda pregunta, los niños responden. Testimonio. Editorial El árbol de la palabra. Santiago, 1986 (en colaboración con Vicky Castro).
- Vivir sin Chile. Reportaje testimonial sobre el exilio. Revista «Hoy». Serie de 8 fascículos.
- Variaciones con el tema del amor y de la muerte y Crísta. Editorial el Arbol de la palabra, 1991.

CRÍTICA INFORMATIVA

Estimo que Alfonso Alcalde, la voz más grande que ha dado la literatura chilena en los últimos años, lanza su fuerza más depuradora, más insondable y tronante en sus caudalosos inagotables versos.

Carlos Droguett: "La literatura de espaldas a la realidad nacional", Revista "Mensaje", Santiago Nº 202/203, 1969.

En sus buenos instantes, la prosa de Alfonso Alcalde cobra un ímpetu y se aprieta tumultuosamente con una riqueza pletórica y vital que en nada cede a la del justamente famoso autor de "Autopista del Sur", "Julio Cortázar".

Hernán Díaz Arrieta (Alone), "El Mercurio" 25/6/67. (El auriga Tristán Cardenilla).

Alfonso Alcalde publicó hace cinco años, un librito de poemas llamado "Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte". Y no tuvo, que yo recuerde, mayor resonancia en la crítica o en el público. Pues bien, esa obra es uno de los poemas más notables que se hayan escrito en Chile en los últimos años. Bajo la fuerza casi violenta de la compasión por todo lo desdichado y maltrecho del hombre, se crean ahí unas atmósferas densas donde el lenguaje poético brota a la vez con una fluidez sorprendente, como arrastrado por corrientes de fondo y con una exactitud cruel y siempre nueva para nombrar el dolor y la ternura.

Ignacio Valente: "El Mercurio", Valparaíso 4 de marzo, 1969.

Pocas veces he encontrado mayor unidad estilística, de ambiente y pensamiento, ni más coherencia en la arquitectura. Alfonso Alcalde se revela como el prosista más importante de su generación.

José Donoso, Presentación de "El auriga Tristán Cardenilla", Editorial Zig-Zag, 1967.

Los jureros de siempre lo han venido acorralando, silenciando como ocurrió durante medio siglo con mi propia obra, pero Alfonso Alcalde no será un nuevo mártir de la poesía chilena. Cuando abandonaba su aislamiento en el sur, vivía en mi casa. En el mismo cuarto en que mi hijo Carlos perdió la vida, escribió mucho de sus grandes poemas con el mismo temple de "Acero de Invierno".

Pablo de Rokha, Premio Nacional de Literatura.

Realmente la tortuosidad de su escritura se interrumpe de pronto, no es continua, y rara vez le arrebatara a uno el aliento. Lo de veras tortuoso es la visión de la vida del solitario Alcalde. La extiende a lo largo de unas existencias condensadas a una soledad sin remedio, a una inexpresividad endemoniada, aun fatalismo que sobrelleva sin asomo de rebeldía, sabedor de que todo posible cambio de destino es para otras vidas, para otros hombres y mujeres capaces de darle a sus días otro rumbo.

Hernán del Solar, "El Mercurio" 16/2/69 (Alegria provisoria).